

Habia una vez un...

hiena

BLANCO



Blog y sitios de referencias web para esta compilacion:

<http://todo-en-abril.blogspot.com/>

Biblioteca Había una vez Facebook

Biblioteca Infantil y Juvenil Había una vez

Enigmas y misterios de los Bolsillitos

había

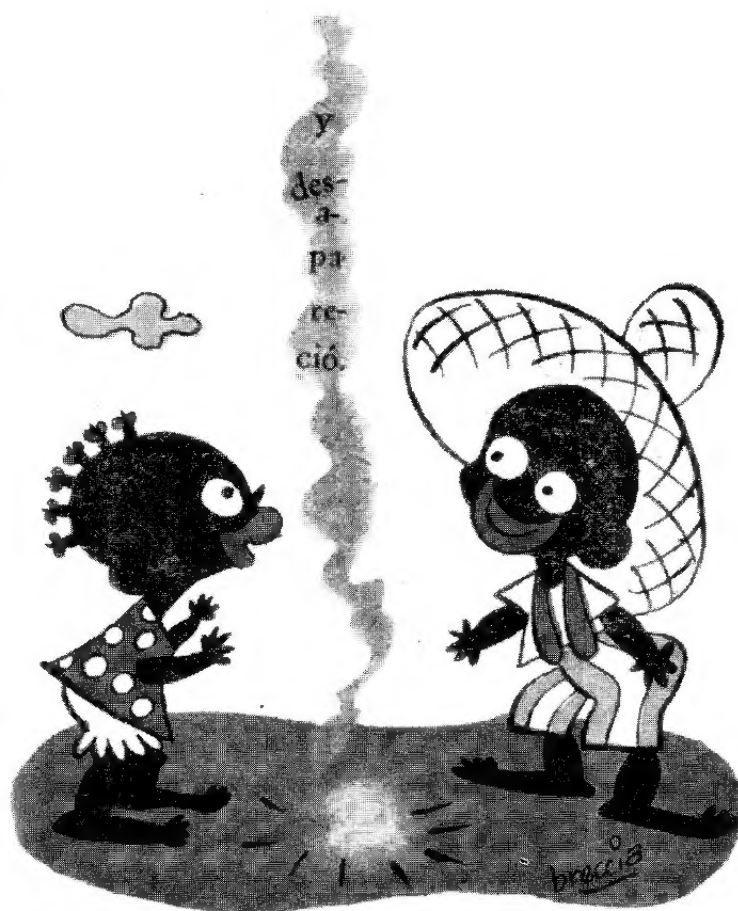


ALBERTO BRECCIA: dibujante, ilustrador, docente y pintor.

Participó en innumerables publicaciones para América y Europa, con una obra conceptual que abarca diversos géneros y estilos, yendo de la Ilustración de cuentos infantiles, portadas pasando por el claroscuro con tinta china, collage, tinta acrílica o técnicas experimentales según qué trabajo emprendía.

En su labor como docente en distintos periodos educó y ayudó a la formación de talentosos dibujantes como citar ejemplos a Muñoz o Montenegro.

Su extenso trabajo y su búsqueda artística le valió la admiración de pares, público y críticos. Materializándose en el Lucca 73 y el reconocimiento mundial en 2021 entrando en el Salón de la Fama de la historieta. Además fue premiado Premio Amnesty Trabajo con diversos guionistas adaptadores o argumentistas en esta compilación.



Fin

de "EL HADA AZULINA", un librito de la serie "Mis cuentos" que ilustró ALBERTO BRECCIA.

Última página de *El hada Azulina*, Biblioteca Bolsillitos, número 98, Editorial Abril, 1954.

Quince ■ Abril, Kapelusz y la hora de los niños

Hablemos de cómo te vinculaste con Abril.

Para ellos sólo hice ilustraciones, historietas infantiles.

¿Y nunca publicaste en las revistas tradicionales de aventuras, Rayo Rojo y Misterix?

No hice historietas serias con Abril. Alguna tapa de **Rayo Rojo**, pero nada más. La primera vez que me llamaron fue a principios de los cuarenta y yo trabajaba para Torino, hacía **Gentleman Jim**. Estaban en la calle Piedras, y era una editorial muy pequeña que recién comenzaba.

¿Quién te llamó? ¿Civita?...

Me llamó Civita.

Ellos tenían la patente Disney.

Hacían el **Pato Donald**, y no sé si alguna otra revista. Era muy poca gente la que había ahí. Me llamaron para hacer historietas. Pero no hice nada, no arreglé con Civita; creo que por el precio. Y luego sí; comencé con ellos a fines de los cuarenta, cuando ya estaban en Leandro N. Alem, en el Bajo, donde han estado siempre. Ahí comencé a hacer cuentos infantiles.

¿Y qué tipo de dibujo hacías?

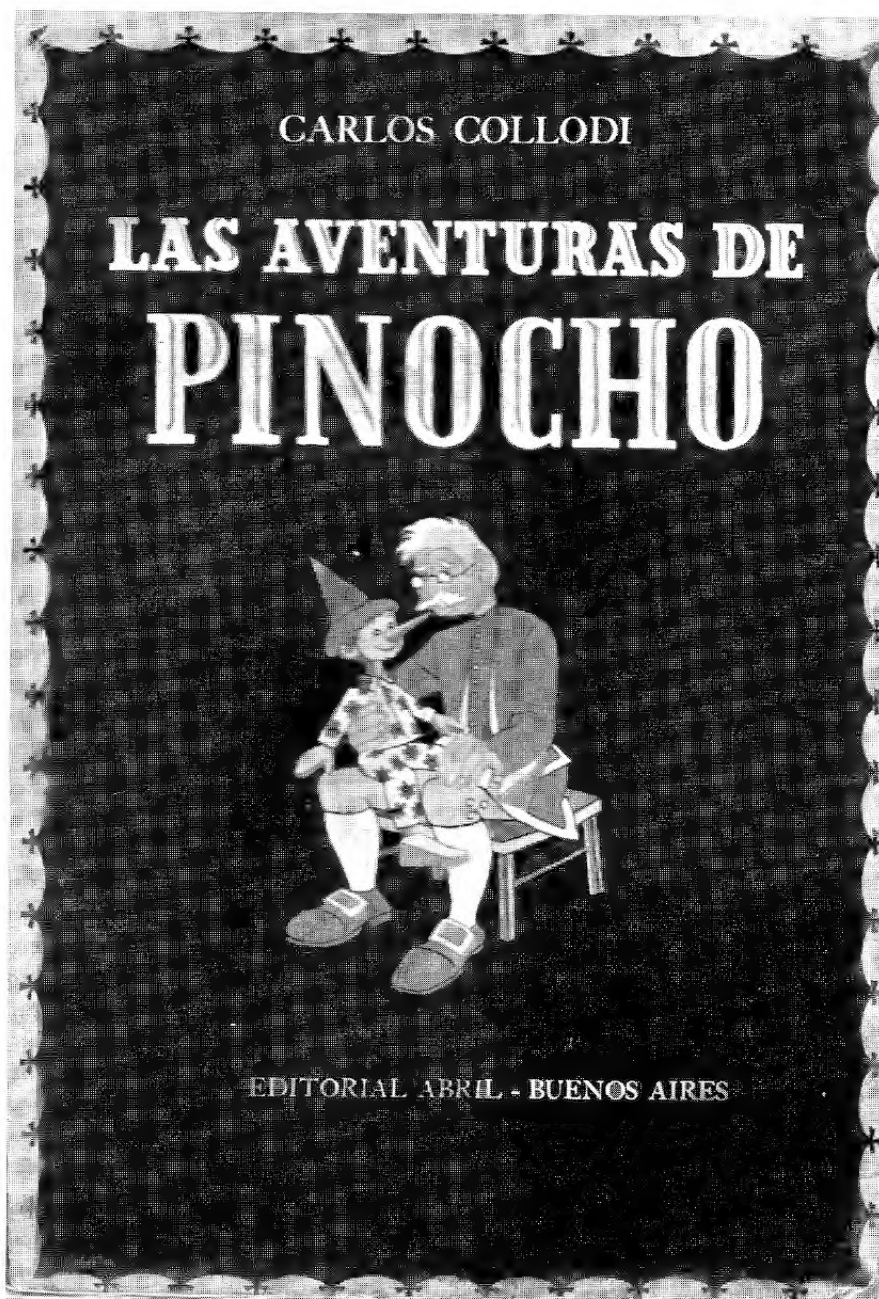
Infantil, todo infantil.

Pero vos no habías hecho nunca antes eso.

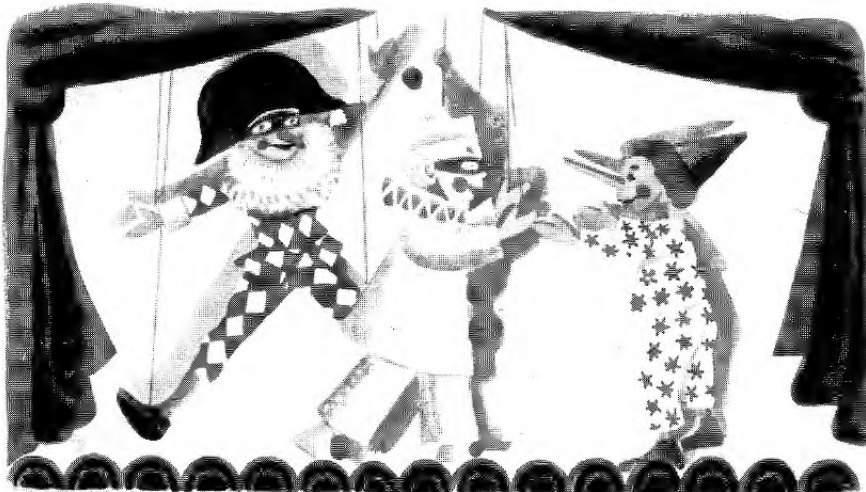
Nunca. Abril me llama y me encarga un trabajo para una colección muy linda, encuadernada en tela; y el primer libro que me da es *La reina de las nieves*, un hermosísimo cuento de Andersen, con láminas aparte en un sobre para enmarcar. Era un compromiso...

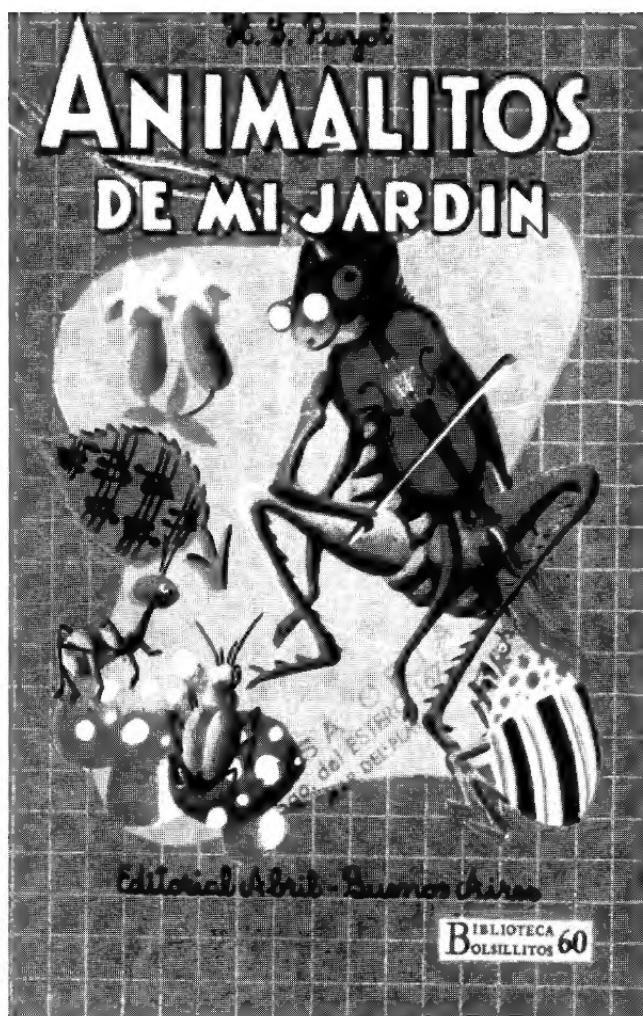
¿Y cómo te fue?

Lo hago como puedo, porque en ese entonces no estaba capacitado para hacerlo. Sobre todo después que Agi, una ilustradora infantil extranjera, suiza o austriaca, que era muy buena, había hecho **La Sirenita**, en esa misma colección.

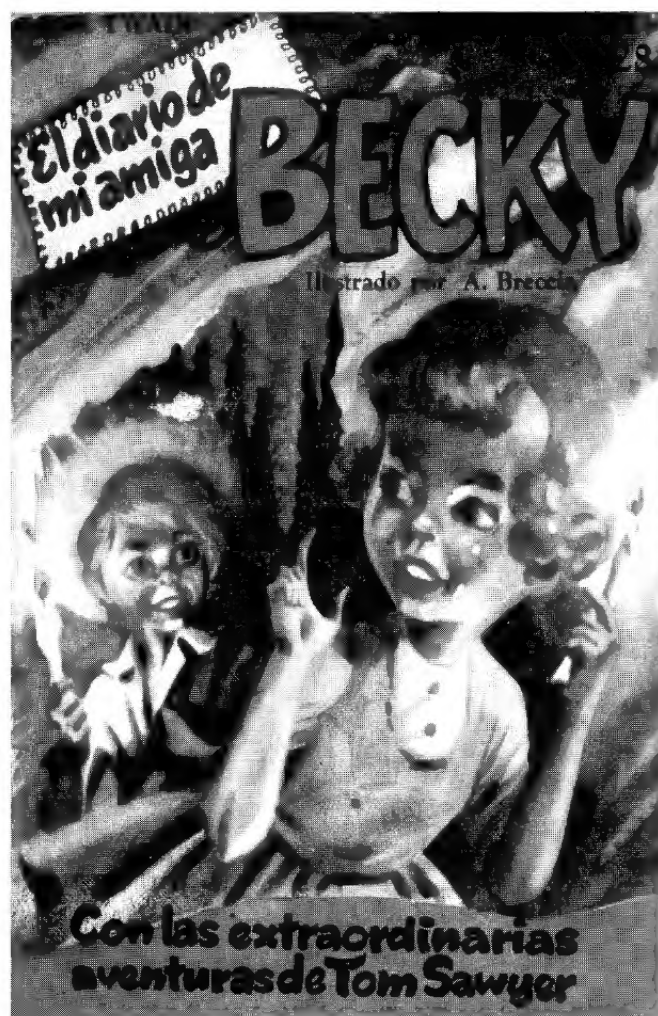


Las aventuras de Pinocho, tapa e ilustración interior, Editorial Abril, 1949.





Animalitos de mi Jardín, Biblioteca Bolsillitos, número 60, Editorial Abril, 1953. Texto de Héctor G. Oesterheld.



El diario de mi amiga. *Becky*, número 28, Editorial Abril, Buenos Aires, septiembre de 1955.

Así que lo tuve un tiempo largo hasta que me decidí y lo hice. Ilustraciones en pluma y láminas a color. Después hice **Pinocho**.

¿También para esa colección?

Para otra, **El gallo de oro**. Después hice otros libros de tapas duras, **El sastrecillo valiente**, y algunos más. Y también en una colección pequeña donde hice un detective que era una especie de *Vito Nervio* pequeño. Unos libritos chicos, así. Hice **Tom Sawyer**...

Con ilustraciones.

Más que ilustraciones, eran casi historietas infantiles, eran libritos de historietas. Dos cuadritos por página. Hice también *Juancho Pancho*, que era un pibe soldado de la frontera, en esa misma colección pequeña.

Me interesa tu vinculación con las revistas infantiles, con las publicaciones periódicas: Gatito, Bolsillitos...

Yo estuve desde el comienzo en **Gatito**, estuve en **Bolsillitos**, estuve en **El diario de mi amiga**.

¿Quién dirigía **Bolsillitos**?

Era Boris, Boris Spivacow, el que dirigía el departamento de literatura infantil. Por lo menos, era con el que yo siempre trataba y el que daba la cara. Él firmaba siempre con el seudónimo de Sirob, o sea, Boris al revés. Ilustré muchos cuentos suyos. Con él hicimos *Perrito doctor*, *Silvia la ardillita*, *Pantaleón y Dominguita*, personajes muy lindos.

¿Eran cuentos para la colección **Bolsillitos**?

Para **Bolsillitos**, y dibujé *El diario de mi amiga*, varios, algunos con un muchacho alemán que firmaba Dieter, y también algunas aventuras en *Gatito*, revista mensual.

¿Qué participación tuviste en lo de *Gatito*?

En la formación de *Gatito* y en el nacimiento del personaje, ninguna. Simplemente me llamaban para hacer cosas, ilustraba cuentos, hacía una historieta. Siempre unitaria, nunca personajes. Y trataba con Boris y con una chica alemana, Susy no sé cuánto, que era dibujante también. Adentro estaba Csecs...

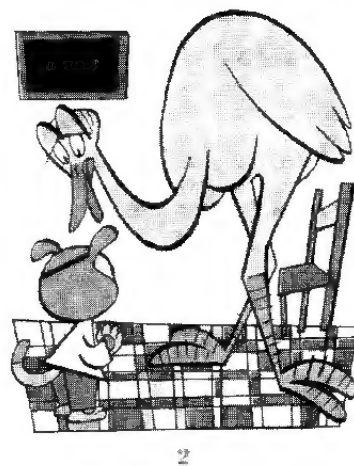
Que era muy bueno, Csecs. Él hizo todo Gatito, todos los personajes son suyos.

No todo; estaba también Castillo o Del castillo, un muchacho que también estaba ahí y hacía Inosito, creo, uno de los dos personajes.

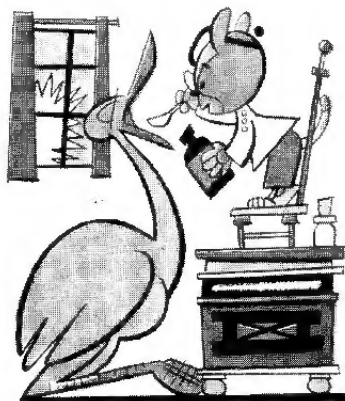
¿Quién escribía todo eso?



1
El 5 de enero fue un día de mucho trajín para Perrito Doctor. Apenas abrió el consultorio se presentó su amigo Marcelo Avestruz, muy agitado, y le dijo: "¡No puedo más, tic!



2
¡Me tragué un despertador, tac, y resulta, tic, que estaba, tac, funcionando, tic! Y ahora, tac, estoy, tic, todo el tiempo, tac, déle hacer: "¡tic-tac! ¡tic-tac! ¡tic-tac!"



3
"No te aflijas", le contestó Perrito Doctor. "Cuando se le termine la cuerda no te molestará más". Y le dio un calmante para que se durmiera hasta que el despertador se callara.



4
Después llegó Monito Fifi, muy afligido. "¡Nunca, nunca más podré caminar bien!", sollozó. "Me torcí un pie, y ahora ya no puedo apoyarlo como se debe. ¡Ji-ji-jiii! ¡Ji-ji-jiii!"

página 14

La noche de reyes de Perrito Doctor, Gatito, número 18, Editorial Abril, 1953. Guión de Boris Spivacow.



Ilustración para **Una nueva y gloriosa Nación**, **Conocimientos Básicos**, número 404, Editorial Kapelusz, 1950.

Oesterheld. Héctor escribía Inosito y Gatito, que eran creación de él. Después había otros que escribían otros cuentos.

¿Tuviste ningún contacto con él en esa época?

Con Héctor, nada.

¿Y para las revistas de historietas de aventuras donde trabajaba él?, ¿nunca te llamaron? Julio Portas, todos esa gente...

No, nunca me llamaron para hacer historietas serias. Y estuvo Eisen a cargo, también.

¿Para Abril qué otras cosas hiciste?

Hice alguna ilustración en aguada de los comienzos de **Idilio**, cuentos de amor femeninos. Pero ocasionalmente.

En aquella época era todo un espacio ese, incluso el tano Pratt hizo ilustraciones para revistas femeninas...

Claro, laboró también Raúl Alonso, que firmaba Kali...

*Hizo todas las primeras tapas de **Claudia**.*

El ilustrador de más prestigio que trabajaba en eso era Lisa, que siguió vinculado a Atlántida hasta que murió, hace poco. Él ilustraba en **Leoplán**, en **Vo-**

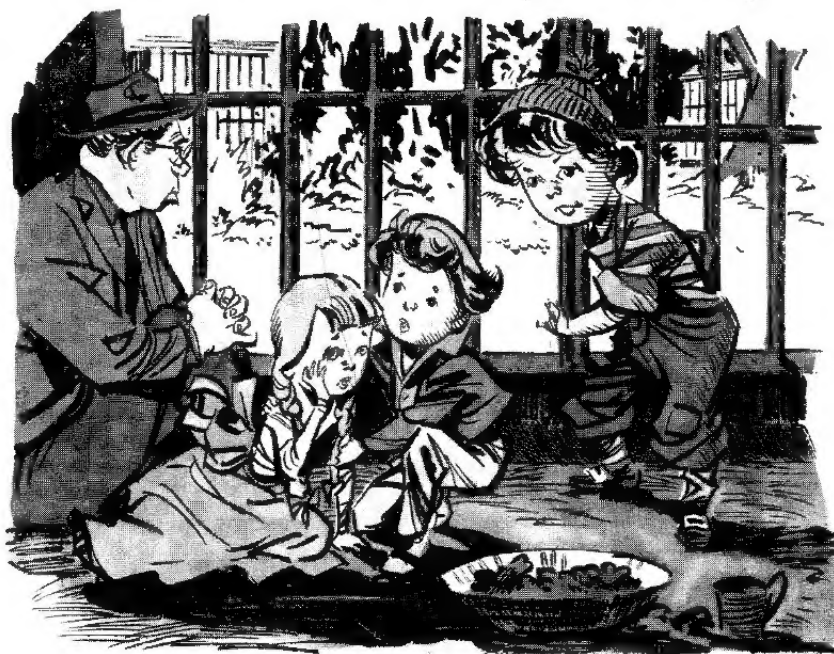
sotras, en Chavela. En todas estaba.

Vos también hiciste de todo en esos años. Alguno de mis libros de lectura en la primaria, en los cincuenta, tenían ilustraciones tuyas.

Es que cuando nace Enrique, en el 45, me llaman de Kapelusz y me empiezan a encargar ilustraciones, que pagaban mucho dinero. Y eso me salva bastante, porque hasta ese momento estaba pasando crujías... Son ilustraciones para libros de texto...

Que tampoco habías hecho nunca.

Que nunca había hecho. Y entonces me lo tomo muy en serio. Me documentaba, me iba al Instituto Sanmartiniano y a lo mejor para hacer una viñeta de dos centímetros, perdía tres días: trabajé mucho tiempo en eso. Hice dos libros escolares con Kapelusz y cuatro o cinco con Códex.



Ilustraciones para **Peter Pan**, número 46,
Publicaciones Universales, 1955.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en cinco series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie **rojo**: Mis cuentos. Serie **verde**: Mis amigos. Serie **azul**: Mi escuela. Serie **naranja**: Mis juegos. Serie **amarilla**: Mis alegrías.

Primeros títulos:

- ◆ EL PATITO FEO
- ◆ EL PATO DONALD
- ◆ LA CENICIENTA
- ◆ 4. EL CIRCO
- ◆ CAPERUCITA ROJA
- ◆ LA ESCUELITA
- ◆ INOSITO
- ◆ 8. LA GRANJA
- ◆ PUNTITOS CON SORPRESAS
- ◆ PLUTO

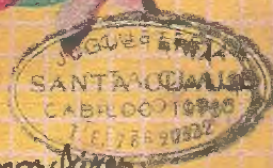
Luego aparecerán:

EL JARDIN ZOOLOGICO - GATITO CON BOTAS - BAMBI - ANIMALITOS DE MI JARDIN - EL RATON MICKEY - LOS TRES OSOS - LOS JUGUETES - ANIMALITOS PARA PINTAR... y muchos títulos más.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 20 de enero de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Inés

EL CIRCO



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 4

H 4189

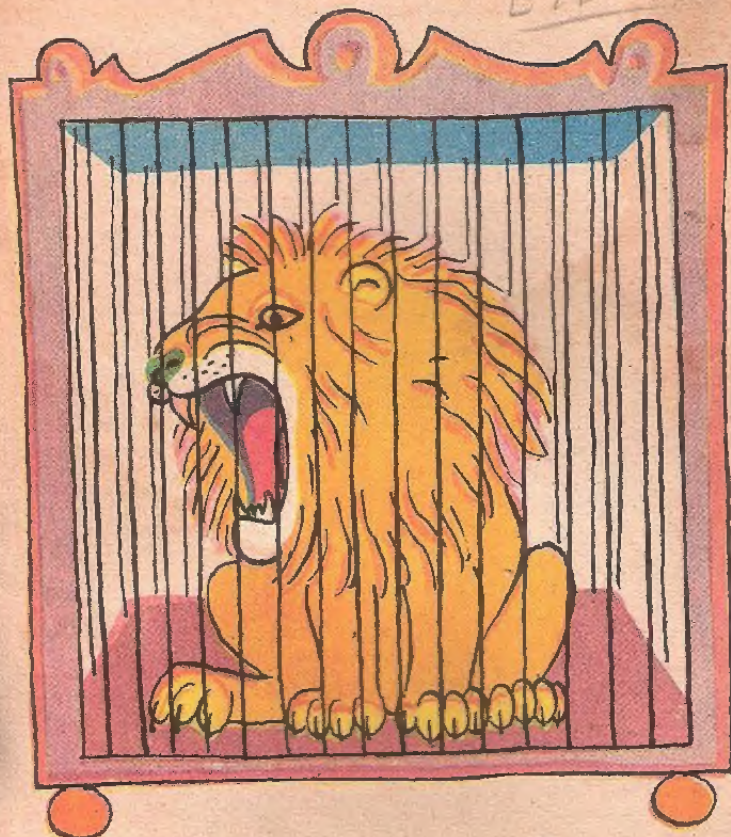
El circo Perlimplín tiene muchas
banderitas



y un cartel
dorado que dice:



ETD



A la entrada, para que lo vean
bien, está el león, rugiendo
como si le dolieran las muelas.

Pero en realidad lo que le duele es otra cosa...



porque Roc, el enanito del circo, le ha puesto en la cola, mientras dormía, una trampa de cazar ratones.

Para que los chicos conozcan el circo la jirafa los lleva



a dar una vuelta montaditos en su cuello.

Y el mono Asdrúbal,



colgado de
una argolla,

les roba los chocolates
sin que se den cuenta.

El mago Chim-Chim entretiene
al público con pruebas
maravillosas:

hace salir un
conejo de una
galera!



unas palomas
de un vaso.



y una bandera de
la nariz de Lita.

Y como sabe que es el cumpleaños de Totito dice "abracadabra" y aparece una torta con velitas.

Después vienen los payasos:

rebotam como
pelotas de goma,

se tragan una
espada encendida

y se trepan por
un palo colado.



Hugo, el
equilibrista,
se sube a un
trapezio que

queda más alto
que el cielo
y, muy
cómodamente,
se pone a leer
el diario.

Luego se mete dentro
de un cañón y, cuando
Roc le aproxima
un fósforo,



sale volando por los
aires, muy contento.

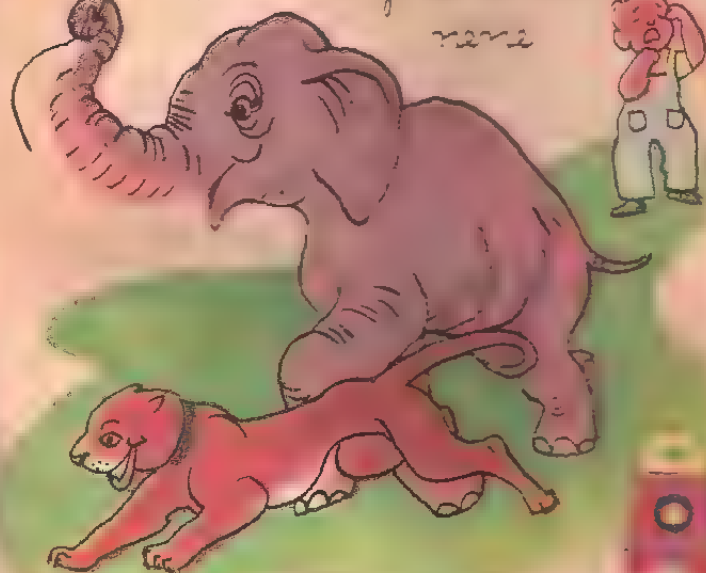
El número que todos esperan
es el baile de los elefantes:



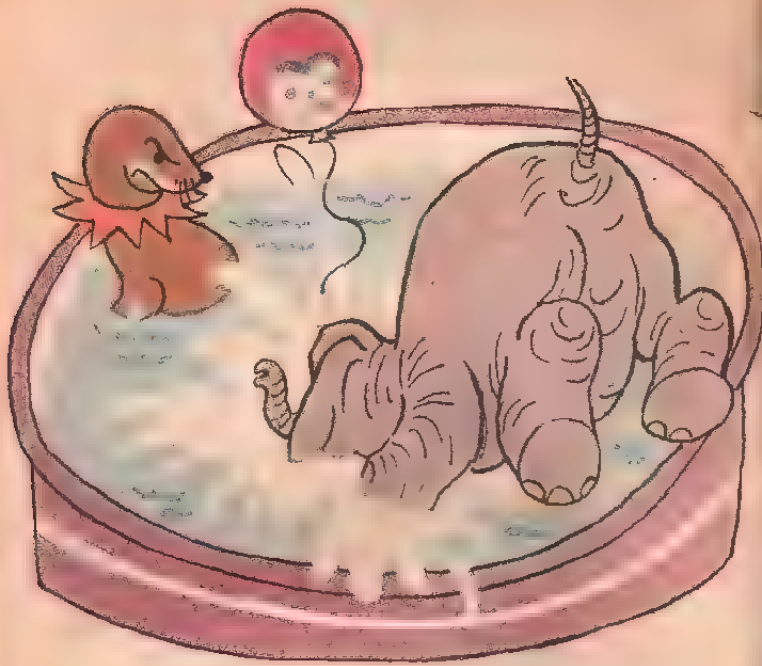
los elefantes
salen muy
arreglados
y al mismo
tiempo
levantan una
pata y bajan
la cabeza.



Una vez el elefante
Raulito, que es el más
chiquito de la compañía,
en lugar de bailar le
sacó un globo a un
nene

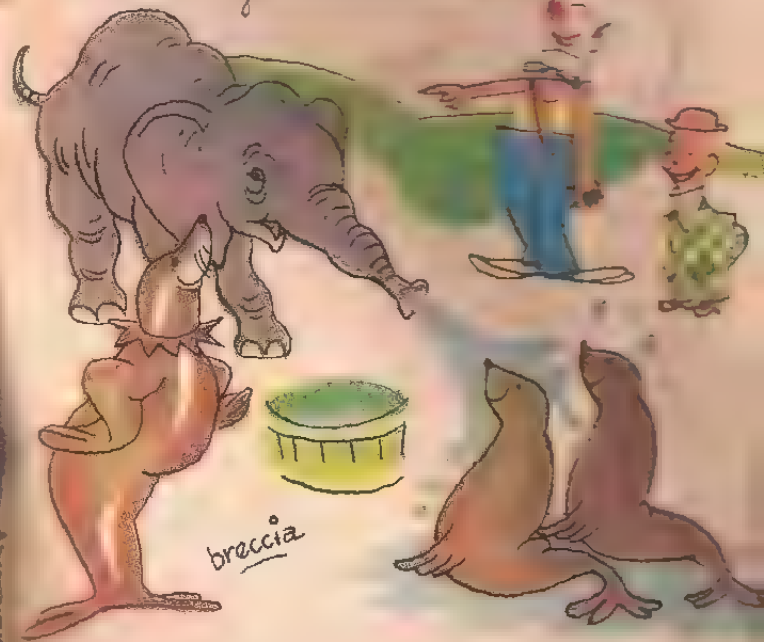


y se fué a jugar con
su amiga la panterita.



Pero, por perseguir el globo, se cayó en el estanque de la foca... y salió la foca muy enojada porque creía que le robaban su pescado.

Para calmarla Pancho hizo que bañar a las focas con una ducha con su bomba... ¡Cómo se divertían en Pancho toda la gente así...



ILUSTRACIONES DE ALBERTO BRECCIA

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en cinco series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie **rojo**: Mis cuentos. Serie **verde**: Mis amigos. Serie **azul**: Mi escuela. Serie **naranja**: Mis juegos. Serie **amarilla**: Mis alegrías. Serie **blanca**: Mis animalitos.

Primeros títulos:

- ♦ EL PATITO FEO
- ♦ EL PATO DONALD
- ♦ LA CENICIENTA

4. EL CIRCO

- ♦ BAMBI
- ♦ CAPERUCITA ROJA

7. INOSITO

8. LA GRANJA

- ♦ PUNTITOS CON SORPRESAS

♦ PLUTO

Luego aparecerán:

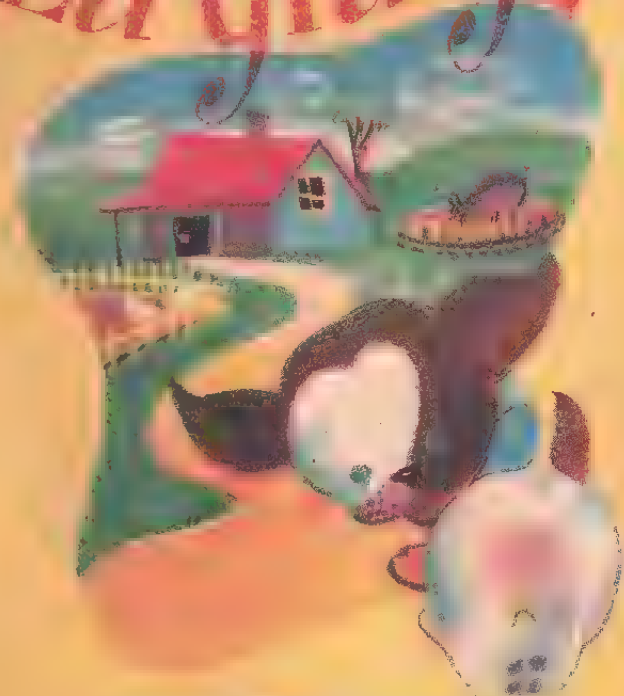
EL JARDIN ZOOLOGICO - GATITO CON BOTAS - LA ESCUELITA - ANIMALITOS DE MI JARDIN - MICKEY - LOS RATONCITOS - PINOCHO - LOS PERRITOS - ANIMALITOS PARA PINTAR... y muchos títulos más.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho e depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de cat. en Argentina. Se terminó de imprimir el 9 de Abril de 1957 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Lánchez Puyol

La granja

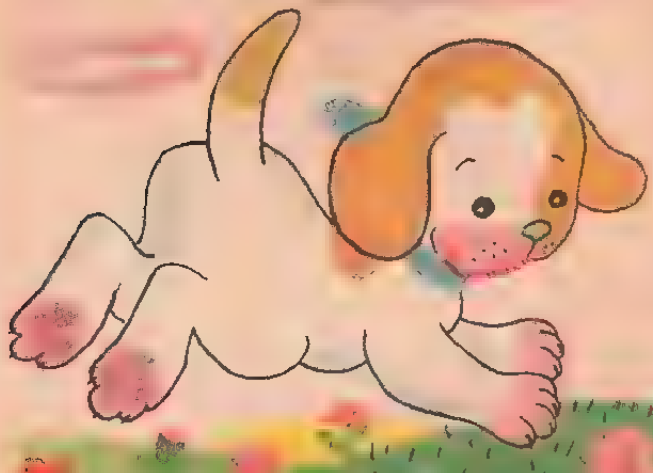


Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 8

H 32 38 -C

Este es Rubito, un perrito con
un moño azul que va muy
contento por el campo...



las orejitas para abajo...
la colita para arriba.

Y ésta es una granja...
con arbolitos...



un corral...

y un gallinero

A Bubito le gusta mucho la granja.
Y quiere divertirse. Encuentra a
un burrito cargado con leña.



- ¿Te llevo la
leña, burrito?
- Bueno...



Pero Bubito **no puede**
llevar la leña...



Bubito ve a los cabritos y quiere saltar como ellos.

¿Todos les gusta verlo saltar:

al caballo...



al buey...



a la oveja ..

Pero a mamá cabra no le gusta,

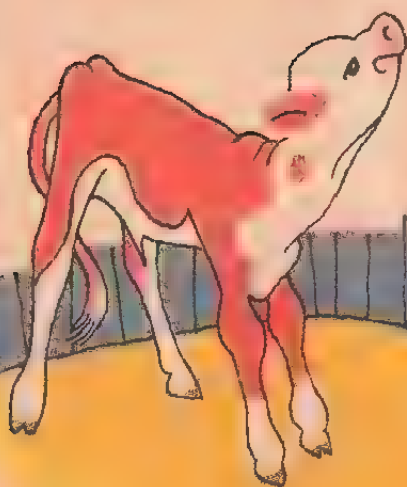


y Bubito tiene que correr
ligerito ligerito...

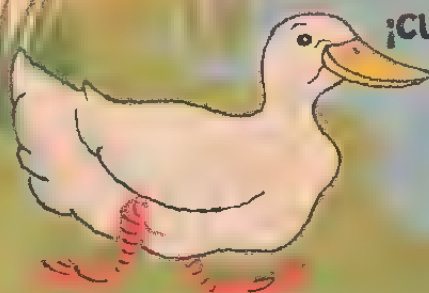


Esta es mamá vaca con su
ternero tomando leche. Bubito
quiere tomar también, pero...

...¡pero ternerito dice que no!



¡CUAC-CUAC!



¡CUAC-CUAC!

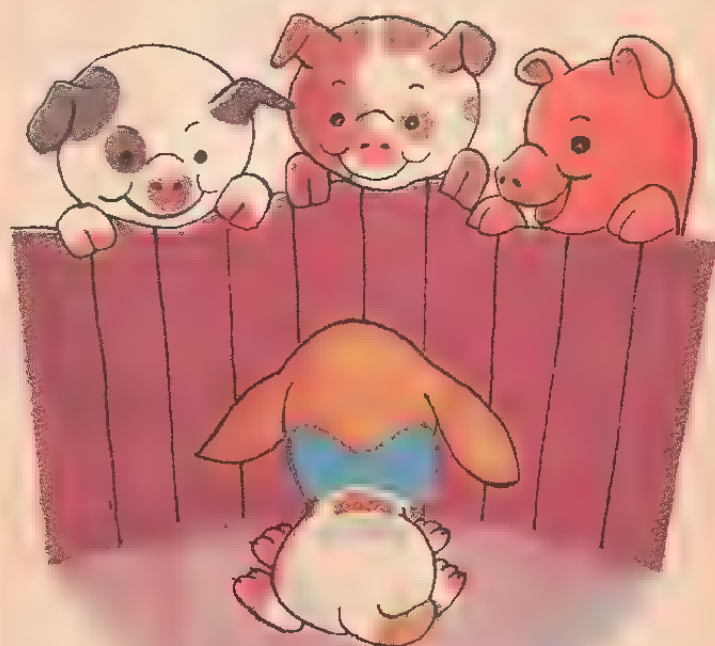


Una pata y sus patitos van
apurados a la laguna.
Bubito se pone en la fila, pero...
cuando llegan a la laguna...



¡Qué fría está el agua!
 Los patitos se ríen y salpican
 a Bubito. ¡Patitos malos!

Estos son tres chanchitos
 aromados a una cerca.



-¡Lalta la cerca, Bubito, y ven
 a jugar!- gritan los chanchitos.

Bubito salta la cerca y...



Cae en un montón de barro.
¡Adiós, moño azul!

En este carrito lleno de paja vuelve
Bubito de su paseo a la granja.
Está cansado, pero muy contento.
¡Se divirtió tanto con los animalitos!



de "LA GRANJA" un librito que ha sido escrito por Héctor
Sánchez Puyol e ilustrado por Alberto Breccia.

BIBLIOTECA BOLSILLETOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. Serie roja: Mis amigos. Serie verde: Mi escuelita. Serie naranja: Mis juegos. Serie amarilla: Mis alegrías. Serie violeta: Mis animalitos.

Primeros títulos:

1. EL PATITO FEO
2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA
4. EL CIRCO
5. BAMBI
6. CAPERUCITA ROJA
7. INOSITO
8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO
11. LA ESCUELITA
12. GATITOS CON BOTAS
13. PINOCHO
14. LOS RATONCITOS
15. MICKEY
16. BLANCA NIEVES

Luego aparecerán:

EL JARDIN ZOOLOGICO - ANIMALITOS DE MI JARDIN - LOS PERRITOS ENANITOS... y muchos títulos más.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 26 de Abril de 1992 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Héctor Sánchez Puryol

Los ratoncitos



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS 14



¡Hola! ¿Conque deseas saber cómo
vivimos los ratoncitos? ¡Pues,
entonces, agáchate y sígueme!



Esta es mi cuerita.
Cómoda, ¿verdad?

Aquí está mi mamá. Mis
hermanitos están apretados
contra ella. ¡Qué lindo es
estar juntito a mamá!



Papá está buscando queso.
Siempre está buscando queso.
¡No vayas a creer que se lo
come él solo!



Y trae siempre
para toda la familia.



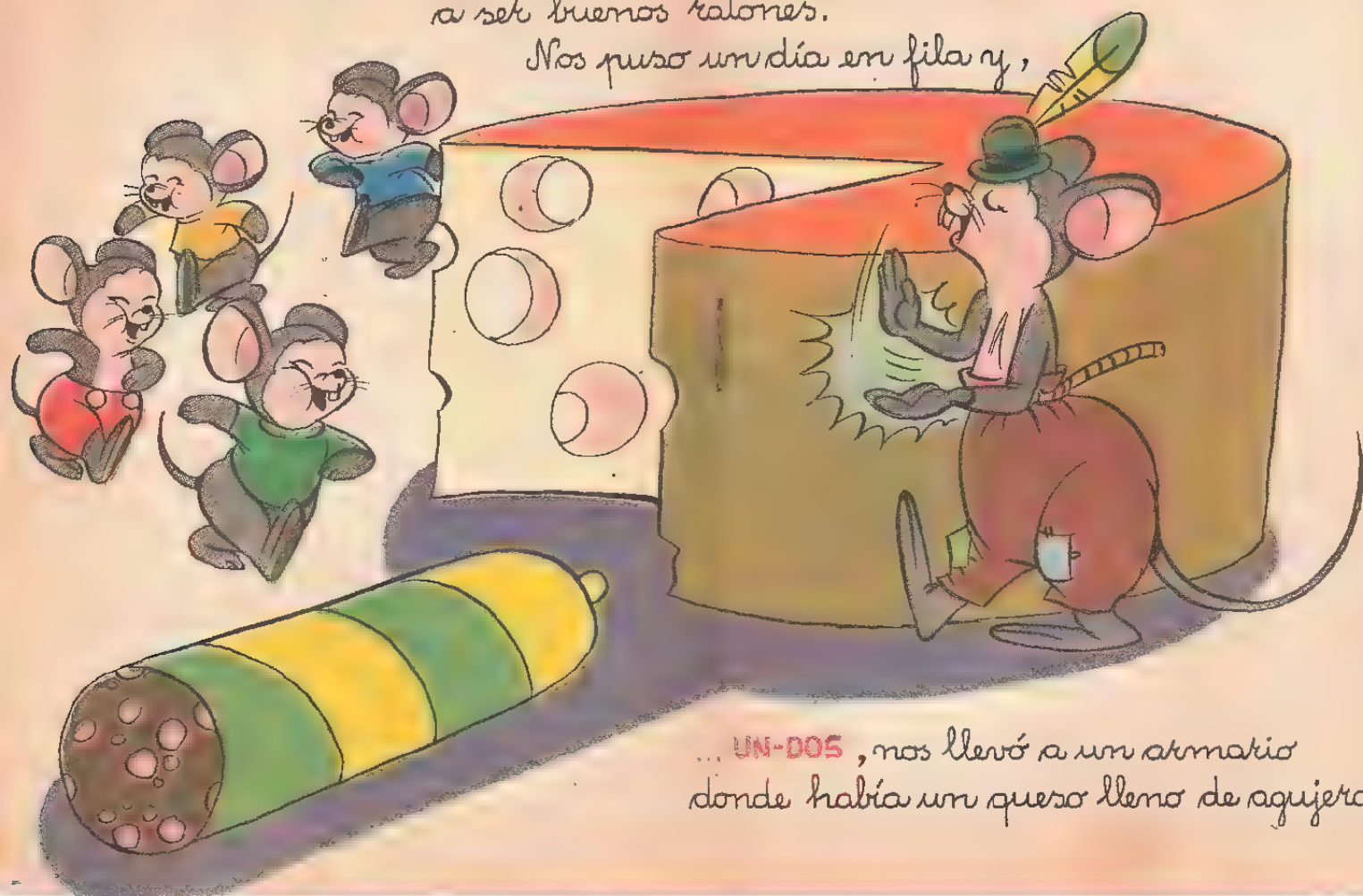
A veces vamos de paseo a casa del primo Barrigón, que vive en el campo. Nos da a cada uno una servilleta y nos damos un banquete con algún choclo grande, de granos bien duros...



También visitamos a tío Bigotes, que tiene un nido en un campo de trigo.

¡Qué lindo es comer trigo al sol, en un nido cómodo y blandito!

Desde chiquitos papá nos enseñó
a ser buenos ratones.
Nos puso un día en fila y,



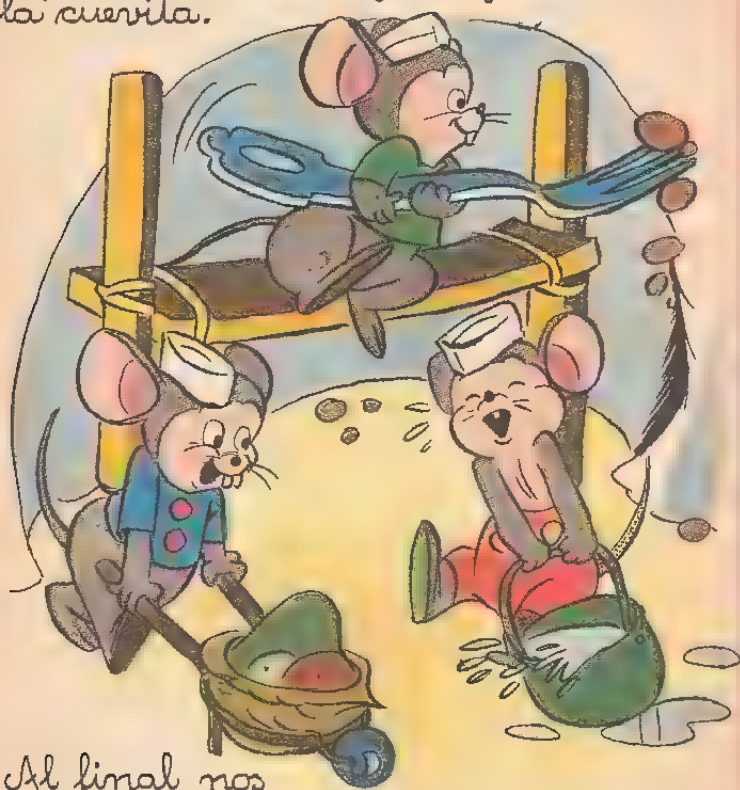
... **UN-DOS**, nos llevó a un armario
donde había un queso lleno de agujeros.

Nos enseñó a no
hacer caso de
las trampas...

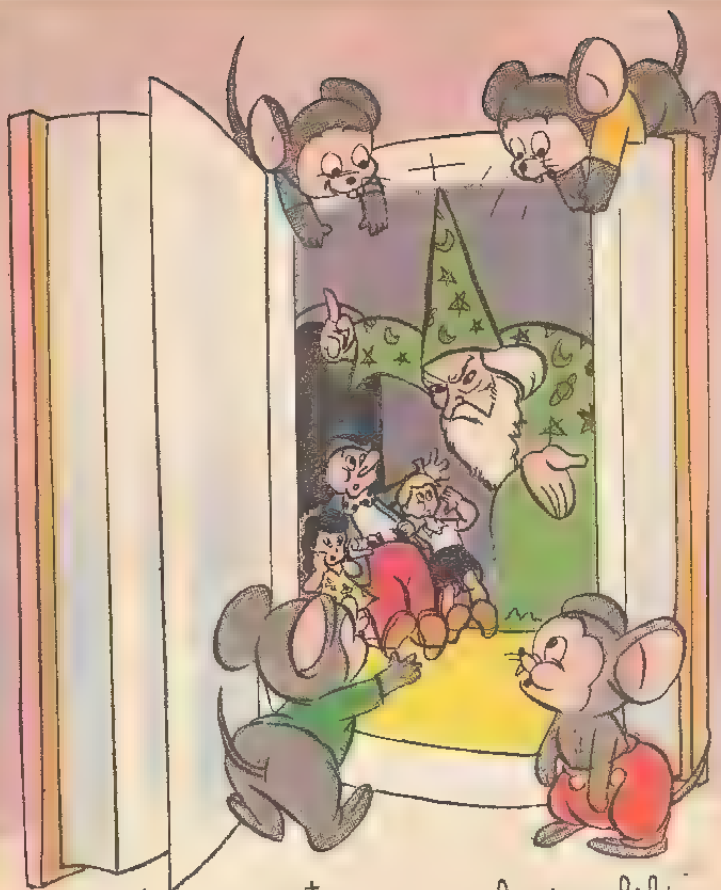


...y a correr ligerito
cuando viene el gato.

Cuando fuimos ya mayoresitos
tuvimos que trabajar agrandando
la cuevita.

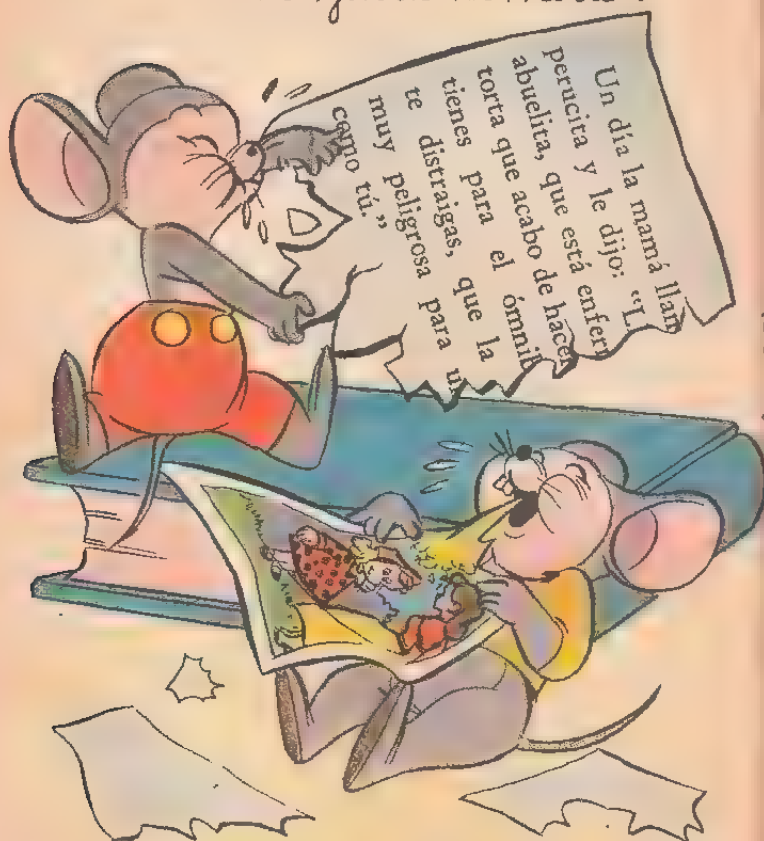


Al final nos
dolían las uñas de tanto cavar.



Cuando encontramos algún libro
nos gusta mirar los adornos de la
tapa y los dibujos de colores, pero...

...¡mucho, mucho más
nos gusta comerlo!



Otra cosa que nos gusta mucho es...

¡Un momento! ¡Qué olorcito!
¡Papá ha de haber traído queso!
¡Si no me apuro mis
hermanitos me dejarán sin nada!
¡Hasta pronto!



Fin

de "LOS RATONCITOS", un librito escrito por H. SÁNCHEZ
PUYOL e ilustrado por ALBERTO DEL CASTILLO.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja:* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuela. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

1. EL PATITO FE0 2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA 4. EL CIRCO
5. BAMBI 6. CAPERUCITA ROJA
7. INOSITO 8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO 11. LA ESCUELITA
12. GATITO CON BOTAS 13. PINOCHO
14. LOS RATONCITOS 15. MICKEY
16. BLANCA NIEVES
17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI

DUMBO - HANSEL Y GRETTEL - LOS
NUMERITOS - LOS TRES CHANCHITOS...
y muchos títulos más

BIBLIOTECA BOLSILLITOS Copyright by
Editorial Abril. Hecho el depósito de ley.
Todos los derechos reservados. Libro de
edición argentina. Se terminó de imprimir
el 30 de Junio de 1952 en los Talleres Grá-
ficos Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A.

Los perritos



B.B. BOTECA
BOLSILLITO 17

El día de Pichito

Pichito y Cuzquito son dos
perritos que tienen
mucho que hacer.



Por la mañana, bien
tempranito, traen el diario.

Después se entretienen
ladrándole al gato
Micifuz...

H H 192



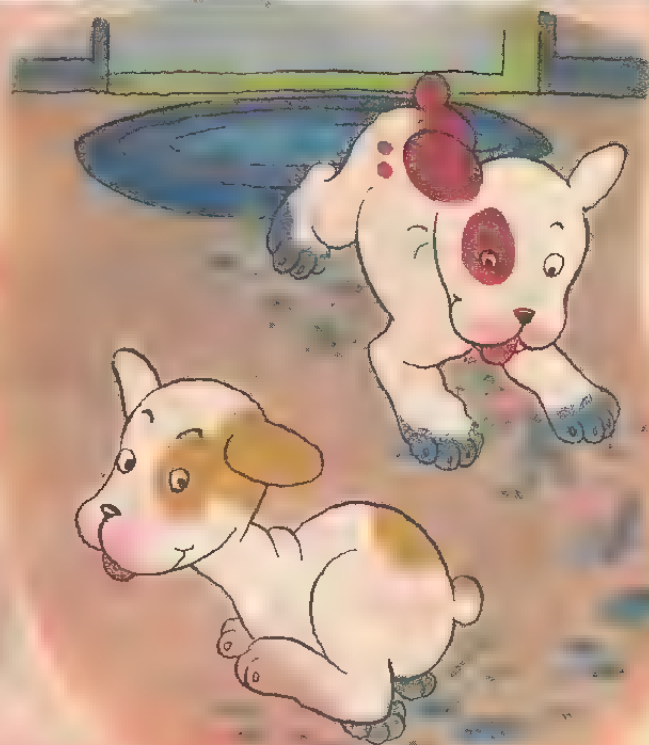
o rompiendo las medias
de Anita y de Carlos.



Por la noche vigilan
la casa...

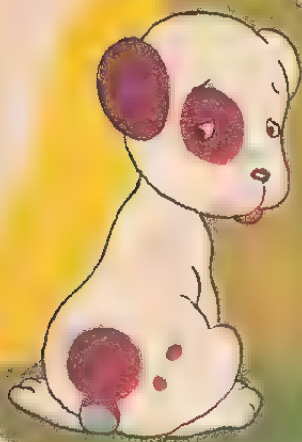


Lo más difícil es cuidar a
Pablito. ¡Nunca se sabe cuándo
empieza a llorar ni cuándo
le tira a uno de la cola!

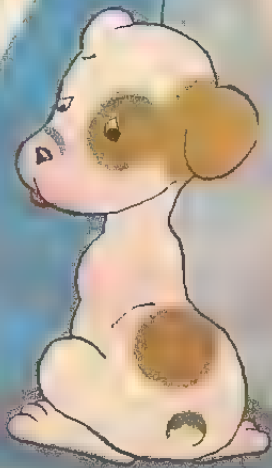


¡Perritos, esto no se hace!
¡Nunca hay que entrar en
la sala con las patitas
llenas de barro!

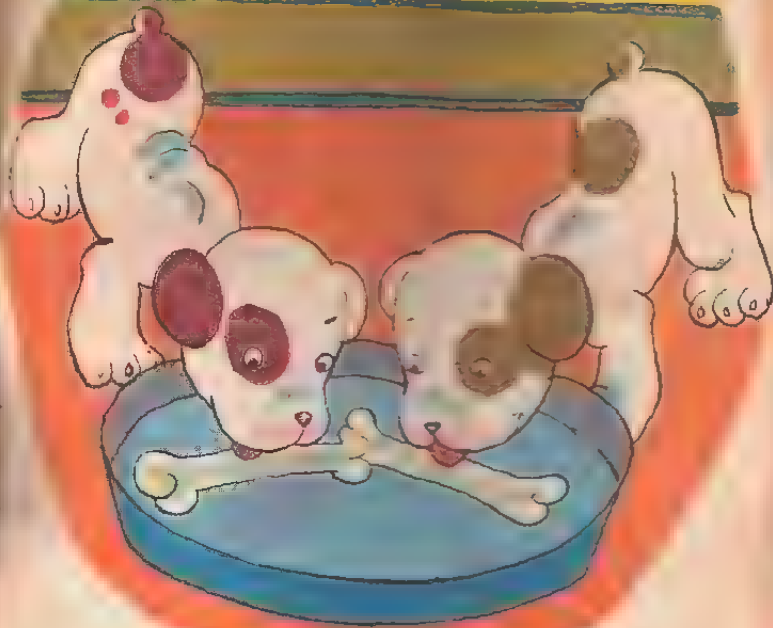
¡Y mucho más feo todavía
es que Anita los ponga en
penitencia!



En este
rincón está
Pichito...



...y en este
otro está
Cuzquito.



La penitencia nunca es
demasiado larga. Pronto Anita
trae un rico hueso para
cada uno...

...y los manda a jugar al
jardín, donde corren a las
mariposas...y a los pajaritos...

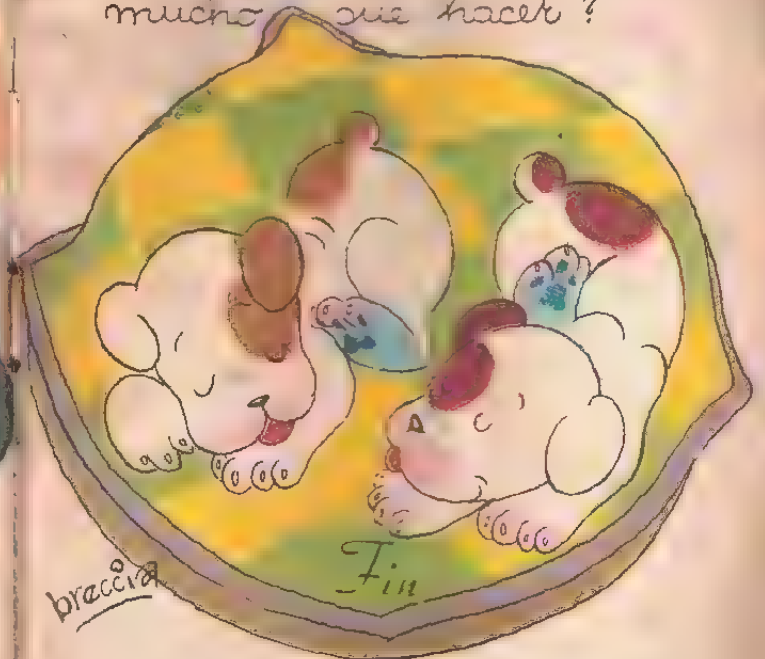


y miran y remiran
a doña Tortuga.



Cuando llueve Pichito y
Cuzquito escuchan la radio..

y se duermen bien calentitos
en un gran almohadón.
¿Verdad que Pichito y Cuzquito
son dos perritos que tienen
mucho que hacer?



de "LOS PERRITOS", un librito escrito por H. SÁNCHEZ
PUYOL e ilustrado por ALBERTO BRECCIA.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. Serie roja: Mis amigos. Serie verde: Mi escuela. Serie naranja: Mis juegos. Serie amarilla: Mis alegrías. Serie violeta: Mis animalitos.

Primera serie:

1. EL PATITO FE0 2. EL PATO DONALD
3. LA CENICIENTA 4. EL CIRCO
5. BAMBI 6. CAPERUCITA ROJA
7. INOSITO 8. LA GRANJA
9. PUNTITOS CON SORPRESAS
10. PLUTO 11. LA ESCUELITA
12. GATITO CON BOTAS 13. PINOCHO
14. LOS RATONCITOS 15. MICKEY
16. BLANCA NIEVES
17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI

Segunda serie:

DUMBO - HANSEL Y GRETEL - LOS NUMERITOS - LOS TRES CHANCHITOS... y muchos títulos más

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 30 de junio de 1952 en los Talleres Gráficos Cía. Gral. Fabril Financiera, S. A.

Los tres osos



Editorial Abril - Buenos Aires



La familia Osín vivía en una casita del bosque.

En la casita había una silla grande para papá Oso, que era grande...
... una silla mediana para mamá Osa, que era mediana...



... y una silla chiquita para Osito, que era bastante chiquito.

Y había también tres camas:



una grande para papá Oso,



una mediana para mamá Osa



y una chiquita para Osito.

Un día, mamá Osa hizo un caldo riquísimo y lo sirvió en tres platos: uno grande para papá Oso, uno mediano para mamá Osa y uno chiquito para Osito.





Y, mientras el caldo se enfriaba, los tres se fueron a pasear. Pero se olvidaron de cerrar la puerta.

Ocurrió que Rizos de Oro, que era una nena que paseaba por el bosque, entró en la casita.





Como estaba cansada se sentó en la silla grande. Pero era demasiado grande.

Entonces se sentó en la mediana. Pero todavía era grande.



Entonces se sentó en la chiquita. Pero era muy chiquita y la rompió.



Después Rizos de Oro tuvo hambre y, como había visto el caldo, tomó una cucharada del plato grande, dos del mediano y ... ¡todo el caldo del chiquito!

Muerta de sueño entró en el dormitorio. Primero se acostó en la cama grande, después probó la mediana y, por último, se acostó en la chiquita y se quedó dormida. En ese momento



llegaron los tres osos.
-¡Alguien se ha sentado en mi silla! -dijo papá Oso.
-¡Y en la mía!



-dijo mamá Osa.
-¡Y ha roto la mía!
-lloriqueó Osito.

Y cuando entraron en la cocina:

- ¡Alguien tomó
una cucharada
de mi caldo!
- dijo papá Oso.



- ¡Y dos del
mío! - dijo
mamá Osa.



- ¡Y todo el mío!
- se lamentó Osito.

Luego fueron al dormitorio.

- ¡Alguien se acostó en mi
cama! - dijo papá Oso.

- ¡Y en la mía! - dijo mamá
Osa.

- ¡Y aquí está, durmiendo en
la mía! - dijo aplaudiendo Osito.





Entonces Rizos de Oro se despertó
y salió corriendo.
Y corrió y corrió hasta que
Osito pudo alcanzarla y ...

... la llevó de vuelta a su casa
para convidarla con el caldo
que había quedado en la olla.



Fin

de "LOS TRES OSOS", un librito adaptado por Noñé
e ilustrado por ALBERTO BRECCIA.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. *Serie roja:* Mis amigos. *Serie verde:* Mi escuela. *Serie naranja:* Mis juegos. *Serie amarilla:* Mis alegrías. *Serie violeta:* Mis animalitos.

Acaban de publicar:

- | | |
|----------------------------|-------------------|
| 17. LOS PERRITOS | 18. LOS TRES OSOS |
| 19. ANIMALITOS PARA PINTAR | |
| 20. QUIQUIQUI | 21. DUMBO |
| 22. HANSEL Y GRETTEL | |
| 23. LOS NUMERITOS | |
| 24. LOS TRES CHANCHITOS | |
| 25. COLORIN COLORADO | |
| 26. MIS JUCUETES | 27. LOS ENANITOS |
| 28. TAMBOR EL CONEJITO | |
| 29. SILVIA LA BRUJITA | |
| 30. LOS PAJARITOS | |
| 31. MICKEY Y EL GIGANTE | |
| 32. LA BELLA DURMIENTE | |

Luego aparecerán:

LOS BURRITOS - LOS DOS MELLICITOS
LAS HADAS... y muchos títulos más

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 24 de Septiembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

SILVIA LA BRUJITA



Editorial Abril - Buenos Aires

CARITO

ARGENTINA INGRESOS 24



SILVIA era una ardillita, pero una ardillita fea.

"Esta ardillita fea me puede servir", pensó el León, que era el Rey del Bosque. Y siguió pensando.

"La mandaré a estudiar a la Escuela de las Brujas para que sea una bruja, una bruja del bosque, y me ayude a conseguir que los animales me tengan todavía más miedo", siguió pensando el León. Y mandó a Silvia, la ardillita, a la Escuela de las Brujas.





La bruja maestra le compró un gran paraguas (para meterlo en la cueva de los conejitos y hacerlos morir de miedo), una gran trompeta (para asustar a los animalitos en mitad de la noche) y una pequeña escobita (para volar por el cielo cazando pájaros), y Silvia, la ardillita, fué una brujita hecha y derecha.

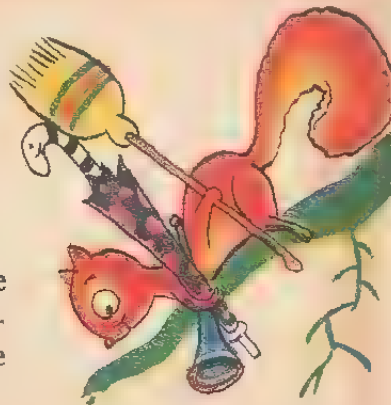


Entonces volvió al bosque.

"¡Qué suerte", pensó el León, que era el Rey del Bosque. "Ahora voy a decirle todo lo que tiene que hacer".

Y llamó a Silvia y le dijo, ¡ru! ¡ru! ¡ru! todo lo que tenía que hacer.

Pero Silvia oyó, ¡ru! ¡ru! ¡ru!, todo lo que tenía que hacer e hizo, ¡cri! ¡cri! ¡cri!, lo que a ella le gustaba hacer.



Con su gran paraguas no hizo morir de miedo a los conejitos, no. Con su gran paraguas recién pintadito, sí, se fué a la orillita del río y lo plantó como una gran sombrilla, para que los conejitos bañistas pudieran tenderse a su sombra y leer un buen libro de cuentos.



Con su gran trompeta no asustó a los animalitos en mitad de la noche, no. Con su gran trompeta, sí, enseñó a los animalitos a tocar hermosas melodías, como tocan los jilgueros y los ruiseñores.



Con su pequeña escobita no voló por el cielo cazando pájaros, no. Con su pequeña escobita, sí, barrió las nubes del cielo...



y recogió a los pájaros enfermos que no podían volar.

Por eso todos decían:

—¡Qué linda es Silvia, la ardillita bruja!

Y, sin embargo, no era así: Silvia, la ardillita bruja, era fea, aunque todos la encontraban linda.

Un día, el León, que era el Rey del Bosque, la llamó y le dijo, ¡ru! ¡ru! ¡ru!, que estaba muy enojado. Y Silvia le contestó, ¡eril! ¡eril! ¡eril!, que ella estaba muy contenta.

Entonces el León le gritó:



Pero Silvia, sin asustarse ni un pelito, le contestó:

—¡Cri! ¡Cri! ¡Cri! Me escaparé.

Y, montando en su pequeña escobita, echó a volar, muy cerquita del suelo.



El León, furioso, echó a correr tras ella. Y corrió y corrió hasta que, de pronto, ¡ru! ¡ru! ¡ru!, lanzó un terrible rugido.

—¡Me clavé una espina! —rugió—. ¡Ru! ¡Ru! ¡Ru! ¡Cómo me duele!

Y quiso quitársela, pero no pudo.



Entonces Silvia, la ardillita bruja, bajó volando, le agarró la pata y le arrancó la espina.

Y cuando el León, que era el Rey del Bosque, sonrió, Silvia, la ardillita bruja, también sonrió. Y dijo:

—Ya ves, Rey León, que es mejor ser una brujita buena que una brujita mala. También es mejor ser un rey bueno que un rey malo, de modo que, por favor, pórtate mejor con los animalitos del bosque.

Y, montando en su escobita, Silvia, la ardillita bruja, se fué volando a visitar a sus amigos.



Fin

de "SILVIA LA BRUJITA", un librito escrito por SIROB e ilustrado por ALBERTO BRECCIA.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. Serie roja: Mis amigos. Serie verde: Mi escuela. Serie naranja: Mis juegos. Serie amarilla: Mis alegrías. Serie violeta: Mis animalitos.

Acaban de aparecer:

- | | |
|----------------------------|-------------------|
| 17. LOS PERRITOS | 18. LOS TRES OSOS |
| 19. ANIMALITOS PARA PINTAR | |
| 20. QUIQUIRIQUI | 21. DUMBO |
| 22. HANSEL Y GRETTEL | |
| 23. LOS NUMERITOS | |
| 24. LOS TRES CHANCHITOS | |
| 25. COLORIN COLORADO | |
| 26. MIS JUGUETES | 27. LOS ENANITOS |
| 28. TAMBOR EL CONEJITO | |
| 29. SILVIA LA BRUJITA | |
| 30. LOS PAJARITOS | |
| 31. MICKEY Y EL GIGANTE | |
| 32. LA BELLA DURMIENTE | |

Próximamente:

LOS BURRITOS. - LOS DOS MELLICITOS.
LAS HADAS... y muchos títulos más

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 24 de Septiembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Los pajaritos



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS

H 83 244

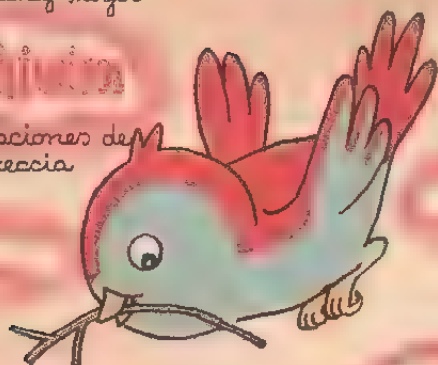
C

H. Sánchez Purjol

H 944/C

Los Pajaritos

Ilustraciones de
A. Breccia



¿Adónde irá tan apurado este
pajarito? ¿Y qué hará con ese
palito que lleva en el pico?
Sigámosle...

Pajarito está haciendo su nido
con palitos, hilos de lana,
plumas y plumitas.
Los nidos son las casas de los
pajaritos.



Un día viene una pajarita...

-¿Te gusta
mi nido,
Pajarita?

-Sí,
Pajarito.

Y Pajarita
se queda en el nido de Pajarito.

Muy alto, cerca de las nubes,
sobre campos y casas, vuelan
los dos pajaritos. Van a picotear
el grano de las espigas
y a probar la fruta jugosa.



Cuando se cansan de volar se
paran en los hilos del teléfono
o en los cuernos de una vaca.



Es lindo bañarse en un charquito

y volar por el cielo con los
demás pajaritos.



¡Qué bien cantan
Pajarito y Pajarita!
A veces se pelean...
pero después siempre se besan.

Cuando llueve y hace frío los dos
pajaritos, muy juntitos, se dan
calor el uno al otro.

En cambio, hay
otros pajaritos
que van a pasar
el invierno a
países muy
lejanos.

Una mañana,
en el fondo del nido,
entre los hilos de lana, las plumas
y las plumitas, aparecen tres
huevoitos muy redondos y muy blancos.



Y otra mañana... ¡piiiiprrripii!
 ¡Qué sorpresa! Los tres huevecitos
 se rompen y salen tres pichoncitos.



Los pichoncitos un poquito
 feos, pero que a Pajarito y
 Pajarita les parecen preciosos.

Pajarita queda en el nido, para
 abrigar a los pichoncitos y para
 cantarles bajito.

Pajarito sale a buscar gusanitos,
 que son los caramelos de los
 pichoncitos.



Pronto los pichoncitos hacen
pío-pío y tienen plumas en
la colita, y el papá trae flores
a la mamá.



A veces tienen mucho miedo.
Cuando se acerca un gato
o algún chico malo.



Papá enseña a los pichoncitos



a volar y a buscar semillitas
y a no tenerles miedo a los
espantapájaros.

El sol se ha puesto y Pajarito,
Pajarita y los najaritos ya
duermen.



Así viven los najaritos.
Debe ser cierto porque...
¡me lo contó un pajarito!

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. Serie roja: Mis amigos. Serie verde: Mi escuela. Serie naranja: Mis juegos. Serie amarilla: Mis alegrías. Serie violeta: Mis animalitos.

Acaban de publicarse

17. LOS PERRITOS 18. LOS TRES OSOS
19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI 21. DUMBO
22. HANSEL Y GRETEL
23. LOS NUMERITOS
24. LOS TRES CHANCHITOS
25. COLORIN COLORADO
26. MIS JUGUETES 27. LOS ENANITOS
28. TAMBORE EL CONEJITO
29. SILVIA LA BRUJITA
30. LOS PAJARITOS
31. MICKEY Y EL GIGANTE
32. LA BELLA DURMIENTE
33. LOS BURRITOS
34. LOS DOS MELLICITOS 35. LAS HADAS
36. LA PRINCESA Y EL PORQUERIZO
y muchos títulos más

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 22 de Octubre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos

60 cts.

H. G. Puryol

LOS BURRITOS



Editorial Abril - Buenos Aires

UN LIBRO DE
OPINIONES



Aquí vienen Pancita y Colita,
pasito a pasito, bajando la cuesta.



Pancita es un
burrito gris;

Colita es un
burrito negro.

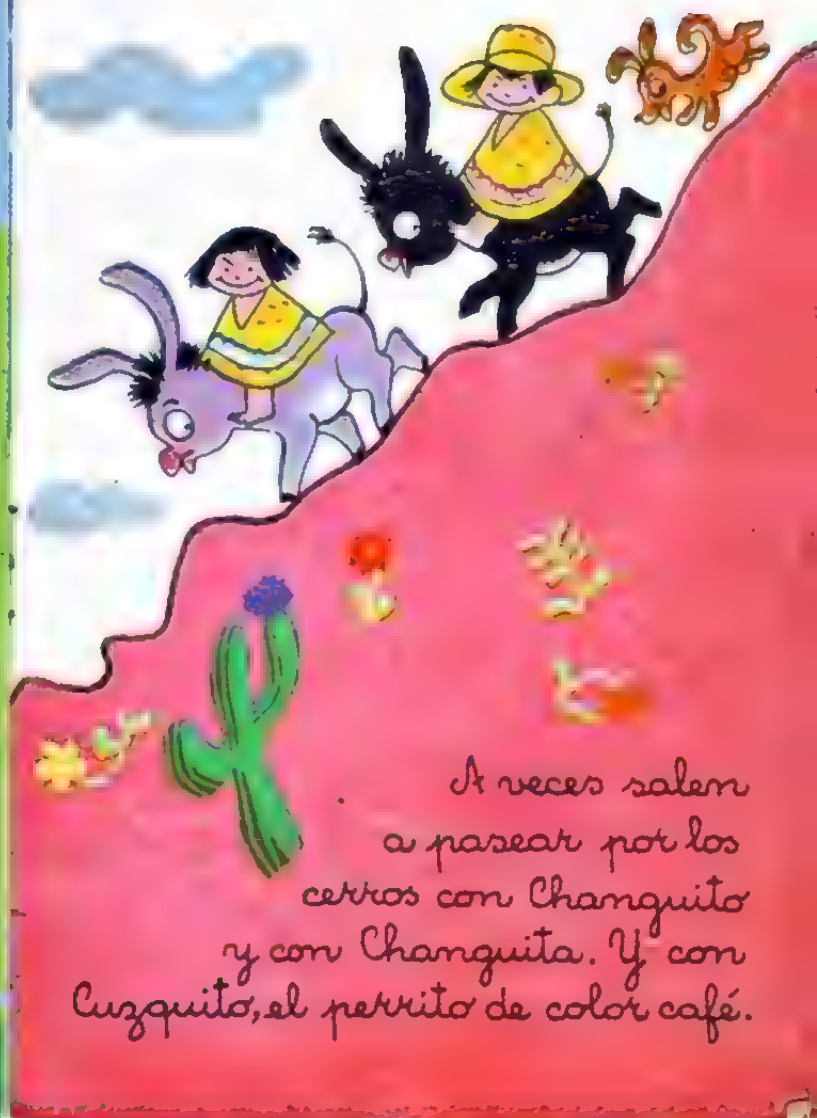
Pancita y Colita viven en un corralito verde, hecho con piedras y piedrecillas, al pie de un cerro bañado siempre por el sol.



A veces charlan con el señor chivo, que es muy serio y sabe muchas cosas.



Pero prefieren los
chirritos, porque
con ellos se puede
correr y saltar.



A veces salen
a pasear por los
cerros con Changuito
y con Changuita. Y con
Cuzquito, el perrito de color café.

Pero no siempre Pancita y
Colita están tan contentos.
Un día el cielo se nubló...



Todo se puso negro, muy
negro, negrísimo... y hubo un
gran trueno... y empezó a nevar.



Liguió nevando y nevando
y los dos burritos tuvieron
mucho frío.



Negó y negó y la nieve les
llegó hasta las orejas. ¡Pobrecitos
los dos burritos!



Pero en eso vinieron Changuito y Changuita, cada uno con una pala. Y empezaron a cavar.

Changuito y Changuita los sacaron de la nieve y los llevaron a su ranchito, donde había un fuego muy rojo. Los abrigaron con un poncho y a cada uno le dieron un mate bien caliente.





Al otro día salió el sol. ¡Qué lindo fué entonces jugar con Changuito y Changuita sobre la nieve tan blanca!

Aquí van los dos burritos. Pancita lleva leña y flores y Colita lleva flores y arropé, el dulce de los cerros. Son sus regalos para Changuito y Changuita, porque fueron buenos con ellos.



breccia

Fin

de "LOS BURRITOS", un librito escrito por Héctor Sánchez Puyol e ilustrado por Alberto Breccia.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

Los mejores libros para los niños en seis series que comprenden los temas más apasionantes.

Serie azul: Mis cuentos. Serie roja: Mis amigos. Serie verde: Mi escuela. Serie naranja: Mis juegos. Serie amarilla: Mis alegrías. Serie violeta: Mis animalitos.

Acaban de publicarse

19. ANIMALITOS PARA PINTAR
20. QUIQUIRIQUI 21. DUMBO
22. HANSEL Y GRETEL
23. LOS NUMERITOS
24. LOS TRES CHANCHITOS
25. COLORIN COLORADO
26. MIS JUGUETES 27. LOS ENANITOS
28. TAMBOR EL CONEJITO
29. SILVIA LA BRUJITA
30. LOS PAJARITOS
31. MICKEY Y EL GIGANTE
32. LA BELLA DURMIENTE
33. LOS BURRITOS
34. LOS DOS MELLICITOS 35. LAS HADAS
36. LA PRINCESA Y EL PORQUERIZO
37. EL LOBITO FEROZ
38. FIESTA EN LA ESCUELITA!
39. LOS SIETE CABRITOS
40. LOS BOMBEROS... y muchos títulos más.

BIBLIOTECA BOLSILLITOS Copyright by Editorial Abril. Hecho al depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 18 de Noviembre de 1952 en los Talleres Graficos Pablo Paoppi e hijos.

Inés Fiesta en la Escuelita



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS

H 108416

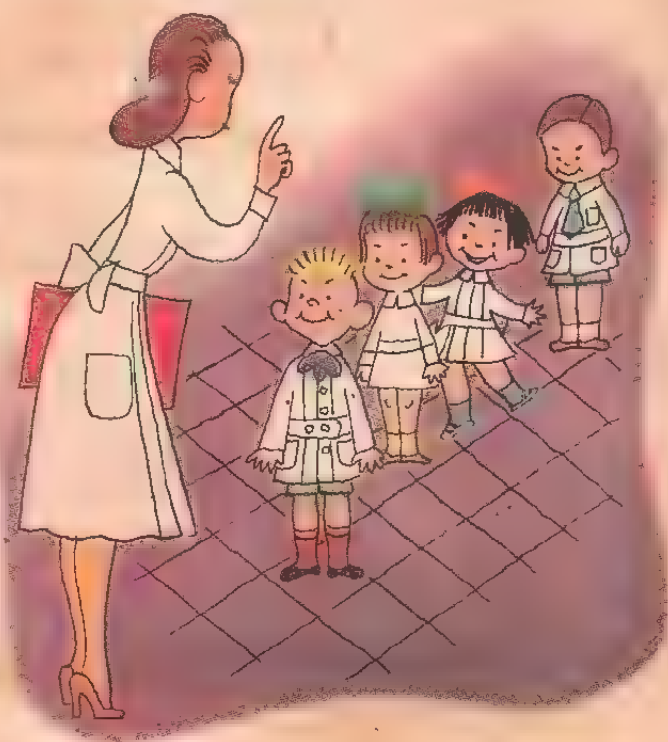
Serie "Mis alegrías"
FIESTA EN LA ESCUELITA!
Ilustraciones de ALBERTO BRECCIA.



Soy chiquita, tengo un moño anaranjado
y me llamo Gogui. Y estoy muy contenta
porque hoy es la fiesta de mi escuelita.

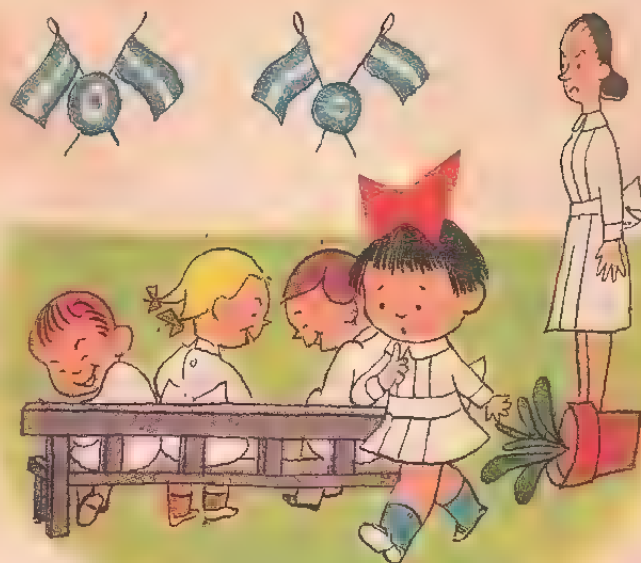
Todos formamos fila. Me pongo tan nerviosa que pego saltitos. Pego tres saltitos, pego cinco saltitos, hasta que la maestra me dice:

—¡Gogui, quédate quieta!
Y me quedo quieta.



¡Uno, dos! ¡Uno, dos! Vamos caminando hacia el salón de fiestas. Luisito le da la mano a Susi, Susi le da la mano a Manolo, Manolo me da la mano a mí. Pero yo me suelto porque quiero sentarme adelante para ver más.

—¡Gogui, vuélvete a tu lugar!
Y me vuelvo, aunque no veo nada.



Ya están todos los chicos acomodados. Hay macetas y banderitas. ¡Qué lindo! ¡Yo quiero una banderita!

Me levanto despacito para sacar la banderita, pero tropiezo con Manolo, empujo una maceta y...

—¡Gogui, no te portes mal!

La señorita me mira mientras regreso, toda colorada, a mi asiento.



Yo sé cantar. Todos sabemos cantar. El piano hace "ti-ra-ra" y empezamos un cantito. ¿Y saben una cosa? Tengo una parte en que canto solita. ¡Qué suerte! ¡Ahora viene mi parte!

Respiro hondo para cantar bien alto, pero me pica la garganta, toso un poquito, toso más fuerte...

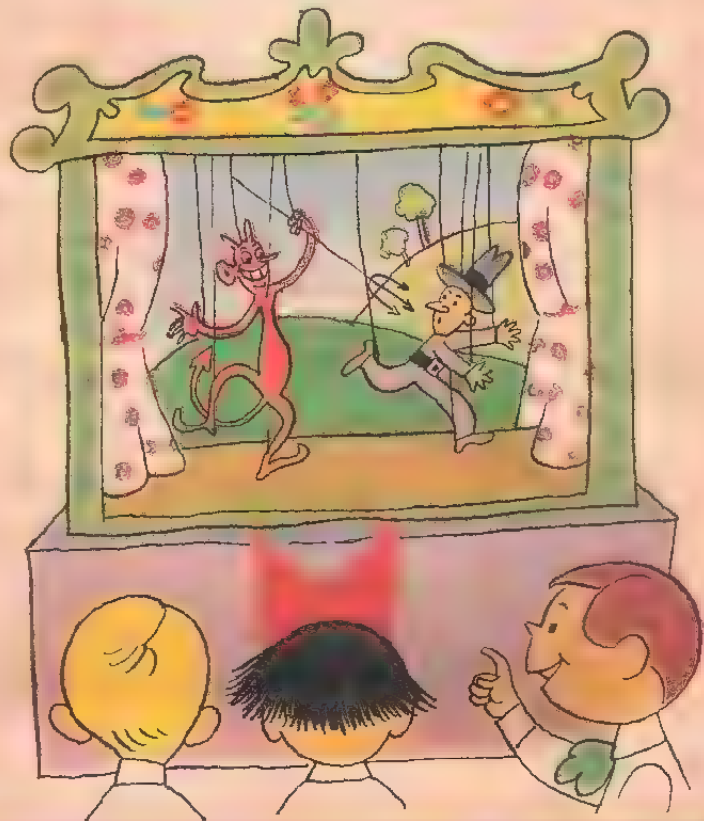
—¡Gogui, déjate de toser! —me dice la señorita.

¡Y no puedo cantar!

Los chicos se mueven como si los pincharan hormiguitas.

—¡Ahora vienen los títeres! —dice Manolo.

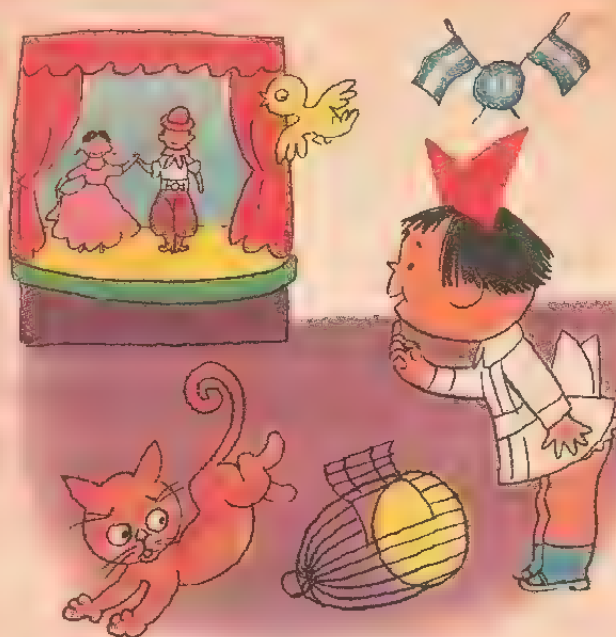
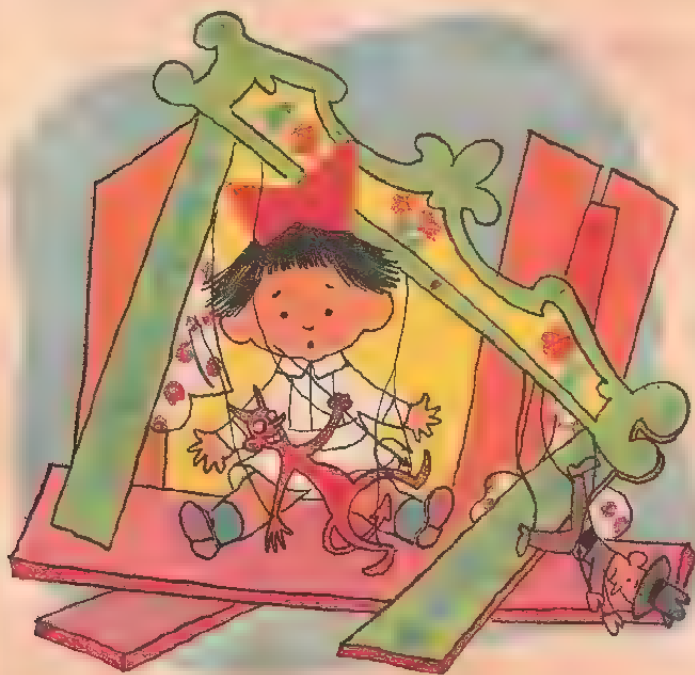
Y unos muñequitos muy lindos se mueven en un teatrillo de madera.



—¡Mira! ¡Mira! ¡Es el diablo colorado! —
grita Manolo.

—¡Pero, Manolo, si los diablos no existen!
—digo yo. Y, para demostrarle a Manolo que
no es un diablo, me acerco hasta el teatrillo.

Pero me acerco demasiado, empujo los pa-
los, y se viene todo abajo...



A mi lado está Colita, el gatito del colegio.
Yo lo quiero mucho.

—¡Miss! Miss! ¡Ven aquí! —le digo.

Claro que no me doy cuenta de que enci-
ma de nuestras cabezas está la jaula del ca-
nario.

Colita salta, la jaula se cae y el pajarito se
escapa al escenario.



Yo me aproximo despacito para agarrarlo justo cuando están bailando el pericón. El canario vuela. Me subo al escenario y lo persigo. Y, como corro entre los bailarines, todos se equivocan.

—¡Gogui, bájate del escenario! —grita la señorita.

Pero ya arruiné el número de baile y se voló el canario.

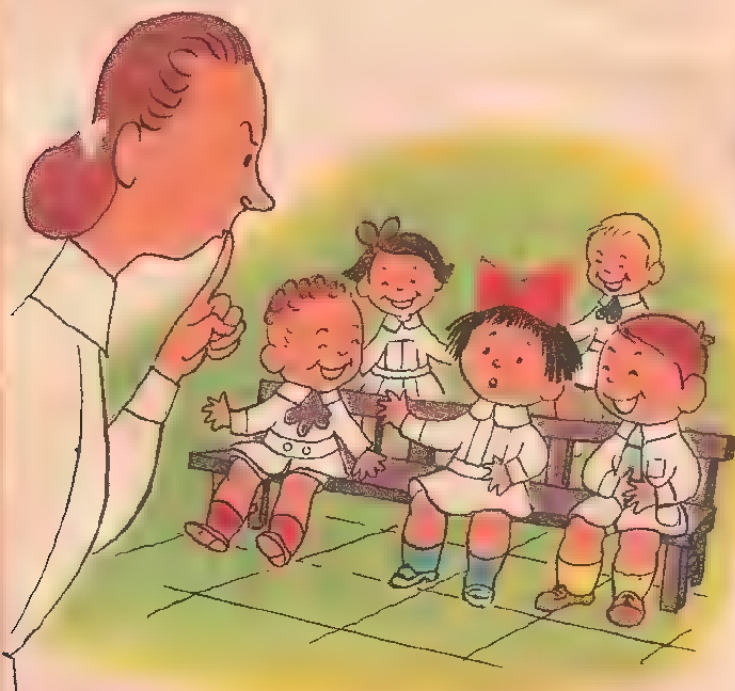
Una nena aparece en el escenario, saluda y recita una poesía. ¡Qué bien la dice! Cuenta la historia de una muñequita llamada Blanca Azucena a quien le duele mucho la barriga.
—¡Hay que darle una friega con alcohol!
—grito parándome en mi banco.



Todos se vuelven para mirarme. La señorita también me mira.

—¡Gogui, no interrumpas! —me dice.

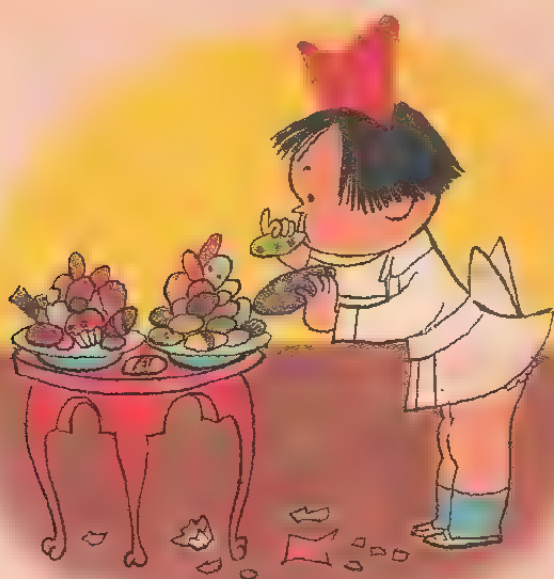
Los chicos se ríen de mí como si fuera una tonta. Pero no soy una tonta: mamita siempre me cura el dolor de barriga con friegas de alcohol...



Como número final viene algo lindísimo: ¡cine!

Por supuesto, pasan una película de Carlitos Chaplín. ¡Pobre Carlitos! Tiene hambre y nadie le da de comer.

"Yo le daré caramelos", pienso. Y, cuando me muevo para llevárselos, desenchufo el cordón eléctrico y el cine se interrumpe.



Después hay chokolatines y masitas para todos. Yo como una masita y otra y otra más. Pero la maestra me mira y me dice:

—¡Gogui, no comas tantas masitas!

Sólo entonces comprendo que me he portado muy mal en la fiesta.

Me aproximo a la señorita. Quiero pedirle disculpas, pero en ese momento ella sube al escenario y con voz muy calentita dice:

—Niños y niñas, ahora un regalito para el mejor alumno...

¡Y le entrega a Manolo un par de patines!

—Además, otro regalito para la nena más traviesa y más buena de la escuela...

—¡Gogui! —grita la señorita. Yo cierro los ojos. ¿Qué hice de malo esta vez?

¡Pero la señorita me llama y me da una muñequita mientras todos aplauden y aplauden!



Queridos chicos :
 Aquí les mando
 estos dibujos para que
 aprendan a hacer el
 retrato de Conejito
 Los abraza
 Pepe Bolsillitos



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril
 Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
 de edición argentina. Se terminó de imprimir el 17 de diciem-
 bre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Noñé

El regalito de Navidad



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 42



Conejito Orejín iba cantando por el bosque. Cantaba porque estaba contento y estaba contento porque, ¡por fin!, había ya juntado la plata para comprarle al señor Buho esos hermosos anteojitos, ¡tan caros!, que tanto le gustaban.

—¡Felices fiestas! —gritó justo en ese momento Pajarito.

Y por eso, nada más que por eso, Conejito dejó de cantar y preguntó:

—¿Qué fiestas?



—¡Feliz Navidad! —respondió Pajarito. Y posándose en una rama siguió diciendo: —Aquí, en el bosque, nunca se saben las últimas noticias. Pero yo vengo de la ciudad y he visto que todos los chicos están preparando su árbol con farolitos y estrellas y montones de regalos. ¡Pero aquí, en el bosque, nunca tendremos un arbolito de Navidad!



—¡Lo tendremos! —aseguró Conejito—. ¡Lo tendremos!

Y, sin perder un segundo, echó a correr y no paró hasta llegar adonde vivía el señor Pino.

—Señor Pino —preguntó jadeante—, ¿me prestaría usted sus ramas para festejar la Navidad?

—¡Claro que sí! —respondió el señor Pino.



Entonces, siempre corriendo, Conejito fué a visitar a la familia Bichito de Luz.

—Bichito de Luz —dijo al jefe de la familia—, necesito que todos ustedes me presten sus farolitos para la Nochebuena.

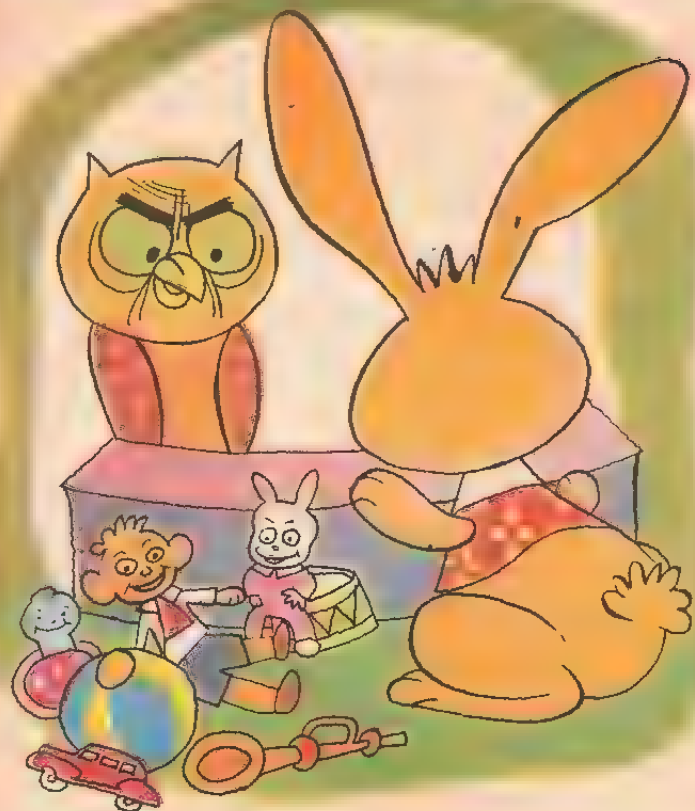
—¡Encantado! —respondió Bichito de Luz padre.

Conejito, sin dejar de correr, se dirigió entonces a casa de Golondrina.

—Golondrina —dijo—, necesitaría que te dieras una vuelta por el cielo y les pidieras a unas cuántas estrellitas que adornaran nuestro árbol de Navidad.



Y, cuando Golondrina subió y bajó diciendo que las estrellitas vendrían, Conejito le pidió que llevara a Pajarito un mensaje que decía:



¡Los regalos! Corre que te corre, Conejito llegó a la tienda del señor Buho, puso sobre el mostrador sus moneditas de plata y eligió un juguete para cada uno de sus amigos. El dinero, ¡por suerte!, alcanzó justito para eso.



—Mañana mismo venderé tus anteojos — refunfuñó el señor Buho—. Como comprenderás, no puedo esperar otro año hasta que vuelvas a juntar el dinero necesario para comprarlos.

¡Un año! Sí, ni un día menos había necesitado Conejito Orejín para juntar sus moneditas de plata. Y ahora...

—¡Véndalos, señor Buho, y gracias por haberme esperado! —respondió echando una última mirada a sus queridos anteojitos. Y añadió: —Ya sabe usted que está invitado a la fiesta. Será muy linda.

Era ya el atardecer, y Conejito tuvo que darse prisa para preparar el arbolito antes que llegaran los invitados.





Eran éstos Pajarito y Golondrina, Ardillita y doña Cotorra, Chanchito y doña Liebre, Monito y mamá Tortuga, Ratoncito y tía



Lechuza, Zorrinito y Mariposa, Gallinita y Burrín, Corderito y don Caracol, Patito y Grillito Cri-cri.

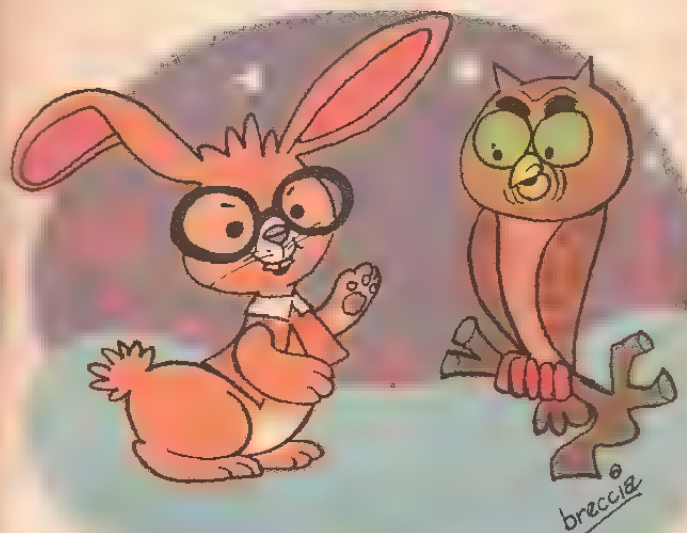


Y todos cantaron, jugaron y bailaron alrededor del señor Pino hasta que llegó el momento de repartir los regalos y Conejito se escondió para que nadie notara que él se quedaba sin ninguno.

—¡Conejito Orejín —se oyó entonces decir al señor Buho—, preséntese a recibir su regalito de Navidad!

Y, a la vista de todos, le entregó... ¡le entregó los anteojitos!

Esto ocurrió al final de la fiesta y, por eso, aquí tiene también que terminar el cuento.



Fin

de "EL REGALITO DE NAVIDAD", un librito de la serie " " que ilustró ALBERTO BRECCIA.



¿QUIEREN SABER
CÓMO HACÍA SUS
BANDERITAS
BOTÓN DE ARROZ?
PUES TOMABA
UN PAPEL Y...

ESTA PARTE SE
PINTA COMO UNA
BANDERITA.

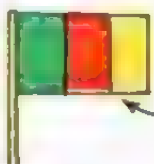


ESTA PARTE SE
CORTA Y SE QUITA.

ESTA PARTE SE ENROLLA.



YA ESTÁ PINTADA;
AHORA SÓLO FALTA
ENROLLARLA.



¡Y YA ESTÁ
LA BANDERITA
LISTA!

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 14 de enero
de 1963 en los Talleres Gráficos Pablo Paopoli e hijos.

60 cts.

Inés

BOTÓN de ARROZ



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS

Botón de Arroz era el chino
más chiquito de la China.



Vivía en una casita llena
de orejas levantadas, igual
que una tetera.

Los días de fiesta adornaba
las ventanas
con banderitas
de colores



y por las noches se sentaba
en una sillita de laca para
mirar los fuegos artificiales.

Los domingos, Botón de Arroz
se peinaba la coleta y
después jugaba con su
papagayo amaestrado.



Cuando tenía hambre se
trepaba al techo de su casita
y con los huevos de las
golondrinas se hacía una
tortilla. ¡Qué comidita!

Por las mañanas iba a la escuela, con la pizarra atadita a la coleta para no olvidársela.



Los chicos se sentaban en el suelo alrededor del maestro y dibujaban con un pincelito patitas de moscas. Así se escribe en chino.

Cerca de la casa de Botón de Arroz había un pantano en el cual los chinitos cultivaban el arroz.



Una vez Botón de Arroz se fue a podar su jardín con unas enormes tijeras.

Después regó la tierra y se acomodó para leer un cuento chino llamado "Botón de Arroz", igualito que él.



"Pero Botón de Arroz no advirtió que se había sentado sobre un hormiguero", decía el librito.



Y cuando el chinito se estaba riendo a carcajadas sintió que una hormiga le picaba en cierta parte...



Botón de Arroz salió a todo correr, dejó atrás su casita con orejas, las banderitas de colores y el jardín con la regadera...

y no paró hasta sentarse en el pantano, tal como hacen los chinitos de toda China cuando les sucede algo parecido...



Fin

de "BOTON DE ARROZ", un librito de la serie "Mis cuentos" que ilustró ALBERTO BRECCIA.



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 11 de febrero de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Inés EL REGALITO de PAPA



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS 52



Mi papá lleva chaleco, botines y un sombrero chiquito. Tiene sobre los labios un par de bigotes y, cuando está apurado, no puede decir la palabra "Guauguay". Yo tampoco.

H 35 p 4

—Como has comido toda tu sopa y te has dormido sin gritar te voy a hacer un regalito —dice papá.

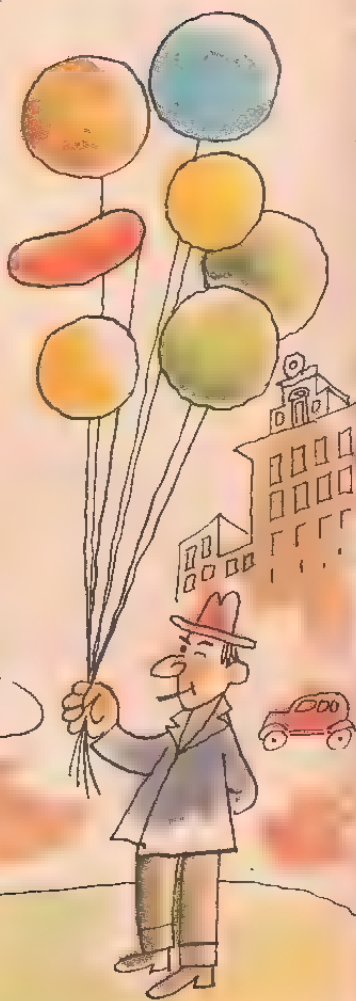
Yo me pongo mi bufanda y mi gorro y me marchó a elegir el regalito.



—¡Un globo! ¡Quiero un globo celeste! —le pido a papá.

—¡Pero los globos se pinchan! —explica mi papá.

Y aunque el globero me guiña un ojo —¿saben ustedes guiñar un ojo?— me quedo sin globo.

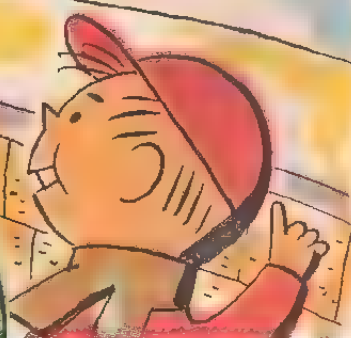


—Entonces cómprame un trajecito de aviador.

Papá mira las vidrieras llenas de ropa y responde:

—Los trajecitos de aviador son para ir por el aire... y tú no saber volar.

TIENDA



Luego pasamos junto a una carpa colorada.
 —¡Cómprame un circo! ¡O un trapecio
 para hacer pruebas! ¡O un enanito!
 Papá se hace rulitos en el bigote y dice:
 —En el circó hay leones... A lo mejor se
 escapa uno y te rasguña.



En una confitería vemos una torta de cinco pisos: tres de chocolate, uno de helado y uno de dulce de leche.

—¿Me regalas esa torta?

—No, porque el chocolate, el helado y el dulce de leche son muy ricos y se acaban en seguida.

Papá camina dando saltitos. Como yo, cuando quiero comer masitas.



Estoy mirando una casita, con chimenea y puertecillas.

—¿Me la regalas, papá?

Papá piensa un poco y responde:

—Esa casita es más grande que la nuestra. Si te la regalo nos tendremos que mudar...

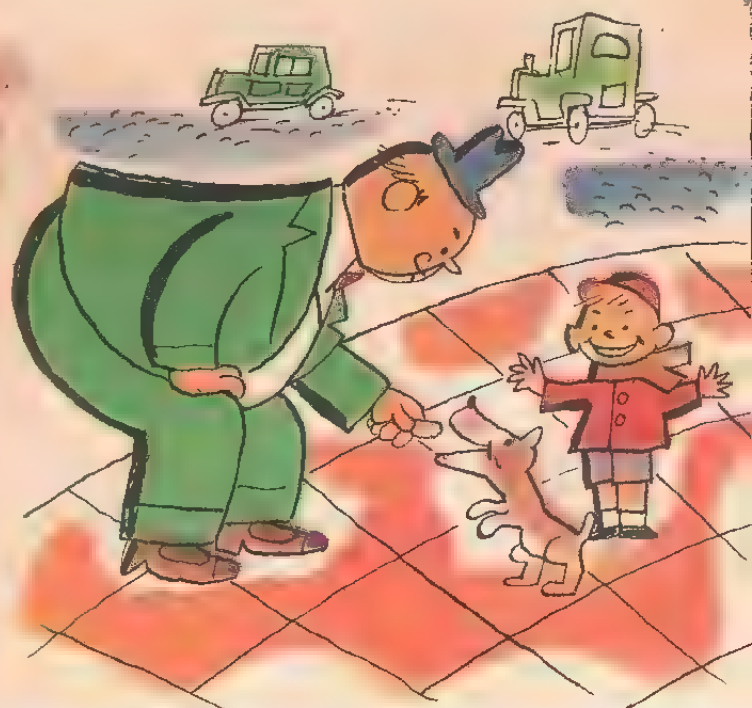
Papá tiene razón.

Pasa un perrito corriendo. Me mira y dice: "¡guau!".

—Quiero un perrito, papá.

—No, porque se peleará todo el día con el gatito que tenemos en el jardín.

Y papá saca un trocito de pan y se lo da al perrito.





Vuela una mariposa
y se acomoda en un ar-
bolito.

—Yo quiero ese ar-
bolito con esa mariposa.

Pero la mariposa se
escapa y ya no quiero
el arbolito sin la mari-
posa.



En una vidriera hay un carretel de hilo,
una cinta métrica y muchos botones.

—Yo quiero muchos botones —le digo a
papá.

—No, porque te los tragarás y se te llena-
rá la barriga de botones —responde papá.



Seguimos caminando. Un auto amarillo hace **tu-tu** con su bocina.

—¿Por qué no me regalas un auto amarillo?

Papá se saca el sombrero y dice:

—Porque los autos amarillos van muy ligero y te puedes lastimar.

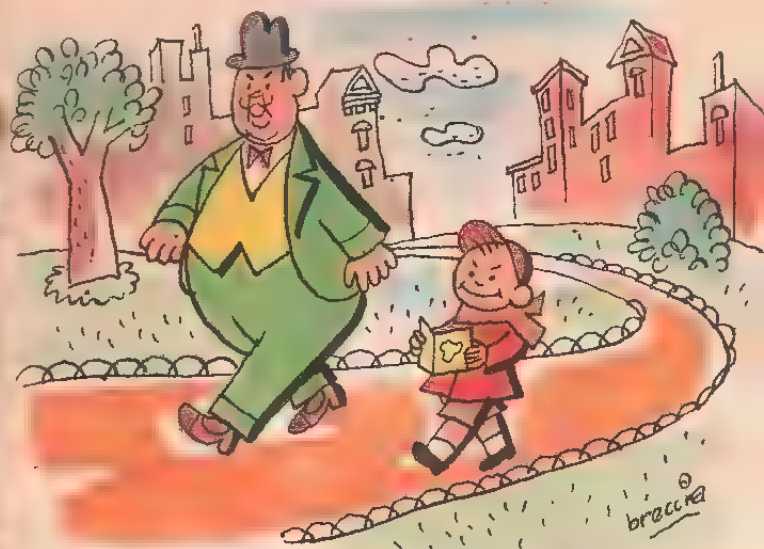
El auto se va corriendo como si estuviera apurado.

Entonces papá me mira muy sonriente y me dice:

—Ya sé . . . Ya sé qué te regalaré. Te regalaré un librito precioso, con una bonita historia y lleno de dibujos y colores.

Y me compra este librito, que por eso se llama:

EL REGALITO DE PAPA

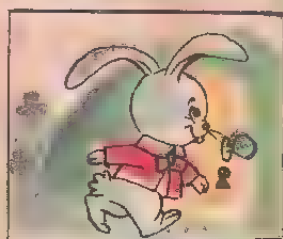
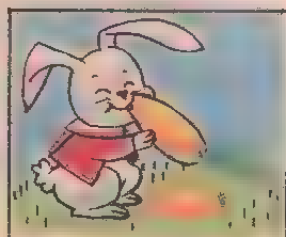


Fin

Este librito de la serie "*Mis alegrías*" fué ilustrado por ALBERTO BRECCIA.



¡MIREN USTEDES
LO QUE SONO
CONEJITO ANTES
DE USAR SOM-
BRERO!



¿QUÉ EN PUEDE CONTAR EL SUEÑO
DE CONEJITO?

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 11 de marzo
de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

CONEJITO ^{Inés} Dormilón



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS 55

143587



Todos los conejitos saben
que el día se hizo para
comer zanahorias y la
noche para dormir...

menos Conejito Dormilón, que
cree que el día es también
para dormir.



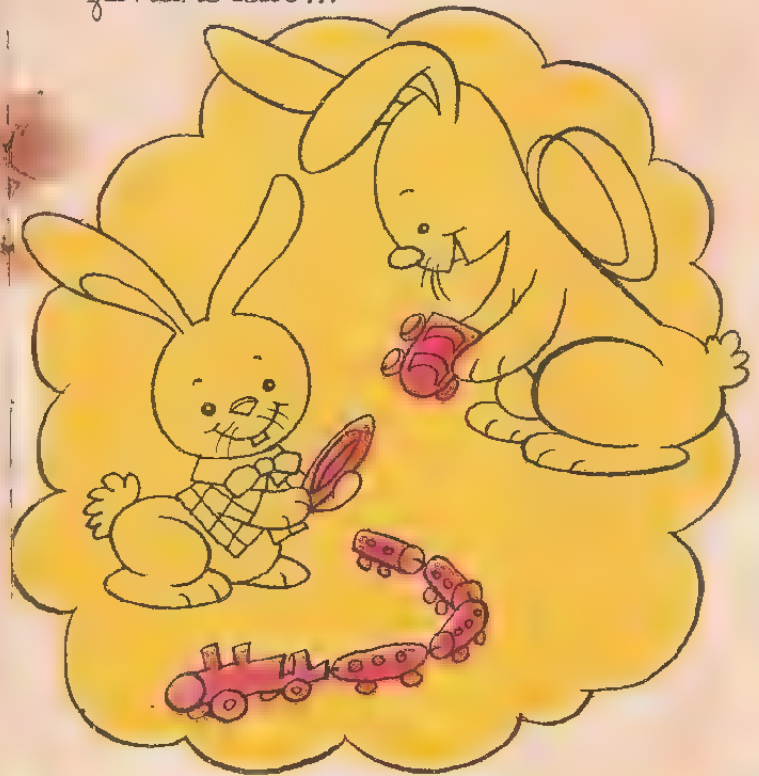
Mientras mamá
Coneja y papá
Conejo trabajan



Conejito sueña
sueños de
Conejito.



Sueña que el Flada de los
Conejos le regala un trencito
de zanahorias, patines de
zanahorias y un barquito de
zanahorias...





Como hoy es día de feria,
mamá Coneja y papá Conejo
se van a comprar comidita.
Conejito se queda a barrer el
jardín...

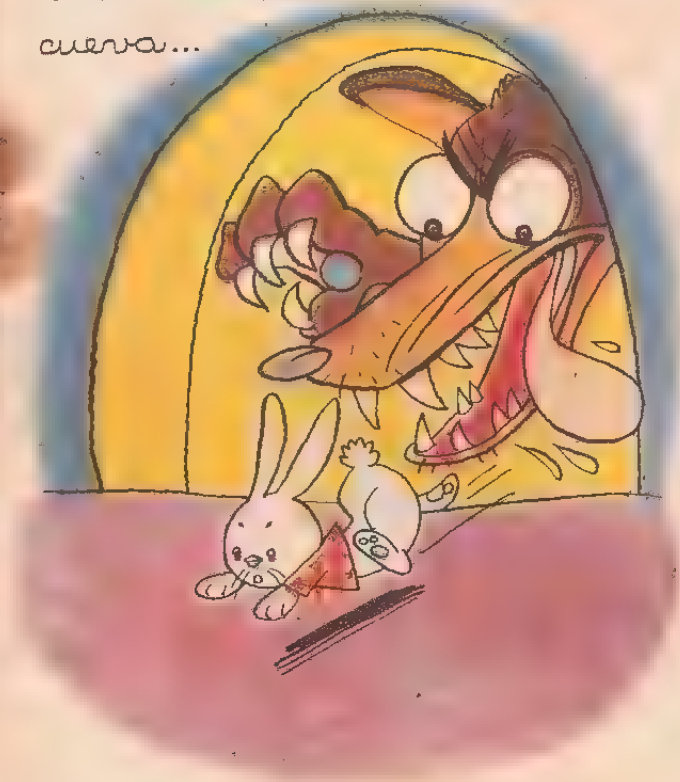
pero el ratito está dormido,
con la escoba entre las manos.





Entonces, en vez de aparecersele el Hada de los Conejos, se le aparece un zorro grande... ¡y es un zorro de verdad!

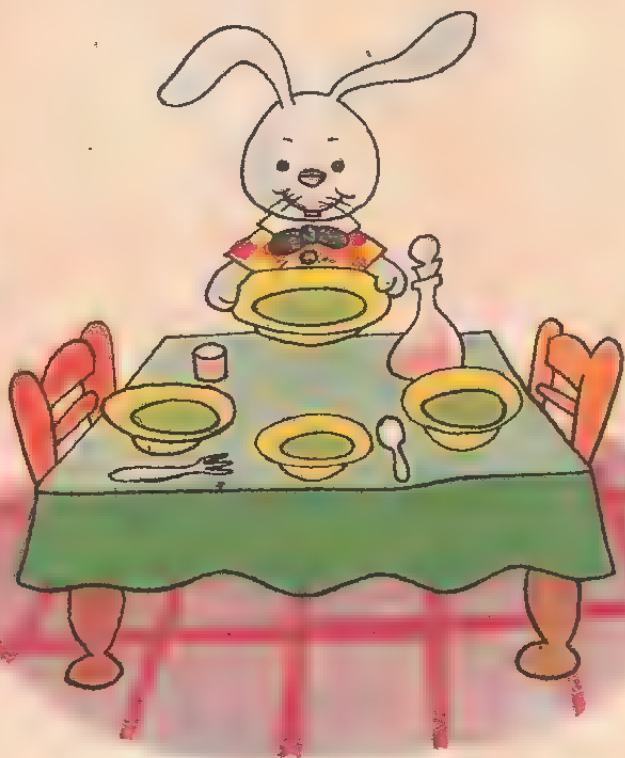
"¡Qué rico conejito me voy a comer!", gruñe el zorro. Pero en ese momento Conejito se despierta y, corriendo a toda velocidad, se mete en su cueva...

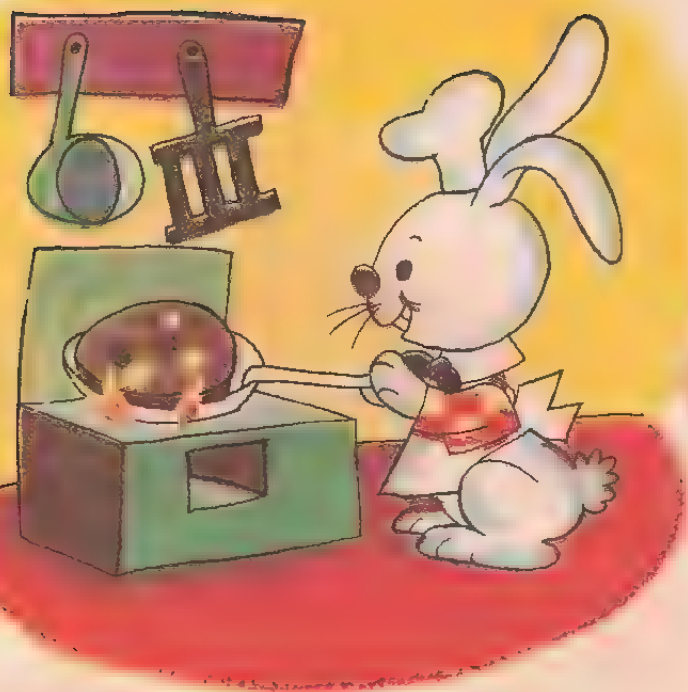




hasta que el zorro se va muy enojado porque, cuando un conejo se esconde en su cueva, no hay zorro que lo atrape.

Ahora Conejito, muy despierto, limpia los vidrios, pone la mesa...





y en la cocina cocina un
budín de zanahorias.

Cuando regresan papá
Conejo y mamá Coneja
hallan todo muy arregladito

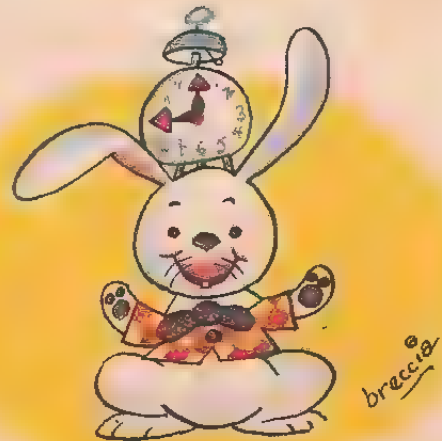


y oyen un "tic-tac" y un



y se encuentran a Conejito...
¡ con un despertador por
sombrero !

¡ Conejito no quiere quedarse
dormido otra vez !

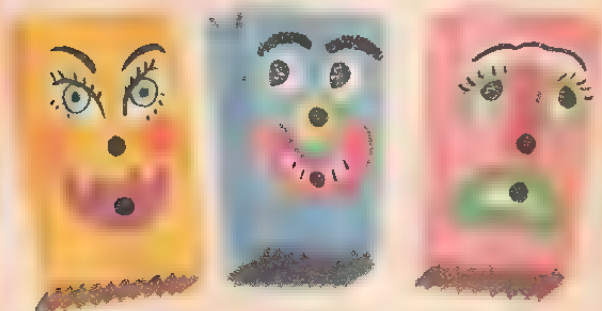


Fin

de "CONEJITO DORMILÓN" un librito de la serie
"Mis amigos", que ilustró ALBERTO BRECCIA.



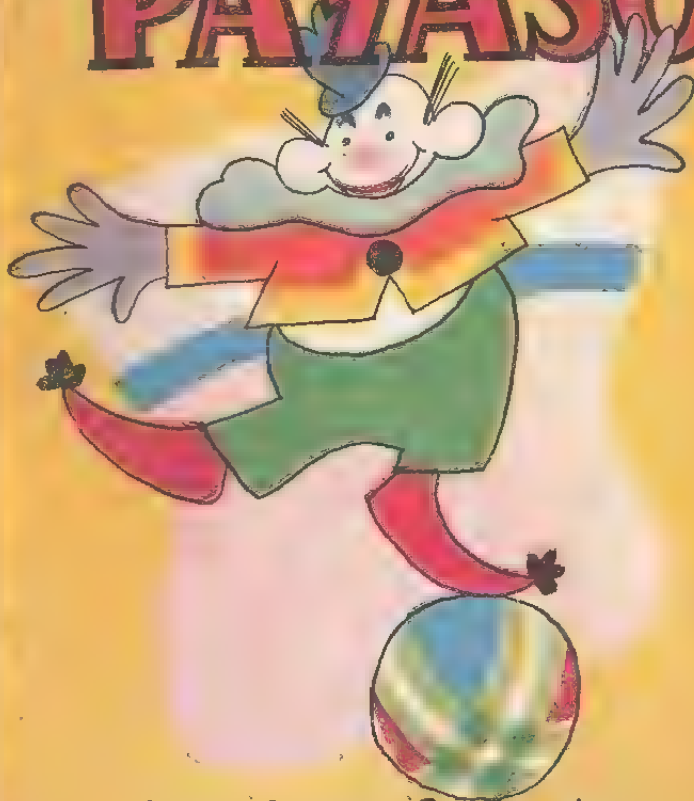
AQUÍ TIENEN
USTEDES TRES
AMIGOS DE CHOPÍ.
LOS DIBUJÉ EN
TRES BOLSITAS
DE PAPEL, HICE
UN AGUJERITO
EN LA NARIZ Y
LA BOCA Y...
¡HASTA EL MISMO
CHOPÍ SE MATÓ
DE RISA!



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 11 de marzo
de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

El Inés PAYASO

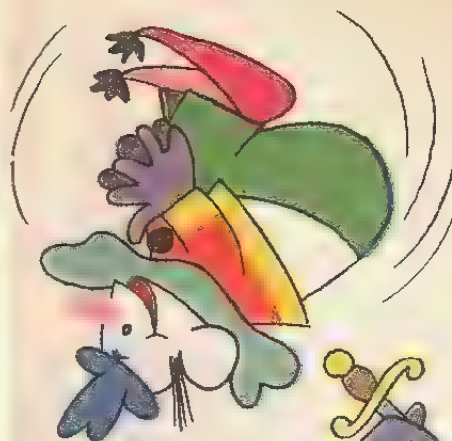


Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS 56



HABÍA una vez un payaso
que tenía la cara llena de
harina como una torta cruda;
se llamaba Chopi.



Chopi
tragaba
sables.

Chopi
saltaba a
la cuerda.
Chopi daba
vueltas
carnero.



Éra el payaso más alegre
del mundo, y de sólo verlo
hasta los elefantes lloraban
de risa.



Una vez Chopi tuvo tanta
hambre que se comió un pas-
tel entero. En el pastel decía
"Pastel volador".



Y Chopi se sorprendió, se asustó, se maravilló porque ahora podía volar igual que un pajarito.

Como estaba aburrido de vivir en el circo se fue volando hacia el campo.



Allí conoció a Pulo, el
chanchito,



al burro
Sandro,



a Chicho



y a la vaca
Blanquita.



Chopi dió unos cuantos saltos
acrobáticos y luego voló hasta
el molino... ¡Cómo se divirtie-
ron los animalitos!





-Ahora vamos a reírnos un poco -dijo Chopi-. ¡Cantermos!

Y Pulo hizo: ¡**jone**! Y Sandro hizo: ¡**i-juuu**! Y Chicho hizo: ¡**quau**! Y Blanquita

hizo: ¡**muuu**! Y Chopi voló hasta un carro...



¡y entre todos dieron el concierto más chanchiburri-perri-vaquicantado del mundo!



Entonces apareció, con la cara seria como una aceituna, la señora Eduriges, que era la dueña de la granja.

Al verla, Chopi de un vuelo la invitó a bailar. La señora Eduriges dijo que no, pero cuando el pajarero comenzó a tocar la flauta...





la buena señora se tomó de las polleras y, por primera vez en su vida, bailó como un trompo mientras todos palmeaban.

Y Chopi se volvió para el circo porque tenía una función esa tarde, pero, como había comido muchos caramelos, no pudo volar más y tuvo que regresar sentado en el humo de una locomotora...



Fin

de "EL PAYASO", un librito de la serie "Mis alegrías" que ilustró ALBERTO BRECCIA.



¡ESTABA EN EL
JARDIN Y SE
METIO EN MI
CASA!

ADIVINANZA

*En lo alto vive,
en lo alto mora,
en lo alto teje
la tejedora.*

¿Quién será? Si no lo adivinan bus-
quen la respuesta en el circulito.

LA RESPUESTA
: SOLUCION

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 8 de abril
de 1958 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

M. S. Purzol ANIMALITOS DE MI JARDIN



Editorial Abril - Buenos Aires

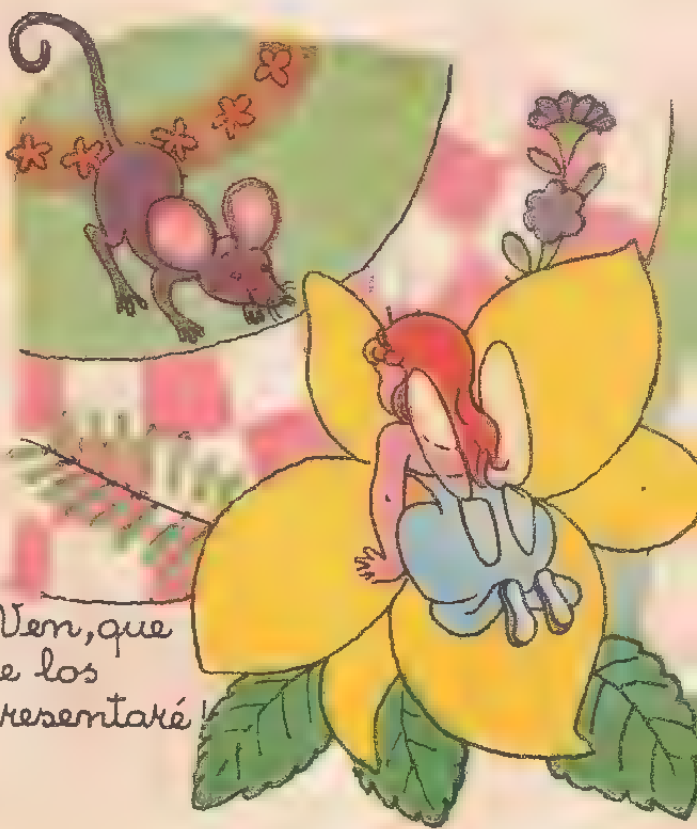
BIBLIOTECA
BOLSILLITOS 60

Un hada chiquita se cayó un
día del País de las Hadas. Cayó
en un jardín, sobre una flor,



y tuvo ganas de llorar.

-No llores, Hada Chiquita - le
dijo un ratoncito -. En el jardín
hallarás muchos amigos.



¡Ven, que
te los
presentaré!

H 35 33

Este es don Escarabajito, que se
lo pasa comiendo hojas verdes



y cavando
cueritas.

Y esta es doña Oruga, que teje
y teje, sin agujas ni ovillos,
un capullo
precioso

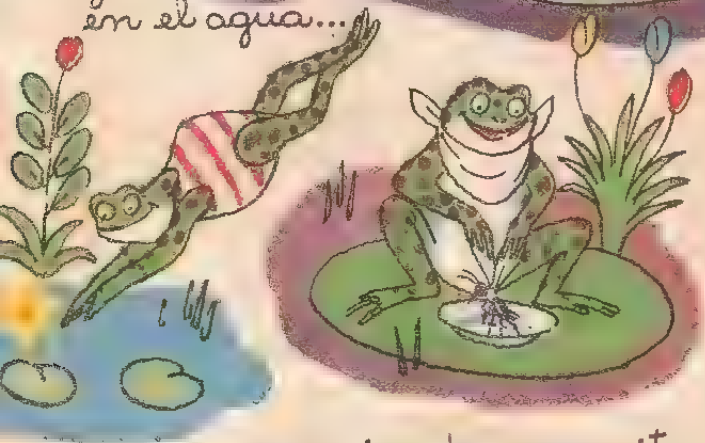


El año
próximo
saldrá
hecha toda
una mariposa.

Las ranitas se pasan el día
cantando su cro-cro...



y nadando
en el agua...

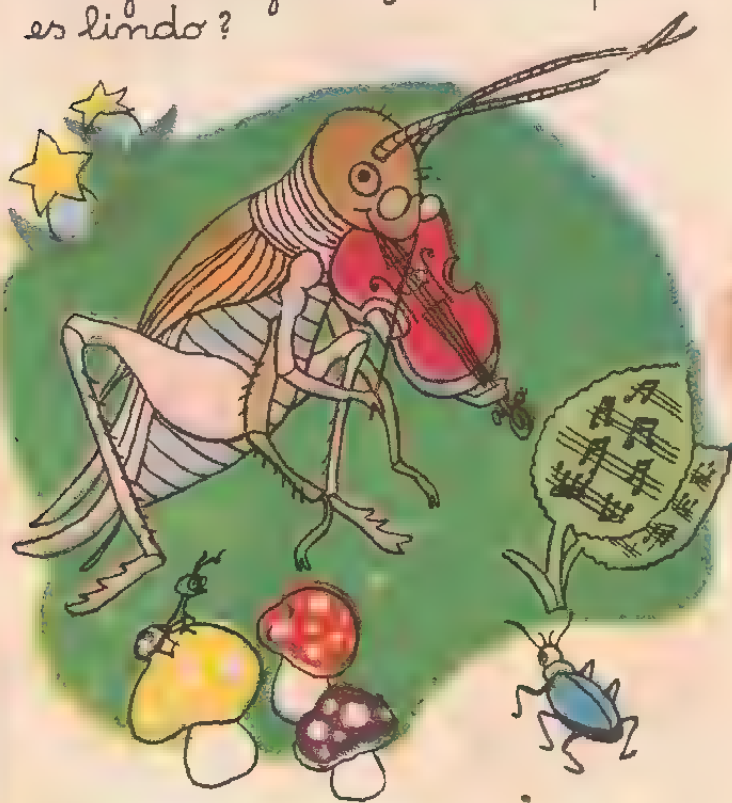


y comiendo mosquitos.

Aquí tienes a los
gorriones bañándose
en el charco. No hacen
más que pelear y
armar batullo, pero
son muy buenos.



¿Oyes ese cri - cri ? Es el grillo, que
frota sus patas contra las alas.
Toca siempre lo mismo, pero
nos gusta igual. ¿Verdad que
es lindo ?



- ¡Buenos días, señor Caracol !
¿Siempre con la carita auestas ?
- Así es. Y no me quejo : cada
día tengo mi casa en un lugar
diferente. ¿No es
divertido ?





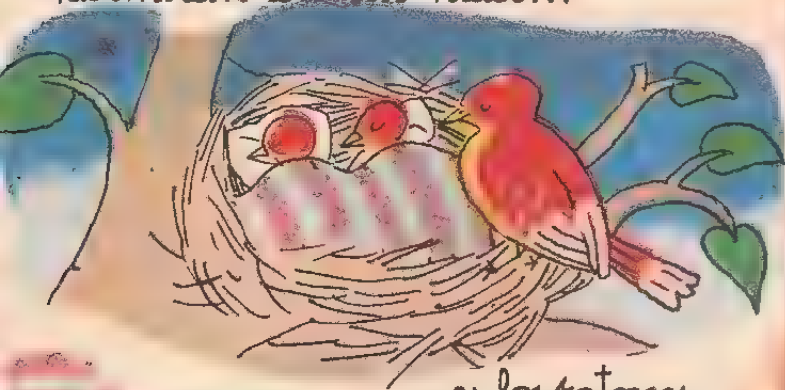
Estas son las abejas. ¡Ssss!!! No las distraigas, que están muy ocupadas sacando el polen de las flores. ¿Sabes? El polen es ese polvito dorado con el que hacen la miel.

¡Mira trabajar a la arañita!



Teje que teje su red para cazar bichitos tan ligeritos que le falta tiempo para saludar.

Está cayendo la noche. Los pajaritos
dormirán en sus nidos...



y los ratones
asomarán la
nataz en sus
cueritas...



y las flores se
adormarán con
gotitas de rocío.



Estas que brillan y se apagan
son luciérnagas, bichitos de luz.



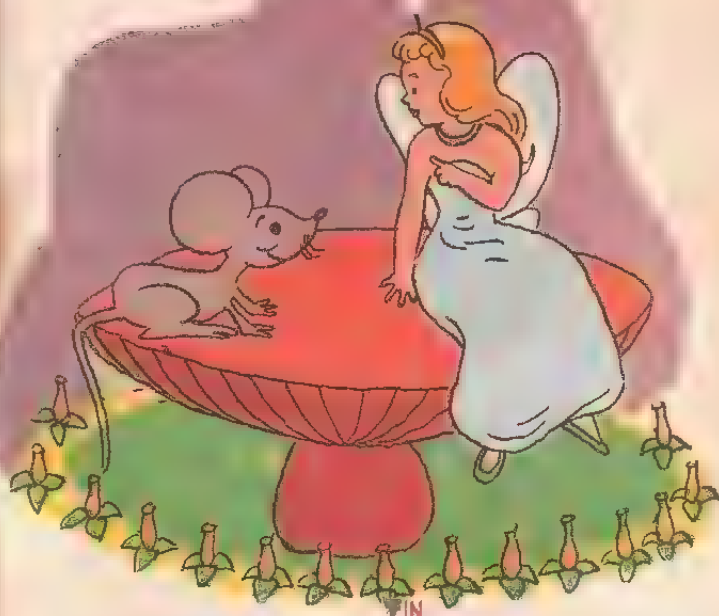
¡Parecen estrellitas
con alas.



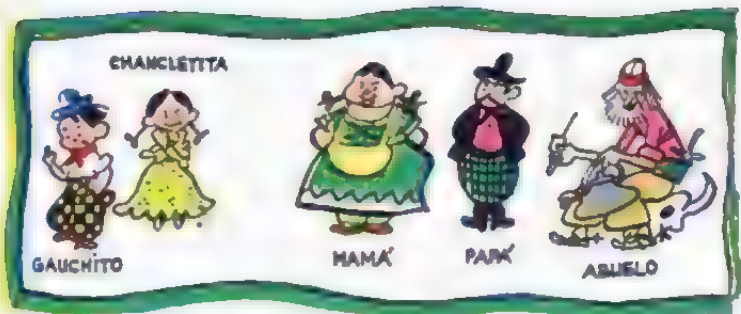



- ¿Y este enanito dormido, ratoncito? ¿Qué hace en el jardín?
- Él es quien lo cuida, Hada Chiquita. En todo jardín hay siempre un enanito.

¿Te gusta el jardín, Hada Chiquita?
- ¡Mucho, ratoncito! Con piedrecillas
hice mi casita y ayudaré al
enanito en su trabajo. ¡Y en las
noches de luna te iré a visitar,
buen ratoncito!

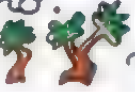
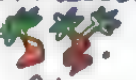


de "ANIMALITOS DE MI JARDÍN", un libro de la serie
Mis animalitos escrito por H. SÁNCHEZ PUVO y
ilustrado por A. BRECCIA









ERASE una vez un campo grande, muy grande. Y éranse unos árboles verdes, muy verdes. Y érase un  lindo, muy lindo.

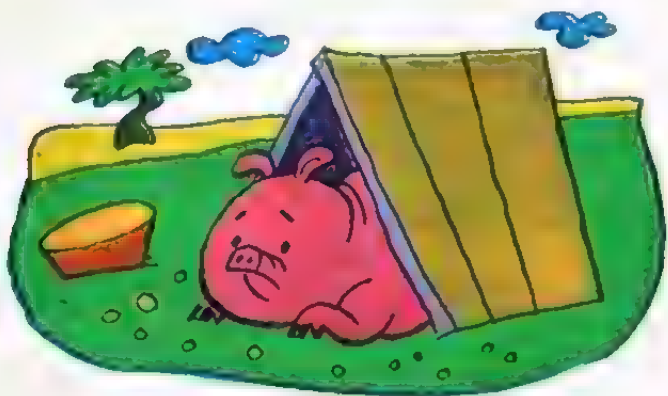
En el campo vivían los animalitos que viven en el campo.

En los  vivían los animalitos que viven en los .

Y en el  vivían Gauchito y Chancletita.



Con , con , con el ,
y con Fido, el .
Aquella mañana  y
salieron bien temprani-
to. Había que darle el
jarabe a Chancholín, el 
que estaba tan roncador que
no podía hablar.




Piiiiiiiis... En lo alto de un 🌳 se despertaba un 🐔. Había dormido bien, pero, como era muy temprano, todavía tenía sueño.



Cuuuuuuuac... Cuuuuuuac... bostezó papá Pato en la pileta. Se dio vuelta y siguió durmiendo. Mamá Pato también siguió durmiendo. Y entonces los 🐣, que ya estaban despiertos, aprovecharon para seguir un poco más en la cama.

Un 🐸 y una buvita se cepillaban los dientes junto al pozo.









Beeee... hacía un  y **BEEEE** hacía mamá Oveja mientras le peinaba los rulos.

Pío-pío... pío-pío... hacían los  que iban a la escuela, y **COCOROCO'** hacía el  que se iba de paseo.

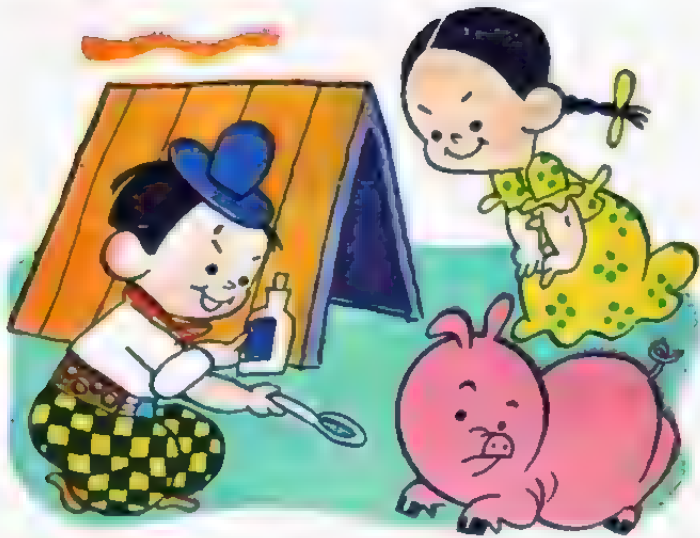






Muuuuuuuu ... hacía el
 y **MUUUUU** ... hacía la
 que de vez en cuando
 le pasaba la lengua por
 la cata, que es la manera
 de besar que tienen las vacas.
 ¡Pero Chancholíni no apa-
 recía por ninguna parte!

Hasta que en un mon-
 tón de   , Gauchito y
 Chanchetita vieron un zapa-
 llo con colita ... Era el 
 que se había escondido
 para no tomar el remedio.









- ¡Ven, Chancholín! Toma el remedio - dijo  .



- Así pronto podrás hablar otra vez - dijo  .

Pero Chancholín no quiso saber nada y salió corriendo a todo lo que daba. Gauchito y Chancletita fueron detrás.





Corrieron por todas partes.
Pasaron por el  por el 
por la  ... Hasta que lo
avvinconaron junto al 
del pan.

Entonces el  empezó
a chillar, a chillar como
un... como un... como un
 que no quiere tomar
el remedio.

Y no lo tomó. Porque, si
ya podía chillar tan bien,
¿para qué iban a dárselo?





Hay que pintar al más grande de cada hilera con gris, al mediano con marrón y al más pequeño con amarillo. No se equivoquen

LOS CONOCEN, ¿NO?



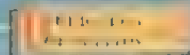
BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 6 de mayo de 1963 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60

El Sánchez Puyol
Gauchito y Chanchelita



Editorial Abril - Buenos Aires



Inés
EL CUMPLEAÑOS
de Mamita



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS 63

PINTEN LOS CUA-
DRADITOS PUNTEA-
DOS Y SABRÁN
LO QUE QUIERO
QUE ME REGALEN
EL DÍA DE MI
CUMPLEAÑOS.



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 6 de mayo
de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

143590



Yo tengo una mamá muy linda y muy buena que se llama Mamita y que cumple años justito hoy. Me acuesto en la alfombra y me pongo a pensar: "Mamita necesita un regalo y una fiesta"

"Le regalaré unas flores", me digo. "A las mamás les gustan las flores".

Me dirijo a la florería y le pido al vendedor:

—Quiero ese ramo de claveles.

Pero entonces me doy cuenta de que no tengo dinero.



Regreso corriendo a mi casa. En un cajón del ropero tengo un chanchito. (Que no es un chanchito sino una alcancía.) Me trepo a la silla y alcanzo el chanchito.



Acerco la alcancía a la oreja y la muevo: dentro hay un montón de monedas.

Para comprarle algo a Mamita puedo abrir la alcancía: le tiro de la colita al chanchito y salen todas las monedas. Ahora le regalaré a Mamita las flores más lindas del mundo.

"Sin embargo, a mi mamá le gustan más los sombreros", pienso. Y me voy a la sombrerería para comprarle un sombrero.

Me atiende una señorita muy alta, muy alta. Tan alta que me da risa, y me río tanto que tengo que salir sin comprar un sombrero.



"¿Y si le regalara a Mamita un chupetín?"

La idea me parece perfecta. Voy a ver al chocolatinero y le pido un chupetín. Pero entonces me doy cuenta de que el chupetín no le gusta a Mamita sino a mí y no compro nada. Ni siquiera un caramelito de frutilla.

Pasa un hombre por la calle. ¿Saben qué ofrece? ¡Pues pescaditos de colores!

Busco mis monedas para comprarle pescaditos a mamá. Y entonces descubro en el



bolsillo un agujero chiquitito por donde se han caído todas las moneditas. ¡No me importa! Aunque no tenga dinero, igual encontraré algo lindo para Mamita.



Veo caminando despacito una señora con el cabello blanco: es mi abuelita. Corro a abrazar a mi abuelita. Le cuento lo que me sucede. Abuelita me escucha muy divertida, me toma de la mano y me lleva a su casa.

Subimos unas escaleras y llegamos a una pieza llena de sillas rotas y de cuadros viejos. Abrimos un baúl grandote y abuelita saca un montón de cosas hasta que encuentra una cajita que hace "tararí". Es una cajita de música.

Le regalaré a Mamita una cajita de música que hace "tararí".





Después volvemos con abuelita a casa. Cerramos la puerta del comedor, yo me subo a la mesa y cuelgo del techo unas guirnaldas de colores. Pero todavía falta algo... ¡Ya sé! Le agrego a la lámpara mi mono nuevo.

Pasa mi tía Susana con un plato de masitas y abuelita trae de la cocina una torta en que dice: "¡FELIZ CUMPLEAÑOS, MAMITA!".





Entonces me peino las trenzas, me lavo las rodillas y bajo por la baranda con todo cuidado, porque tan luego hoy no debo romper el jarrón. La gente ya está en el comedor.

Todos rodean a Mamita, pero cuando yo entro ella se adelanta, me abraza y me besa.
—Son muy lindos los adornos —dice.
Y cuando le entrego mi regalito siento que mi corazón, en vez de "tic-tac", dice "tararí", igual que la cajita de música.



Fin

de "EL CUMPLEAÑOS DE MAMITA", un librito de la serie "Mis alegrías" que ilustró ALBERTO BRECCIA.



AHORA QUIEN FALTA
ES POLLITO BLANQUÍN,
QUE JUEGA A LAS
ESCONDIDAS

Pero, para no perderse, se
esconde siempre cerca del
gallinero. ¡Búsquenlo y lo
encontrarán!



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 3 de junio
de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé La granja de LOS NEGRITOS



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS

H 949 - F + 2

Serie "Mis Cuentos"
LA GRANJA DE
LOS NEGRITOS
Ilustrado por A. Breccia



Dominguita y Pantaleón
son dos negritos que viven
en la granja de doña Espumosa.

Un día, cuando Dominguita
fué a dar de comer a las gallinas,
vió que Gallinita Gris estaba muy
triste. Gallinita Gris era la mamá
de diez lindos pollitos, uno de los
cuales era negro como el carbón.





¿Por qué estaba triste Gallinita?
¿Le pasaría algo a sus pollitos?
Dominguita empezó a buscarlos
y encontró a todos, menos al
negrito. Entonces llamó a Pantaleón.

Pantaleón y Dominguita buscaron
a Pollito Carbón en todas partes. Pero
Pollito Carbón había desaparecido.





Entonces Pantaleón fué a ver
al comisario del pueblo y le dijo:
- Señor comisario, por favor, haga

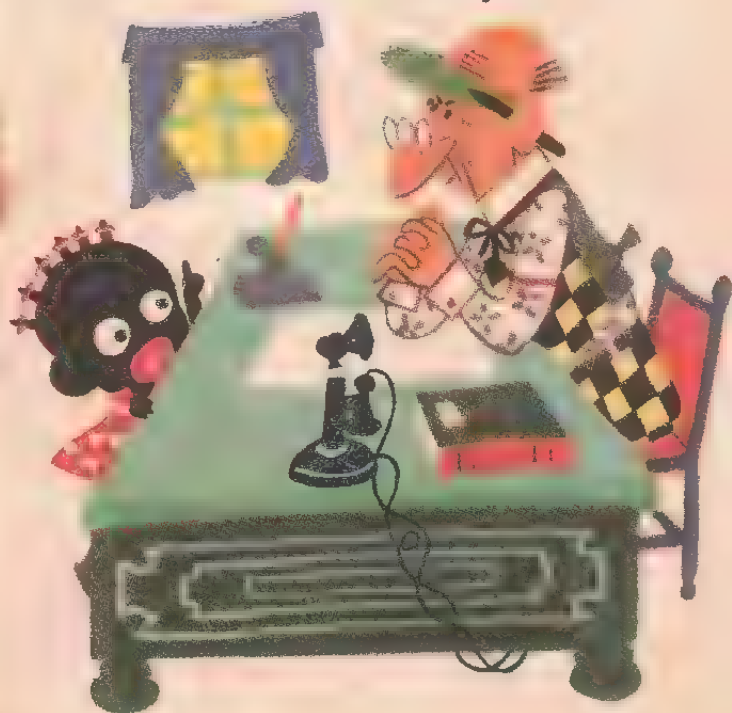
poner en la plaza este cartel:





Mientras tanto Dominguita
había ido a ver al director del
diario del pueblo.

- Señor director - le dijo, publique
por favor un aviso que diga: "Al
que encuentre a Pollito Carbón de
doña Espumosa se le recompensará
con una bolsa de trigo".



Al otro día la casa de doña Espumosa se llenó de gente. Todos reclamaban la bolsa de trigo, pero ninguno de los pollitos que traían era Pollito Carbón.



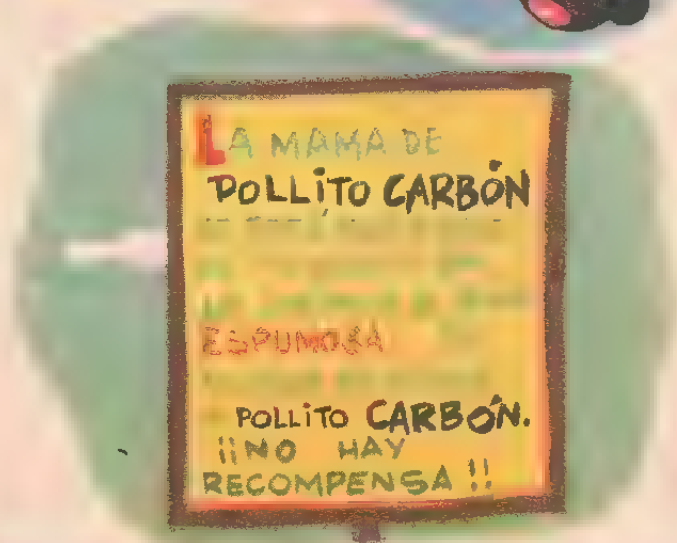
-Señores-exclamó Dominiquita muy enojada- ¿no saben acaso que Pollito Carbón es negro? ¡Ya veo que lo único que les interesa es el trigo.

Cuando todos se fueron...

-¿Qué podemos hacer?-dijo Dominguita. Gallinita Gris está tan triste que tengo miedo de que se muera.



Entonces Pantaleón se fué a ver al comisario y al director y les pidió que publicaran un aviso que dijera:





A la mañana siguiente se presentó en la granja de doña Espumosa un campesino; dentro de su sombrero traía a Pollito Carbón.

- Lo encontré lastimado en

el camino - dijo -. Lo curé, y nunca lo hubiera cambiado por una bolsa de trigo, pero no quiero que su mamá se muera de tristeza.

Entonces fueron los tres a buscar a Gallinita Gris, que se puso a cacarear de alegría y se curó de su tristeza, que era la única enfermedad que tenía.



bracia



EL LADRA EL RELINCHA
 EL MAÜLLA EL GRUÑE

☆☆☆☆

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 23 de septiembre de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppl e hijos.

60 cts.

Noñe *Animalitos y* **FIGURITAS**



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA BOLSILLITOS

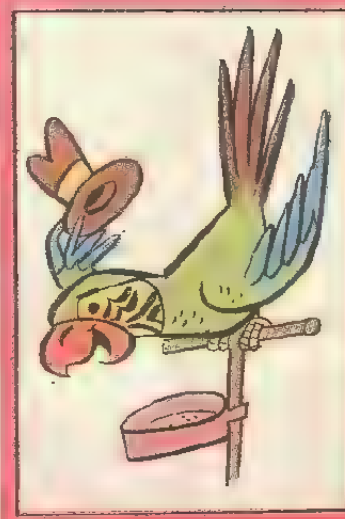
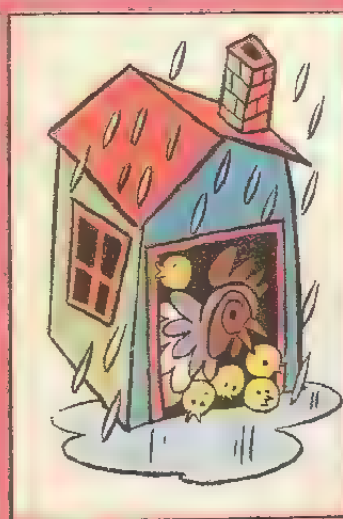
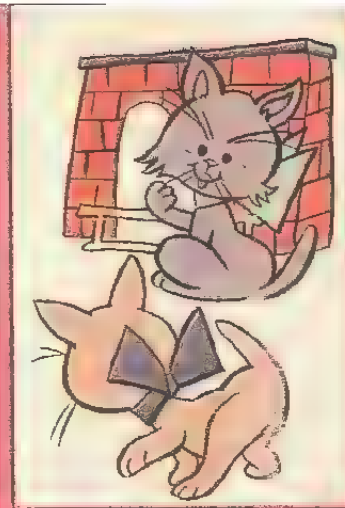
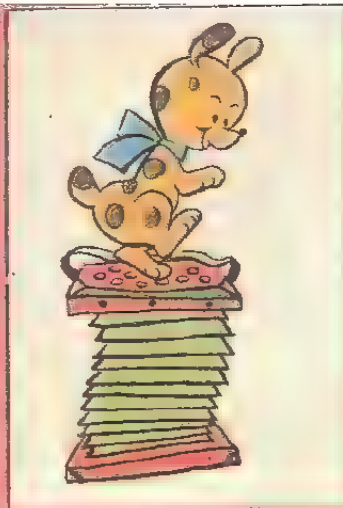
H 3227 C

¡ESTE LIBRITO
ESTA' LLENO
LLENO LLENO
DE FIGURITAS!
¡Y CADA FIGURI-
TA TIENE UN
ANIMALITO DI-
FERENTE!



Por eso les recomiendo:

- 1) Corten las figuritas con cuidadito o pídanles a sus papás que se las corten. ¡Atención! ¡Sin cortar esta hoja ni la última!
- 2) Aprendan los versitos de memoria.
- 3) Jueguen con las figuritas a todos los juegos que se juegan con figuritas.
- 4) Y si a la maestra le parece bien péguenlas en el cuaderno de clase. Así tendrán una *lección completa e ilustrada sobre animalitos.*

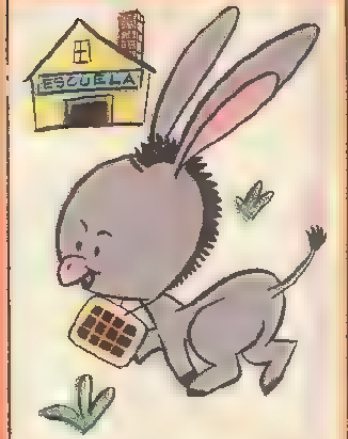
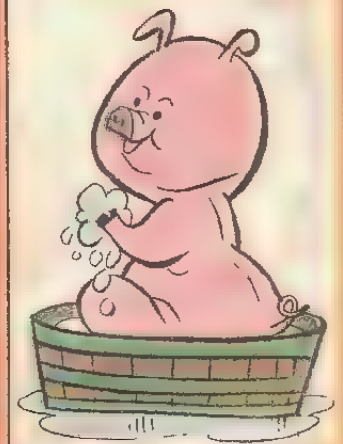
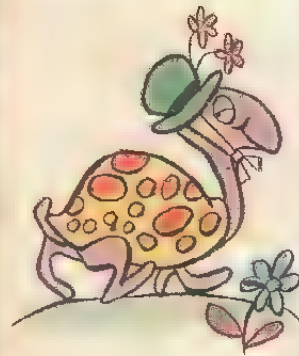


Tan educado es Lorín
que, aunque se muera de susto,
cuando entra un desconocido
dice siempre: —¡Mucho gusto!

Gallinita y sus pollitos
quieren salir de paseo,
pero saldrán otro día
porque hoy el tiempo
(está feo.

Secándose los bigotes
juntito a la chimenea
habla Gatín de sus cosas...
y Gatita se pasea.

Tiene Perico un perrito
tan alegre y retozón
que ha inventado un
{nuevo modo
de tocar el acordeón.

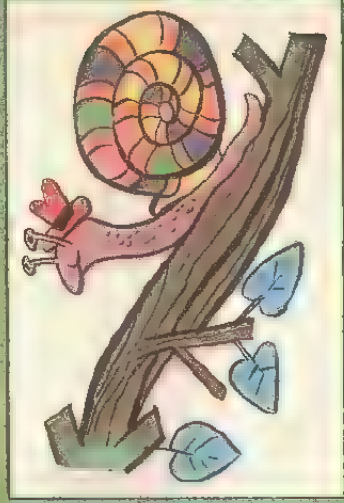
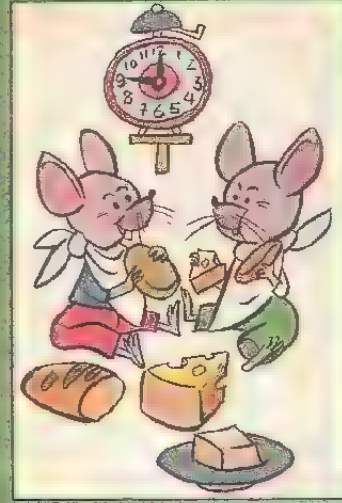
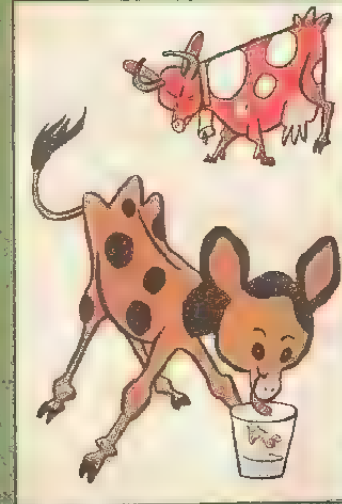


Un chanchito como éste,
que toma su baño diario,
¿no es acaso —piénsenlo—
un chanchito extraordinario?

Tan depacito camina
Tortugueta Tortugueta
que toditos sus parientes
le han pedido la receta.

Este burrito no quiere
seguir siendo tan burrito,
y por eso irá a la escuela
para aprender un poquito.

Mamá Pata y sus diez hijos
no acaban de estornudar,
y... ¡qué imprudencia
(tan grande!)
están por irse a bañar.

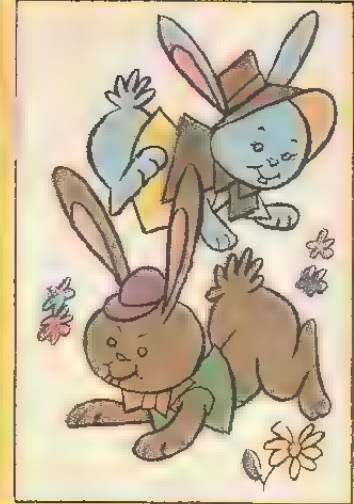
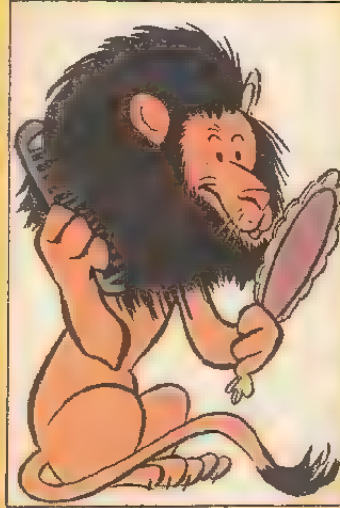


De gira por el jardín
quiso salir Mariposa,
y se ha quedado dormida
sobre un pétalo de rosa.

Doña Vaca se ha enojado
porque su hijo Ternerito
se ha encaprichado
(y pretende
tomar la leche en vasito.

¡Ni valijas ni baúles!
¡Qué lindo es salir de viaje
como sale Caracol,
con casa y sin equipaje!

Ratón Cito y Ratón Pérez,
sea verano o caiga nieve,
con queso, pan y manteca
desayunan a las nueve.

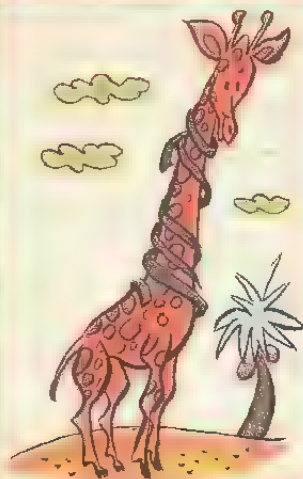
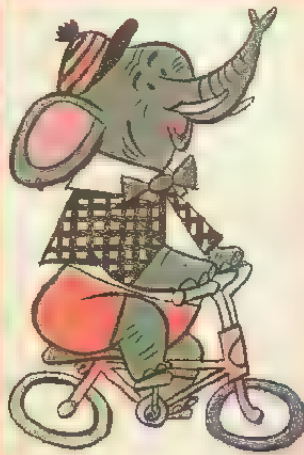


La ovejita paseandera
va por la cuesta bajando;
no sabe que doña Luna
ya salió, y está mirando.

Aquí lo tienen ustedes
a Conejín Orejita
paseándose, muy ufano,
con su prima Conejita.

A este león, Payasito
un peine le ha regalado,
y le ha dicho: —Don Leoncio,
péñese usted con cuidado.

Un caballito que viene
y otro que va a la ciudad
se han encontrado y
—¡Qué linda casualidad!



Siempre que Tigrín Tigreti
se corta o se hace un tajito
va a pedirle al peletero
que le haga un remiendito.

Como no tiene zapatos,
Elefantito Trompeta
se ha lustrado los colmillos
para andar en bicicleta.

¡Quién sabe si ustedes quieren
viajar en una bolsita!
Si quieren, doña Canguro,
muy gustosa, los invita.

Fué a comprarse una bufanda
Jirafita Jirafina:
como todas eran cortas
se compró una serpentina.



Dicen que en rueda
(de amigos

Pavo Real se ha quejado
de tener un abanico
que jamás lo ha abanicado.

Osito Osín ha tomado
un profesor de gimnasia
porque quiere adelgazar
para bailar con más gracia.

Se comenta en todo el barrio
que Foquita F. Foquito,
aunque nada como nadie,
camina mal y poquito.

Como quisiera volar
sin pasar un papelón
Pinguinito volará
sentadito en un avión.

¿Cortaron las figuritas bien cortaditas?
¡Muy bien! Ahora guarden lo que les queda
de este librito —la tapa y esta hoja—; si no,
dentro de mucho mucho tiempo creerán que
nos salteamos un número de la Biblioteca
Bolsillitos.



de "ANIMALITOS Y FIGURITAS", un librito de la serie
"Mi escuela" que ilustró ALBERTO BRECCIA.

H. Sánchez Puryol
¡Paliza para el ZORRO!



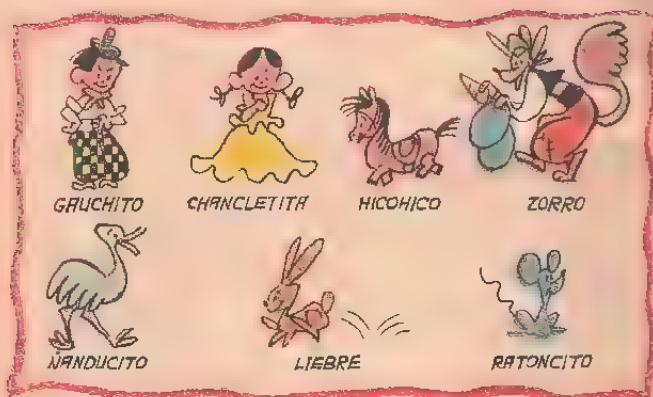
Editorial Abril - Buenos Aires

3 BIBLIOTECA DE ABRIL 4



¿QUERRÍAN USTEDES IR SEÑALANDO
 POR ORDEN LOS CUADRITOS PARA
 QUE SE ENTIENDA LA HISTORIA?





BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
 Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
 de edición argentina. Se terminó de imprimir el 23 de sep-
 tiembre de 1953 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.



En su "petiso" Hicohico, Gauchito y Chancletita salieron una mañana al campo. Iban al pueblo, a comprar galleta.




- Vayan y vuelvan en seguida - les había dicho la mamá -. Y no se distraigan por el camino.



Por eso, al trotecito de ,
allá iban  y , muy se-
rios los dos. Pero de pronto
vieron venir por el campo
al . Venía silbando
muy contento, con una bolsa
de papel en la mano.

- ¡Buenos días, señor Zorro!
¿Cómo le va? - saludó Gauchito-. ¿Qué
hace con esa bolsa?

- ¡Ja! ¡Ja! - se rió el Zorro-.
Estoy ganándome el almuerzo!

Y sacó de la  una pie-
drecilla, un trocito de  y
una ; luego tiró al sue-
lo las tres cosas.

- Como ven, estoy muy



ocupado - continuó el Zorro .
Y se marchó , siempre
silbando .

No se había alejado mucho
cuando volvió a dejar caer
una piedrecilla , un trocito
de 🍪 y una 🥕 .




- ¡ Qué cosa más rara !
- exclamó 🐿 - . ¿ Cuál será
el almuerzo del Zorro ?



No tardaron mucho en
saberlo . Al ratito , no más ,
aparecieron el 🦋 la 🐇
y el 🐹 .


- ¡ Hola , niños ! - saludó
el 🐿 - . Hoy es un día de
muchoa suerte . A cada rato



encuentro piedrecillas para comer.

-¡Y yo, unas  riquísimas! -dijo la  guiñando un .

-¡Y yo, pedacitos de ! -exclamó el . Pero apenas le entendieron porque hablaba con la boca llena.


Y los tres se alejaron comiendo las ricas cosas que el pícaro  iba dejando caer...




-¿Vamos a dejar que el Zorro se los coma? -preguntó Chancletita.

-¡No! -exclamó Gauchito muy enojado -. ¡Ahora va




a ver ese bicho malo!


Como no había tiempo que perder, hicieron galopar a  El "petiso", que era un gordo comodón, rezongó un poco, pero, como era bueno, se apuró todo lo que pudo.

Llegaron justito cuando el Zorro, que se había escondido detrás de un ombú, cazaba con un cazamatiposas, de un solo golpe, al , a la  y al .

-¡Yo te voy a dar, Zorro traicionero! -exclamó Gauchito dándole un garrotazo tremendo con el cabo del rebenque.



- ¡Y yo te voy a enseñar a engañar animalitos! - dijo Chancletita clavándole con todas sus fuerzas un  en... donde los zorros se sientan.

Con un gran chichón en la cabeza, y agarrándose las asentaderas, escapó el  mientras los dos hermanitos soltaban a los cautivos.

Volvieron a casa.

- ¡Y las galletas? - preguntó la mamá.




Chancletita miró a Gaucho y Gaucho miró a Chancletita: ¡se habían olvidado!









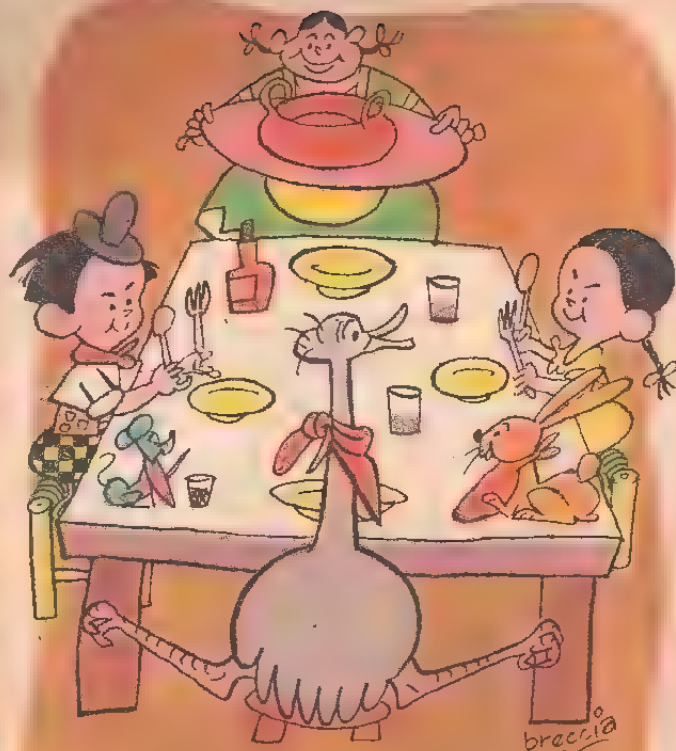
-¡Mira van a ver! ¡El tirón de orejas que les voy a dar!

Y ya se abremangaba la buena señora cuando alguien exclamó:

-¡No, patrona! ¡Eso no se hace! Sus hijos son muy buenos, y aquí les traemos estos regalitos.

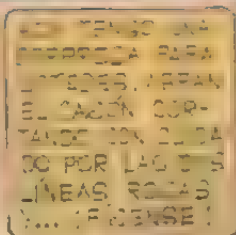
Eran el Namducito, que traía un ramo de , y la liebre, que traía un gran repollo, y el Ratón, que traía dos hermosas  .

Contaron lo ocurrido, y entonces la  dió un beso a  y a  e invitó a almorzar al , a la  y al .



Fin

de "PALIZA PARA EL ZORRO" un librito de la serie "Mis cuentos" que ilustró A. BRECCIA.



BIBLIOTECA BOLSIILLITOS. Copyright by Editorial Abel. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. de edición argentina. Se terminó de imprimir el 21 de octubre de 1963 en los Talleres Gráficos Pablo Paopoli e hijos.

Polio

En una casa llena de ven-
tanitas viven papá Pelito y
mamá Pelita con sus nenes,
los Pelititos.



A la mañana, entre to-
dos, limpian la casa con
plumeritos
y escobas.



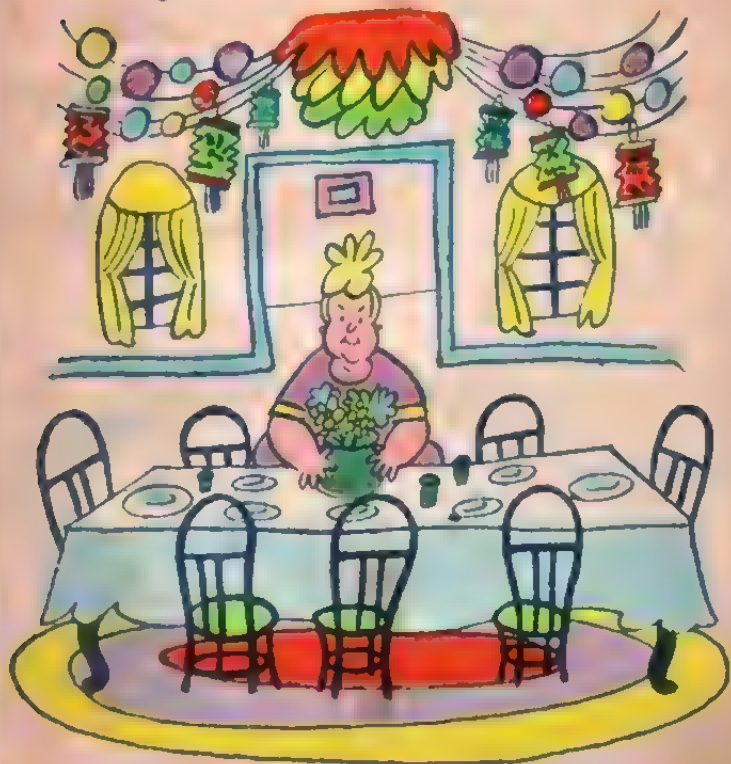
A cartoon illustration of a young boy with a round face, smiling and waving. He is wearing a red and white striped long-sleeved shirt under a white apron. He stands behind a green table. On the table are several items: a red bottle, a yellow box, a blue container, a white rectangular object, a small black box, and a yellow container. Above the table is a shelf with a red bottle, a yellow box, and a blue container. The background is a solid light blue.

A colorful illustration of two children, a girl and a boy, playing in a grassy field. The girl on the left is wearing a blue shirt and red skirt, holding a large net. The boy on the right is wearing a pink shirt and blue cap, also holding a net. They are both smiling and looking at a red butterfly that is caught in the boy's net. A green butterfly is flying above them. The ground is green with small flowers and a small brown animal.

En el jardín, Julito fabri-
ca avioncitos que llegan has-
ta el sol y Lucita remonta
barriletes
que hacen
cosquillas
a las nubes.



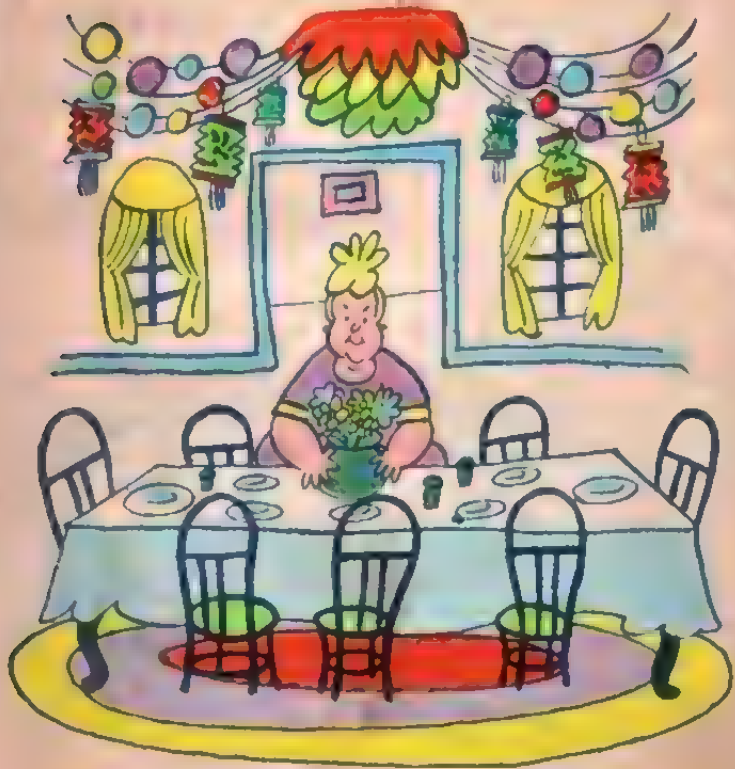
Mamá Felita pone la mesa y adorna el comedor con farolitos porque siempre hay un cumpleaños.



¿SE FIJARON QUÉ
HAY EN EL HORNO?

En la cocina, María la
cocinera hace masitas y
tortas de chocolate.

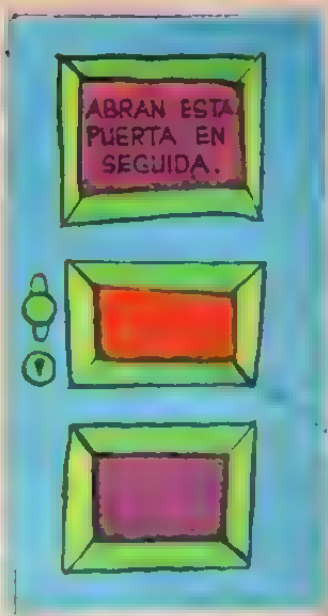
Mamá Felita pone la mesa y adorna el comedor con farolitos porque siempre hay un cumpleaños.



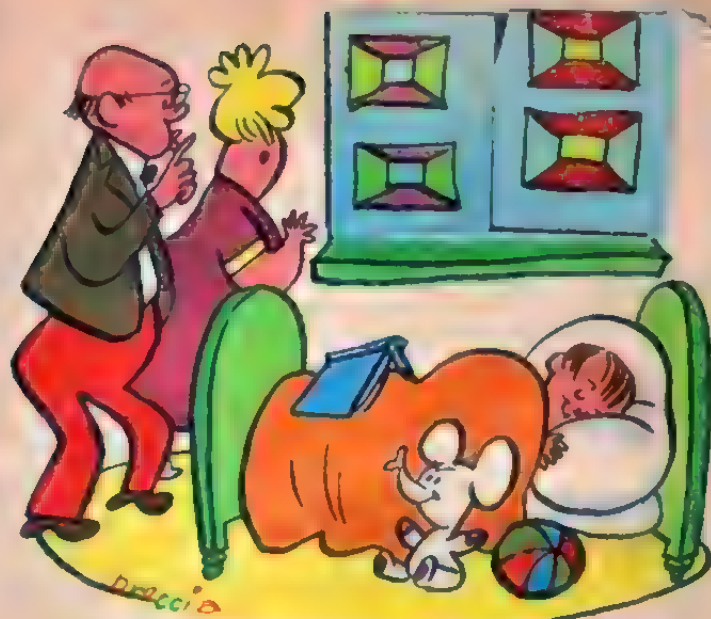
¿HAY EN EL HORNO?

En la cocina, María la cocinera hace maritas y tortas de chocolate.

Cuando
papá Felito
abre la puer-
ta de calle
todos vienen
corriendo
pues saben
que trae ca-
ramelos y
barquitos.



ABRAN LA VENTANITA.

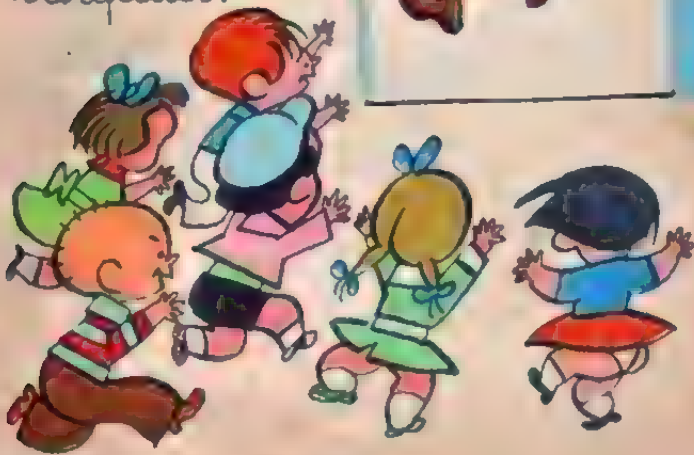
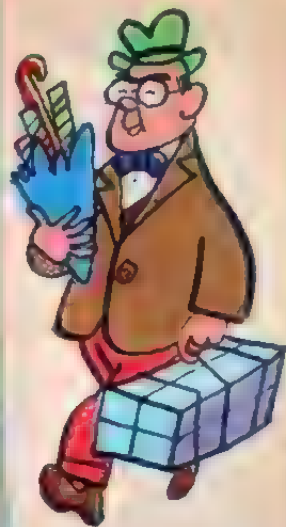


A la noche todos se acues-
tan y los papás cierran las
ventanitas para que los
Felititos no se escapen a ju-
gar con las estrellas.

FIN

Este librito fue ilustrado por A. BRECCIA

Cuando
papá Felito
abre la puer-
ta de calle
todos vienen
corriendo
pues saben
que trae ca-
ramelos y
barquitos.



ABRAN LA VENTANITA.



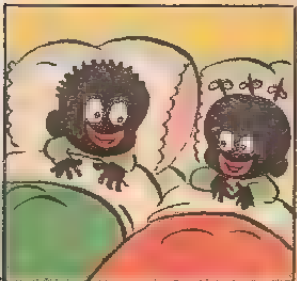
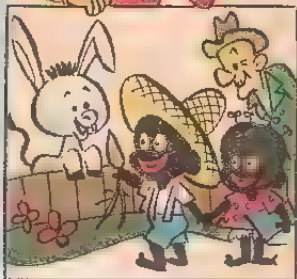
En la noche todos se acues-
tan y los papás cierran las
ventanitas para que los
Felitos no se escapen a ju-
gar con las estrellas.

FIN

Este librito fue ilustrado por A. BRECCIA



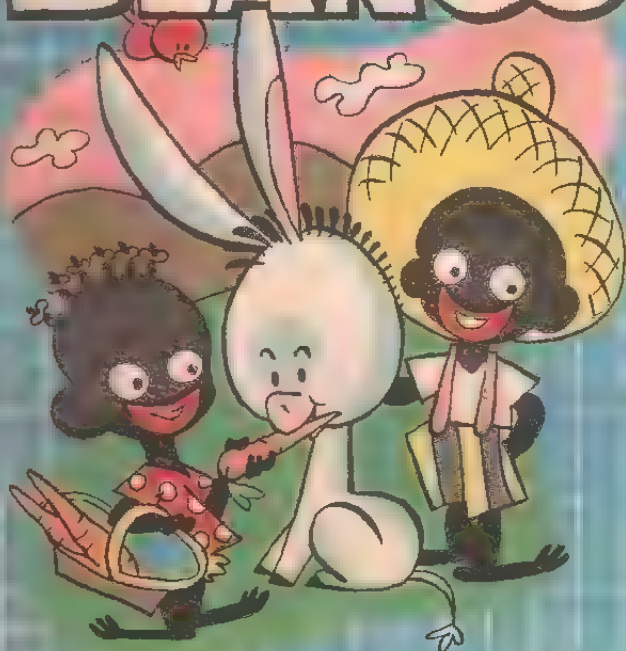
¡QUÉ DESORDEN! POR FAVOR, NUMEREN LOS CUADRITOS CON 1, 2, 3, 4 SIGUIENDO EL ORDEN EN QUE OCURRIERON LAS COSAS.



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de edición argentina. Se terminó de imprimir el 21 de octubre de 1968 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñá PELITO BLANCO



Editorial Abril - Buenos Aires

BIBLIOTECA
BOLSILLITOS



PELITO BLANCO era un burrito muy inteligente.

Por eso, cuando Dominguita y Pantaleón pasaban camino de la escuela y le decían: "¡Buenos días, Pelito Blanco!", él respondía siempre con dos pequeños rebuznos.





Dominguita, siguiendo su camino, decía:
 —¡Cómo me gustaría que fuera mío!
 —Quizá algún día juntemos la plata para comprarlo —respondía Pantaleón.
 Y esto ocurría todas las mañanas.

Pero una mañana ocurrió algo tan extraordinario que a Dominguita y Pantaleón les pareció estar soñando. Don Jacinto, nada menos que don Jacinto, el dueño del burrito, los llamó y les dijo:

—Me voy a la ciudad y les regalo a Pelito Blanco. Pueden llevárselo cuando quieran.





¿Cuando quieran? Dominguita y Pantaleón querían llevárselo lo antes posible, y por eso, al volver de la escuela, recogieron el burrito y lo llevaron a la granja de doña Espumosa.

Le estaban dando de comer cuando...
—¡Buenas tardes! —dijo una voz cansada.



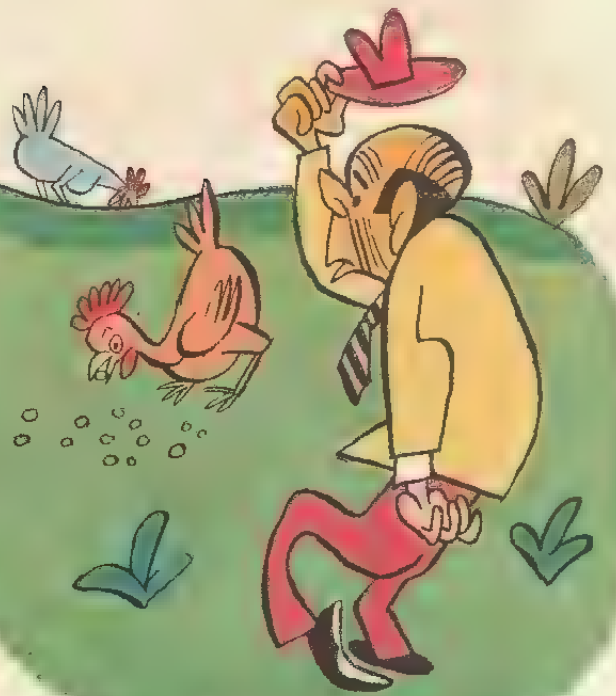


—¡Buenas tardes, don Baldomero! ¿Qué le trae por aquí? —preguntó doña Espumosa.

¡Pobre don Baldomero! Muy despacito explicó que su hijo se había lastimado “muy

fiero” una pierna y que el médico decía que ya no podría caminar tantas cuerdas para ir a la escuela.

Y, en voz más baja todavía, preguntó:





—¿No tendría usted, doña Espumosa, algún caballo que pudiera prestarme?

No, doña Espumosa no tenía ninguno, y, al oírsele decir, Dominguita sintió una cosquillita del lado del corazón.

Llegó la noche, y los chicos se fueron a la cama. Pero, siempre del lado del corazón, Dominguita sentía la cosquillita cada vez más fuerte y no se podía dormir.





—Dominguita —dijo Pantaleón desde su cama—, ¿qué te parece si . . . ?

Dominguita dió un salto.

—¡Ya sé, Pantaleón! —respondió—. Ya sé. Si le prestáramos nuestro burrito a don Baldomero todo se arreglaría. Mañana mismo se lo llevaremos. ¿Quieres?



Y, al decir esto, Dominguita notó que la cosquillita había desaparecido como por encanto. "Siempre me pasa lo mismo", pensó. "Es como una campanita que suena y suena hasta que me doy cuenta de lo que debo hacer."



—Sí —respondió Pantaleón—. Y quizá yendo a la escuela también él aprenda algo.

—Quizá —dijo Dominguita. Y, muy contenta, cerró los ojos y se durmió profundamente.

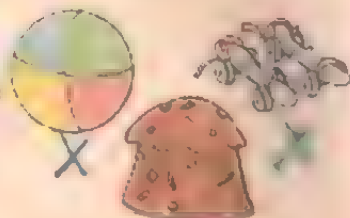


Fin

de "PELITO BLANCO", un librito de la serie
que ilustró ALBERTO BRECCIA.



TEN NAVIDAD, PIENSO
COMER Y JUGAR MUY
CHISIMO!



¿PODRÍAN USTEDES PONER UNA
CRUCECITA ROJA DEBAJO DE
LO QUE VOY A COMER Y UNA
AZUL DEBAJO DE LOS JUGUE-
TES? SE LOS PIDO PARA NO
CONFUNDIRME.



BIBLIOTECA BOSSILITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 14 de di-
ciembre de 1952 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

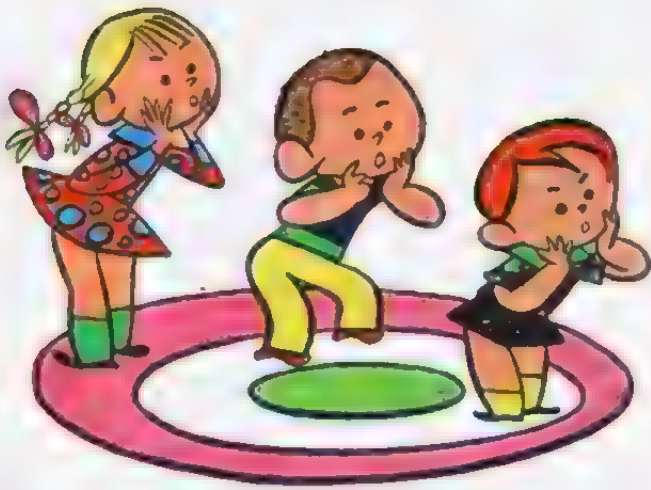
Trés

Feliz Navidad!



Bossilitos
Nº 94

Las estrellitas del cielo esta-
ban despiertas la noche de
Navidad... Y también Gloria,
Bochi y Carlitos, quienes,



muy asombrados, vieron aso-
mar por la chimenea dos
negrísimas bolas de charol.

Leque, el minino de los bigotes blancos, erizó la cola...
Bochi, de un salto, se escon-

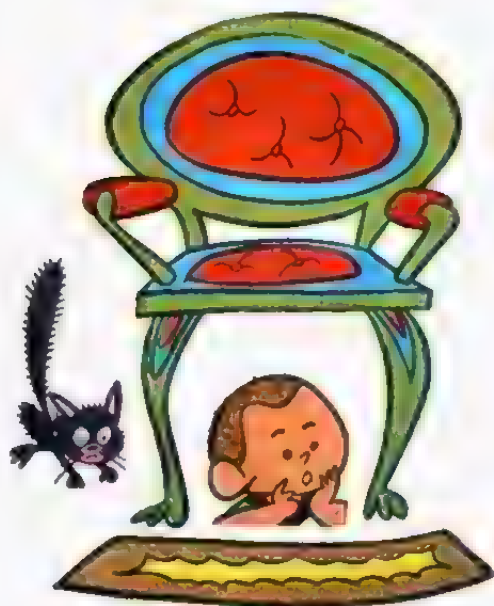


dió debajo del sillón de papá...



Entonces,
con la nariz manchada
de hollín, salió Santa Claus de
la chimenea: ¡en la mano
llevaba su bolsa mágica!

Leque, el mínimo de los bi-
gotos blancos, erizó la cola...
Bochi, de un salto, se escon-



dió debajo del sillón de papá...



Entonces,
con la nariz manchada
de hollín, salió Santa Claus de
la chimenea: ¡en la mano
llevaba su bolsa mágica!

Santa Claus creía estar solo,
y por eso empezó a sacar de la
bolsa juguetes y más juguetes.
Luego colgó del árbol un mu-
ñeco, un tambor y un osito



y agregó tres misteriosos pa-
quetes para los chicos. ¡Y una
madeja para leque! Pero en
eso, ¡tan! ¡tan!, el reloj dió
la medianoche y Santa Claus
se escondió...



Santa Claus creía estar solo,
y por eso empezó a sacar de la
bolsa juguetes y más juguetes.
Luego colgó del árbol un mu-
ñeco, un tambor y un osito



y agregó tres misteriosos pa-
quetes para los chicos. ¡Y una
madeja para leque! Pero en
eso, ¡tan! ¡tan!, el reloj dió
la medianoche y Santa Claus
se escondió...



porque acababan de llegar ma-
má y papá para cortar el pan
dulce y descorchar ¡pum! la
sidra.



Los chiquillos, sentaditos so-
bre la alfombra,



jugaban con los juguetes nuevos.

porque acababan de llegar ma-
má y papá para cortar el pan
dulce y descorchar ¡pum! la
sidra.



Los chiquillos, sentaditos so-
bre la alfombra,



jugaban con los juguetes nuevos.

se marchaba en su trineo de campanillas...

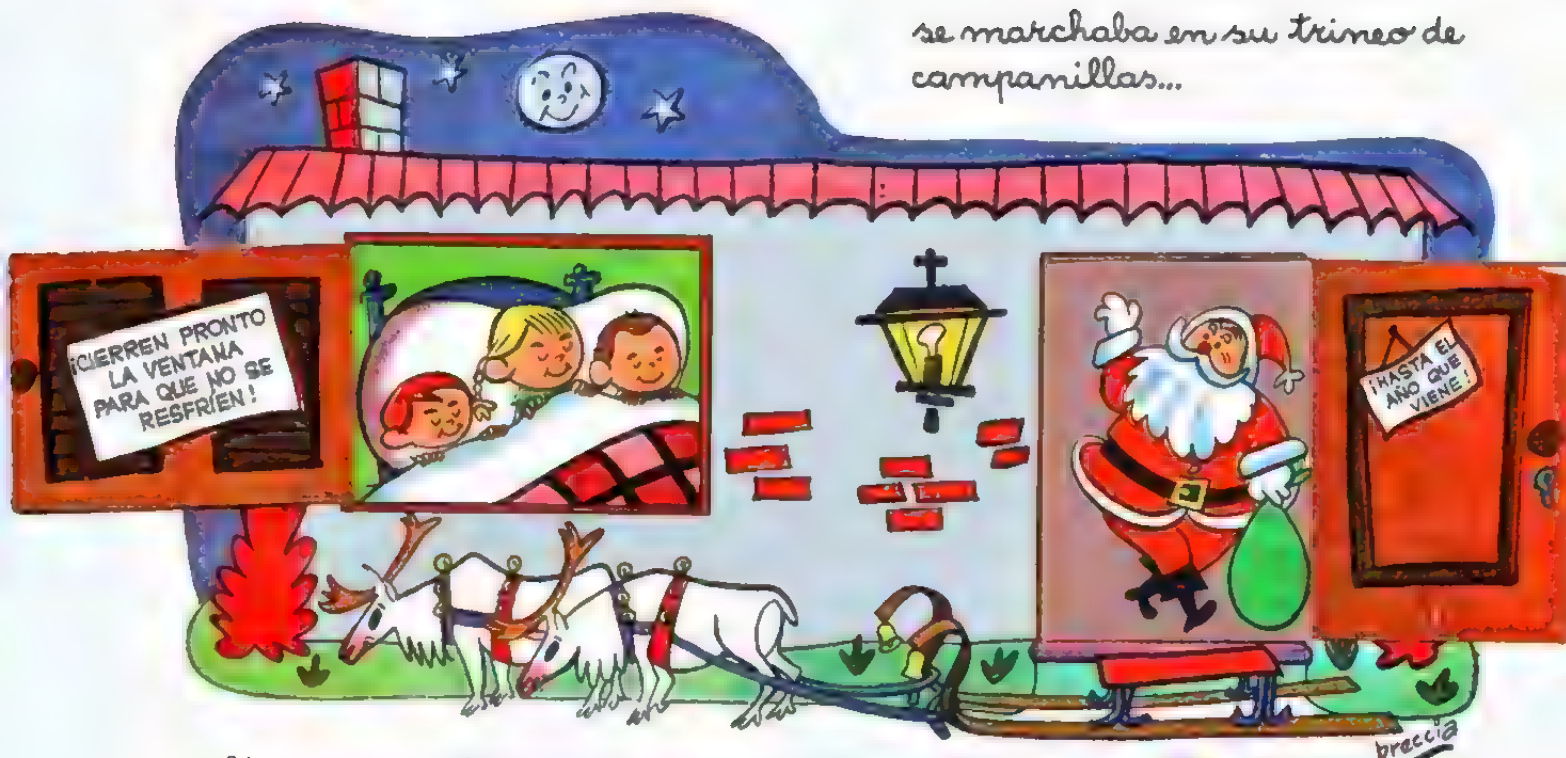


Y cuando se fueron a dormir sus ojos reflejaban las chispi-
tas de las velas del árbol de
Navidad, mientras Santa Claus

FIN

de ¡FELIZ NAVIDAD! con librito de la serie
"Mis alegrías" que ilustró A. BRECCIA

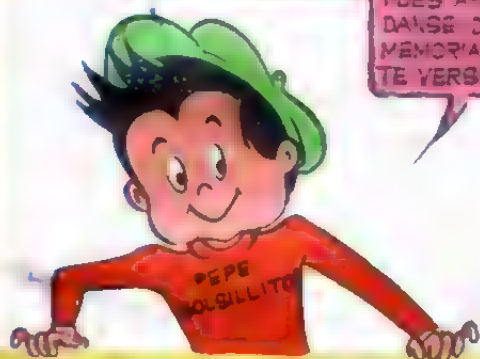
se marchaba en su trineo de campanillas...



Y cuando se fueron a dormir sus ojos reflejaban las chispi-
tas de las velas del árbol de
Navidad, mientras Santa Claus

FIN

de ¡FELIZ NAVIDAD! con librito de la serie
"Mis alegrías" que ilustra A.BRECCIA



¿QUIEREN SABER CUANTOS DÍAS
TIENEN LOS MESES DEL AÑO?
PUES APREN-
DAISE DE
MEMORIA ES-
TE VERSITO.

*Treinta días trae noviembre,
con abril, junio y septiembre.
Febrero, que es el más breve,
trae veintiocho o veintinueve.
Dí, sin olvidar ninguno,
qué meses traen treinta y uno.*

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 16 de di-
ciembre de 1963 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Noñé

¡AÑO NUEVO!



BIBLIOTECA BOLSILLITOS 95

Editorial Abril - Buenos Aires



DOMINGUITA salió de la cocina, se recostó sobre el cerco y se quedó mirando el cielo. ¡Qué ligerito pasaban las nubes!

"Sí. Las nubes arriba y los días abajo pasan muy ligerito —pensó Dominguita—, y el año que se fué pasó más ligerito que ninguno. ¿Cómo será el que empieza hoy?"

—¡Dominguita! ¡Se queman las empanadas! —gritó Pantaleón desde la cocina.

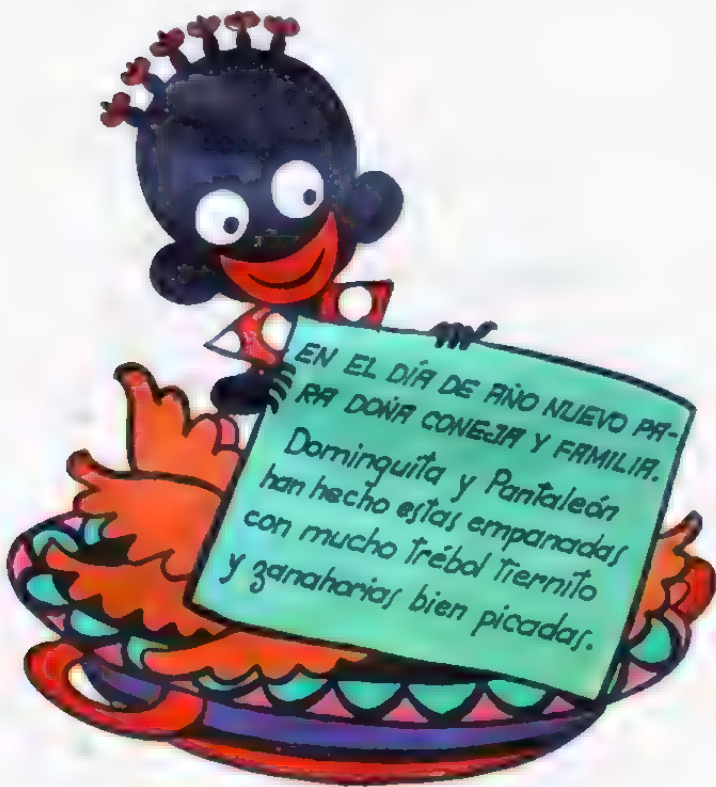
Y, como esto era importantísimo, Dominguita dejó de pensar en el año nuevo y corrió a la cocina.

Pantaleón, muy acalorado, estaba sacando las empanadas del horno.

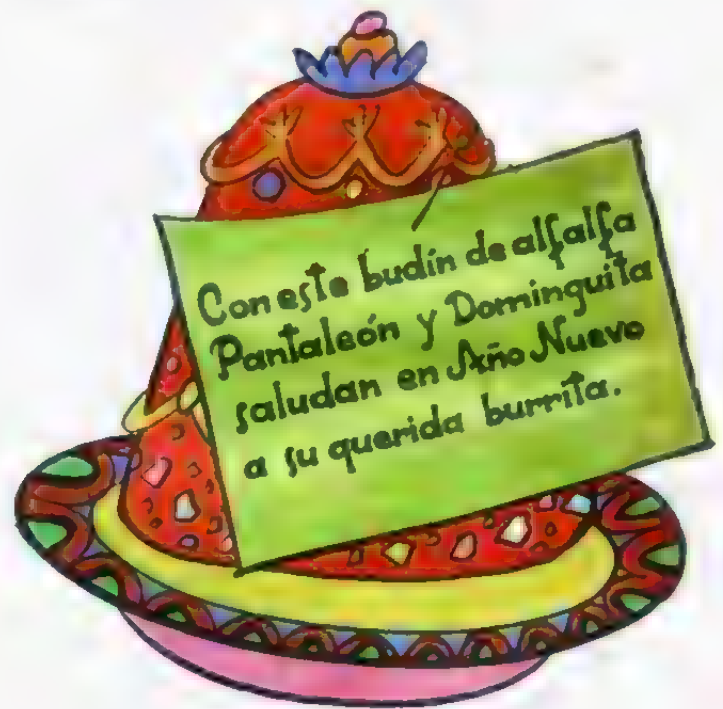


—Ya está —dijo cuando todas estuvieron afuera.

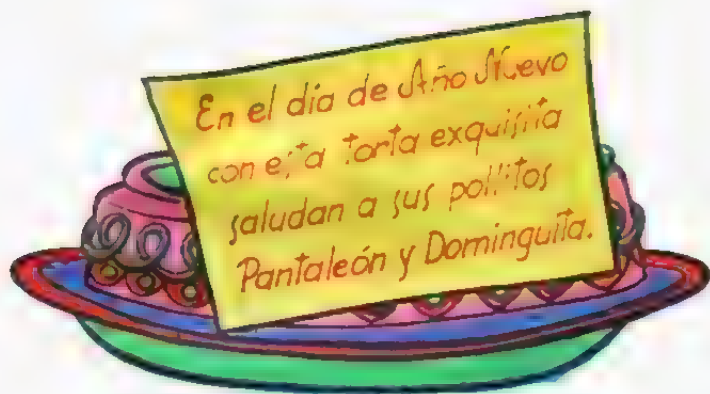
Entonces Dominguita colocó en la fuente de las empanadas una tarjetita que decía:



y colocó la fuente junto a otras fuentes, cada una de las cuales tenía, también, su tarjetita. Había una verde, clavada en un budín, que decía:

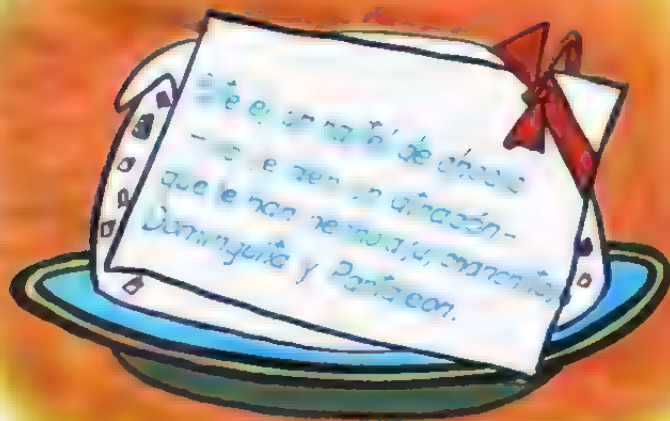


y una amarilla que asomaba entre las tortas para decir:



En el día de Año Nuevo
con esta tarta exquisita
saludan a sus pollitos
Pantaleón y Dominguita.

y en un blanquísimo pastel una blanca que
decía:



Este es un año de chaos
—no se ven ni direcciones—
que le han hecho a, enano,
Dominguita y Pantaleón.

—Las llevaremos al bosquecito —explicó
Pantaleón mientras, con mucho cuidado, co-
locaba las fuentes en la carretilla.



Porque allí, en el bosquecito, doña Espumosa había puesto la mesa con turriones y pan dulce, avellanas y nueces, bombones y almendras, naranjada y refrescos, pastelitos y torta de frutillas. Y ahora, lo único que faltaba eran los invitados.



¡Din! ¡Don! ¡Din! Las campanas de la plaza dieron las doce y junto con ellas llegaron doña Coneja y sus seis conejitos, los pollitos, los chanchitos y el potrillito.

Entonces... ¡a la una, a las dos y a las tres!, todos se pusieron a comer. Y fué preci-



samente entonces, un poquito después de probar la torta y un poquito antes de probar la naranjada, cuando Dominguita sintió que el corazón se le ponía chiquito como una avellana y murmuró:

—¡Ay, Pantaleón! ¡Nos hemos olvidado de Marilú!

Y era que, ¡tilín! ¡tilín!, Marilú avisaba desde la tranquera que acababa de llegar, muy coquetona, con su campanita al cuello.

—Ve a recibirla y no vuelvas con ella hasta que te llame —respondió Pantaleón muy apurado.

Porque lo importante era que Marilú no llegara a enterarse nunca de que, justo el día del Año Nuevo, Dominguita y Pantaleón se habían olvidado de ella.





Entonces, siempre muy apurado, Pantaleón preparó una bandeja con una empanada y una torta, una tajada de budín y un pedazo de pastel, una nuez y dos avellanas, tres bombones y cuatro almendras, un pedacito de turrón y otro de pan dulce, medio pastelito y muchas frutillas, un vaso de naranjada y



otro de refresco. Y en mitad de la bandeja colocó una tarjetita que decía:

¡Feliz Año Nuevo, Marilú!

*La familia Conejín,
Pantaleón y los chanchitos,
Burríta y doña Espumosa,
Dominguita y los pollitos*

*Se preparó en la casa
de los Conejín el día 31 de diciembre*



Por eso, cuando Marilú —que era una ternerita muy celosa— llegó al bosquecito y vió que en su fuente no faltaba nada de lo que había en las otras, se puso muy contenta y, frotando a Pantaleón con su hocico, exclamó:

—¡Me...e...e! ¡Me...e...e!

Lo cual casi seguro, quería decir:

—¡Qué suerte! ¡Todos se han acordado de mí!

Así lo entendieron Dominguita y Pantaleón, y los dos, tan contentos como Marilú, chocaron sus vasos llenitos de refresco y brindaron:

—¡Feliz Año Nuevo, Dominguita!

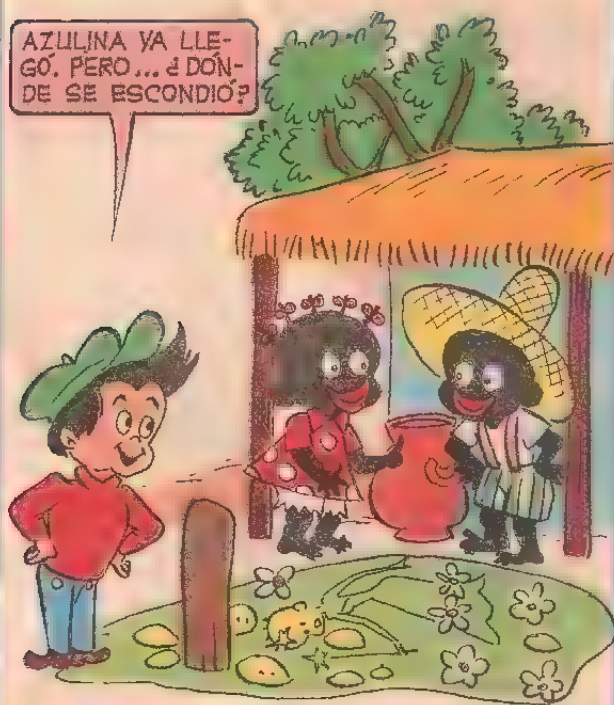
—¡Feliz Año Nuevo, Pantaleón!



Fin

de ¡AÑO NUEVO!, un libro de la serie "Mis cuentos" que ilustró ALBERTO BROCIA.

AZULINA VA LLE-
GO. PERO ... ¿DON-
DE SE ESCONDIO?



★ ★ ★ ★ ★

BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 13 de Enero
de 1954 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

60 cts.

Nombre

El hada AZULINA



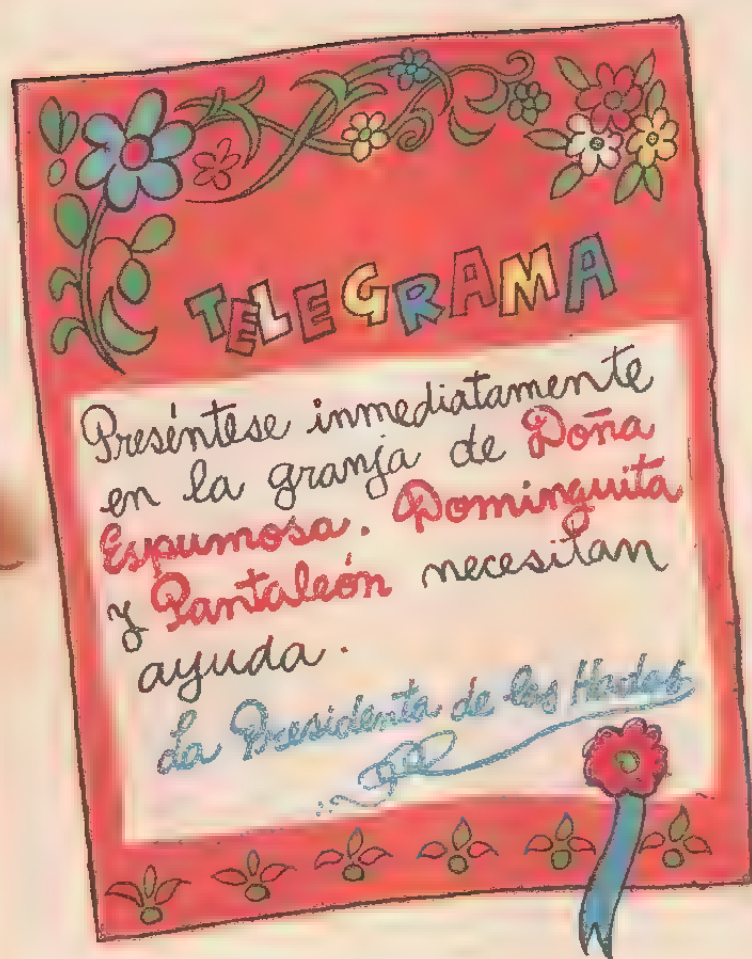
BIBLIOTECA
BOLSILLITOS 98

Editorial Abril - Buenos Aires

H 953 - K 2



ESTE cuento empieza cuando el hada Azulina recibió un telegrama que decía:





Azulina tomó su varita y se fué a la granja de doña Espumosa. Dominguita y Pantaleón estaban conversando y ella se escondió para oír lo que decían.

—¡Cómo me gustaría tener una linda muñeca! —dijo Dominguita.

—A mí —dijo Pantaleón— me gustaría tener un trencito con cuerda.

Y no habían acabado de decirlo cuando... ¡zum! aparecieron una muñeca y un trencito. Pero la muñeca era muy fea y el trencito era de papel.





—¡Pobrecita! —exclamó Dominguita levantando la muñeca—. No eres tan linda que digamos, pero yo te cuidaré.

—Es una lástima que sea de papel —dijo Pantaleón levantando el trencito—. Pero me conformaré con mirarlo y...





Y no terminó de hablar porque Azulina salió de su escondite y, llorando, preguntó:

—¿No conocen a nadie que sepa arreglar varitas? Como ven, la mía hace todo al revés.



—Eso es muy peligroso, señora hada —dijo Dominguita—. Supóngase usted que un chico le pide que lo ayude a ser obediente o a curarse o...

—Y usted lo hace ser más desobediente o
enfermar más o... —explicó Pantaleón.

—¡No sé lo que haría en un caso así!
—respondió el hada llorando más que nunca.



—Señora hada —dijo de pronto Panta-
león—, pensando se me ha ocurrido una idea.
Haga el favor de repetir esto:

Varita, varititita.
no te compongas solita.

Y ese **no** lo dijo muy fuerte porque "como cumple al revés —pensó Pantaleón— sí que se compondrá solita".



Azulina lo repitió, y, justito cuando terminaba de hablar, los tres vieron que la estrella de la varita empezaba a moverse y que, al llegar a la otra punta, se clavaba allí como diciendo: "Este es mi lugar".

—¡La estrellita no estaba en su sitio! ¡Con razón salía todo al revés! —exclamó Azulina. Y volviéndose hacia Pantaleón agregó: —¡Muchas gracias por tu ayuda! Como ya has visto, las varitas mágicas no sirven para nada cuando no se sabe pensar.



Así dijo, y, después de tocar con su varita a la muñeca y al trencito y de convertirlos en una hermosísima muñeca y un trencito con rieles y todo...

se tocó
a sí misma

y
des-
a-
pa-
re-
ció.



Fin

de "EL HADA AZULINA", un librito de la serie
que ilustró ALBERTO BRECCIA.

Biblioteca **BOLSILLITOS**

Cada semana aparece un librito diferente...
¡y cada semana es más lindo!

Los libros de "Bolsillitos" son siempre alegres e instructivos. Tienen cuentos, juegos, figuritas, temas de la escuela, figuras para desplegar y pegar, dibujos con sorpresas... y muchísimas cosas más.

Las últimas semanas aparecieron:

- 109. MANOLIN EL ZAPATERO
- 110. EL CLUB DE LOS PAJARITOS
- 111. ALEGRE ALFABETO
- 112. DIEGO EL ESCOCES

y pronto aparecerán

- 114. LOS CANTITOS DE DOÑA GANSA
- 115. MI CASA

y más y más "Bolsillitos."

¡Formen la colección completa!

¡Es entretendidísima!

Noné

PEPE P. PINO



60 cts.

Bolsillitos
Nº 113
¡PARA DESPLEGAR!







BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril.
Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 5 de Mayo
de 1954 en los Talleres Gráficos Pablo Paoppi e hijos.

Cuando Pantaleón vio la estrellita que estaba en la punta de Pepe P. Pino llamó a Dominguita y le dijo:

-Mira, Dominguita. Ha bajado creyendo que es Nochebuena. Hay que avisarle que se ha equivocado.

Dominguita y Pantaleón sabían que Pepe P. Pino era muy hospitalario y que había alquilado -completamente gratis- todas sus ramas.



Entonces Pantaleón llamó a Monito Equilibrista, que vivía en el 2º piso.

-Sí, ¡Claro! Hay que avisarle -dijo Monito Equilibrista. Y de un salto estuvo en el 4º piso, donde Zorrinito Aviador - que todavía no era aviador - pasaba horas enteras tratando de acostumbrarse a las alturas.



-Sí -dijo Zorrinito Aviador-. Pero tú sabes que sufro de vértigo y que no puedo subir.

Entonces Monito Equilibrista bajó hasta su casa, retiró del fuego la sartén con los huevos fritos, puso a freír las papas y volvió a subir al 3º piso, donde encontró un papelito firmado por las señoritas Lirón.



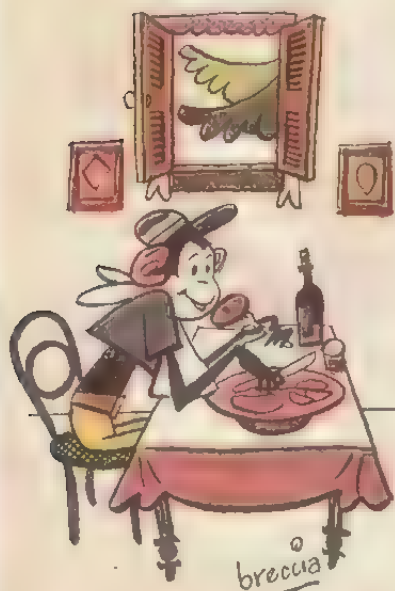


Entonces Monito Equilibrista bajó hasta su casa, retiró del fuego la sartén con las papas fritas, puso a asar un trozo de carne y volvió a subir al 5º piso, donde encontró a la familia Pecho Colorado en pleno banquete.

-Entiendo -dijo papá Pecho Colorado-. Pero ¿qué dirán mis chiquitos si me voy?

Entonces Monito Equilibrista pensó: "No me importa que se me queme el churrasco". Y, aunque Lorito Lorenzetti vivía en el 6º piso, pasó de largo y siguió subiendo hasta que llegó a la punta de Pepe P. Pino.

-¡Mira! -le dijo entonces Enanito Copete-. ¡Mira cómo brilla el cascabel de mi gorrito con el último rayito de sol!



-Sí. Ya veo -respondió Monito Equilibrista. Y en medio minuto bajó hasta su casa, sacó el churrasco de la plancha, se lo comió con los huevos y las papas fritas y dijo:

-No era una estrellita. Era un cascabel. Mañana sin falta se lo diré a Dominguita y Pantaleón.

Dicho lo cual lavó los platos y se acostó a dormir.



Cuando Pantalón vió la
estrellita que estaba en la
punta de Pepe P. Pino llamó
a Dominguita y le dijo:

-Mira, Dominguita. Ha
bajado creyendo que es No-
chuburna. Hoy que avisar-
le que se ha equivocado.

Dominguita y Pantalón
sabían que Pepe P. Pino era
muy hospitalario y que
había alquilado - completa-
mente gratis - todos sus ramos.



Entonces Pantalón lla-
mó a Monito Equilibrista.

que vivía en el 2º piso

-Sí, ¡Claro! Hoy

que avisarle - dijo Mo-
nito Equilibrista. Y de
un salto estuvo en el
4º piso, donde Zorrinito
Arriador - que todavía
no era arriador - pasa-
ba horas enteras tra-
tando de acostumbrarse
a las alturas



-Sí - dijo Zorrinito Arri-
ador -. Pero tú sabes que
sufro de vértigo y que no
puedo subir

Entonces Monito Equi-
brista bajó hasta su casa,
retiró del fuego la sartén
con los huevos fritos, puso
a freír las papas y volvió
a subir al 3º piso, donde
encontró un panelito for-
mado por las señoras León



Entonces Monito Equilibris-
ta bajó hasta su casa, re-
tiró del fuego la sartén con
las papas fritas, puso a
asar un trozo de carne y
volvió a subir al 5º piso,
donde encontró a la fami-
lia Pecho Colorado en pleno
banquete.

- Entiendo - dijo papá
Pecho Colorado -. Pero, ¿qué
dixón mis chiquitos si
me voy ?

Entonces Monito Equilibris-
ta pensó: "No me importa
que se me queme el churras-
co". Y, aunque Lorito Lo-
renzetti vivía en el 6º pi-
so, pasó de largo y siguió
subiendo hasta que llegó a
la punta de Pepe P. Pino.

- ¡Mira! - le dijo entonces
Enamito Conejo -. ¡Mira cómo
brilla el cascabel de mi
gorrito con el último ra-
yito de sol !



- Sí. Ya veo - respondió
Monito Equilibrista. Y en
medio minuto bajó hasta
su casa, sacó el churras-
co de la plancha, se lo co-
mió con los huevos y las
papas fritas y dijo:

- No era una estrellita.
Era un cascabel. Mañana
sin falta se lo diré a Do-
minguita y Pantalón.

Dicho lo cual lavó los
platos y se acostó a dormir.



¿QUIEREN SABER CUANTOS DÍAS
TIENEN LOS MESES DEL AÑO?
PUES APRENDÁN-
DANSE DE
MEMORIA ES-
TE VERSITO.

*Treinta días trae noviembre,
con abril, junio y septiembre.
Febrero, que es el más breve,
trae veintiocho o veintinueve.
Di, sin olvidar ninguno,
qué meses traen treinta y uno.*

BIBLIOTECA BOLSILLOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho
el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 27 de noviembre
de 1968 en los Talleres Gráficos de Pablo Panpiti e Hnos.

\$ 20

NOSE

¡AÑO NUEVO!



BOLSILLOS DE EDITORIAL ABRIL. 869

NONE

El regañito de Navidad



BOLESILOS DE EDITORIAL ABRIL 568

Queridos tucos:
 Aquí les mando
 estos títeres para que
 aprendan a hacer el
 retrato de Conejito.
 Los abraza
 Golondrina



VALENTIA

BIBLIOTECA BOLESILOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho
 el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
 de edición argentina. Se terminó de imprimir el 27 de noviembre
 de 1968 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos.

A María se le perdieron
sus dos orejitas.
Ayudemosla a encontrar-
las



BIBLIOTECA BOLSILLITOS. Copyright by Editorial Abril. Hecho
el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro de
edición argentina. Se terminó de imprimir el 19 de febrero
de 1980 en los Talleres Gráficos de Pablo Paopoli e Hijos.

\$ 20

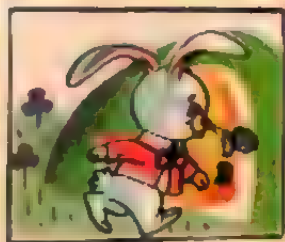
H. SANCHEZ PUYOL

LOS BURRITOS



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 881

¿QUIÉN PUEDE CONTAR EL SUEÑO
DE CONEJITO?



BIBLIOTECA BOLSILLITOS Copyright by Editorial Abril. Hecho
el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se terminó de imprimir el 26 de marzo
de 1969 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoppi e Hijos.

\$ 20

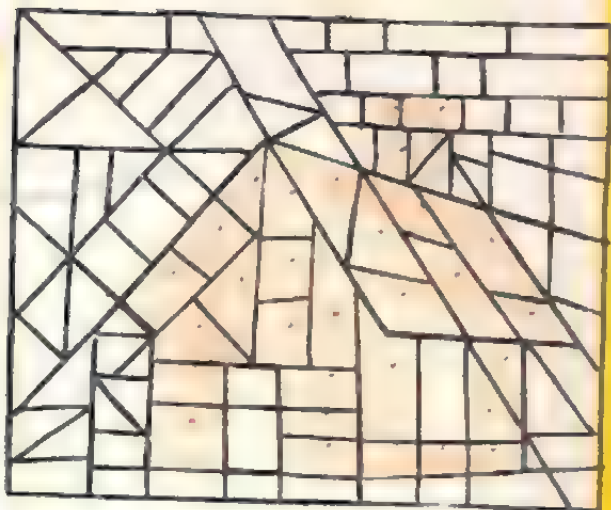
INES

CONEJITO Dormilón



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 882

PINTEN LOS CUA-
DRADITOS PUNTEA-
DOS Y SABRÁN
LO QUE QUIERO
QUE ME REGALEN
EL DÍA DE MI
CUMPLEAÑOS.



BIBLIOTECA BOLSILLITOS Copyright by Editorial Abril. Hecho
en depósito de ley. Todos los derechos reservados. Libro
de edición argentina. Se le otorga el depósito de ley de marzo
de 1969 en las Librerías Gráficas de Pablo Piquini & Hija.

\$ 20

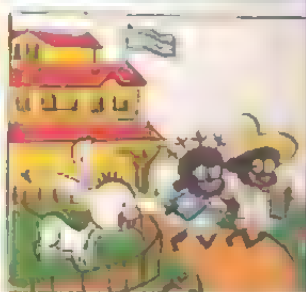
INES

EL CUMPLEAÑOS

de Mamita



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 885



BIBLIOTECA BUENOS AIRES. Copia por el Centro Argentino de Estudios de las Américas, Inc. de Buenos Aires, Argentina. Se le permite imprimir el 20 de Mayo de 1968. Buenos Aires, Buenos Aires, Buenos Aires.



BOISSELIERS DE L'EDITORIAL APRIL 88

AZULINA YA LLE-
GÓ. PERO... ¿DÓN-
DE SE ESCONDIO?



★ ★ ★ ★ ★

BIBLIOTECA BOLSILLITOS Copyright by Editorial Abril Hecho
el depósito de ley Todos los derechos reservados Libro
de edición argentina Se terminó de imprimir el 23 de abril
de 1967 en los Talleres Gráficos de Pablo Paoletti y H. c.

\$ 20

NOSÉ El hada AZULINA



BOLSILLITOS DE EDITORIAL ABRIL 657

GATITO



Nº1
Colección
Gatito

Juanín Y LA GALLINA MARAVILLOSA

AUNQUE a ustedes les parezca raro, Juanín quería ir a la China. Horas enteras se pasaba pensando y pensando el modo de conseguir el dinero para el pasaje, pero lo único que conseguía era un buen dolor de cabeza.

Una mañana, mientras miraba los tres chinitos del paquete de té, le entraron tales ganas de ir a visitarlos que, tomando su caja de caracoles, salió dispuesto a venderla y emprender el viaje con lo que le dieran por ella. Pero la pena que sentía por separarse de su único tesoro era tan grande que, a mitad de camino, se detuvo y quiso verlo por última vez.

En esto estaba cuando, corriendo a toda carrera, pasó junto a él una gallina. Llevaba un grano de maíz en el pico y un pequeño honguito en la cabeza.

—¡Hermosos! ¡Hermosísimos! —exclamó asomándose a mirar la caja de caracoles—. ¡Estos son precisamente los sombreros que estoy buscando desde hace un año!

Y, metiéndose la caja bajo una de sus alas, siguió su carrera con tal velocidad que, cuando Juanín quiso alcanzarla, había desaparecido. Pero en su lugar había quedado un granito de maíz, que, al tocar el suelo, se hundió profundamente en él.



Este cuento es muy lindo. Por suerte no termina aquí sino que continúa en la página siguiente. Y también termina allí.



¡Entonces ocurrió algo inesperado! En el lugar en que cayó el granito empezó a crecer una planta y pronto se hizo tan alta como un campanario. En un segundo se cubrió de miles de choclos y allí, bien arriba, sentada en la puntita del choclo más alto, apareció la gallina. Llevaba en la cabeza el más hermoso de los caracoles de Juanín y se lo sujetaba con una pata mientras con la otra sostenía un pequeño espejito con marco de carey.

—¡Eh, tú, gallina! ¡Devuélveme mis caracoles! —gritó Juanín.

Y sin esperar respuesta comenzó a trepar por la planta. Pero ésta seguía creciendo mucho más rápidamente de lo que él subía y, después de atravesar la primera nube, Juanín comprobó que la gallina se había esfumado.

En cambio, firmemente asentado sobre la nube vecina, apareció un hermoso castillo. El castillo tenía una torre, la torre tenía campanas, las campanas tenían campanero, y el campanero —que era la mismísima gallina— las hacía redoblar a todo vuelo.

Juanín, pisando de choclo en choclo, se acercó a una de las ventanas del castillo y entró por ella.

—Querida Lolita —decía en esos momentos un enorme gigante, tan enorme que sólo su nariz era más grande que Juanín entero—. Querida Lolita, hazme el favor de poner para mí uno de tus hermosos huevecillos de oro.



Lolita —que no era otra que la gallina—, paseándose tranquilamente con la caja de caracoles por la manaza del gigante, respondió:

—Te lo daré, querido Policarpio, si a cambio de él me regalas uno de tus preciosos alfileres para mi nuevo sombrero, que se me está cayendo.

—¡Uf! —gritó Policarpio—. Con esta historia de los alfileres me has dejado mi costurero tan pelado que...

Pero en ese instante el gigante divisó a Juanín y, volviéndose hacia el hecho una furia, exclamó:

—¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido?

—Es mi último sombrerero —respondió Lolita, que acababa de descubrirlo.

—Pídele entonces a él... —empezó a decir Policarpio.

De ninguna manera —contestó Lolita—. Los alfileres de gigante son los mejores pinches para sombreros. Pero, ya que me los niegas...

Así diciendo, Lolita dió un salto y se metió en el bolsillo de Juanín.

Policarpio intentó atraparla de un manotazo y, viendo que no era posible, levantó el puño para descargarlo sobre la cabeza de Juanín. Pero éste, más rápido que el rayo, trepó a la ventana y empezó a descolgarse. Tras él, destrozando ramas y choclos, se descolgó el gigante. Una lluvia de granos de maíz cayó sobre los fugitivos y, mientras Lolita decía atragantándose: "No me los puedo comer todos", Juanín seguía bajando y bajando.

¡Pataplún! Juanín, rodando como una pelota, comprendió que había aterrizado. ¿Dónde estaba Policarpio?

¡Adiós! —grito en ese momento la voz lejanísima del gigante.

Sólo entonces Juanín descubrió que, en el lugar en que había germinado el granito de maíz, había ahora un enorme hueco.

—No te preocupes —dijo Lolita—. Ya que bajó a la Tierra habrá aprovechado para ir a visitar su castillo subterráneo. Apresúrate porque tenemos

juanín 12

que partir para la China antes que vuelva.

—¿Para la China? —preguntó Juanín—. ¿Y con qué plata?

Lolita se sentó, volvió a levantarse y dejó ver un reluciente huevecillo de oro.

—Con ésta —dijo entregándoselo a Juanín y sacando su espejito de carey para mirarse—. Me han escrito desde la China diciéndome que allí se hacen unos sombreritos que no necesitan pinches para quedar sujetos y querría estrenar uno para Navidad. ¡Vamos! ¡Pronto! ¡A la China! ¡Cocorocó!

—¡A la China! —repitió Juanín. Y, montando en la gallina como si fuera un caballo de carrera, gritó—: ¡Cocorocó!



que son los señores



Arranquen con cuidado la página del medio 15, 16, 17, 18— y corten siguiendo todas las líneas rojas. ¿Cortaron? Ahora doblen según todas las líneas amarillas.

¿Doblaron? Entonces coloquen estas páginas dobladas una dentro de otra de manera que quede formado un li-

bro con las páginas ordenadamente numeradas. ¿Ya está? Ahora abrochen o cosan el lomo —que es el lugar en que se juntan los dobles— y tendrán terminado el libro de LA PRINCESA PIRULINA. ¿Ya lo tienen? Yo también. Ahora, a tomar un lapiz y ¡listos para comenzar!



¡Up! Ahora que me acuerdo en este libro aparece INOSITO y todavía no se los he presentado. Recién lo haré en la página 19.

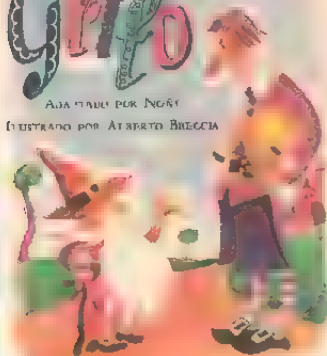




GRIMM

El Pájaro Grifo

ADAPTADO POR NOEL
ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA



En la comarca en que vivía Juan el Simple se estaban pasando momentos de gran ansiedad. Esa misma tarde, el hada Perlimplina, después de profunda reflexión ante la cabecera de la incurable princesita, había asegurado que todos sus males desaparecerían si la joven comía una manzana. Y los heraldos del rey, llegando a los rincones más apartados de la comarca, proclamaron que el que encontrara la manzana capaz de curar a la princesita se casaría con ella.

Fue por eso que Diego, el hermano mayor de Juan el Simple, se apresuró a llenar su cesta con las más hermosas manzanas de la huerta de su padre. Silbando y cantando emprendió el camino del palacio cuando, saliéndole al paso, apareció un hombrecillo cuya larguísima barba llegaba casi hasta el suelo.

—¿Qué llevas ahí, muchacho? —le preguntó.

—Patatas de rana —respondió burlonamente Diego.

—Pues, si tú lo dices, así será —dijo el hombrecillo.

Y cuando Diego llegó al palacio y destapó su cesta en lugar de las manzanas aparecieron unas cuantas patatas de rana. El mozo, sacado a empujones por los lacayos, regresó a su casa dolorido y humillado.

A la mañana siguiente, cargando otra cesta con manzanas, Tomás, el segundo hermano de Juan, salió en dirección al palacio.

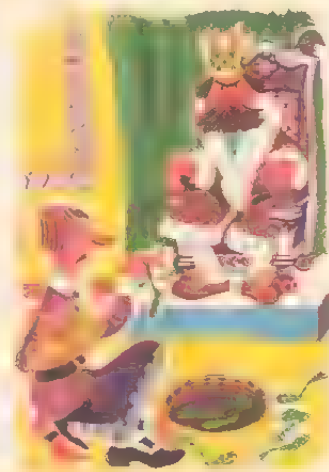
—¿Qué llevas ahí, muchacho? —preguntó el hombrecillo de la barba volviendo a aparecer en el mismo lugar que el día anterior.

—Dientes de caballo —repuso Tomás, malhumorado por la interrupción.

Pues, si tú lo dices, así será —dijo el hombrecillo.

Y cuando Tomás llegó al palacio y destapó su cesta en lugar de las manzanas aparecieron unos cuantos dientes de caballo. Tomás, entre gritos y golpes, fue sacado de la presencia del rey y regresó a su casa tan humillado y más dolorido que su hermano Diego.

A la mañana siguiente, dispuesto a partir, Juan el Simple llenó su cesta con las manzanas que quedaban en la huerta.



do, pero Juan, después de haber visto a la princesa, deseaba más que nunca casarse con ella.

Y a la mañana siguiente emprendió su viaje. Caminó y caminó hasta que, rendido de fatiga, se atrevió a pedir asilo en un castillo casi oculto en mitad del bosque.

—Oye —dijo el dueño del castillo después de escucharlo—. Los que han visto al Pájaro Grifo jamás han regresado con vida. Pero, si tu consigues verlo, pídele que te diga dónde está la llave encantada que puede abrir el arca de mis tesoros.

Prometió hacerlo Juan y, siguiendo su camino, encontró un río y pidió al barquero que lo cruzara.

—¡Ay! —suspiró éste al enterarse de lo que Juan se proponía—. Si pudieras ver al Pájaro Grifo y le preguntaras por qué estoy condenado a manejar continuamente estos malditos remos te lo agradecería eternamente.

—Lo haré —respondió Juan. Y continuó su camino hasta que, un poquito antes que se acabara el mundo, encontró la gruta del Pájaro Grifo.



—¡Es tan bobo que cree que llegará a ser rey! —exclamó Diego.

—¡Bonita zorra te daran! —aseguró Tomás.

Juan se sumió a las burlas de sus hermanos y no se molestó en responder. Y de pronto, mientras caminaba pensativo, le salió al encuentro el hombrecillo y preguntó:

—¿Qué llevas ahí, muchacho?

—Las manzanas que curarán a la princesa —dijo Juan.

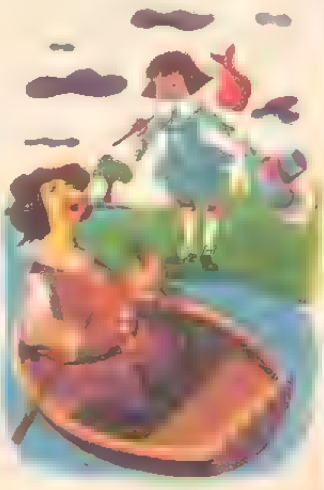
—Pues, si tú lo dices, así será —dijo el hombrecillo.

Y cuando Juan destapó su cesta en el palacio, la princesa comió la más hermosa de las manzanas, quedó curada instantáneamente.

Permaneció a la vez de cumplir su promesa.

Siempre que con mi hija tendrás que traer la pluma del ala del mismo.

—¡Era este un terrible animal! —dijo Juan en los confines del mundo.





—Vete —le dijo la mujer que la guardaba—. Los que vinieron antes que tú jamás regresaron.

Pero Juan el Simple le explicó simplemente que quería casarse con la princesa y llevar las respuestas al señor del castillo y al barquero.

Está bien. Trataré de ayudarte —respondió la mujer. Y, como en esos momentos se oyeran los aletazos de Pájaro Grifo, ordenó a Juan que se ocultara en un baúl.

El monstruo entró olfateando el aire. —No frunzas la nariz —dijo la mujer—. El joven que anduvo por aquí ya se marchó.

—¡Mejor para él! —repuso el pájaro bostezando. Y apenas lo hubo dicho se quedó dormido.

Juan salió del baúl y, acercándose de puntillas, le arrancó una pluma del ala y se volvió a esconder rápidamente.

—¿Quién anda por aquí? —rugió el monstruo abriendo un solo ojo.

—Soy yo, que, ya que no puedo dormir, aproveché para sacudirme la tierra del ala —contestó la mujer.

—¿Y por qué no duermes? —preguntó el pájaro.

—Porque, por más que pienso, no se me ocurre dónde puede estar escondida la llave encantada que abre el arca del castillo.

—Pues alguien la ha metido debajo del colchón de su dueño —dijo el monstruo.

—Lo que tampoco me explico —continuó la mujer —es por qué el barquero del río no puede abandonar sus remos.

—Porque jamás se le ha ocurrido ponerlos en las manos de algún pasajero. El día que lo haga se verá libre y el otro quedará condenado a manejarlos.

Y, así diciendo, volvió a quedarse dormido.

Juan salió de su escondita y, agradeciendo a la mujer la gran ayuda que le había prestado, se apresuró a llegar al río.

—¿Qué novedades me traes? —preguntó el barquero.

—Te las daré en la otra orilla —respondió Juan, que no tenía ningún interés en convertirse en barquero.

Y, después de hacerlo así, continuó su camino, llegó al castillo, buscó la llave y la entregó a su dueño, el cual le regaló la mitad de las riquezas que contenía el arca, no sin disculparse por lo poco que le daba.

Cuando Juan llegó al palacio corrió a entregar al rey la pluma del Pájaro Grifo. Pero el rey, en vez de cumplir su promesa, exclamó:

—¡Jamás te casarás con mi hija! Se muy bien que has robado todas esas riquezas!

—No las he robado —repuso Juan—. Y si vas a la gruta del Pájaro Grifo te dará el doble de lo que tengo.

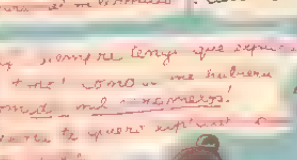
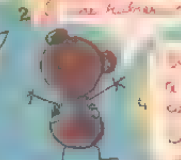
El avaro monarca se puso inmediatamente en viaje, pero nunca pudo llegar porque, al pasar el río, el barquero le puso los remos en la mano.

Juan se casó con la princesa y llegó a ser un rey justo y feliz.



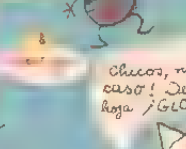
¿Le gustó el cuento, NOSITO?

3
¿Le gustó el cuento, NOSITO? : Caramelesanto?



5 / Ssss! ¡Callate! Está GLOBITO

¡NOSITO! ¡GLOBITO está en la página siguiente, esperando que te calles para que los chicos puedan dar vuelta la hoja!



Chicos, no le hagan caso! Den vuelta la hoja ¡GLOBITO los espera!



GATITO

y el
OGRO



EL PECECITO

Curioso.



Esta historia ocurre muy abajo, en el fondo del mar.

Las olas que tú has visto en la playa, rompiéndose en estrellitas de espuma, se deslizan muy suaves mar adentro. Si alquilamos un bote y vamos remando hasta que no se vean ni tus papas, que han quedado en la playa, ni tu amigos de la playa ni la playa, verás qué grande es el mar y creerás que está desierto. Pero si se te ocurre meter la mano en el agua sentirás que algo roza tus dedos.

Es el Pececito Curioso, que vive en el Reino de los Peces, pero que se escapa de él en cuanto puede y se acerca a todo niño que nada, a todo bote o barco que encuentre en su camino. A todo, menos a los anzuelos de los pescadores y a las bocas de las ballenas porque, además de curioso y veloz, es muy listo.

El Rey del Mar es un señor que lleva una corona de conchillas blancas y que

vive con la Reina Perlina en su palacio de madreperlas.

Este Rey es muy anciano y necesita de veloces heraldos que vayan por el mar proclamando sus órdenes. Por eso, la Reina Perlina le contó un día:

—Dicen que hay un pececito que es más listo y veloz que cualquiera de tus delfines.

—¿Y quién es ese pez? —preguntó el Rey.

—Lo llaman —dijo la Reina— el Pececito Curioso. Si sirviera en la Corte iría a decirles a las algas cómo deben tejerme mis mantos y les recordaría a las ostras que han de traerme su tributo de perlas antes de la primavera.

—¿Para qué necesitas un heraldo especial que se ocupe de tus adornos? —preguntó el Rey—. ¿No te basta con tus aletas finas y brillantes? Pero, ya que insistes, ¿no podrías elegir a uno que no fuera curioso? Es un feo defecto...

Antes que Perlina contestara se adelantó pesadamente el Consejero Tortuga.

Majestad, si ese pececito es curioso ira de un lugar a otro cuando v preguntarlo. Por el poder saber Su Majestad si los peces luminosos tienen estas sus internas o si se ha auido algun barco con piedras preciosas, como en los buenos tiempos.

¡Piedras preciosas! ¡Oh, sí! exclamo la Reina, a quien le entusiasma- ba todo lo que brilla.

¿Sera útil tener de heraldo al Pe- cecito Curioso? —se preguntaba el Rey.

Pero la Reina ya habia decidido que si lo seria.

A la mañana siguiente llegaron gra- ves noticias al Reino.

Con su traje de negro, rojo y pla- ta, el Pececito Curioso fue llamado ante el Rey quien le dijo:

Te he elegido para que lleves este importante mensa- Si realmente eres e mas listo y veloz de mis heraldos po-

dras salvar al Reino de un gran peli- gro. ¿Conoces el camino del bosque de curules?

Si, Majestad dijo el pececito— es alli donde sue e ir a dormir l suesta e. Consejero Tortuga.

—No te he preguntado eso —prosi- guio el Rey—. A li encontraras al Ce- neral Pez-Espada. ¿Lo conoces?

Si, Majestad es el General que siempre se queja de que haya tanta cal- ma en el fondo del mar.

—No me interrumpas dijo el Rey—. ¿Sabrias dónde encontrarlo?

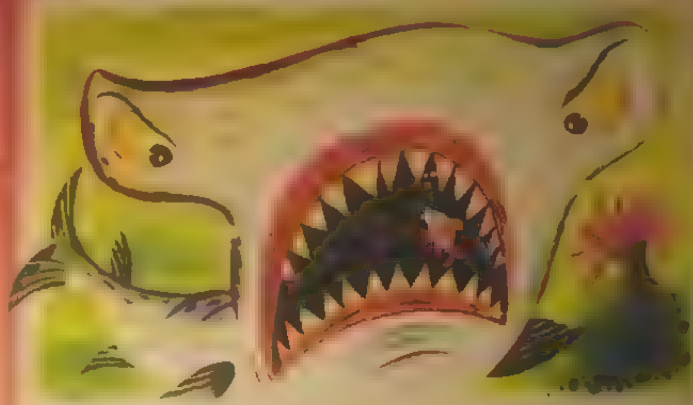
Si, Majestad; en este momento debe estar siguiendo a la Estrella del Norte.

¿Y quién es la Estrella del Norte? rugió el Rey.

—Es un barco enorme, Majestad, cuyos pasajeros se asoman al mar para ver al General.

—Otro día me contarás dijo el Rey—. Debes partir en segui-

Pero el pececito estaba ya a mitad de camino.



Encontró al General alli, muy cerca de la superficie. Y el General, en cuan- to hubo oido el mensaje, se puso muy serio y dijo:

—El Rey me avisa que el feroz gi- gante Pez-Martillo ha invadido el Rei- no y se dirige a los bancos de las islas para apoderarse de las perlas de la Re- na. ¡Ese pez es despiadado, pero sus soldados son valientes!

Luego se dirigió al pececito.

—Gracias, heraldo, ahora debes volver al Palacio.

¿Volverme? —pensó el pececito—. ¿Y no ver ni de lejos a ese poderoso gi- gante?

Y antes que el General se hubiera guardado el mensaje en el bolsillo ya habia salido el pececito en busca del terrible Pez-Martillo.

Se asomo a todas las cuevas del mar y se canso de buscar por los bancos de esponja, pero no vio nada que se pare- ciera a un gigante. Pensaba ya en vo- lverse cuando se le ocurrió descansar en la entrada de una gran caverna.

“Aquí si que estare bien protegido” se dijo murmurando hacia arriba para asegurarse. Entonces vio que el techo estaba bordado por una larga fila de piedras muy blancas.

“Parecen dientes enormes” pensó el pececito. Y en ese mismo instante to- do el techo de lo que el creía una caver- na comenzó a descender.

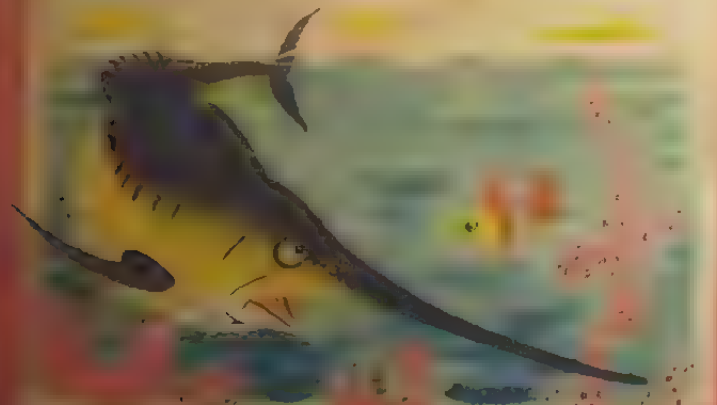
De un salto el Pececito Curioso estuvo afuera, habia estado dentro de la boca abierta del gigante que hostezaba.

El pececito secho a nadar atterrorza- do mientras algo tan grande como una montaña lo perseguía. Pero el agua corria, volaba hacia el palacio! Detrás de el, el gigante.

“Y el pobre pececito no sabia que un susto mayor le esperaba!”

Frente a el otro enorme gigante venia en su direccion.

Avanzaba nadando con cinco co- rasas azules mirando o co- dos con los ojos, amenazando con cien espadas. Una de las espadas estaba en la



a la altura de la nariz de Pececito Curioso.

"Si me libro de ésta dejaré de ser curioso", pensaba el pobrecillo temblando.

En ese momento pasaron a la distancia los peces luminosos, que corrían a refugiarse en sus casas. La luz de sus linternas iluminó durante un segundo al nuevo gigante y entonces... ¡el pececito vió que su miedo lo había engañado! ¡El supuesto gigante no era sino el General Pez-Espada, con cien soldados, que llegaba en su ayuda!

Pero el pececito siguió huyendo, corriendo, volando, escapando hasta llegar al Palacio.

Sólo se dió vuelta una vez. A la distancia, el Pez-Martillo le pareció sólo un poco más grande que él, y casi tan poco valiente como él, pues también huía espantado.

Cuando entró en la Sala del Trono estaba tan agitado que el Rey le dijo:

—Pececito, cumpliste tan bien mis órdenes que mereces un premio. Pero no era necesario que corrieras tanto para volver a Palacio.

—Era necesario, Majestad, porque volví con el feroz Pez-Martillo a mis espaldas.

Y el pececito contó todo lo ocurrido.

—¡Ah, Pececito Curioso! —se lamentó el Rey—. Si mis soldados no hubieran llegado a tiempo ese bandido estaría echando abajo esa puerta con su terrible martillo. Por esta vez te perdono, pues hoy será celebrada la victoria, pero, si tu curiosidad te hace desobedecer nuevamente, serás castigado.

Así cumplió el Pececito Curioso su primer trabajo en la Corte y así recibió su primera reprimenda.

En la fiesta de esa noche pasaron muchas cosas en el jardín del Palacio, pero debes darme tiempo para que haga memoria y pueda contártelas mejor.



Gatito

PILIN

Nº 4
Edición
Gatito



PERRITO doctor



POR SIR J.B.
ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA



LA FIESTA DE PERRITO

CUANDO Perrito se recibió de médico quiso dar una fiesta para todos sus amigos, pero no tenía plata.

Perrito había tenido que comprar un consultorio flamante, con camilla, agujas y jeringas para inyecciones, toallitas blancas para colocar en el pecho y la espalda de los enfermos y muchas otras cosas. Además, había comprado dos guardapolvos bien almidonados, una gorra, un espejito, dos termómetros y un automóvil, porque el bosque era muy grande y en los casos de urgencia había que llegar rápido.

Ahora, después de haber gastado tanto, no le quedaba ni un centavo.

—¡No podré dar la fiesta! —dijo Perrito tristemente. Y en ese momento sonó el teléfono.

Era Chanchito el que hablaba.

—¡Hola! ¿Perrito? ¿Cómo estás? ¡Te felicito! Me gustaría darte una vueltecita por tu casa. ¿Vas a estar?

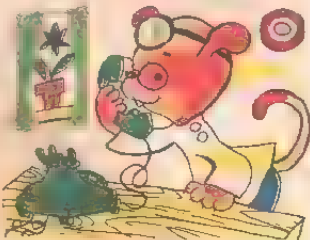
—¡Cómo no, Chanchito! Te espero



"¡Qué lástima! ¡Si por lo menos pudiera convidarlo con una de esas empanaditas de chocho que tanto le gustan!", pensó Perrito. Y en ese momento volvió a sonar el teléfono.

—¡Enhorabuena, Perrito! —dijo la voz de Conejín—. ¡Voy corriendo para allá!

"¡Pero qué lástima! ¡Si por lo menos pudiera convidarlo con uno de esos pastelitos de zanahoria que tanto le gustan!", pensó Perrito. Y en ese momento el teléfono sonó por tercera vez.



—¡Felicitaciones, doctor! ¡Y muchos enfermos! —dijo la inconfundible voz de Osito—. ¡No te me escapes! ¡En dos minutos llego!

"¡Pero qué lástima grande! ¡Si por lo menos pudiera convidarlo con una copita de ese licor de miel que tanto le gusta!", pensó Perrito. Y en ese momento el teléfono sonó por cuarta vez.

Y después por quinta y sexta y séptima...



Y al minuto comenzaron a llegar los amigos, cada uno con un paquetito.

—Te traigo unas empanaditas de chocho —dijo Chanchito.

—Te traigo unos pastelitos de zanahoria —dijo Conejín.



—Te traigo una torta de bananas con crema —dijo Monito Fifi.

—Te traigo unos helados de nuez —dijo Silvia Ardillita.



—Te traemos unos paquetes de galletitas —dijeron los mellizos Patín.

¡Qué fiesta se armó! Ni Perrito ni ninguno de sus amigos recordaba haber asistido jamás a una fiesta donde hubiera habido tantas cosas ricas y donde se hubieran divertido tanto.

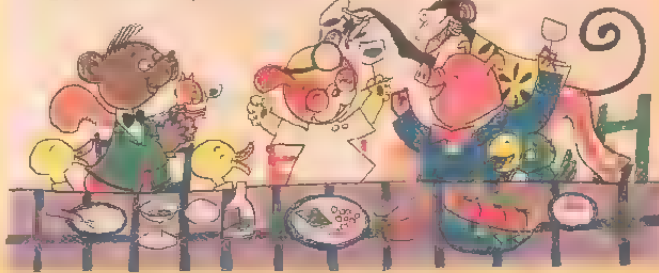
Y por eso todos decían al retirarse:

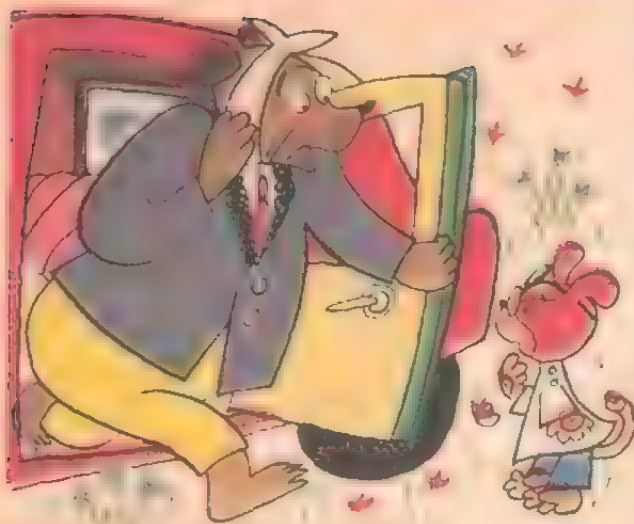
—¡Qué fiesta maravillosa, Perrito!

¡Qué bien preparada! ¡Y qué abundante! ¡Tienes que haber gastado un dineral!

—Te traigo una botella de licor de miel —dijo Osito.

Te traigo unos emparedados de lechuga y tomates —dijo Perica Lorín.





EL DIENTE DEL OSO

EL Oso, que era el Presidente del bosque, llegó en su lujoso automóvil a la casa de Perrito. Antes que el chófer tocara la portezuela ya el Oso la había abierto de un manotón y entraba como una tromba en el consultorio.

—¡Doctor! —exclamó—. ¡Sáque-me este diente que me vuelve loco!

—Señor Presidente —dijo Perrito—, ¿por qué no va a ver a Zorrino Dentista? Usted sabe que yo no me ocupo de eso...

—¡Zorrino Dentista está de vacaciones! —rugió el Oso—. ¡Sáqueme usted el diente, doctor! ¡Pero tome sus precauciones! Ya sabe que soy un poco fuerte y violento y, cuando el dolor me ataca, no respondo de mí.

—Está bien, señor Presidente —dijo Perrito tragando saliva y sudando por dentro—. Siéntese.

Y tomó una toallita blanca, la ató alrededor del cuello del Oso y (por si acaso) la ató también al sillón. Después preparó una inyección para que pudiera extraer el diente sin dolor y un líquido blanco para que tampoco doliera la inyección. Después preparó tres pinzas —una pequeña, una me-

diana y una grande—, un martillo y un bisturí. Después preparó un vaso de agua tibia, un frasco de alcohol, un paquete de algodón y un montón de gasas y vendas. Después tomó una cuerda muy larga y la hizo dar vueltas y vueltas alrededor del pecho del Oso, de modo que quedara atado al sillón, y le sujetó bien los brazos y piernas. Después salió un momentito por la puerta de atrás de la casa, puso en marcha el motor de su auto (por si las cosas se ponían feas y era necesario escapar) y regresó al consultorio.

—¡Bueno! —dijo Perrito con voz temblorosa—. Creo que no me he olvidado de nada; espero que todo salga bien. Abra usted la boca por favor; vamos a ver cómo anda ese nervio.

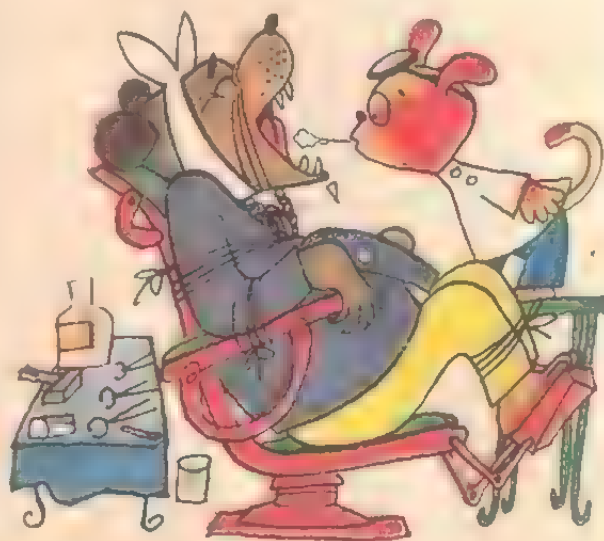
Y, haciendo una trompetilla con los labios, sopló sobre el diente con la suavidad más suave del mundo.

Entonces, sin inyección ni pinza ni martillo, el diente, ¡plic!, se cayó.

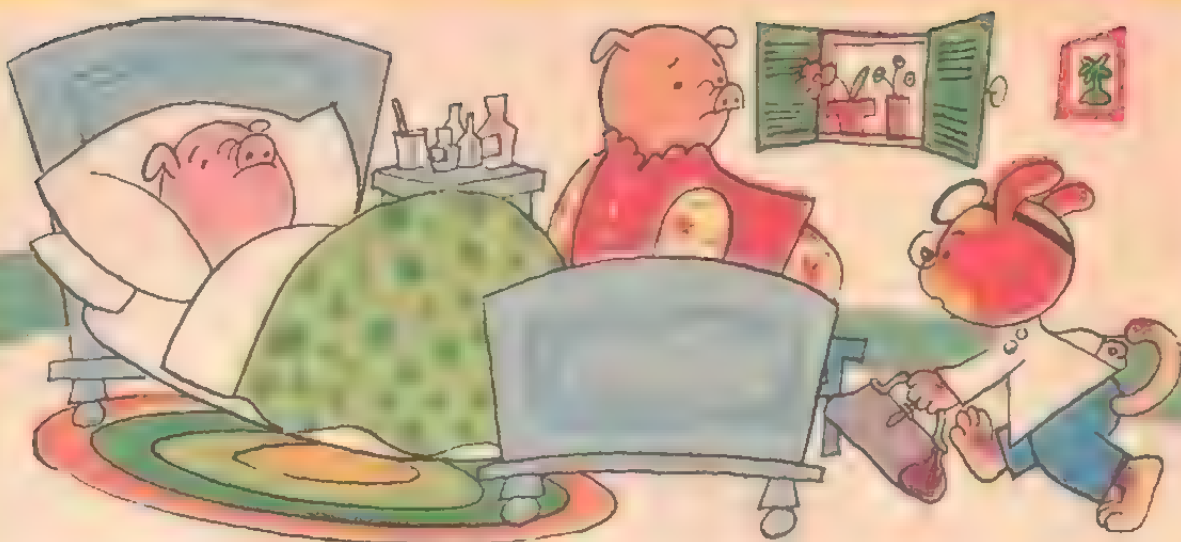
—¡No sabía que era usted tan gran dentista, doctor! —dijo el Oso.

Y Perrito, secándose la frente, contestó:

—¡Yo tampoco lo sabía, señor Presidente!



Vamos a leer ahora la historia de Chamchito.
Está enfermo y...



LA ENFERMEDAD DE CHANCHITO

CADA dos por tres Chanchito se sentía enfermo. Su casa estaba llena de toda clase de remedios y, apenas alguien entraba en ella, mil olores de eucaliptus, alcohol, yodo y untura blanca le salían a recibir.

Desde la puerta ya se oía la voz de Chanchito:

—¡Chanchita, te he dicho que cierras la ventana! ¡Este chiflón me va a matar!

—¡Chanchita, fíjate en la calefacción! ¡Siento que me estoy enfriando!

—¡Chanchita, no permitas que los chicos corran! ¡El ruido me destroza la cabeza!

Esa mañana Perrito llegó jadeante a casa de Chanchito. Chanchita lo había llamado por teléfono diciéndole que se trataba de un caso urgente y, como Perrito tenía el automóvil descompuesto, había debido hacer corriendo el largo trecho que había entre su casa y la de su amigo.

—¡Cierra la puerta! —murmuró Chanchito al verlo llegar—. ¡Por favor, no pises fuerte! ¡Chanchita, alcánzale el frasco de alcohol! ¡Debo cuidarme de los contagios!

—¿Qué tienes? —preguntó Perrito.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —se lamentó Chanchito—. ¡No pierdas tiempo, por favor! ¡Creo que debes darme en seguida una inyección de penicilina!

—Se queja terriblemente, doctor —dijo Chanchita aproximándose—, y lo peor es que puede ser algo muy grave y yo no sé darme cuenta de nada. ¿Por qué no me enseñas qué hacer?

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —siguió lamentándose Chanchito—. ¡Chanchita, fíjate si has cerrado bien la puerta de calle! ¡Me parece sentir una terrible corriente de aire!

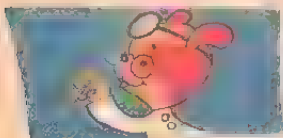
Chanchita corrió a la puerta de calle. Estaba bien cerrada, pero, por si acaso, la abrió y la volvió a cerrar de un golpe.



—¡Ay! ¡Mi cabeza! ¡Ay! ¡Mis oídos! ¡Ay! ¡Mis nervios! —se quejó Chanchito.

Es muy fácil —dijo Perrito cuando Chanchita volvió—. Siempre que lo veas así, acalorado, con un poco de tos, debes tomarle la temperatura...

Entonces Perrito sacó un termómetro del bolsillo, se lo colocó a Chanchito en la axila y le tomó la temperatura.



¿Ves? Fíjate en esta columna. Marca 36°. Es lo que debe marcar; no tiene temperatura. Ahora, si quieres aprender, tómamela a mí.

Chanchita le tomó la temperatura a Perrito y el termómetro marcó 38°, que era más de lo que debía tener.

—Además —siguió diciendo Perrito—, puedes tomarle el pulso...

Entonces Perrito apretó con su mano la muñeca de Chanchito y contó ¡tic! ¡tic! ¡tic! ¡tic! setenta y cinco "tic!" en un minuto, que eran justitos los que debía tener.



—Si quieres aprender, Chanchita, tomame ahora el pulso a mí...

Chanchita le tomó el pulso a Perrito y sintió en un minuto noventa y ocho "tic!", que eran muchos más de los que debía tener.

página 20

Además, puedes fijarte si en la garganta no tienes llagas rojas o placas blancas.



Chanchito abrió la boca y Perrito, alumbrándolo con una lámpara, le miró la garganta, que estaba completamente sana.

—Si quieres aprender, Chanchita, puedes ahora mirármela a mí...

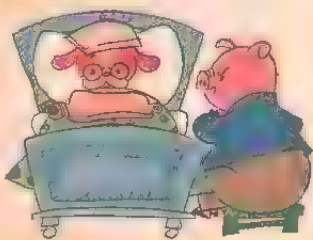
Chanchita le miró la garganta a Perrito y vio que estaba llena de llagas rojas y placas blancas.

¡Entonces, de pronto, Chanchita lanzó un grito!

—¡Levántate, holgazán! —gritó arrebatando de un golpe las cinco frazadas que cubrían a Chanchito—.

¡Qué tantos mimos y quejidos, qué tanto cuidar la calefacción y la ventana y la puerta si no tienes absolutamente nada! ¡Lo que tú tienes es *baraganitis*! ¡El que está enfermo es el pobre Perrito Doctor!

Y Chanchita hizo que Perrito se metiera en cama, le trajo una bolsa con agua caliente, le preparó una cataplasma y obligó a Chanchito a que se quedara a su lado durante toda la noche para cuidarlo y atenderlo.



SILVIA LA BRUJITA

SILVIA ARDILLITA, la bruja buena del bosque, estaba enferma. Conejín se lo dijo a Perrito, y este corrió en su automóvil a la vieja casita de troncos en que vivía Silvia Ardillita con mamá Tití...

—¡Vaya unos amigos! ¡Ni siquiera son capaces de avisarle a uno cuando están enfermos! —rezongó Perrito al entrar. Y revisó a Silvia Ardillita de pies a cabeza.

—Bien —dijo al fin—. Tendrás que cuidarte. Ante todo, debes abrigarte bien; esta colchita no abriga nada. ¡A ver! ¿Dónde están esas frazadas?



Cuando te sanes me lo devolverás —dijo. Y se puso a escribir una receta llena de palabras raras.

—Este jarabe —explicó al terminar— deberás tomarlo cada dos horas—. ¡A ver! ¿Dónde está el reloj?

página 21



Silvia Ardillita volvió a mirar a mamá Titi y mamá Titi volvió a mirar a Silvia Ardillita y las dos volvieron a bajar la cabeza avergonzadas. Entonces Perrito Doctor se quitó su reloj y lo puso sobre la mesita mientras una idea cruzaba como un relámpago por su cabeza.

"Seguramente esta Silvia Ardillita tampoco tendrá dinero para pagar la receta y otras cosas que necesite, pero, si le ofrezco, se sentirá muy incómoda". Entonces Perrito sacó disimuladamente del bolsillo un billete de cien pesos y lo puso debajo de la receta.

—Pídele a Bito Botica que te la prepare en seguida —dijo volviéndose hacia mamá Titi— y cuando Silvia Ardillita haya tomado ya tres cucharadas hazle hacer bastante "pi-pi", mételo en un frasquito bien limpio y llévaselo para que lo analice. A propósito... ¿como irás a casa de Bito Botica?

A pie —respondió mamá Titi—. He ido muchas veces.

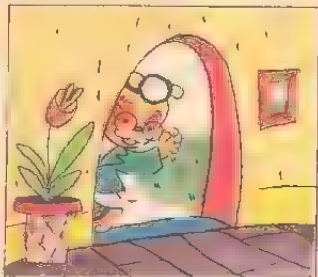
¡Pero queda lejísimo!

—Sí, pero yo camino rápido.

¡Oh! ¡No! ¡No! —exclamó Perrito—. Te dejaré mi automóvil. ¿Sabes manejar?

—Sí —respondió mamá Titi bajando los ojos—. Antes nosotras también teníamos automóvil.

—¡Bueno! Cuidate y no dejes de tomar el jarabe cada dos horas. ¡Que te mejores, Silvia Ardillita! ¡Hasta pronto, mamá Titi!



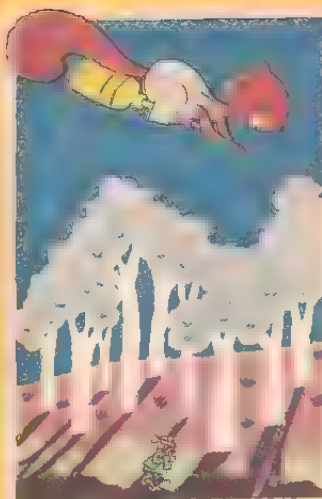
Perrito salió de la vieja casita de troncos y echó a caminar. Entonces mamá Titi sonrió.

Silvia Ardillita también sonrió. De un salto bajo de la cama, se metió dentro de su alegre "jardinería" de lunares y dijo:



—¡Es un buen muchacho! Se merece una linda sorpresa.

Y salió volando, montada en su escobita mágica.



El bosque estaba oscuro y frío. Allá, muy abajo, Silvia Ardillita pudo ver a Perrito Doctor, que caminaba con paso vivaz. Perrito se había levantado las solapas del saco y, con las manos en los bolsillos, cantaba una canción que acababa de inventar:

¡Ay, Perrito, Perrito Doctor!
Cura el gusano, la boquita y la flor.
¡Ay, Perrito, Perrito Doctor!
Da inyecciones con dolor.
¿Cobra poco? ¡Por favor!
¿Sabe mucho? ¡No, señor!
¡Ay, Perrito, Perrito Doctor!

Cuando al fin llegó a su casa Perrito vio frente a la puerta un automóvil



de último modelo. Se aproximó. Miro adentro: no había nadie. Sólo se veía sobre el asiento de atrás un imponente sobretodo de lana de vicuña.

"El dueño debe estar esperándome en casa", pensó Perrito. "¿Quién será?". Y penetró en su casa.

¡Pero no lo estaba esperando nadie!

Entonces una absurda sospecha cruzó por la cabeza de Perrito. Salió corriendo, abrió la portezuela del automóvil y miró el sobretodo: no se veía nada raro.

"¡No está bien lo que hago!", pensó Perrito. "¡Pero lo haré!". Y comenzó a hurgar en los bolsillos del sobretodo.

Su mano derecha tropezó con un objeto metálico; su mano izquierda tropezó con un objeto suave, como de cuero. Los sacó: eran un reloj de oro y una preciosa billetera. Dentro de la billetera había diez mil pesos y del reloj colgaba una tarjetita.

En la tarjetita decía:



Gatito en

NAVIDAD

Nº 5
colección
Gatito



La navidad de las HADAS

¡YO ME OCUPARÉ DE LA FIESTA!

Y ASÍ FUE, EN EFECTO. SILVIA ARDILLITA, LA BRUJITA BUENA DEL BOSQUE SE OCUPÓ DE PREPARAR LA FIESTA DE NAVIDAD DE LAS HADAS.

ANTE TODO HABÍA QUE COMPRAR LAS COSAS...

¡QUÉ SUERTE! PARECE QUE NO HAY GENTE.

¡PERO HABÍA MÁS GENTE!

¡UN KILÓ DE FRUTAS!

¡Y A QUE SEAN BUENAS!

ESPERO QUE AQUÍ HAYA MENOS GENTE.

¡PERO HABÍA MÁS GENTE! Y MÁS GATOS Y NO SE ENTENDÍA NADA!

Como Silvia Arduita, la bruja buena del bosque, se ocupó de preparar la fiesta de Navidad de las hadas.

SI SIGO ASÍ VOY A PERDER MIL AÑOS EN COMPRAR LAS COSAS... ¡AH! ¡YA SÉ! ¡TENGO UNA IDEA!

¡Fiesta de un árbol de Navidad!

ASÍ ES MÁS RÁPIDO.

¿QUÉ TAL, HERMANITAS?

SILVIA TOCA LOS ESPEJOS CON SU VASO MÁGICA Y DE CADA UNO VA SALIENDO SU IMAGEN...

¡AHORA GEREAMOS MUCHAS PARA HACER UN COMIDA PRAGA.

S., HERMANITA.

SÍ, HERMANITA.

¡HERMANAS! LAS COSAS QUE VAMOS A HACER NOS ENCONTRAREMOS EN LA CONFITERIA DE ZULU.

¡BASTA BIEN LA "BEC" HA. QUE NO ES LE HACE BEN A LA BAJITA, AL DUEÑO Y AL CIEPIES.

¡OJO! ME FALTA EL TURRÓN DE ALMENDRAS. ESPERO QUE ZULU TENGA.

¡YA LO SABEMOS, ¡HOLA, HERMANITAS! ¿CÓMO LES FUE?

¡A LA COLA!

¡A LA COLA!

¡OJO! ME FALTA EL TURRÓN DE ALMENDRAS. ESPERO QUE ZULU TENGA.

¡OJO! ME FALTA EL TURRÓN DE ALMENDRAS. ESPERO QUE ZULU TENGA.

¿QUÉ TAL EL TURRÓN DE ALMENDRAS? ¿PUEDE CONSEGUIR?

MUY POCO. SÓLO DAN DOS PANES POR PERSONA.

ZULU, EL HADA A SUS CLIENTES QUE NO SE VOLVIERA A HACER LA COLA.

¿NO ME PODRÍA DAR UNO MÁS?

¡DOS PANES POR PERSONA! ¡UN GRATO VAS!

¿QUÉ TAL, HERMANITAS? ¿DE VUELO PASAN LAS HERMANITAS DE SILVIA?

HUBIERA QUERIDO QUE ESTE ESTILO HACE UN ESTANTE.

¿CÓMO? ¿QUÉ ESPERANZA?

PERO... PERO... ¿NO ACABA USTED DE IRSE?

¡OJO! ¿QUÉ ESPERANZA! ¡YO ACABO DE LLEGAR!

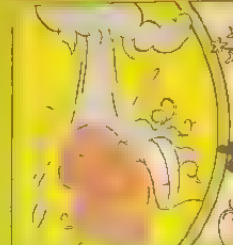
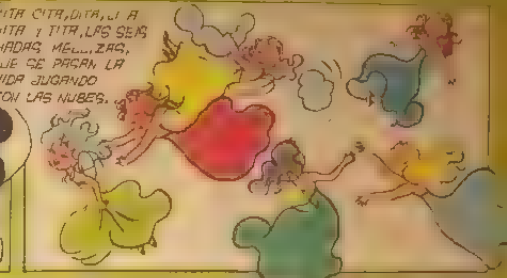
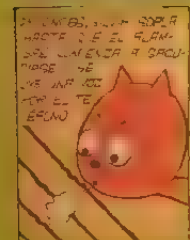
¿TENEMOS TODA AHORA PANES A PREPARAR LAS COSAS?

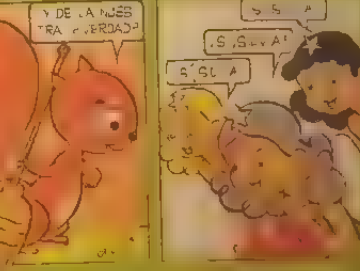
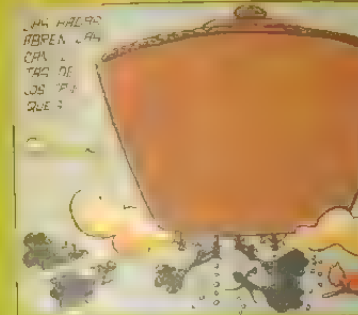
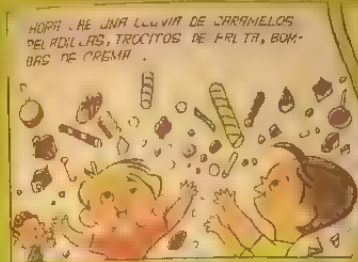
¡DONDE, DURANTE TODA LA NOCHE, ESTUVIERON PREPARANDO LAS COSAS Y COSAS.

¡A LA MAÑANA SIGUIENTE...

ESTE ES EL SALÓN DE LOS BANGLETES AQUÍ SERÁ LA FIESTA.

¡AH, HERMANITAS! ¡ESTA ES LA CASA DE GOBIERNO DE LAS HADAS.





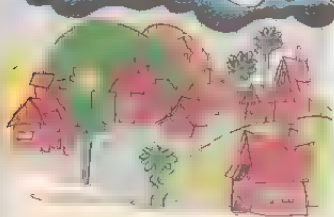
Gatito y los REYES MAGOS



la
Colección
Gatito

La ciudad de la LLUVIA

por NEE
Ilustrado por A. BRECU



HABÍA UNA VEZ UNA CIUDAD LLAMADA
DOLINDA DONDE LLOVÍA TODO EL
DÍA TODA LA NOCHE



Y LOS CHICOS CHAPALEABAN
COMO RATAS.



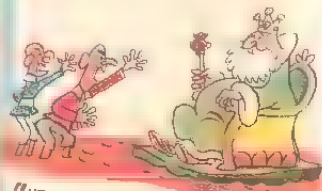
LA GENTE ESTORNUCABA
SIN CERRAR ESTABA SIEMPRE
PESEADA Y SE SONABA LAS NARICES
SIN PARAR NI UN MOMENTO.



LO ÚNICO QUE SE VENDÍA ERAN IMPER-
MEABLES, BOTAS Y PARAGUAS



POR LAS CALLES NAVEGABAN LOS
CARROS



UNA VEZ LOS HABITANTES SE ENOJA-
RON Y FUERON A HABLAR CON EL REY.

pagina 12



EL BUEN REY VIEJO LOS ESCUCHÓ
SENTADO SOBRE SU TRONO FLUTANTE



Y TOMÓ UNA DECISIÓN LLAMÓ A
UN PREGONERO,



EL CUAL, SOBRE UN BOTE, MOSTRÓ A LA
LLUVIA Y AL PUEBLO LA ORDEN DEL REY.



LA LLUVIA LEYÓ ESTO Y, ENDEJADA,
DEJÓ DE LLOVER.



EL PRIMER DÍA TODOS ESTABAN MUY
CONTENTOS Y EL SEGUNDO Y EL TRECEMO.



LOS CHICOS SE SENTARON POR PRIMERA
VEZ EN EL CORDÓN DE LA VEREDA.

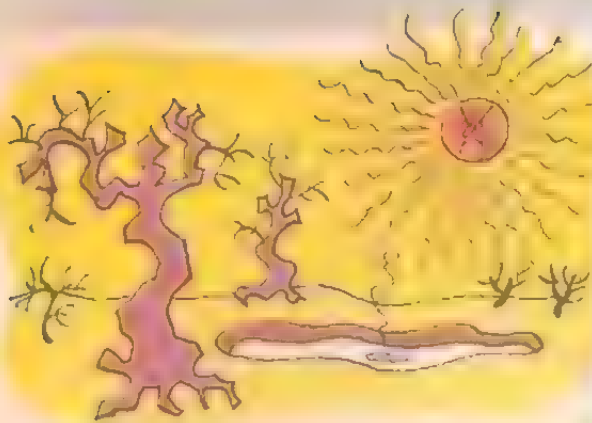


LAS SEÑORAS POR PRIMERA VEZ USARON
LINDOS VESTIDOS.

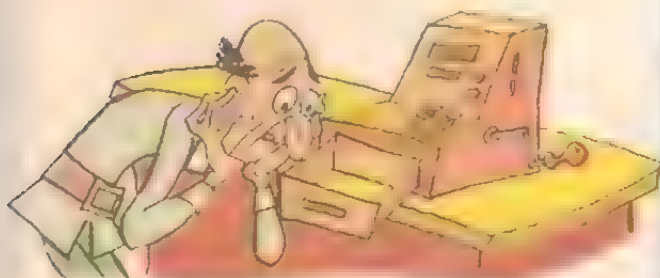


LOS HOMEBRES LLEVARON POR PRIMERA VEZ
SOMBREROS DE PAJA PARA EL SOL.

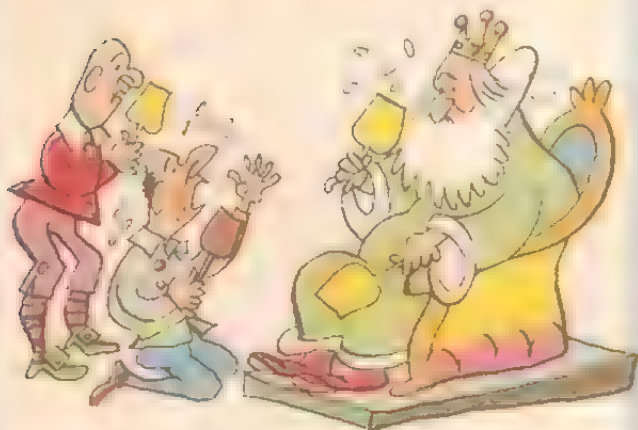
pagina 13



PERO AL POCO TIEMPO LAS LAGUNAS SE SECARON, LOS ÁRBOLES SE SECARON, LAS HUERTAS SE SECARON



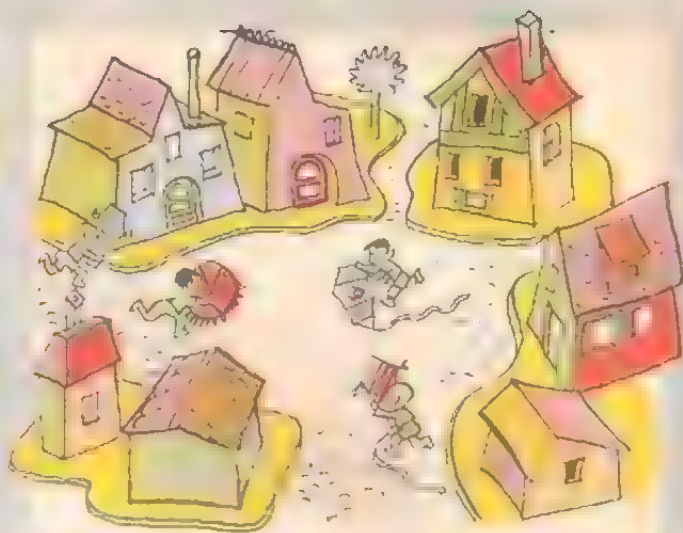
Y LAS CAJAS DE LOS VENEDORES DE PARAGUAS E IMPERMEABLES SE SECARON TAMBIÉN.



MUERTOS DE CALOR, TODOS FUERON A PROTESTARLE AL REY.



ENTONCES EL REY LLAMÓ A TODOS LOS CHICOS DE LA CIUDAD Y LES DIO ALGO AL OÍDO.



LOS CHICOS FUERON A BUSCAR SUS BARRILETES Y SE REUNIERON EN LA PLAZA.



ALLÍ REMONTARON SUS BARRILETES Y PINCHARON LA BARRIGA A LAS NUBES.

Y LLOVIÓ, Y LLOVIÓ, Y LLOVIÓ.



DESDE ENTONCES TODOS SE QUEDARON MUY TRANQUILOS: EL REY, LOS CHICOS Y LOS GRANDES, PORQUE NO QUISIERON QUE LA LLUVIA SE ENOJARA DE NUEVO Y DEJARA DE LLOVER.

El rey del

MAR

POR BEATRIZ FERRO

ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA



El Reino del Mar estaba de fiesta. El Rey y la Reina, sentados en sus tronos, miraban sonrientes a sus súbditos y a cada lado del trono largas filas de heraldos sostenían faroles cuya luz iluminaba todo el jardín.

Brillaba la coronita del Rey y estaban alegres los ojos de la Reina, que lucía su hermoso manto de algas.

Ya llegaban los invitados: los primeros del Consejero Tortuga, la señora Medusa, Estrella de Mar, la familia de las Almejas y los Caracoles, el almirante Erizo-Marino, el general Pez-Espada con sus oficiales y muchos

otros... Tantos y tan diferentes habitantes del mar que, si empezaras a contarlos desde que te levantas, no terminarías hasta la hora de irte a dormir.

En la fila de heraldos parados junto a la puerta había, sin embargo, una cara triste. Y era la de Pececito Curioso.

Pececito Curioso no hacía más que mirar y mirar entre los invitados como si estuviera buscando a algún amigo que se le había perdido. Y en realidad lo estaba buscando.

Por fin le preguntó a uno de los Cangrejos porteros:

—Dime, ¿ha llegado ya el doctor Pulpo?

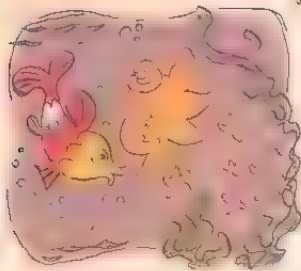
—No, el doctor Pulpo no vendrá a la fiesta —respondió el Cangrejo.

Lleno de curiosidad, Pececito le preguntó al Delfín que tenía a su lado:

—¿Sabés tú por qué no vendrá?

—Todo el mundo lo sabe —respondió el Delfín—. El viejo Pulpo colecciona ahora toda clase de flores y se pasa el día entero estudiándolas. No le interesan las fiestas ni cosa parecida.





Pero en ese momento pasó a su lado una rápida estrellita de mar y le susurró en el oído:

—La verdad es que el Rey no lo ha invitado y sólo yo sé por qué causa.

Cuando Pececito se volvió intrigado hacia ella ya se había alejado para reunirse con sus veinte hermanas neílizas que acababan de llegar.

“¡Imposible encontrarla!”, pensó Pececito. Y se dijo: “El Rey me ha ordenado que no abandone mi puesto junto a los demás heraldos, pero yo tengo que saber por qué el viejo Pulpo, mi amigo, no ha sido invitado. ¿Por algo me llaman Pececito Curioso? Ya que la pícaro Estrellita no quiso decírmelo iré a preguntárselo a él mismo”.

Y repitiéndose: “A él mismo... Sólo por un ratito. Regresaré en seguida. ¡Puedo nadar tan rápido...!” y otras cosas por el estilo, Pececito salió del jardín sin que nadie lo notara.

Afuera estaba todo tan oscuro que Pececito comenzó a nadar muy rápido para quitarse el miedo.

A lo lejos se veía a plaza de las Ostras con sus bancos, que se hallaban ahora desiertos. Cerca de allí estaba la casita de roca del doctor Pulpo. Pececito se asomó a una ventana y llamó:

“Doctor Pulpo! ¡Soy el heraldo más veloz del Rey, Pececito Curioso! La ronca voz del Pulpo le contestó:

—¡Curioso y entremetido además, pues vienes a molestarme cuando estoy arreglando mi colección de flores!

—Perdona que te haya molestado dijo Pececito entrando en la casa de su amigo—. Ahora veo que el Delfín tenía razón y que Estrellita ha querido burlarse de mí...

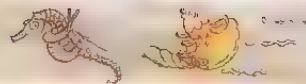
—No, hijo —dijo el Pulpo tristemente—. Estrellita de Mar es mi vecina y la única que sabe la verdad.

Y mientras, pensativo, se sostenía la cabeza con dos de sus manos y guardaba sus flores con las otras tres, siguió hablando.

—Estoy casi tan anciano como el mismo Rey. Soy tan calvo y corto de vista que no haría buen papel junto a los otros invitados, con sus trajes de colores hermosos y brillantes. La Reina lo sabe y ha convencido al Rey para que no me invite. Así, los heraldos pasaron bien lejos de mi casa cuando proclamaban la invitación por todo el mar...



página 26



Pececito, sin decir una palabra, comenzó a moverse impaciente. Recogió las flores del Pulpo y con algunas algas las enlazó unas con otras.

—¿Qué estás haciendo, Pececito? ¡He satisfecho tu curiosidad y ahora me desordenas mi colección de flores! exclamó el Pulpo alarmado.

—Mira, doctor Pulpo —dijo Pececito—, tú no eres corto de vista. Lo que pasa es que aquí está muy oscuro y yo mismo no puedo ver bien. Y estas flores, así enlazadas, formarán una espléndida corona y se verán mucho mejor sobre tu cabeza que dentro del cajón de tu mesa...

—¿Y para qué quiero flores en la cabeza? —preguntó el Pulpo, que no entendía nada.

—¿Para ir a la fiesta!

—Pero... ¡si no he sido invitado!

—protestó el Pulpo. Pero Pececito le

Sin embargo, Pececito se preguntaba: “¿Y qué pasará ahora?”

Cuando llegaron al palacio el Cangrejo portero se sorprendió.

“¿Será realmente un pulpo?”, pensó. “¡Y con una corona tan hermosa! ¡Lo anunciaré en voz alta!”

Y levantando la cabeza gritó: “¡Su Majestad, el Rey de los Pulpos!”

Todos los ojos se volvieron admirados hacia él. Hasta el mismo Rey del Mar le preguntó a su Consejero Tortuga:

—¿Sabías tú que los pulpos tienen su propio Rey?

—No, Majestad; el Cangrejo se habrá equivocado. Tal vez sea un rey de algún mar tropical.

Entonces el Rey hizo llamar al Pulpo. Cuando lo tuvo cerca le dijo en voz muy baja:

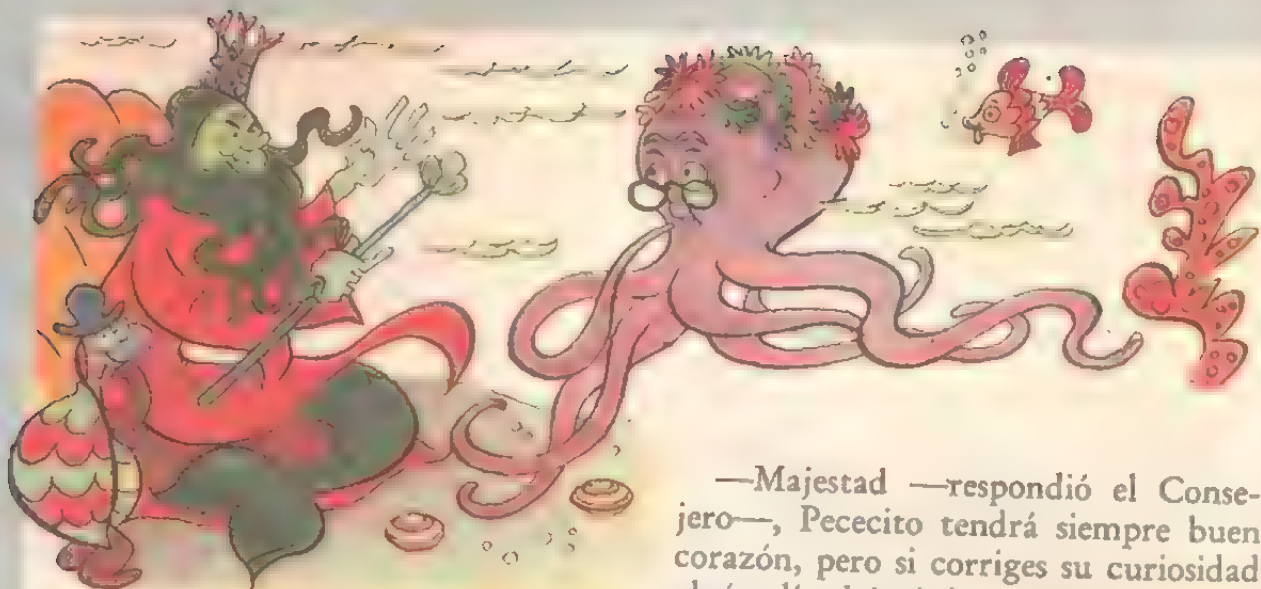


colocó la corona de flores y, tomándolo de una de sus manos, lo llevo consigo.

—No fuiste invitado porque no tenías un traje de fiesta —le decía Pececito mientras nadaban hacia el palacio—. Pero ahora tienes muy buen aspecto. No tengas miedo; estás tan cambiado que ni el Rey te reconocerá.

Al Pulpo no le costó mucho obedecer porque en realidad tenía muchísimos deseos de ver las luces, las caras sonrientes, el hermoso jardín del palacio.

página 27



—¡Veo que has encontrado la forma de entrar a palacio, doctor Pulpo! Y, sonriendo, prosiguió:

—Podrás engañar a los demás, pero yo sé muy bien quién eres. Me alegra que hayas venido, pero tendré que imponerte una pena...

El Pulpo ya estaba arrepintiéndose de haber ido cuando oyó que el Rey decía:

—...tendré que imponerte una pena... ¡por haber llegado tan tarde a la fiesta! Para que eso no vuelva a ocurrir vendrás a vivir a palacio. Y verás cómo te querrá la Reina si alguna vez le permites que se pruebe tu corona.

—¡Oh, Majestad! —dijo el Pulpo agradecido—. ¡Y pensar que se lo debo a Pececito Curioso!

—¿Qué dices? —preguntó el Rey.

Entonces Pececito salió corriendo de debajo del trono, desde donde había oído toda la conversación.

—¡Por lo que veo, a Pececito lo ha vencido otra vez la curiosidad! Y gracias a eso he podido remediar mi injusticia con el Pulpo —suspiró el Rey cuando hubo oído el relato del Pulpo. Y llamó: —¡Consejero Tortuga!

—Sí, Rey del Mar...

—Dime, Consejero, ¿debo castigar la curiosidad de Pececito o debo premiar su buen corazón?

—Majestad —respondió el Consejero—, Pececito tendrá siempre buen corazón, pero si corriges su curiosidad algún día dejará de ser curioso.

—Esta noche —dijo entonces el Rey— dejaré que se divierta. Pero desde mañana le prohibiré alejarse del palacio. ¡Así dejará de curiosear hasta que se haya corregido!

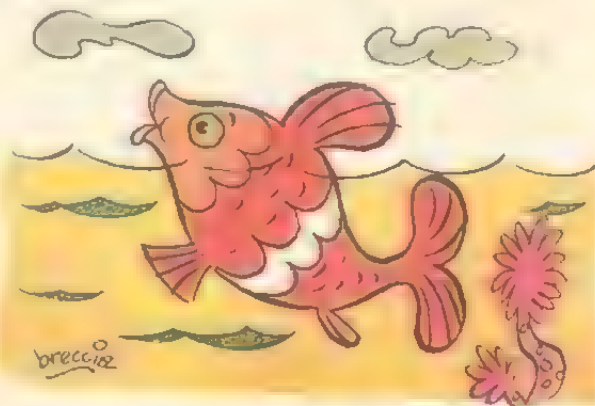
En ese momento se acercó la Reina.

—¿De qué hablan ustedes? ¡Oh, pero qué hermosa corona luce usted, señor Rey de los Pulpos! ¿Dejará que me la pruebe de vez en cuando?

Y así transcurrió la fiesta más alegre del mar.

Nadie sabe cuántas horas, días o meses duró el encierro de Pececito. Sólo se sabe que por allí anda todavía, mirando, preguntando y atisbando por todos los rincones del Reino y, de vez en cuando, acercándose al techo del mar y sorprendiendo a los niños que pasean en bote.

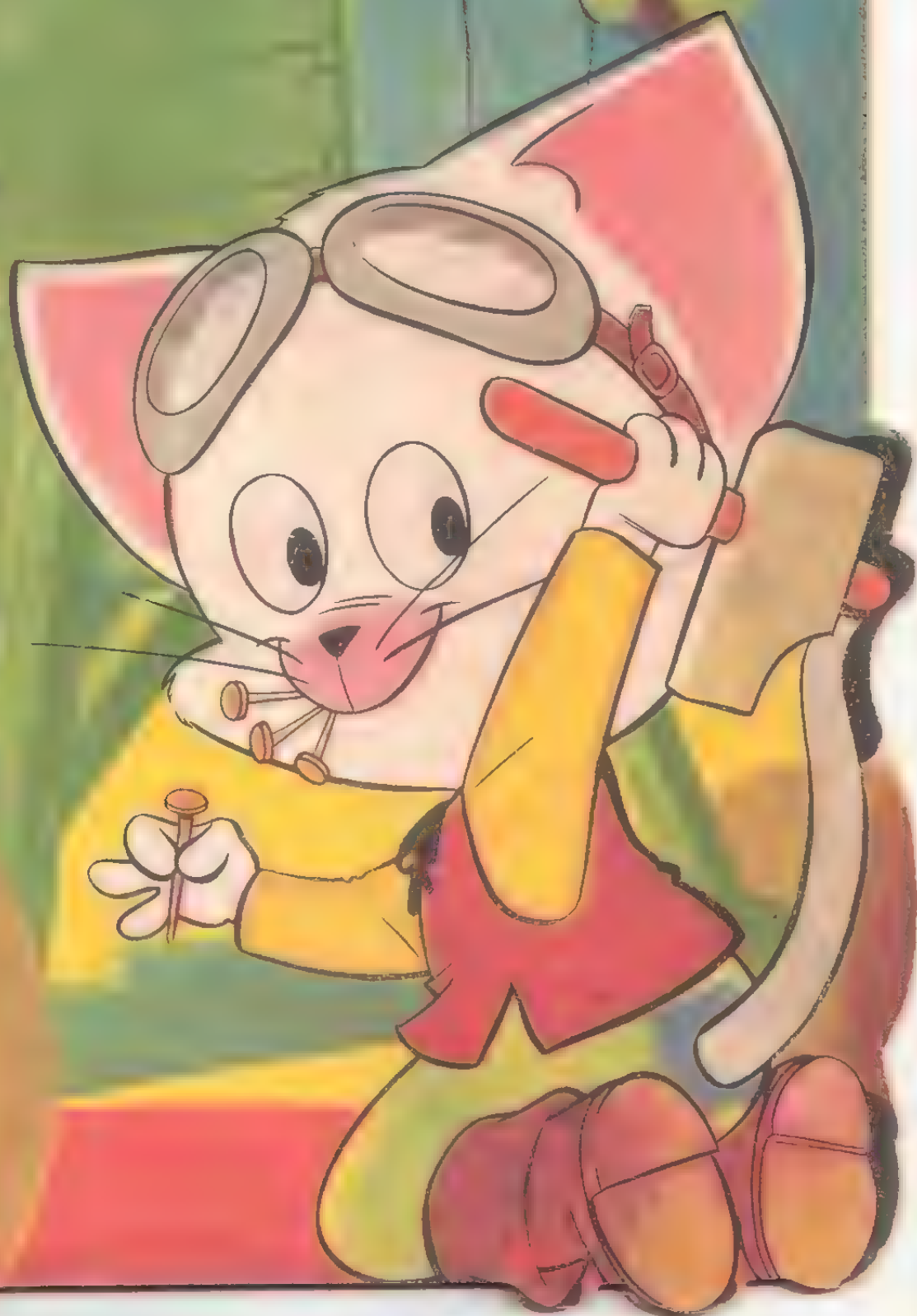
Tampoco se sabe si dejará de ser curioso algún día.



Gatito

AVIADOR

Nº 7
Colección
Gatito



EL ELEFANTE

de trapo

POR INÉS

ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA



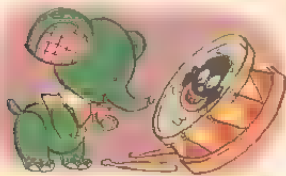
Había una vez un elefante de trapo que se llamaba Raúl. Tenía los ojos colorados como un conejo, pero no era un conejo, pues no le gustaban las zanahorias, y, además, ya dijimos que era un elefante. No leía el diario ni atendía el teléfono ni andaba en patines porque no se le daba la gana. ¡No, señor!

—Estoy cansado de estar siempre metido en mi piecita sin ver ni un pedazo de cielo. Tengo ganas de conocer mundo —dijo un día Raúl moviendo su trompita para aquí y para allá y luego para allá y para aquí.

Entonces se le ocurrió conversar con el tambor, que tenía pintado un muñeco negro y que por eso venía del África.

—¡Hola! dijo Raúl golpeando el parche del tambor.

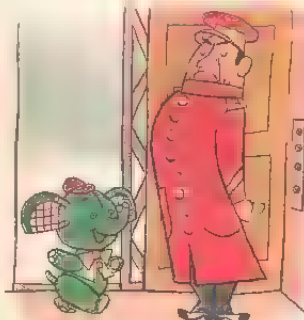
—¡Hola! ¡Rataplán! —saludó el tambor.



Así caminó y caminó hasta que tuvo hambre, pero, por más que miraba a su alrededor, no encontraba el África.

—¿Conoces el África? —preguntó a un gato que se le cruzó por el camino.

—Nunca ¡miau! he visto ¡miau!



a esa señora ¡miau! —respondió el gato comiéndose una salchicha.

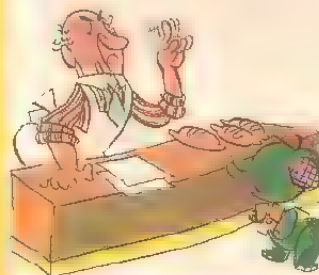
—¡Qué lástima! —suspiró Raulito—. Porque en el África yo tengo muchos pancitos, pero acá ninguno... ¿No tienes un pancito?

—No ¡miau!, pero si quieres ¡miau! encontrarás uno ¡miau! en la panadería ¡miau!

Como tenía demasiada hambre para llegar así al África, Raulito se fue a la panadería.

—Quiero un pancito, pero ahora no tengo plata; la tendré cuando sea un elefante de verdad, en el África, y no un tonto elefante de trapo, como ahora —dijo el elefantito de un tirón, sin equivocarse.

Pero al panadero se le importó un pepino que Raúl no fuera un elefante de verdad, y le dijo que los pancitos no eran para regalar.



Sin embargo, con hambre y todo, Raulito siguió su expedición. De pronto comenzó a caer una lluvia más fuerte que las cataratas del Iguazú y a Raulito se le mojó el sombrerito y a trompa y las orejas con cuadros porque era de trapo.

—¿Dónde me meto? —preguntó tititando.



—Ven aquí ¡din!, que yo te ¡dan! protegeré —lo llamó una campana muy simpática que estaba sobre una torre.

—¿Y cómo hago para llegar hasta arriba?

—Pues ¡din! te trepas, ¡dan!

Y ahí mismo se trepó Raulito y, como llovía tanto, con las gotas de lluvia hizo un cordoncillo, y con bastante facilidad llegó hasta arriba.

—¿Qué sequito está esto! —comentó acomodándose en la campana.

Pero en eso soplo el viento y ¡din! ¡dan! la campana comenzó a menearse y ¡zas! Raulito se encontró volando por los aires, como le había ocurrido a Dumbo.



—Mira ¡cuac! qué pájaro ¡cuac!
mas raro ¡cuac! —grazno un cuervo
al verlo pasar.

¡Ya sé! Ahora llegare al Africa.
Allí hay un sol rico como un queso
y elefantes de verdad que hacen la
siesta debajo de las palmeras y...

En eso aterrizo Raulito y se hizo
un pequeño chuchón ya saben ustedes
¿dónde? Pero ¡quieren creer un cosa?
Que no estaba en el Africa sino otra
vez en la puerta de su casa.

Sin embargo, el elefantito no se dio
por enterado.

¡Que uniforme más moderno usa
el dueño del Africa! exclamó al ver
al portero. Y luego, para quedar bien



con él, agrego una palabrita en afri-
cano: —¡Mgombique!

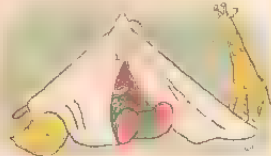
En la mesita de luz Raulito encon-
tró una lata de betún; entonces se lo
pasó por la carita y quedó negro co-
mo si estuviera quemado por el sol.

—¡Caramba! ¡Qué tostado estoy!
A continuación guardó su sombre-
rito en el ropero, se puso otro de ex-
plorador, según la moda de Africa, y
se miró en el espejo.

¡Perfecto! ¡Perfecto!



En seguida, con unos palos de esco-
ba y las sabanas se hizo una carpa con
aberturas para mosquitos y todo y se
acostó a dormir en el suelo, bien incó-
modo, por si pasaba algo...



Ahora hablemos bajito, porque el
elefante de trapo duerme. Quiero pe-
dirles, en nombre de Raulito, que no
le cuenten a nadie, ni siquiera al gato,
que ni está en el Africa sino en su
pieza.

Y de paso, ¿saben ustedes dónde
queda el Africa?

página 14

En la mesita de luz Raulito encontró una lata de betún; entonces se lo pasó por la carita y quedó negro como si estuviera quemado por el sol.



página 15

La ronda del CARNIVAL

POR INEK
ILUSTRADO POR A. BRECCIA

Mi boquita de atholi
y mi rostro de cristal
dicen que soy oriental
y me llamo Ti pa-ti

Inato soy, feo y temible.
Me llamo Voz de León
Pero si veo un ratón
me pego un susto terrible!

Soy un soldado arrogante
campeon de las buyonetas,
pero pierdo las calcetas
cuando me arrojan un guante

Mi disfraz de hawaiana
es muy fácil de imitar
basta con saber cortar
la tela de la ventana

Voy al colegio de al lado
con mi blanco delante
y aprovecho el carnaval
para salir disfrazado.

¡Vivan los gauchos matveros
que saben bailar la zamba
y pueden gritar "¡Caramba!"
aunque se caiga el ropero!

breccia

Como todos los gitanos
me agrada mucho cantar
y me pongo a zapatear
¡ponas pulmean las manos

Soy una rubia marquesa,
tengo un pañuelo de encare
y, para adornar mi traje,
le cuelgo una llave inglesa.



Gatito






DETECTIVE



Nº 8
Colección
Gatito






VICENTE



A quién no le gustan los ? Por cierto que a todos. Pero a  le gustan más que a todos.







Una vez  sacó los  de su  y fue a comprar un . Se probó un sombrero así: .

















Y otro así . Pero se quedó con uno así .

Como era un  muy serio, se puso unas  y le colgó tres cascabeles de una cinta.



con su  se fue a pasear.






- ¡Qué lindo sombrero! dijo el  deteniendo los  para dejarlo pasar.




- ¡Qué precioso modelo! - exclamó el  - ¡se miró muy rondó en los miradores y por eso no advirtió que en el cielo se había juntado un montón de . Entonces, llegó el  y, sin ningún respeto ni consideración, de un solo soplido le quitó a  el  de la .

Un  de lechero le asustó el  y en seguida cruzó la calle con  y se arrancó las  corrió a alcanzar su  pero otra vez el  se lo llevó lejos, hasta que fue a parar sobre las ramas de un . Un  de sus unos cuantos patazcos, pero se escapó cuando vio acercarse a  la  del  que salía de paseo con su guarda.  estiró su cuello y con gran regocijo encontró el  de  Pero de tanto menearse, la  hizo un movimiento brusco y el  fue a parar a un terreno baldío.


- ¡Ahora sí que periclitó!

un sombrero. - dijo . Y se volvió a su  triste y abatido como una yema de huevo...

Y, habiendo de volver, tuvo que volver que  estaba triste, pues en eso oyó un "MEEEEE" y vio a Pascual, el , con su . Le sacó a Pascual el  y se lo puso. Claro que ya no era un  sino algo distinto...

Entonces aparecieron la mamá de  y la tía de  y  y Zito y todos dijeron:

- ¡Pero, Vicente! ¿qué sombrero más original! ¿Dónde lo compraste?

- Pues viene de lechería. Bici - cuerni - luci - Pascualancha - respondió . ¡¡¡ Y era cierto!!

El mundo de Sebastián

Por B. ARAZ
Ilustrado por ALBERTO BRUNO



miraba con ojos más asombrados que
pasó sus largas piernas a través del cerco y... ¡estuvo afuera!

Anduvo mucho hasta llegar a una de las calles de la ciudad, llena de luces.

Sebastián miraba perplejo a todo el mundo. Veía señores iguales que el quintero, su patrón, y señoras más lindas que la esposa del quintero. Veía vidrieras iluminadas... De pronto vio su cara reflejada en el vidrio y pensó que, si ese era él, no era tan feo.

Pero, como no es frecuente ver un espantapajaros andando por la calle, ninguna de aquellas personas pensó que Sebastián fuese un espantapajaros. Lo tomaron por un hombre un poco mal vestido...

La primera noche fuera de su casa la pasó en la plaza.



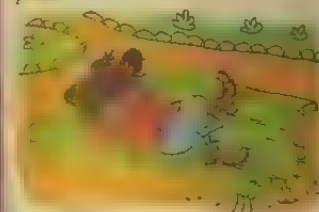
Sebastián vivía feliz cuidando su huerto y de este pasaba todo el día y toda la noche. Porque Sebastián era un espantapajaros.

Cuando hacía su trabajo. No solo agitaba las alas para espantar a los gusanos, sino también a una de las señoras y a sus esclavos, por que no sabía lo que estaba haciendo. Y es que Sebastián como espantapajaros no podía moverse como los humanos. La única manera de moverse era saltando y cuando saltaba se movía como un viento. Y cuando estaba quieto, se movía como un viento. Y cuando estaba quieto, se movía como un viento. Y cuando estaba quieto, se movía como un viento.

¡Que huerta tan hermosa! pienso Sebastián. "Aquí voy a descansar"

Pero en vez de pararse en el medio con los brazos extendidos, como era su costumbre, imitó a la gente que veía. Se recostó en un banco y, antes de cerrar los ojos, se quedó un rato mirando las estrellas y los bichitos de luz que brillaban un poco más abajo de las estrellas.

¡Que huerta tan hermosa! —repetía.



Nadie sabe cómo, a la mañana siguiente, llegó Sebastián tan lejos de la ciudad, a un barrio de casas blancas con jardincitos al frente.

—¡Qué verduras tan raras! —se decía, pues en toda su vida no había visto un jardín.

De pronto oyó que alguien se quejaba cerca de él. Se asomó por un cerco y vio un chico que lloraba a más no poder.

—¿Que te pasa? —le preguntó conmovido.

Como el niño no contestaba, Sebastián saltó el cerco y trató de consolarlo. Al fin el niño dijo:

—¡Mis plantas! —y señaló un canchero lleno de plantas lindísimas, que habían sido pisoteadas y medio arrancadas de la tierra.

—¿Que desastre! —Como ha ocurrido eso?

Fue Pedro mi perro. Mama salió y me prohibió volverla, pero yo me fui a jugar con el en el ratito.



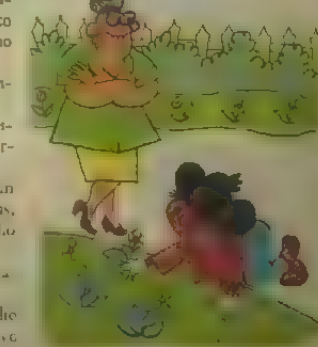
¡Ay! Y en cuanto te descuidaste te se puso a correr por todos lados y también por encima de las plantas. Ahora tú misma.

—Sí! Sí! Se va a enojar tanto. De repente el niño dejó de llorar y miró maravillado a Sebastián. Este ya estaba arrodillado y ponía las plantas en su lugar, recordando, tal vez, cómo podía, cómo hacía el quintero cuando trasplantaba la yerbuga.

Una aquí, otra allí, todo estaba listo. Ahora vamos a regarlas.

Pedrito, el niño, se fue corriendo a buscar una regadera. No había vuelto aun cuando Sebastián vio aparecer una señora que preguntó sorprendida.

—¿Que está haciendo usted aquí? ¿Que desea?





Sebastian no deseaba nada, pero, si decía lo que había hecho, iba a descubrir a Pedrito, su nuevo amigo. Y, como la señora parecía bastante enojada, decidió terminar la conversación poniéndose a salvo de un salto, del otro lado del cerco. En la huida se le cayó el sombrero, que quedó solito en medio del jardín.

En ese momento llegó Pedrito con la regadera y Sebastián le hizo adiós con la mano.

Una soledad se daba fastidio: haber perdido su sombrero de fieltro negro. Había sido lustrado por las lluvias y los soles y ahora brillaba con reflejos dorados y verdes... ¡Qué pena!

Sin embargo, se sentía alegre pensando que la mamá no retaría a su amigo Pedrito.

De pronto sintió toda su cara mojada.

"¡Qué vergüenza!", pensó. "¿Estaré llorando por un sombrero viejo?"

Pero no era eso. El cielo se había nublado y empezaba a llover furiosamente.

Una lluvia más o menos —se decía Sebastián. Pero le molestaba que las gotas cayeran, sobre su desnuda cabeza de zapallo.

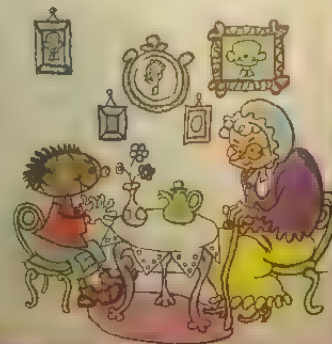
Se sentó en un umbral y volvió entonces una voz muy débil a sus espaldas:

—¡Joven, joven, no se quede sentado allí, con esta lluvia!

Era una señora muy viejecita y corta de vista, que, envuelta en un chal violeta, le hacía señas desde dentro de la casa.

—Pase, joven...

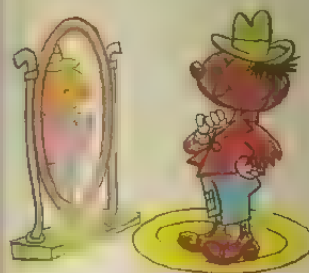
En dos zancadas Sebastián cruzó la puerta y entró en un cuarto muy lindo. Las paredes estaban llenas de retratos de niños y sobre los muebles había carpetas almidonadas. La señora lo hizo sentar y Sebastián le contó cómo había perdido su sombrero.



Venga conmigo —le dijo la viejecita. Y entraron en un cuarto donde había un gran armario.

La señora lo abrió y Sebastián vio toda una colección de sombreros: uno azul, uno gris, otro de paja, una galera y hasta la gorra de un disfraz de marinero.

—Estos sombreros eran de mi hijo, que ahora vive en otra ciudad —dijo la señora un poco triste—. Puede elegir el que más le guste.



A Sebastián le hubiera encantado calarse la gorra de marinero, pero fue más modesto. Eligió uno de suave fieltro verde. Luego dió las gracias y, como la lluvia había cesado, se dispuso a partir.

Vuelva cuando quiera —le dijo la señora desde la puerta.

Ya en la calle, Sebastián advirtió que estaba fatigadísimo y con grandes deseos de volver a su casa. Pero como nunca se había preocupado de averiguar donde quedaba la granja, no sabía a donde ir.

Por fin tuvo una idea: los gorriones conocían las direcciones de todas las huertas —¿quién mejor que ellos para ayudar?

Se acuerda a la gorra negra que estaba tomando su baño en un charco y lo había engañado de espantapajaros.

El gorrón tampoco lo creyó un espantapajaros.

"Ningún espantapajaros tiene un sombrero tan nuevo", pensó. Y le indicó donde podría encontrar su huerta.

Sebastián caminó, caminó.

Volver a su casa le gustaba tanto como antes le había gustado salir de ella. Llegó a su huerta.

Los sapos, que se alegraron mucho de verlo.

Los pajaritos se alegraron también, a pesar de que ya no podrían picotear la huerta.

El quinter se alegró porque Sebastián era un buen espantapajaros.

Y Sebastián cuando su huerta más alegre que nunca porque había visto el mundo, tenía un amigo y un hermoso sombrero nuevo.



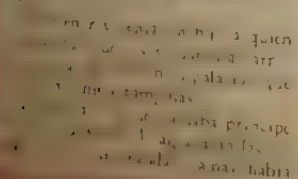
Gatito

MECHICERO

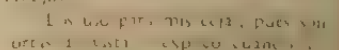
Nº 9
Colección
Gatito



Astronomes de ALBERTO BRECCIA



Con toda prontitud salieron tres pa-
res en busca de un mono amaestrado.
Pero los monos amaestrados no se ven-
den en las tiendas ni en las farmacias
ni en las fiambrerías. Y después de



Gatito

y los
BANDIDOS



Nº 10
colección
Gatito



Había un vez un pirata que asolaba los siete mares. Era el capitán Babor.



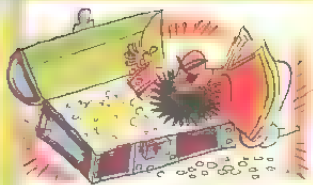
El capitán Babor comandaba el "Rataplán", un barco temido tanto por los otros barcos como por los peces.



Cuando el viento no quería soplar los marineros susaban... hasta que se cansaban.



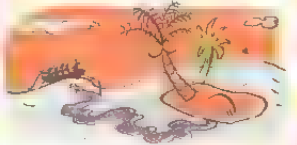
Y el Rataplán se apodaba de todo lo que encontraba.



El capitán Babor había encontrado un tesoro tan rico en su bodega que decidió enterrarlo en una isla.



Diez poderosas brazos de piratas llevaron el bote que encunaba a tierra el extraordinario tesoro.



... que fue enterrado en lo más escondido de una escondida isla de las Antillas.

Y otra vez siguió sus viajes el "Rataplán".



Pero el capitán Babor se cansó de tanta piratería. Le dio por sus viajes a una niña que se llamaba Pepita y que se aburría.

... aunque se trepaba por las escaleas de su barco tan rápido que el más barba de los piratas.



"Le comprare una casa de muñecas" pensó Babor. Y entonces advirtió una gran ciudad que se le había abierto lo todo en la isla de las Antillas.



Y el "Rataplán" llegó a una concha de la isla de las Antillas.



Pero, a pesar de cavar y cavar con sus palas, no encontraron el tesoro.



Y cuando cavaron el tesoro con los brazos de los piratas. Pero no encontraron ni una sola moneda de oro ni el tesoro.

Ahora su "Rataplán" es el barco de la niña Pepita. Y el capitán Babor se ha ido a vivir a una gran ciudad.

Abra un señor emplea al capitán Babor para que cuide de su jardín y le dé una muleta cada cinco días.



El capitán Babor entendía mucho de mar y muy poco de plantas, pero Pepita lo ayudó y no se volvió a aburrir nunca más.



El capitán Babor también estaba muy contento, pues era el más jardinero de los piratas y el más pirata de los jardineros, porque cuando nadie lo veía gritaba:



Y regaba las flores con agua salada.

El enanito



POR INÉS

ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA

Todo aquel que haya estado en el país de los enanitos debe haberse sorprendido al ver, al lado de las casitas grandes como dedales, un enorme edificio con forma de globo llamado "Mentificio".

—¿Saben para qué está ese edificio? Pues para almacenar y ordenar las mentiras de todos los chicos de la Tierra.



Allí, en las prolijas estanterías, se ven frascos con mentiras de todos los colores y formas.

"ME DUELE LA BARRIGA" llena todo un departamento. Parece que ésta es la mentira que más utilizan los chicos cuando no quieren comer.

El segundo piso está ocupado por los frascos donde dice "YO NO FUI".



En lugares importantísimos del edificio se encuentran las botellas que llevan el título "ÉL ME PEGÓ PRIMERO"...

En fin, sería largo de enumerarlas todas. Lo cierto es que esta historia comienza el día en que el "Mentificio" se llenó y ya no quedó ni un solo lugar para una nueva botellita. Ese día los enanitos se reunieron y, sentados sobre terroncitos de azúcar, se pusieron a pensar.

—Si los chicos siguen mintiendo así, deberemos abrir sucursales de nuestro "Mentificio" —dijo el rey de los enanitos.



¿Qué pasados meot? pregunta
Tintin con las manos en los bolsillos.

Pues desde ahora voy a enseñar a los
chicos a decir la verdad. ¡Acuérdate el rey!

Como los dos estuvieron de acuerdo,
el rey tomó una margarita. Luego de
poner uno de los pétalos de rosa en
la corona de los petates en su red
sombrer. En por eso, los enanitos
niñeros llamaron a Tintin en per-
ro. Tintin, el enanito que tenía un
casaca en la cabeza, sacó el petalo
rojo.



¡Heorah! se convertirá en el enanito
mas mentoso de la Tierra! exclamó
mo Caparucha riendo con alegría.

Y mientras Tintin caminaba, había
se ingenuo para dar una o dos pis-
tos a su lado. Entonces se dijo:

¡Como si yo te enseñara a tomar
una copa de algo bueno!

Como los enanitos son muy malos,
Tintin dijo que si él quería salir
cansado de su trabajo. Entonces Cap-
rucha le dijo: ¡No te preocupes, yo
te enseñaré a tomar una copa de
algo bueno! ¡Mientras que yo te
enseñaré a tomar una copa de algo
bueno!



Buena. Tintin enseñará a los
chicos a decir la verdad. ¡Acuérdate
el rey!

Y como los enanitos son muy malos,
Tintin dijo que si él quería salir
cansado de su trabajo. Entonces Cap-
rucha le dijo: ¡No te preocupes, yo
te enseñaré a tomar una copa de
algo bueno! ¡Mientras que yo te
enseñaré a tomar una copa de algo
bueno!

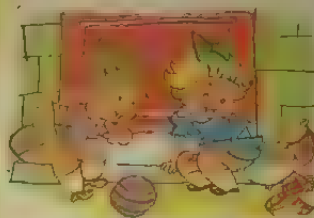
Y como los enanitos son muy malos,
Tintin dijo que si él quería salir
cansado de su trabajo. Entonces Cap-
rucha le dijo: ¡No te preocupes, yo
te enseñaré a tomar una copa de
algo bueno! ¡Mientras que yo te
enseñaré a tomar una copa de algo
bueno!

Y como los enanitos son muy malos,



Tintin siguió caminando tran-
quilamente y llegó hasta una casita
donde había dos nenes sentados en la
puerta.

Hola, enanito! ¡Lo saludo un
nene. ¿Quieres jugar con nosotros?
¿Sabes saltar a la rayuela? pre-
guntó una nena.



Cuando iba a responder que jamás
había oído semejante palabra Tintin
los dos pequeños niños decían:

Si estás listo de jugar a la ra-
yuela, ¡Oye! ¡Queer! ¡Chicuri! ¡Como
nosotros, ¡ta! ¡jugaba a la rayuela!



Así se decía esto. Tintin quedó tan
sorprendido que se alejó de la casita sin
dejarle de los niños.

Enanito! ¿Sabes dónde queda el
Molino de Oro? le preguntó el en-
ano más pequeño. ¡Te enseñaré a
saltar a la rayuela!

Cuando Tintin iba a decir que era
fuera de allí cuando ya estaba en mi-
tad de la respuesta.



¡Claro que sí! Buena vieja! Do-
ña Clara dice que por el momento
debe de irse y luego a es-
tancia.

Está vez Tintin le asustó de veras.
Pero... ¿por qué? ¿Por qué
dijo esto? ¡Propónceme!

En eso, como una risa, pero como
estaba tan preocupado, pudo por
cerca de que él estaba diciendo
a las violetas. La realidad es que se
trata de un enanito, que se llama
de cerca a Tintin.

Y ante su mirada y amor ex-
traño, Tintin le dijo que no le
importaba.

Que si quería le pedía un favor.
Tintin se acordó de que él era
que no le enseñara a saltar a la
rayuela. ¡Oye! ¡Queer! ¡Chicuri! ¡Como
nosotros, ¡ta! ¡jugaba a la rayuela!

Así se decía esto. Tintin quedó tan
sorprendido que se alejó de la casita sin
dejarle de los niños.

Enanito! ¿Sabes dónde queda el
Molino de Oro? le preguntó el en-
ano más pequeño. ¡Te enseñaré a
saltar a la rayuela!

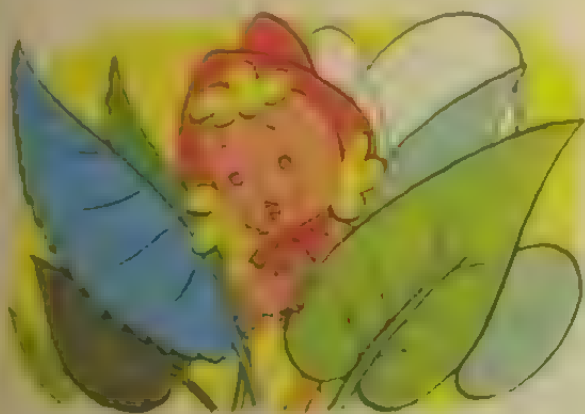
—No entiendo! Ahora los chicos mienten más que nunca. ¡Parece que el ejemplo de Tintin no ha servido de mucho! —pensaba el rey dando reales patitos para desahogar su enfado.

El más preocupado de todos era el propio Tintin. Una tarde, convencido de que su caso no tenía remedio, se sacó las campanillas que calzaba y se sentó al borde del camino.



Una, dos, tres lagrimitas enanitas como el mismo le corrieron por sus pequeñas mejillas.

—¡No sólo no he ayudado a ningún chico sino que no he hecho más que decir mentiras estúpidas durante todo el viaje! —sollozo Tintin sonándose con una hojita.



A Caperucita el asunto ya no le parecía tan gracioso, y una, dos, tres lagrimitas corrieron por sus mejillas de nuda... Ahora bien, todos saben que las lagrimas de las hadas deshacen los hechizos más poderosos.

Tintin sintió de pronto que el corazón se le aligeraba, su corazón pequeño como una perla, y poniéndose el bonete torcido prosiguió su viaje.

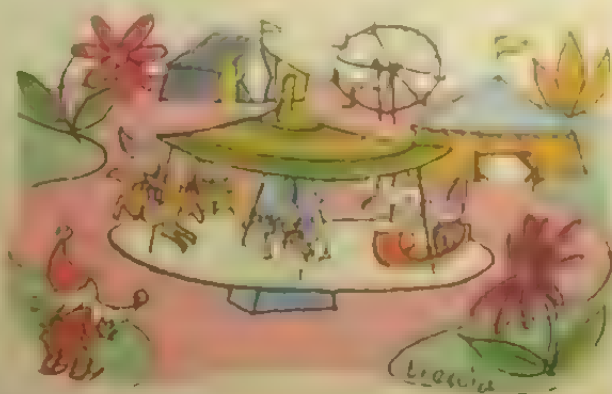


Todo cambió entonces. Tintin, con sus palabras buenas y simpáticas, obtuvo que los chicos que eran malos como un remedio para el hígado se volvieran dulces como una jalea.



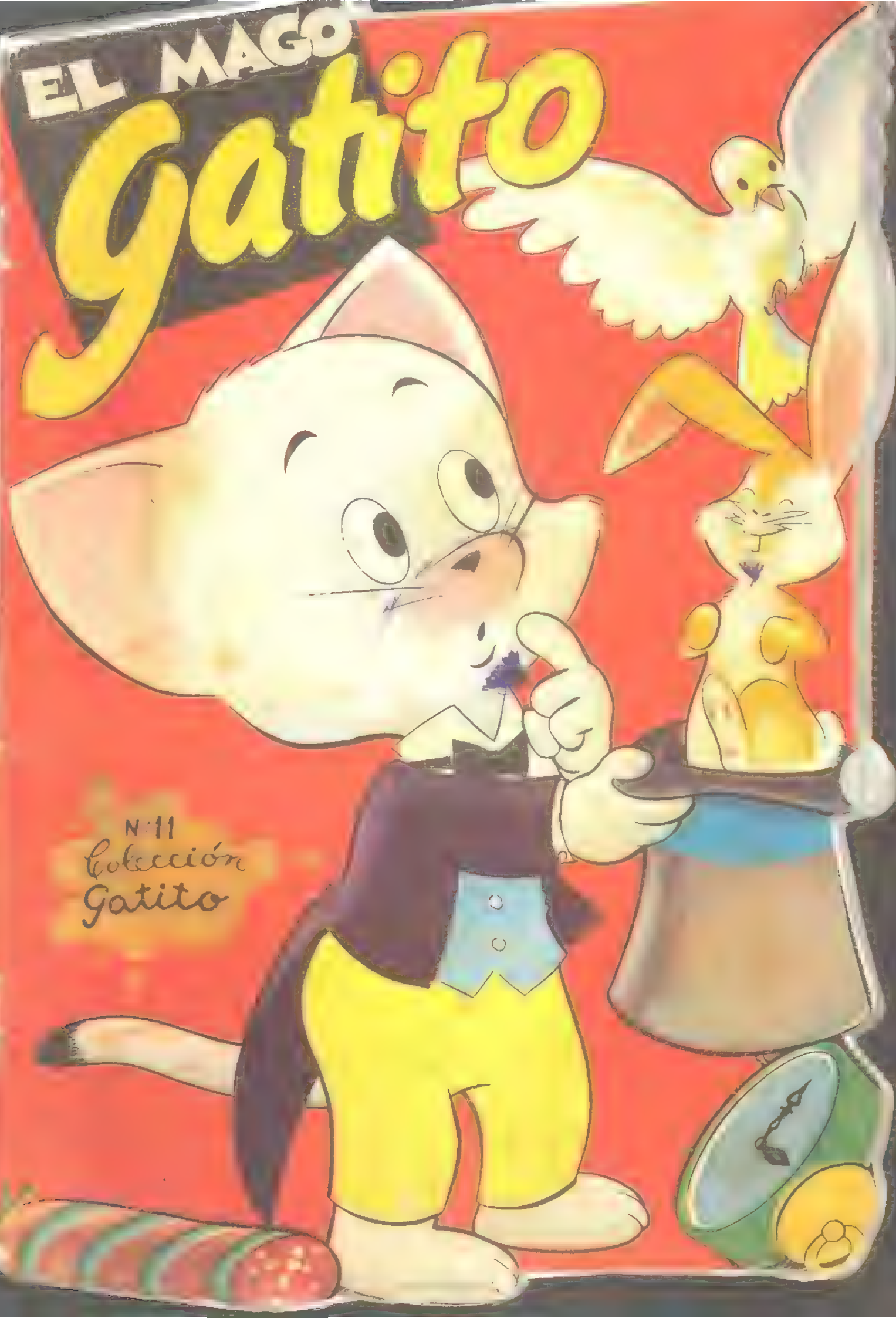
—¡Qué barbaridad! ¡Hace días que no les escucho ninguna mentira a los alumnos! —comentaban las maestras durante los recreos.

Y cuando regresó al país de los enanitos Tintin vió, muy sorprendido, que en lugar del "Mentificio" —que se vantaba ahora un lindísimo "Parque de Diversiones". Porque desde hacía tiempo el "Mentificio" estaba tan vacío como la barriga al mediodía, cuando uno tiene mucha hambre y de la cocina viene un rico olorcito de empanadas...



EL MAGO Gatito

Nº 11
Colección
Gatito



El

INVIERNO



POR BEATRIZ
ILUSTRADO POR ALBERTO BRECCIA

Aquella mañana Luis salió tempranito de su casa camino a la escuela. Era uno de los primeros días de invierno y el aire era de hielo. Luis se envolvió hasta las orejas en su bufanda roja y verde, como su mamá le había recomendado.

Un trecho corriendo y otro caminando por el caminito de siempre anduvo una, dos, tres cuerdas. Pero allí, al doblar una esquina, levantó la cabeza y vió algo tan hermoso y extraño que es difícil de relatar.

Luis se quedó clavado en el suelo de puro asombro.

La calle estaba toda cubierta por una alfombra verde, dorada y amarilla. A los costados colgaban banderas y tapices bordados con los rayos del sol y, junto a éstos, hacían guardia altos y fuertes soldados con espadas de hierro.

Por el medio de la calle se paseaba un hombreito vestido de negro, muy acicalado, que parecía ser el secretario de alguna persona importante. Iba alisando con el pie los pliegues de la alfombra y mirando a los soldados de arriba a abajo. Se notaba que no quería descuidar ningún detalle. Cuando llegó donde estaba Luis lo miró sorprendido y, frunciendo el ceño, le preguntó:

—¿Y tú? ¿Puedes explicarme qué estás haciendo aquí?

—Ni yo mismo lo sé, señor. Debo pasar por esta calle para ir a la escuela —fué la excusa de Luis, quien sólo deseaba quedarse para ver qué estaba por ocurrir.



Chicos, ¿saben guardar un secreto?

página 11

—Imposible pasar! ¡Acabo de alisar todos los pliegues de la alfombra! —fué la respuesta—. El llegará de un momento a otro y tú no puedes quedarte, pues no figuras en la lista de recepción. ¡No compliques las cosas, niño, y vuélvete!

—Pero ¿a quién están esperando? —se animó a preguntar Luis.

Mas el hombrequito lo empujó hacia un costado advirtiéndole.

—¡Ssss! ¡Ssss! ¡Atención, no te muevas! ¡Aquí viene!

Entonces Luis sintió que se levantaba un viento furioso y vió que algo enorme se agitaba a la distancia. Era como si alguien se estuviera abanicando con un gigantesco sombrero.

Luis se fijó bien y casi grita: —¡Santo cielo! ¡Es un sombrero!

Y no se equivocaba. El dueño del sombrero era extraordinariamente corpulento y venía abanicándose y sonriendo. A pesar de que no tenía un manto ro o ni una corona sino un traje de franela como todo el mundo, Luis estuvo seguro de que aquél era un rey.

Pero un pensamiento lo sobresaltó: "¿Quién podía abanicarse en esa helada mañana?" Y entonces advirtió que



era imposible que aquel hombre sintiera calor... a menos que él fuera el Invierno. ¡Sí, el mismo Invierno en persona!

La niebla de la mañana se puso dorada con los rayos del sol; la calle tapizada centelleaba.

A pesar de que la gran figura del Invierno casi ocultaba a sus acompañantes, Luis divisó a su delgada mujer, que llevaba una manta de piel y apretaba contra sí una botella de agua caliente. Detrás, sus nueve hijas, muy habladoras, venían comiendo emparedados calientes. Los seguían una cantidad de secretarios y ministros, que llevaban canastas con provisiones como si fueran a una fiesta campestre.

El hombrequito vestido de negro se adelantó y dijo:

—Buen invierno, señor.

—¿Buen invierno? ¡Sin nieve ni hue lo sobre el camino, sin narices azules de frío, sin gente calentándose alrededor del fuego, sin noticias sobre la niebla o las medias de lana? ¿Y a esto le llamas buen invierno?

Pero al ver el apuro que pasaba su secretario, el cual no sabía qué contestar, el Invierno le palmeó amistosamente la espalda... con tal ímpetu que le hizo rozar con la nariz el suelo tapizado.



—¿Qué hay de nuevo, Pedro Escarcha? —siguió preguntándole el Invierno—. Como todos los años, vengo a una calle de esta ciudad para que me cuentes si todo se cumple de acuerdo con las leyes del Invierno.

El secretario, más animado, ofreció entonces un lindo ramo de flores a la esposa del Invierno, quien se lo agradeció y se puso a conversar con él.

—¡Ah! ¡Aquí sí que se respira! exclamó—. ¡Cómo me gustaría quedarme en este país! Pero es imposible, con este afán de mi marido de recorrer el mundo y vivir en un lugar diferente cada tres meses. ¿Sabe? Estos cambios de aire no les sientan a mis niñas...

—¡Vamos, Pedro Escarcha, haznos oír cómo marchan las cosas! —interrumpió el Invierno.

Luis, que había estado escondido todo el tiempo detrás de un soldado, vió que aquél sacaba una larga lista de su bolsillo y, muy tieso, empezaba a leer:

—“Obedeciendo las órdenes del Invierno, el Sol se levanta a las 8.05 y se acuesta a las 17.45. Las golondrinas se han marchado al Norte. Los empleados entran a sus trabajos una hora más tarde. Las tiendas cierran sus puertas una hora más temprano. Las nubes se

aprietan una contra otra y tapan el Sol.”

Y siguió hasta llegar donde decía: “...han florecido los narcisos y junquillos y se preparan las caléndulas y los papaver...”

—¿Los qué? —tronó el Invierno. —Papaver, señor. Así las llaman los botánicos.

—Y todos los demás ¿cómo las llaman? —preguntó el Invierno con curiosidad.

—Lo siento, señor, pero no lo sé.

Entonces Luis se armó de coraje y salió de su escondite.

—Con permiso, señor. Los papaver son las amapolas...

—¡Gracias por la ayuda! —contestó el Invierno sin sorprenderse por la aparición de Luis.

El secretario siguió leyendo su lista, pero en ese momento una de las hijas del Invierno estalló en lágrimas.

—¡Oh, pobre Clementina! ¡Mi ranita amaestrada ha perdido su bufanda y va a morirse de frío!

En efecto, una ranita tiritaba en sus brazos. Sin dudar un momento, Luis se quitó su bufanda roja y verde y se la alcanzó a la niña.

—Puedes ponerle la mía —le dijo.



Los chicos son mis amigos y para ellos publicaré un diario.

El Invierno lo miró con simpatía y le preguntó cómo se llamaba. Luego agregó:

—¿Te gustaría venir conmigo, Luis?

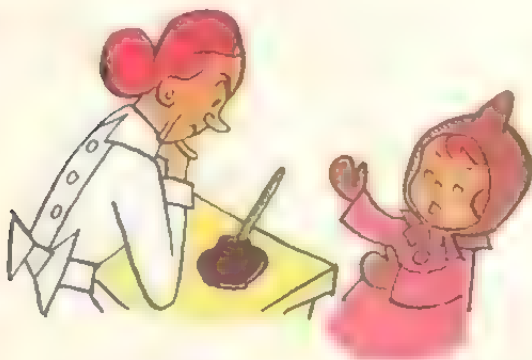
Al oír eso el niño recordó que tenía que ir al colegio.

—¡Por favor, dígame qué hora es! —exclamó.

—Según, para los gorriones es la hora de desayunarse y para los gatos la de acostarse. Para ti, seguramente, es la hora de ir a la escuela. Son las nueve y media.

Luis llevaba tanto retraso que, al oír esto, echó a correr como una liebre. A sus espaldas, también el Invierno se disponía a marcharse por su lado.

Luis llegó muy tarde a clase. Cuando la maestra le pidió explicaciones sólo supo decir:



—¡El Invierno, señorita! ¡El Invierno! La calle estaba toda adornada y...

Pero habló tan de prisa que nadie entendió nada y la maestra lo mandó a su casa por haber llegado tan tarde. Y Luis se marchó, un poco triste de que no lo comprendieran. Pero de pronto se le ocurrió algo: si corría aún podía alcanzar al Invierno y decirle: "No me permitieron entrar a la escuela; ahora puedo irme contigo".

Ya divisaba la calle, todavía adornada; allá, en el suelo, estaba la canastita con emparedados y cerveza.



Iba a entrar en la calle cuando, ¡oh, asombro!, los mismos colores brillantes y el mismo aire dorado, pero los soldados se habían transformado en obreros municipales y sus espadas en hachas de hierro. Encaramados sobre altas escaleras estaban podando los árboles. En lugar de los tapices colgaban las ramas cortadas y en el lugar de la alfombra hojas verdes, amarillas, doradas, cubrían el suelo.

Esos eran los únicos rastros que quedaban del Invierno.

Luis volvió a su casa. En su jardincito, nueve gorriones que saltaban alegres, sin asustarse de él, le recordaron las nueve hijas del Invierno. Cuando iba a entrar en la casa sopló una fuerte ráfaga y Luis pensó en el enorme sombrero que se abanicaba. En la cocina vió la cafetera humeante junto al fuego y su pico le recordó la nariz de la mujer del Invierno.

¡Era como si el Invierno se hubiera instalado en su casa!

Al subir a su cuarto le pareció oír su voz que le decía:

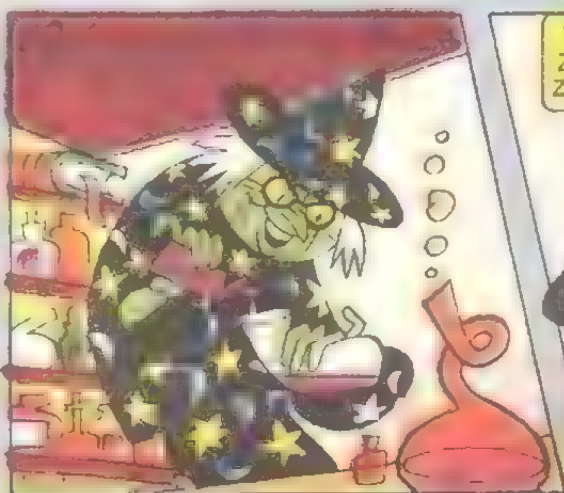
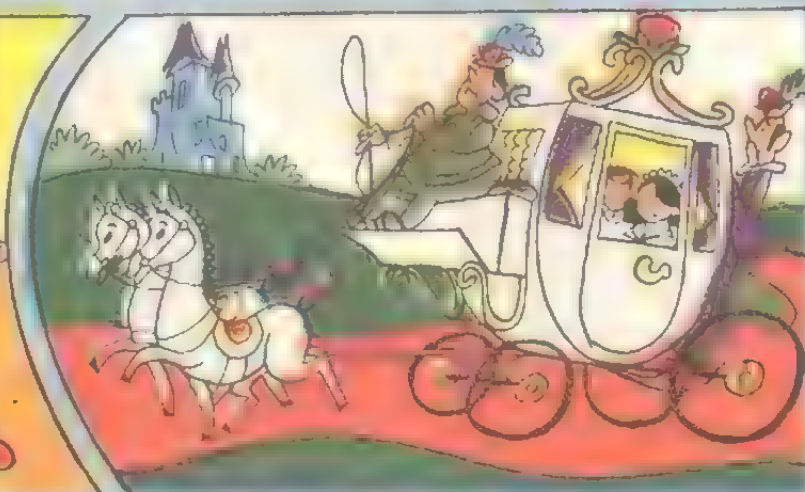
"¡Guarda el secreto! No has podido venir con nosotros, pero el Invierno y su compañía se han quedado contigo".

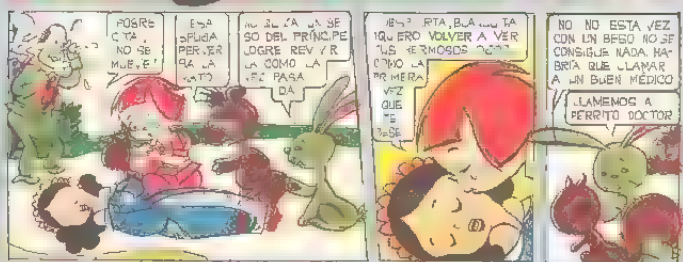
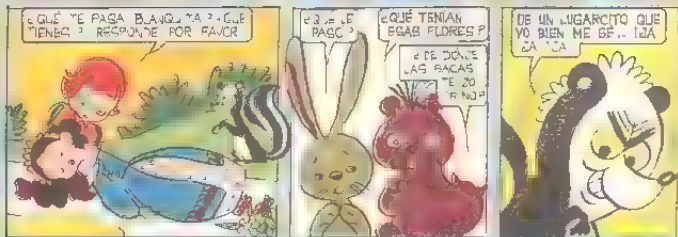
Perrito Doctor y BLANCA NIEVES

por SiroB

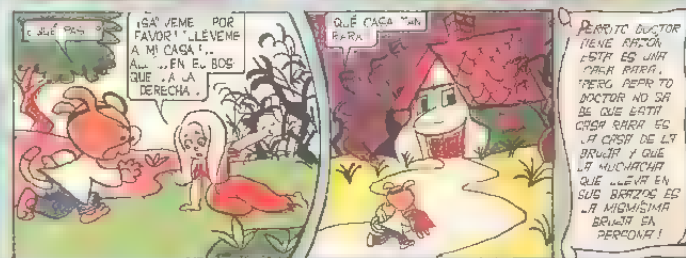
Ilustrado por ALBERTO BRECCIA

OCO FALTABA PARA
EL DÍA EN QUE BLAN-
CA NIEVES SE CASA-
RÁ CON EL PRÍNCIPE...





pagina 24



pagina 25



pagina 26



pagina 27



pagina 28



¡Qué exagerado! ¡Conejito se tragó el
mensaje para que nadie lo encuentre!

pagina 29

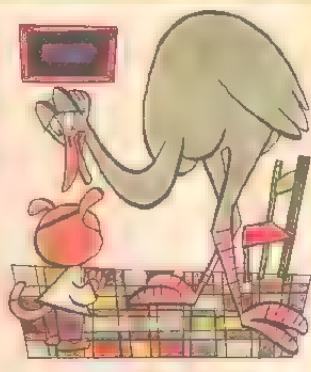
Gatito

APRENDIZ DE
Rey Mago





El 5 de enero fué un día de mucho trajín para Perrito Doctor. Apenas abrió el consultorio se presentó su amigo Marcelo Avestruz, muy agitado, y le dijo: "¡No puedo más, tic



¡Me tragué un despertador, tac, y resulta, tic, que estaba, tac, funcionando, tie! Y ahora, tac, estoy tic, todo el tiempo, tac, déle hacer: "¡tic-tac! ¡tic-tac! ¡tic tac!"



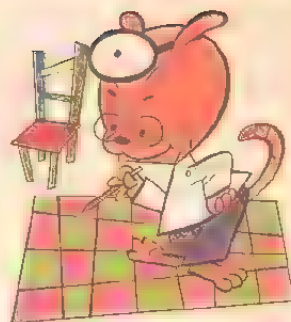
"No te aflijas", le contestó Perrito Doctor "Cuando se le termine la cuerda no te molestará más! Y le dió un calmante para que se durmiera hasta que el despertador se callara.



Después Legó Monito Fifi, muy afligido. "¡Nunca, nunca más podre caminar bien!", sollozo. "Me torcí un pie y ahora ya no puedo apoyarlo como se debe ¡Ji-jí ¡jii! ¡Ji-jí-jii!"



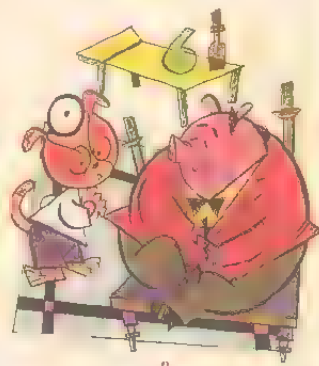
Perrito Doctor le hizo masajes, le dió calor con un aparato muy grande y muy importante, le vendó el pie pero no hubo caso Monito Fifi ya no podía caminar bien



Entonces Perrito Doctor dijo "¡A lo mejor nunca caminaste bien! Algunos creen que caminan bien, pero caminan mal!" "¡Yo caminaba bien!" contestó Monito Fifi muy indignado



"¿Y cómo caminabas antes?" preguntó Perrito Doctor. "¡Así!" Y Monito Fifi apoyó el pie como se debe y caminó perfectamente Perrito Doctor le dijo que siguiera caminando así.



Después legó Chanchito "Me duele ¡juc! ¡juc! la barriga ¡juc! ¡juc!" dijo sollozando. "¿Y no has tomado ningún calmante?" "¡Me paso el día tomando calmantes!", grito Chanchito

pagina 15



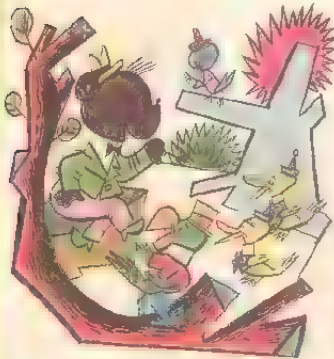
9

¿Qué calmantes tomas?", preguntó Perrito Doctor. "¡Como caramelos, muchos caramelos, pero el dolor no se me va!", contestó Chanchito Chanchín. Entonces Perrito Doctor le dijo



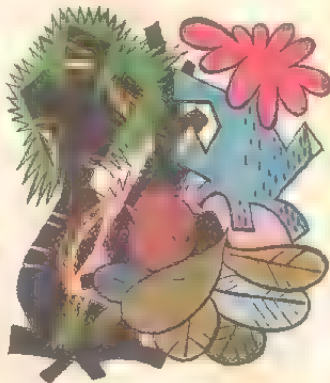
10

que no tomara más calmantes y Chanchito le contestó que a él le gustaban los calmantes, pero, como el dolor de barriga no le gustaba, iba a dejar de tomarlos. Y el dolor se le fué.



11

Mientras tanto, todo el Bosque estaba agitado y hablaba de lo que esa noche traerían los Reyes. Todo el Bosque menos Silvia Ardillita, porque Silvia Ardillita no estaba.



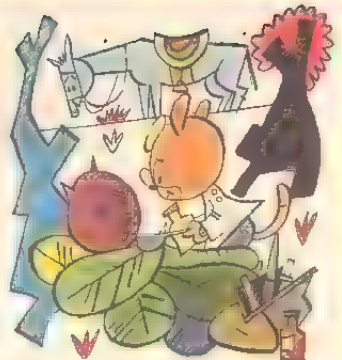
12

Silvia Ardillita estaba enferma, en un rincón alejado del Bosque, y nadie lo sabía. Por eso, cuando a la tarde llegó la noticia, todos se asustaron mucho y se pusieron muy tristes.



13

"¡Debo ir a ver a Silvia Ardillita!", exclamó Perrito Doctor. Y, poniéndose sus grandes botas de cuero, montó a caballo y partió. Galopó, galopó, galopó, hasta que llegó adonde estaba



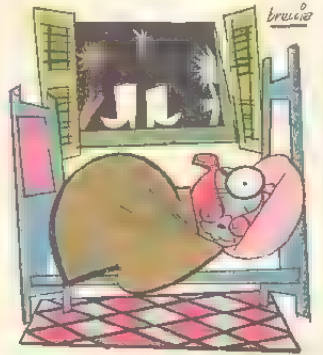
14

Silvia Ardillita. Perrito Doctor la revisó bien, le dio unos remedios y en seguida partió de vuelta, porque ya era muy tarde y al día siguiente tenía muchos enfermos que atender.



15

El Bosque estaba oscuro, el río estaba crecido, y Perrito Doctor llegó a su casa tan cansado y tan mojado que ni se acordó de que faltaba muy poco para que llegaran los Reyes.



16

Se desvistió, puso sus botas en la ventana para que se secaran, y luego se acostó. Cuando el reloj dio las doce campanadas de la medianoche Perrito Doctor ya dormía...



1

Mobi decidió pasar las fiestas en el Africa porque allí había nacido. Aunque desde muy chiquito vivía en la ciudad y no se acordaba de los negritos ni de los elefantes.



2

Pero ellos se acordaban de él: los elefantes porque tenían una memoria de elefante y los negritos porque los elefantes siempre les hablan de Mobi, a quien quieren mucho.



3

Mobi se asombró mucho en el Africa porque allá todo ocurría al revés: los chicos eran negros y no blancos, usaban los dientes en el cuello y las hojas como vestidos.



4

Y si venía algún extranjero le arrojaban flechas en vez de darle la mano.

"Si se portan así los Reyes Magos no les dejarán regalos", les dijo Mobi muy serio y muy afligido.



"¿Qué importa!" contestaron los negritos. "¡Gua, son indigestos!".
 "¿Los regalos?", preguntó Mobi.
 "No. Los Reyes", contestaron los negritos. "Así dicen, porque ninguno



de nosotros consiguió comerse uno".
 Mobi estaba muy triste.
 "Ahora entiendo por qué los Reyes no vienen nunca por aquí", suspiró.
 "No es sólo por eso", le explicaron



Los negritos también.
 "¡Pum! ¡Pum!", cayeron los cocos.
 El elefantito recogió uno y le quitó una tapita diciendo:
 "¡Ya tienen sus zapatos!".



"¡Ya tienen sus zapatos!", dijeron los negritos.
 Luego se los probaron pero
 "¡Ay! ¡Qué incómodos son!", dijeron todos, y Mobi agregó: "Estos za-



los negritos, "mimo porque no tenemos zapatos para poner en las ventanas".
 Era verdad.
 "Yo les voy a enseñar a hacerse zapatos y a portarse bien"



"Hagan todo lo que yo hago", dijo Mobi estornudando "¡atchis!, ¡atchis!".
 Los negritos estornudaron "¡atchis!, ¡atchis!".
 Mobi sacudió una palmera



patos se usarán sólo para ponerlos en la ventana la noche de Reyes".
 Y, como ésa iba a ser justamente la noche de Reyes, los negritos fueron a poner los zapatos en las ventanas.



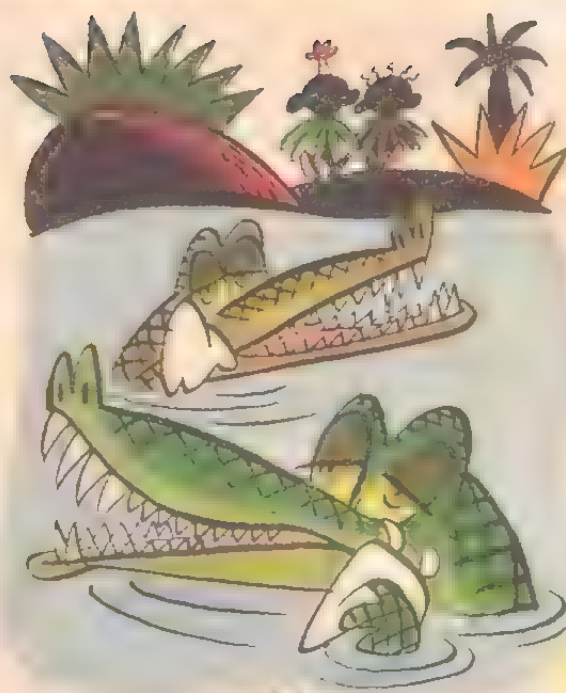
"Pero esto no es todo", dijo Mobi.
 "Ahora tienen que ser buenos".
 "¿Qué tenemos que hacer?", preguntaron los negritos.
 "Tienen que hacer una buena acción"



13

y después vienen y me cuentan".

Los negritos salieron corriendo y después vinieron y le contaron a Mobi que habían sacado a los peces del río para que no se mojaran; que



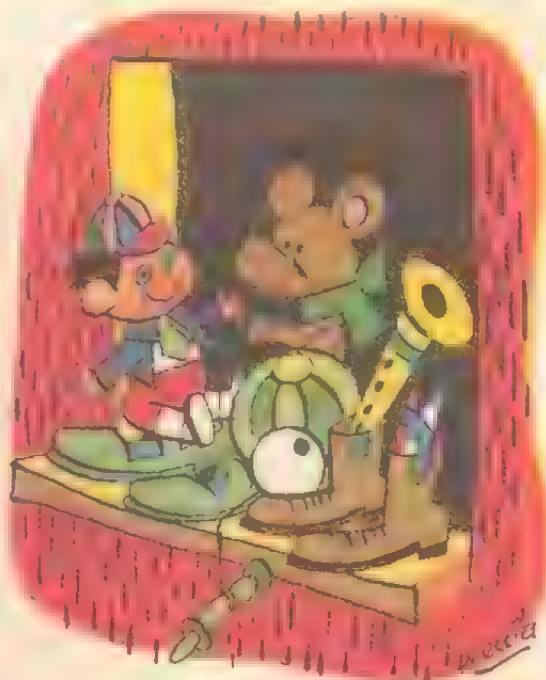
14

habían regalado pañuelos a los cocodrilos para que secaran sus lágrimas de cocodrilos, y clavos a los avestruces que tienen estómago de avestruz, y quitamanchas a los tigres y...



15

Mobi tragó saliva. "Los Reyes comprenderán", suspiró. Y como ya era de noche, dijo "Buenas noches" a los negritos y todos fueron a dormir muy felices.



16

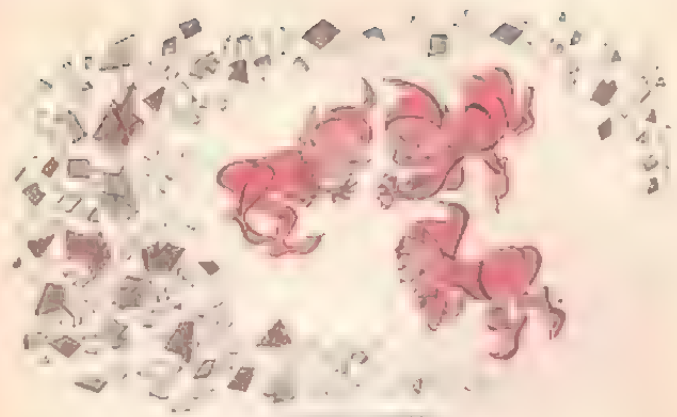
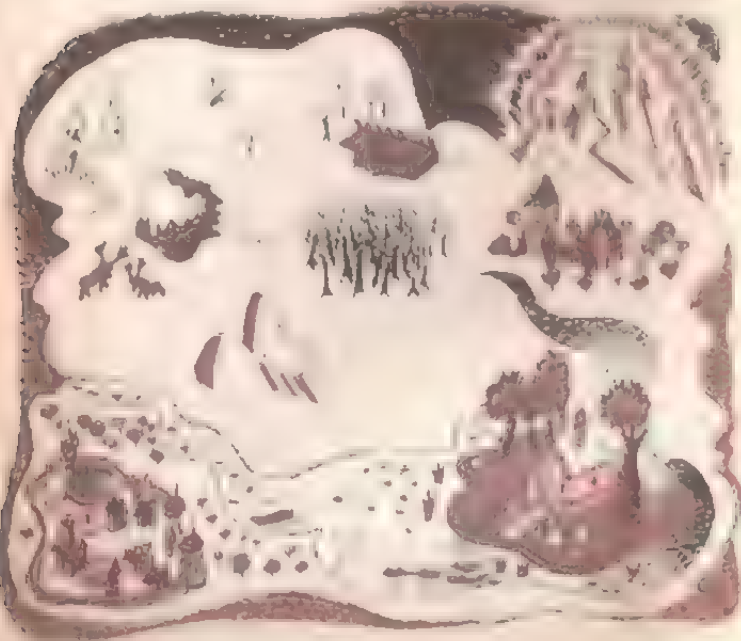
Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, los Reyes volvieron a dejar regalos en las ventanas de los negritos. De yapa había un par de zapatos para cada uno.



ESTE es el maravilloso Diario de Gerda. Su amigo Kay hizo los más grandes sacrificios. Pero el Diario de Gerda no lo escribió ella. No estaba ocupada buscando a su amigo Kay en los saltrapes, la, la pequeña ladrona, y en las heladas tierras de en el encantado palacio de la Reina de las Nieves...

El Diario de Gerda —es decir, la historia de todo lo que le pasó— lo escribió un hombre que sabía los cuentos maravillosos, un hombre que hablaba con las hadas y relataba en cada momento todos los chicos del mundo, un hombre que hacía las cosas con la voz más dulce que jamás se oyó.

Y ese hombre se llamaba Andersen...



QUE TRATA DEL ESPEJO Y SUS FRAGMENTOS

Un día, uno de los tantos genios malos que habitan en el mundo, decidió que quería hacer una cosa mala. Como él sabía que el mundo estaba lleno de cosas buenas, decidió que quería hacerlas desaparecer. Así que se puso a trabajar. Y cuando terminó, las cosas buenas se habían vuelto feas o se habían desfigurado al reflejarse en su superficie. Las cosas malas y feas se volvían mil veces peores. Ante él, cualquier hermoso paisaje parecía un atado de espinacas hervidas, y las personas buenas que sin querer se habían mirado a sí mismas se sentían feas. Así que él se puso a contemplarse y a mirarse a sí mismo, a veces con la cabeza abajo o sin cabeza.

servaron su maligno poder. Las partículas se fueron como la arena, empezando a volar por el mundo y al mismo tiempo a destruirlo. Así que los genios malos se pusieron a trabajar. En cambio, en lugar de tenerse en los ojos amenazaban con destruirlos. Así que él se puso a trabajar. Y cuando terminó, las cosas buenas se habían vuelto feas o se habían desfigurado al reflejarse en su superficie. Las cosas malas y feas se volvían mil veces peores. Ante él, cualquier hermoso paisaje parecía un atado de espinacas hervidas, y las personas buenas que sin querer se habían mirado a sí mismas se sentían feas. Así que él se puso a contemplarse y a mirarse a sí mismo, a veces con la cabeza abajo o sin cabeza.



«CAPÍTULO SEGUNDO»

UN NIÑITO Y UNA NIÑITA

En uno de los barrios más apartados de una gran ciudad vivían un niño y una niña. El nombre de ella era Gerda; el del niño, Kay.

Las ventanas de sus cuartos se miraban desde la mañana hasta la noche, y cuando ellos no estaban detrás de los cristales era porque se hallaban jugando juntos en su casa o en la calle.

En cada uno de los bordes de las

ventanas, arreglado cuidadosamente en un humilde cajón, crecía un hermoso rosal que durante el verano alegraba con su perfume el juego de los niños. Pero en invierno la escarcha cubría los cristales; entonces Gerda y Kay la derretían calentando monedas de cobre y se contemplaban después a través del pequeño círculo de vidrio transparente.

—Mira cómo vuelan las abejas blan-

cas —decía la abuelita de Gerda señalando los copos de nieve—. Ellas también tienen su Reina.

—¿Y podría llegar hasta aquí? —preguntaba la niña.

Si viene —respondió Kay—, la arrojaré a la estufa para que se disuelva.

Una noche, antes de acostarse, Kay miró como siempre a través del pequeño círculo. Un enorme copo de nieve se posó sobre el cajón del rosal. El copo fue creciendo y creciendo hasta que tomó la forma de una hermosa mujer, hecha de hielo brillante y frío. La mujer saludó con la mano y desapareció antes que Kay tuviera tiempo de bajar de la silla en la que estaba trepado.

Pasó el tiempo. Un día sucedió a otro día, y poco a poco llegó la primavera y después de ella el verano. Los rosales despertaron y empezaron a florecer.

Una tarde, sentados junto a la ventana, los niños hojeaban su libro de laminas cuando el reloj de la torre dio cinco campanadas.

—¡Ay! —dijo de pronto Kay—. Algo me ha golpeado el corazón. Además, estoy seguro de que se me ha metido una bala en el...

—No es nada —dijo Gerda—, que ya no sentía ninguna molestia—. Seguramente habrá salido.

Pero se equivocaba. Trozos del perverso espejo habían caído en su ojo.



...El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Y quebrando el tallo de una de ellas
la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello
sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Cada día se hacía más difícil
noocer al pequeño Kay. Se había vuelto
tan terco, desobediente y no siquiera

...El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Y quebrando el tallo de una de ellas
la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello
sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Cada día se hacía más difícil
noocer al pequeño Kay. Se había vuelto
tan terco, desobediente y no siquiera

...El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Y quebrando el tallo de una de ellas
la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello
sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Cada día se hacía más difícil
noocer al pequeño Kay. Se había vuelto
tan terco, desobediente y no siquiera

...El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Y quebrando el tallo de una de ellas
la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello
sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Cada día se hacía más difícil
noocer al pequeño Kay. Se había vuelto
tan terco, desobediente y no siquiera

...El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Y quebrando el tallo de una de ellas
la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello
sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Cada día se hacía más difícil
noocer al pequeño Kay. Se había vuelto
tan terco, desobediente y no siquiera

...El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Y quebrando el tallo de una de ellas
la arrojó a la calle.

La pobrecita Gerda veía aquello
sin salir de su asombro.

—¿Qué haces? —preguntó casi so-
bre el momento al pequeño Kay.

Cada día se hacía más difícil
noocer al pequeño Kay. Se había vuelto
tan terco, desobediente y no siquiera



carlo al surto. El trineo era muy blan-
co y la persona que lo ocupaba estaba
cubierta de piel del mismo color.

De repente, Kay vió que atravesaban las puertas de la ciudad, pero después empezó a caer una nevada tan espesa que ya no pudo saber dónde estaba. Quiso desatar el trineo, y no lo consiguió, pues el trineo siguió avanzando hasta que el conductor lo detuvo y saltó a tierra. Era una dama de porte majestuoso, y al contemplar su rostro descubrió Kay que era la mismísima Reina de las Nieves.

La dama se acercó y lo besó en la frente. Kay sintió que su corazón se helaba y que un frío mortal penetraba en todo su cuerpo. Pero esto fue cosa de un momento. Cuando la Reina lo besó nuevamente Kay olvidó por completo a Gerda y a todos sus antiguos amigos.

—¡Pierde hoy no te besaré más! —dijo la dama—. Pues si lo hiciera podías morir.

Kay la miró. Su hermoso rostro no le parecía de hielo como el día que la había visto tras la ventana. Ya no sentía ningún temor, y, mientras la dama sonreía, él le contó que sabía





de la costa cuando las olas se los de-

—Tendre que arrojados más lejos
—pensó Gerda. Y se subió a una
roca para lograr su propósito.

Sacudido por los movimientos de
la niña, el bote, que no estaba su-
cienzo a alejarse de la orilla. Cuan-
do Gerda lo notó ya era demasiado
tarde para saltar a tierra. Los zapaticos
rojos flotaban detrás de la barca, pero
no pudo recogerlos.

La niña sintió enormes deseos de
llorar, mas recordando que había ju-

rado ser valiente, se dejó consolar
por los gorriones.

—Espera un poco —le dijeron—.
Tal vez sea éste el camino para en-
contrar a Kay.

Tranquila con este pensamiento,
Gerda se dispuso a contemplar los
árboles que cubrían las orillas. Eran
realmente hermosos, con sus copas
altas cubiertas de ramas y hojas de
todas formas y colores.

Hacia varias horas que navegaba
cuando, al llegar a un recodo, divisó
un jardín lleno de cerezos. En medio

de él, una casita con el techo de paja
y las ventanas azules descansaba es-
tudiada por dos soldados de madera.
Gerda, creyéndolos de carne y hueso,
los saludó cordialmente al pasar
frente a ellos. Las voces de la niña
hicieron salir de la casa a una mujer
vieja. Caminaba apoyándose en un
grueso bastón y se protegía del sol
con un sombrero que llevaba pintadas
hermosísimas flores.

Al ver la barca se metió en el agua
sin vacilar y estirando su bastón con-
siguió sujetarla y arrastrarla hasta la
orilla. Gerda le contó su historia,
preguntándole luego si no había visto
a Kay.

—No —dijo la vieja—. No lo he
visto. Por aquí no pasó.

Después, tomándola de la mano, la
hizo entrar en la casita.

Sobre la mesa había enormes pilas



de cerezas y Gerda pudo comer cuantas quiso mientras la vieja rizaba sus cabellos con un hermoso peine de oro.

—Siempre he deseado una niña como tú —dijo—. Estoy segura de que llegaremos a ser muy buenas amigas.

La vieja, que conocía las artes mágicas, había usado el peine de oro para lograr que Gerda olvidara a Kay.

Sin embargo, estaba lejos de ser una mala bruja, y lo único que quería era que la niña no la abandonara. Por eso, dejándola en la casita, se dirigió a su hermoso jardín y levantando su bastón ordenó a todas las rosas que se ocultaran bajo tierra. Sólo entonces, segura de que ya nadie podría recordarle a su amiguito, la vieja llevó a Gerda al jardín.



Durante ese día y los que siguieron la niña saltó entre los cerezos y jugó entre las flores. Sin embargo, cuando al llegar la noche las recordaba antes de dormirse, le parecía que faltaba una. Pero no sabía cuál.

Un día, al contemplar el sombrero de la anciana, notó que la más hermosa de todas las flores era una rosa encarnada que la vieja se había olvidado de borrar. He aquí las consecuencias de una distracción.

—¡Curso! Hasta ahora no he visto rosas en el jardín! —exclamó Gerda corriendo hacia el. Y entonces el recuerdo de Kay, adormecido durante

tanto tiempo, surgió con tal fuerza que la niña no pudo contener el llanto. Sus ardientes lágrimas penetraron la tierra en que habían crecido los rosales y estos volvieron a florecer más hermosos que nunca.

—¿Dónde está Kay? —les preguntó la niña—. Tal vez me olvidé lo haya matado.

—No, Kay no ha muerto —respondieron las rosas.

—¡Oh! ¡Que suerte! ¡Gracias, muchas gracias, rosas queridas! —dijo Gerda.

Luego, pasando junto a las flores, les preguntó si sabían algo más.

—¡Cuánto tiempo he perdido! —dijo Gerda corriendo hacia el extremo del mundo.

La puerta estaba cerrada. Ella tiró con fuerza hasta que el pestillo cedió. Así, sin abrigo ni zapatos, la pequeña Gerda salió dispuesta a recorrer el mundo. Mientras caminaba miró tres veces hacia atrás para estar segura de que nadie la perseguía. Por fin, al atardecer, rendida de fatiga, se sentó a descansar en una enorme piedra.

Los árboles que la rodeaban estaban desnudos. Alguna que otra hoja todavía en sus

ramas, pero la mayor parte de ellas danzaba y corría en el suelo empujada por el viento.

Gerda comprendió que había llegado al fin. Claro que esto no hubiera podido saberlo en el jardín de la vieja, porque allí brillaba siempre el sol y había flores de todas las estaciones.

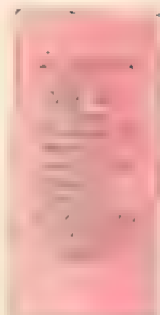
—¡Cuánto tiempo he perdido! —suspiró nuevamente poniéndose en camino. Y mientras avanzaba, haciendo crujir las hojas amarillas y secas, pensó que el mundo era demasiado grande y ella, en cambio, demasiado pequeña.

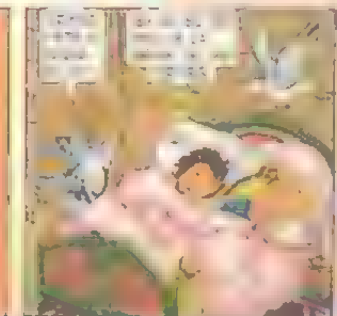
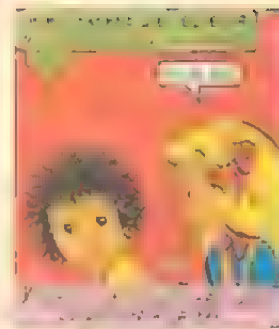
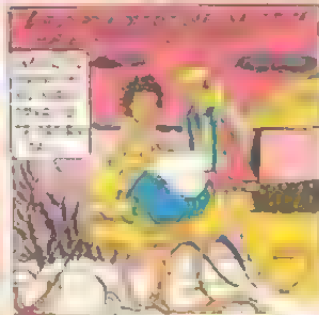
Pero siguió avanzando porque tenía que encontrar a Key.





EL REY
MURIO
DE
GORDA
QUE
DURMERA
EN SU
VILLA
DE LA
MADONNA
DE LA
VIRGEN









CAPÍTULO XXIX

LA MUJER LAPONA Y LA MUJER FINLANDESA

El reno se detuvo ante una pequeña cabaña de humilde aspecto. En su interior, una mujer laponia freía pescado sobre una lámpara de aceite de ballena.

—¡Pobrecita! —exclamó después de escuchar a Gerda—. La Reina de las Nieves anda por Finmark encendiendo luces azules por la noche. Te recomendaré a una mujer finlandesa que vive allí.

Así diciendo tomó un bacalao seco y, anotando en él algunas palabras, lo entregó a la niña. Esta, que ya había comido y bebido algo, le pidió que la aiutara nuevamente sobre el lomo del reno. Después, siempre pensando en Kay, volvió a ponerse nuevamente en camino. Cuando se detuvo, después de varios días, se hallaba ante la cabaña de la mujer finlandesa.

La cabaña era la mujer finlandesa.

no tenía puertas y tuvieron que llamar en la chimenea.

Dentro, el calor era tan insupportable que su dueña estaba casi desnuda. La mujer, que era muy pequeña, sacó a Gerda sus mitones y sus botas y colocó un trozo de hielo sobre la cabeza del reno. En seguida, tomando el mensaje, lo leyó tres veces hasta aprenderlo de memoria; luego echó el bacalao en la caldera. Era muy económica y estaba acostumbrada a no desperdiciar nada.

Señora —dijo el reno—, sé que tiene usted una inteligencia tan grande que puede sujetar todos los vientos

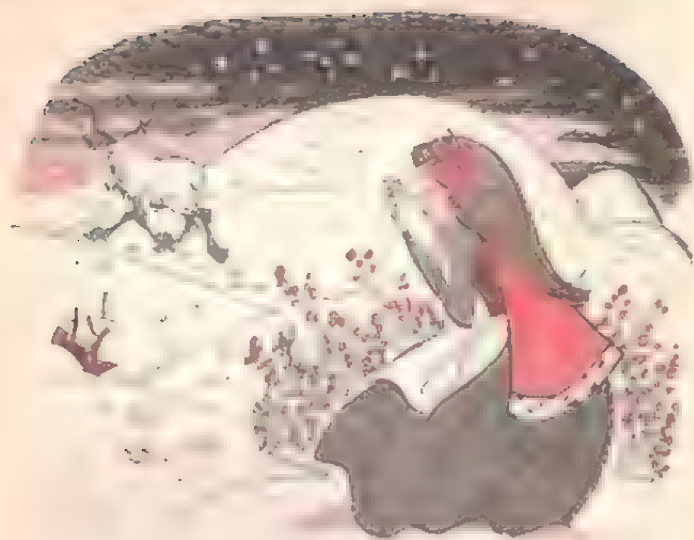
con un poco de hilo de coser. ¿No querría labexar para esta niña una bebida milagrosa que le diera la fuerza de doce hombres? Solamente así podría vencer a la Reina de las Nieves.

—Sí —dijo la mujer—. La fuerza de doce hombres sería suficiente.

Se dirigió a una mesa, tomó una piel que llevaba escritos caracteres muy curiosos y durante un rato estuvo leyéndolos con tal atención que su frente se cubrió de sudor. Luego, llamando al reno a un rincón, le habló en voz muy baja.

—El pequeño Kay está con la Reina





de las Nieves. Jamás querrá separarse de su lado, porque ciertos trozos de espejo que lleva en un ojo y en su mano le ayudan a sentir como las demás humanas.

—¡Ay! —exclamó Gerda al ver que todos los obstáculos.

—El que ella tiene es mucho mayor al que yo puedo darle —repuso la reina—. Como, de lo contrario, ¿cómo pudo llegar hasta aquí? Tú sabes que salió de su casa descalza y desnuda de todo. Pero el poder de la reina es tan grande que todo el mundo puede dejar de ayudarla.

Llévala hasta los jardines de la Reina, que están a dos millas de aquí, y depositala sobre la mata cubierta de bayas rojas. Regresa cuanto antes y no te entretengas en oír chismes.

Deciendo estas palabras despidió a la niña y al animal y volvió inmediatamente a sus ocupaciones.

—¡Ay! —exclamó Gerda no bien emprendieron la marcha—. ¡He olvidado mis botas y mis mitones!

El reno no se atrevió a detenerse. Corriendo sin parar llegó hasta la mata. Allí, haciendo descender a la niña, la besó en la boca y, deseándole buena suerte, emprendió el regreso.

La pobre Gerda, descalza y sin mitones, tiritaba de frío. Al fin, para calentarse, se puso a bailar.

Así, en su danza, despiertó a los soldados que salían la trampa de la reina de las Nieves. Sus soldados tenían las más variadas formas. Algunos hacían recordar enormes puercos españoles; otros se cruzaban entre sí como manojos de serpientes. Pero todos estaban hechos de nieve viva.

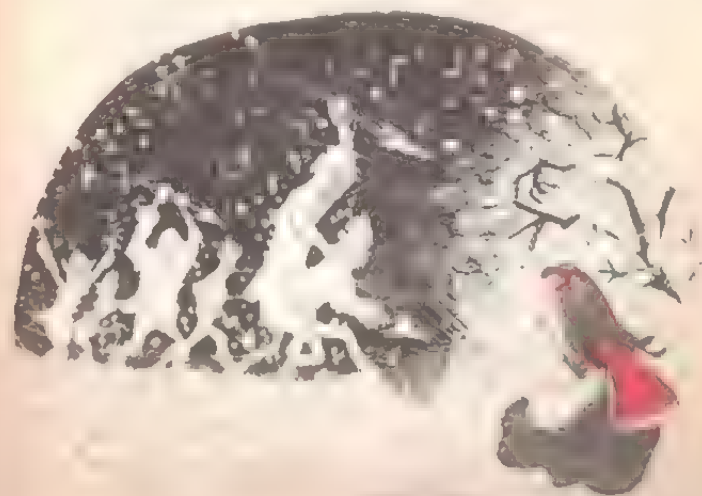
Al principio, Gerda creyó ver un enorme remolino que se abalanzaba sobre ella. Pero muy pronto distinguió a los soldados, que se acercaban con las lanzas en alto.

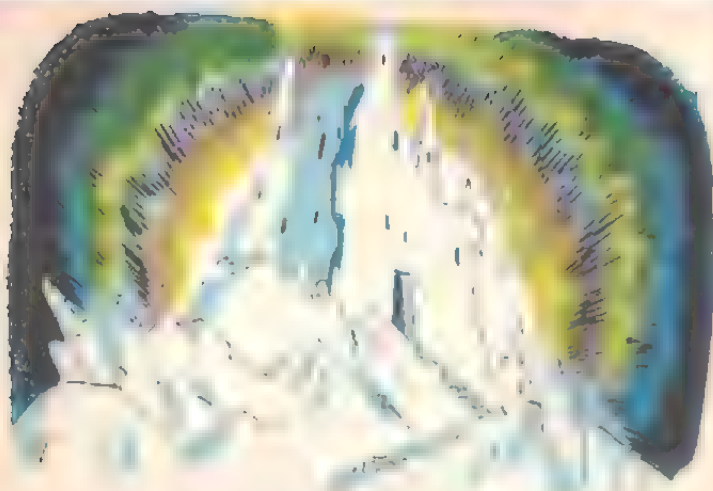
—¡Pobres soldaditos! —exclamó la niña—. Me imagino que los he hecho sufrir mucho desde que los hice.

Y, quitándose su capa, la puso sobre los hombros del que iba adelante y parecía ser el capitán.

Los soldados se detuvieron como clavados en su sitio. Luego, avergonzados y cabizbajos, formaron una doble fila con sus lanzas apoyadas en el suelo. Avanzando entre ellos, Gerda siguió su camino hacia el castillo.

Mientras tanto, Kay, que ni siquiera se acordaba de Gerda, estaba muy lejos de suponer que la niña se hallaba a las puertas de su helada morada.





CAPÍTULO SEPTIMO

DEL PALACIO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y DE LO QUE SUCEDIÓ EN ÉL FINAL

Las paredes del palacio eran de hielo y nieve; los vientos huracanados se habían encargado de hacer las puertas y ventanas. Las habitaciones, enormes y frías, estaban alumbradas por las aureas borrales.

Esos salones helados y desiertos jamás habían conocido alegría: aunque muchas veces la tempestad se había dejado a entrar con su orquesta, jamás se permitió a los osos bailar al compás de su música, y tampoco hubo juegos de prendas para las señoritas Zoro, a las que tanto les gustaba reunirse para charronear.

En el centro de la mayor de las sa-

las había un gran lago. Su helada superficie se había quebrado en miles de pedruzcos exactamente iguales, y Kay se entretenía formando con ellos toda clase de dibujos que, debido al trozo de espejo que tenía en el ojo, adquirían las formas más raras. Los dibujos a menudo representaban letras, pero Kay, a pesar de poner todo su afán, no lograba formar con ellas la palabra "verdad". Era verdaderamente una lastima, porque la Reina le había dicho que cuando lo consiguiera sería dueño de sí mismo y del mundo entero y que entonces le regalaría un par de patines.

Hacia unos días que la Reina se había marchado, despidiéndose con estas palabras:

—Vé a dar un vuelo por los países cálidos y echa un vistazo a los calderos negros (se refería a los volcanes Etna y Vesubio). Blanquear un poco su cabeza, cosa que les sienta muy bien.

Kay se quedó solo en el inmenso salón. En el momento en que entró estaba tan quieto e inmóvil, rodeado de los trozos de hielo, que la niña creyó que había muerto de frío.

—¡Oh, Kay! —exclamó Gerda estrechándolo en sus brazos—. ¡Por fin te he encontrado!

Pero él continuó rígido y frío. En

tonces Gerda, sin poder contener su angustia, empezó a derramar calidas lagrimas que, cayendo sobre el pecho de Kay, encontraron el camino de su corazón. El trozo de cristal que allí había no pudo resistir el calor de este llanto y se fundió formando una pequeñísima gota.

Kay estalló en sollozos. Y tanto lloró que sus lágrimas arrastraron el trozo de espejo clavado en su pupila.

—¡Querálisima Gerda! —dijo entonces abrazando a la niña—. ¿Por qué hemos vivido separados tanto tiempo? ¿Dónde estamos ahora?

Los dos lloraban y reían de alegría. Al verlos, los trozos de hielo empezaron a danzar de júbilo y, cuando





rendidos de fatiga cayeron al suelo, se dispusieron formando la palabra "vuelo".

Ahora ya no importaba que volviera la Reina de las Nieves, la libertad de Kay estaba escrita con destelibrantes letras de hielo.

Tomados de la mano, los niños salieron del palacio. Al llegar a la mata cubierta de bayas rojas encontraron al reno, que los esperaba acompañado por una hermana. Esta alimentó a los niños con su leche, y después los animales los condujeron a la cabaña de la mujer filandesa, la cual les dio instrucciones y abrigo. Luego visitaron a la mujer lapona, la cual les pre-

paró su propio trineo.

Los renos los condujeron hasta la entrada del bosque y allí se despidieron. Gerda y Kay se internaron en la espesura. De pronto, acercándose hacia ellos, vieron llegar una antrona con gorro rojo y dos pistolas en el cinto. Era Pola, que salía a recorrer el mundo.

Gerda la saludó cariñosamente, después le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Están viajando —contestó Pola—

—¿Y los cuervos?

—El se murió —respondió Pola— y ella, que no acaba de llorarlo, anda por el mundo con una tira negra

una tira negra que cubre de su

último se despidió de los niños, prometiéndoles que si alguna vez pasaba por el lugar en que vivían iría a visitarlos y a darles sus noticias.

Gerda y Kay prosiguieron su camino, pero la fatiga era mucha y cuando llegaron a la entrada del bosque, se detuvieron y se quedaron dormidos. Cuando despertaron, se encontraron en la cabaña de la mujer filandesa, la cual les dio instrucciones y abrigo. Luego visitaron a la mujer lapona, la cual les pre-

paró su propio trineo. Los renos los condujeron hasta la entrada del bosque y allí se despidieron. Gerda y Kay se internaron en la espesura. De pronto, acercándose hacia ellos, vieron llegar una antrona con gorro rojo y dos pistolas en el cinto. Era Pola, que salía a recorrer el mundo.

Gerda la saludó cariñosamente, después le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Están viajando —contestó Pola— ¿Y los cuervos? —El se murió —respondió Pola— y ella, que no acaba de llorarlo, anda por el mundo con una tira negra



EL DIARIO DE MI AMIGA
N.º 25



El diario de
mi amiga

ZAZA

la gitanita





HACE cuatro horas aún no sabía que iba a escribir un diario. Ni siquiera sabía qué era un diario. Pero esta tarde, cuando el viejo Bela me mandó al pueblo para vender las cucharas de madera que había tallado me encontré, en una de las casas, con una chica que me pidió que le regalara un mechón de mi trenza o que le escribiera un versito o sólo mi firma en un cuaderno que llamó su "diario". Dijo que el recuerdo de una gitanita le iba a traer suerte.

Yo no sé si es cierto lo que la gente cree. Lo importante es que al escribir mi nombre en el "diario" de aquella chica me di cuenta de lo lindo que es anotar día por día las cosas que le pasan a una...

En seguida decidí hacerlo yo también. En el almacén compré un cua-

dernito y un lápiz y, toda contenta, volví a nuestro campamento para empezar a escribir hoy mismo.

Quería sentarme en la carpa en que vivimos mi hermano Antonio, Yuko, nuestro tío, y yo. Pero Yuko estaba ahí, medio dormido, y no me atreví a entrar. Porque siempre que él me ve escribiendo algo se pone tan rabioso que da miedo. ¡Y todo porque él no sabe escribir! Es el único en todo el campamento que no sabe. Y no sólo eso: tampoco sabe hacer otras cosas porque es muy haragán y en su vida se ha puesto a aprender nada.

Todos los de nuestra tribu tienen un oficio o trabajan de algo: Bela —como ya dije— hace cucharas de madera; Luis, ollas, pavas y platos de cobre; Ladislao recorre las calles con su organito y su oso bailarín; Rudi es tachero; Lalo fabrica juguetes muy

monitos y su mujer, Iulcha, los vende por las calles. Esteban, Ianca, Berta, Agustín y hasta mi hermano Antonio, que tiene doce años, y yo misma, que recién cumplí diez, todos trabajamos, menos Yuko. El vive de... ¡oh, no! Mejor no decirlo porque me da vergüenza. ¡Sí! Vergüenza me da tener que vivir con él! Pero como Antonio y yo ya no tenemos padres y él es nuestro único tío no nos queda más remedio.

¡Bueno! Cuando vi a Yuko en la carpa no entré y me fui al carromato de Rosa. Rosa es la mujer de Mauro, el jefe de nuestra tribu. Todos la quieren y la admiran. Todos la consultan cuando necesitan un consejo, y no hay nada que Rosa no sepa: hasta dice la buenaventura con un

juego de naipes y lee las manos de la gente.

Me permitió sentarme en su carromato. ¿Cómo no me iba a permitir? ¡Ella es tan buena conmigo! Es mi madre, mi abuela, mi tía, mi... ¡todo, todo junto! Fué ella quien me enseñó a leer y escribir, a cocinar y coser.

Pero tengo que interrumpir. Rosa me quiere hablar...

¡¡¡QUÉ NOTICIA!!! ¡Viene el rey! ¡Zoltán, el rey de los gitanos! ¡El rey de las cinco tribus de nuestro país! Mandó un mensajero anunciando que mañana al mediodía pasará con su gente por el pueblo en que estamos. Rosa dice que habrá una gran fiesta y que tengo que prepararme. ¡Bailaré. ¡Sí! ¡Bailaré ante el rey!



Me parece un sueño! Voy a buscar a Antonio para que ensayemos, pues é. me acompañará con su violín. ¡Y que bien lo hace! Los gitanos dicen que cuando Antonio toca parece que su violín llorara de alegría, de tristeza, de nostalgia... Y los gitanos entienden mucho de música.

Domingo 3

Rosa me había hablado mucho del rey Zoltán, ¡pero nunca me lo hubiera imaginado tan lindo! Lleva como corona un sombrero todo adornado con monedas de oro y en la mano tiene un enorme bastón con un botón de plata y hasta calza botas altas.

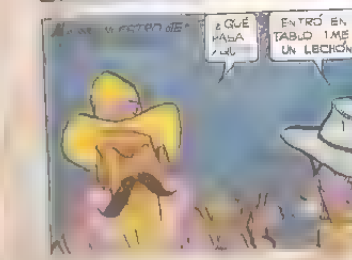
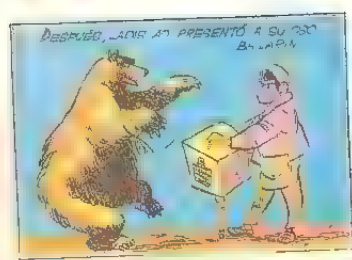
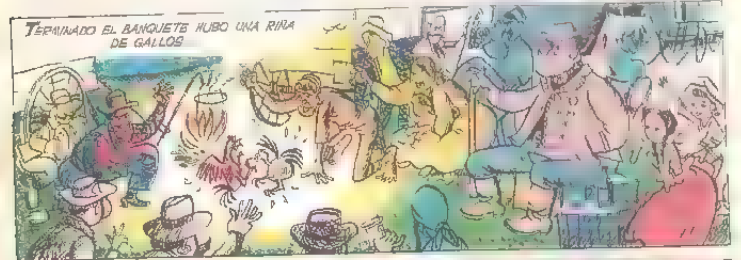
Hay que ver cómo lo respetan los gitanos! Una palabra de él y todos corren. Dicen que es muy severo.

En este momento están cenando Yo no puedo comer porque estoy un poco nerviosa: nunca he bailado ante un personaje tan importante.

¡Menos mal que Yuko no está! Siempre se burla de mí cuando bailo. Pero esta mañana, cuando se enteró de la llegada del rey, se alejó del campamento. Seguramente tenía miedo de que el rey le preguntase algunas cosas que a Yuko no le gusta mucho que le pregunten.

Medianoche pasada

Creo que estas serán las últimas líneas que escribo en mi diario. No lo podré seguir porque... ¡PORQUE TODO SE ACABÓ! ¡TODO TODO! ¡Y pensar lo linda que era la fiesta!





Todavía no puedo creer que ésta
 sea la última noche que paso en el
 campamento. Estoy en la carpa, sola.
 Antonio salió sin decir nada. Tenía la
 cara como de piedra y no hablaba. Yu-
 ko se fué a buscar provisiones. No sé
 dónde las va a encontrar a esta hora y
 no me importa. ¡Ya no me importa
 nada! Me siento como si alguien muy
 querido se hubiera muerto, pero no
 puedo llorar. Tendría que despedir-
 me de Iulcha, de Bela, de Lanca...
 pero no puedo. Creo que se me parti-
 ría el alma. Tendría que juntar las
 cosas... pero no soy capaz. Las
 manos me tiemblan y algo en mí está
 muriendo. "No, no y no! ¡Todo eso
 injusto! ¡Injusto! ¡Injusto!"
 Le pediré a Rosa que me ayude a
 escapar...

A las cuatro de la mañana

¡Qué susto me pegué cuando en-
 contré el carro de Rosa lleno
 lleno de gente! Casi todos los de nues-
 tra tribu se habían reunido ahí y mi
 hermano estaba en medio de todos
 ellos... ¡lo más contento! Cuando
 entré, Mauro le estaba hablando:
 —Creo que les resultará difícil es-
 caparse tan pronto. Yuko sabe muy
 bien que no les gusta nada estar con
 él. Los vigilará como un perro. Hasta
 me parece mejor que anden unas se-
 manas con él, obedeciéndolo en quan-
 to puedan, y entonces, cuando se
 sienta del todo seguro de ustedes...
 ¡adiós, "tito"! ¡Adiós para siempre!
 Claro que en seguida comprendí de
 qué se trataba. ¡Los gitanos se habían
 reunido para pensar cómo ayudarnos!

¡Y yo, tonta de mí, que tanto me quejaba de que la tribu nos iba a dejar marchar, que nos iba a abandonar así no más! ¡Qué plan magnífico hicieron! ¡Qué inteligentes! Dentro de un mes volveremos a reunirnos con nuestra gente en una ciudad que ahora no recuerdo cómo se llama (Antonio anotó todo). Y Yuko podrá caminar hasta el Polo Norte y no nos encontrará jamás porque no sabe qué ruta va a tomar nuestra tribu! Y si por casualidad llegara a tropezar con el campamento los gitanos nos esconderán y le dirán que no saben nada de nosotros y ¡listo!

Parece tonto, pero Antonio está contentísimo con la aventura que nos espera. Dice que ahora sí que podremos demostrar si somos o no gitanos hechos y derechos. Y yo... ¡en fin!, pienso que un mes pasará rápido si se sabe que entonces todo se acabará de una buena vez. ¡Sí! Antonio tiene razón: es realmente para estar muy contentos...

¡Oh! ¡Ya amanece! El sol se levanta todo colorado. Yuko habrá de despertarse de un momento a otro y entonces... ¡adiós gitanos! ¡Adiós...! Hasta pronto!

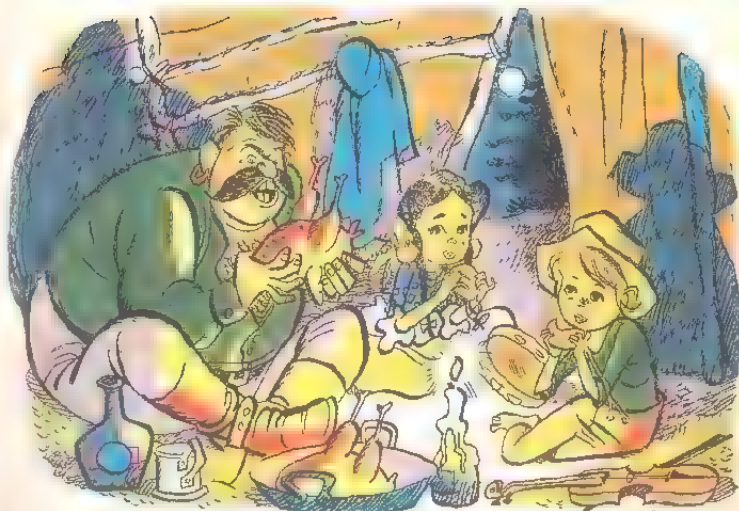


No sé qué día es hoy

CALCULO que hace más o menos una semana que salimos con Yuko del campamento Antonio, que siempre se fija en las señales que hay en los caminos, dice que ya hemos recorrido unos buenos cien kilómetros. ¡Menos mal que andamos descalzos! Si no, ya tendríamos más agujeros que suela en los zapatos.

En realidad, me gusta muchísimo caminar y vagabundear. ¡Para eso somos gitanos! Pero junto con Yuko ya no es tan lindo. No sólo que nos obliga a nosotros a llevar todos los fardos, paquetes y el toldo encima sino que siempre está de mal humor. No ve lo lindo que está el tiempo, no oye cómo cantan los pájaros, no le da gusto encontrarse cada día en otro pueblo, ver caras nuevas y cosas raras y desconocidas. Yuko sólo espía y husmea dónde nos puede hacer trabajar mejor.

¡Oh! ¡Cómo nos costó al principio

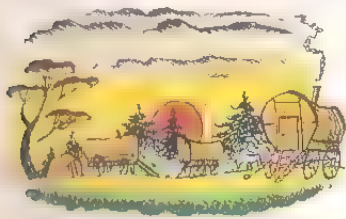


hacerle caso! Habíamos convenido con Mauro en obedecer a nuestro tío dentro de lo posible para que no sospechara nada de nuestros planes. Pero... ¿qué ocurrió? Ya el primer día Yuko le dijo directamente a Antonio que por ahí, en el camino, había visto una granja con un gallinero fácil de alcanzar y que mi hermano esperara la noche para ir allí y robar unos pollos. ¡¿Se dan cuenta?! Claro que Antonio ni pensó hacerlo, pero al mismo tiempo no había que enojar a Yuko. Por eso Antonio le dijo que a él no le hacía falta robar, que iba a conseguir los pollos de otra manera.

Al día siguiente se levantó temprano y se fué a un pueblo cercano. ¡Llamó a todas las casas por si no había

algo para arreglar. ¡Y había! Remendó unas cuantas ollas (había aprendido algo de ese oficio de Rudi, el tache-ro), arregló enchufes eléctricos, limpió las cerraduras de bronce de algunas puertas y en una casa hasta ayudó a armar una antena de televisión. Cuando, a la noche, volvió a la "madriguera" (así llama Yuko a nuestra carpa) trajo no solamente dos pollos que había comprado en aquella granja sino muchas otras cosas para comer que la gente le había regalado. Yuko ni le preguntó cómo se las había ingeniado para conseguir todo y se tragó los pollos sin dar las gracias siquiera.

Pero todo eso no es nada comparado con lo que me hizo a mí. En el primer pueblo por el que pasamos.





¡Qué vergüenza sentí! Y encima Yuko me retó y me gritó que era una estúpida, que no servía para el "oficio" (así llama él a sus estafas y embustes). ¡Menos mal que no sirvo! Pues hasta ahora Yuko no se atrevió a hacer otra prueba conmigo. Aunque quién sabe si mañana no me viene con que tengo que decir la buenaventura a la gente o hacer de curandera...!

Lo malo es que realmente no sé con que ganarme unos centavos. ¡A los muchachos les resulta mucho más fácil encontrar una "changa"! Yo... ¿qué podría hacer? Lavar platos, limpiar pisos, ¡en fin!, ayudar en la casa. Pero... ¿quién va a tomar una muchacha para uno o dos días? Porque mucho más tiempo no nos quedamos en ningún lugar: Yuko siempre está muy apurado por seguir viaje. ¡Claro! Con sus fechorías no se siente muy seguro en ninguna parte.

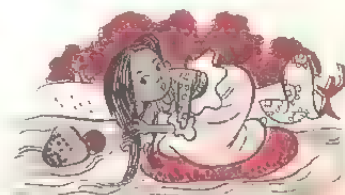
Ahora acampamos en un hermoso bosque. Antonio se fué a una chacra, cerca de aquí, para conseguir paja nueva para las bolsas sobre las que dormimos. De vez en cuando hay que cambiarla.

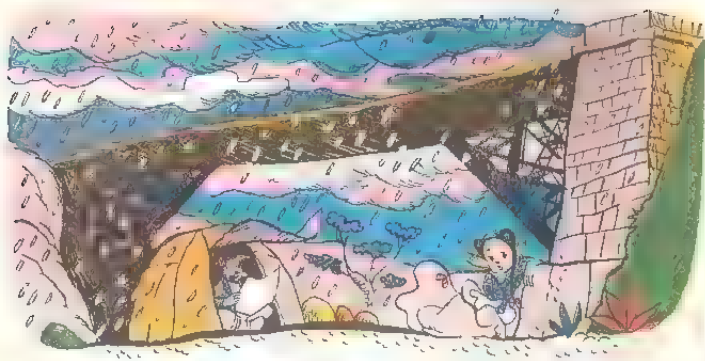
Yuko está en la carpa descansando. Mejor dicho: haraganeando. Yo aprovecho para escribir en mi diario. Me senté en un árbol medio hueco porque no quiero que él se dé cuenta. ¡Ya es bastante con lo que me vigila! Para eso es muy vivo. Por ejemplo, mientras anoto esto tengo que estar hablando o canturreando sin interrum-

pir. Así él sabe que estoy cerca sin que tenga que molestarse fuera de la carpa. ¡Y no es nada fácil escribir y cantar a la vez!

Para decir la verdad, estoy bastante preocupada pensando cómo y cuándo podremos realizar nuestro propósito. Escaparse de día es completamente imposible porque Yuko no me deja ni un minuto sola. ¡Claro! A mi hermano lo manda a trabajar con toda tranquilidad; sabe perfectamente que Antonio jamás se escapará sin mí. Y escabullirse de noche es más difícil todavía: dormimos en la misma carpa, y lo único que Yuko realmente tiene de gitano es el sueño liviano. Con el menor ruido se despierta y ve qué pasa. Es una costumbre que uno adquiere con la vida al aire libre...

¡Bueno! Por hoy termino. Pronto Yuko se levantará y me mandará a hacerle la comida, y quiero usar el tiempo que me queda para lavarme el cabello, pues aquí corre un arroyo y tengo que aprovecharlo. (No siempre tenemos agua como queremos y si mis trenzas no están bien brillantes me siento incómoda. Las trenzas son lo más precioso que tenemos las gitanas.)





Desde ayer vivimos aquí porque hace mal tiempo y el puente nos protege mejor que la carpa sola. Aunque si fuera por mí conería días y días bajo la lluvia más fuerte con tal de no tener que seguir viviendo con Yuko. ¡Lo que me hizo hoy es realmente para llorar! Mientras yo dormía me sacó mis collares (los que me regaló Rosa) y los vendió, no sé dónde ni a quién, para comprarse cigarrillos con el dinero.

Antonio no lo sabe todavía. Salí hace rato y aún no ha vuelto. Me dijo que tenía que hacer algo muy importante y que pronto yo podría estar muy contenta. No sé qué será. Lo único que realmente puede ponerme contenta es vernos libres. ¡Y pronto! ¡¡Pronto!!

Más tarde

Estoy que apenas puedo anotar

esto! Antonio volvió y... ¡esta noche nos escapamos! Dice que es la única solución y que jamás habrá otra oportunidad como ésta. ¡Tengo un miedo...! ¡Nunca en mi vida subí a un tren en marcha! Aunque Antonio asegura que los trenes cruzan los puentes siempre muy muy despacio. Y esta noche a las dos pasará uno: lo averigué en la casilla de un guardavías que vive a un kilómetro de aquí.

No sé, me asusta mucho todo eso Y más aún si pienso qué hará Yuko ¡Claro que se despertará cuando oiga que nos estamos moviendo! Antonio planeó algo que le impedirá perseguirnos en seguida, pero no es nada seguro y si no resulta estaremos perdidos.

Antonio me dijo que día es hoy. pero me olvidé porque todavía es hoy completamente confundida por todo lo que pasó. ¡Si pienso en aquella noche debajo del puente.!

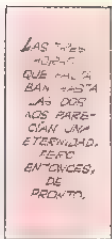


A LAS CINCE YUKO SE ACOSTÓ NOSOTROS FIN- G. M. S. 2001

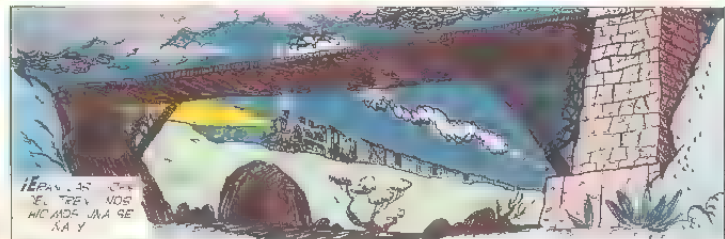
CUANDO LO OÍMOS RUMLEAR...



... NOS PUSIMOS A VIGILAR LA VÍA POR UN AGUJERO DE LA CARPA



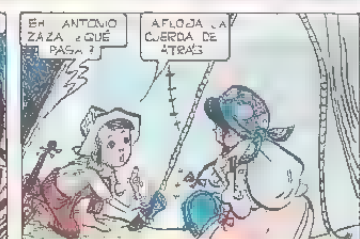
¡LAS "MOR- MUJER" QUE NOS LA BAN "MOR- LAS DOS NOS PARE- CÍAN UNA ETERNIDAD. DES- PUES, ENTONCES, DE PRONTO.



¡EPA...! ¿QUÉ ES EL TREN? NOS HICIMOS UNA SE- NA Y



¿QUE QUÉ HAY?

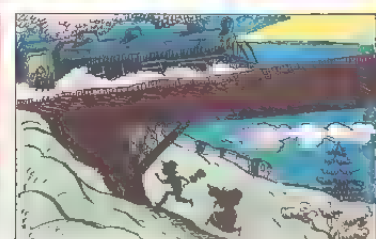


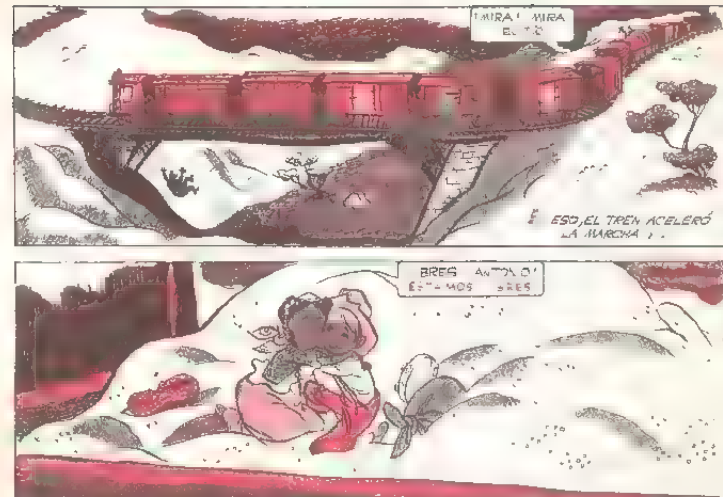
EH ANTONIO ZAZA ¿QUE PASA?

AFLOJA LA CUERDA DE ATRÁS



¡NO ESTABAN POR SALIR DE LA CARPA





En mi vida he sido tan feliz como sobre aquel vagón de arena. Antonio y yo nos abrazamos, lloramos de alegría, cantamos, silbamos y volvimos a abrazarnos durante todo el viaje. En una de las estaciones donde paró el tren nos descubrió el guarda, el mismo que había echado a Yuko. Pero a nosotros no nos echó porque le contamos toda la historia y entonces nos felicitó, nos convidó con uno de sus emparedados y hasta nos permitió bajar en su vagón, el último del tren, donde tiene toda una habitación con dos catres y una cocinita. Era de lindo! Hicimos todo el viaje con él hasta aquí, donde el tren no sigue más porque termina la vía.

Y bien. Ahora no hay nada más importante que llegar de algún modo

hasta esa ciudad en que, según Mauro nos dijo, íbamos a encontrar a nuestra tribu. Antonio ya se fué a la estación de servicio para fijarse en el mapa cómo tenemos que seguir. A mí me dejó en un café para que descansase un poco. Pero la gente me mira con tanta curiosidad (seguramente por mi pollera larga y las trenzas) que mejor será que pague y espere afuera a mi hermano.

¡Pagar! Eso va a ser un problema en adelante. Nos quedan pocos centavos y algo tenemos que hacer para no pasar hambre...

A la tarde

¡Qué suerte! Estamos bastante cerca de la ciudad, a ochenta kilómetros, y como hoy recién es 18 tenemos dos

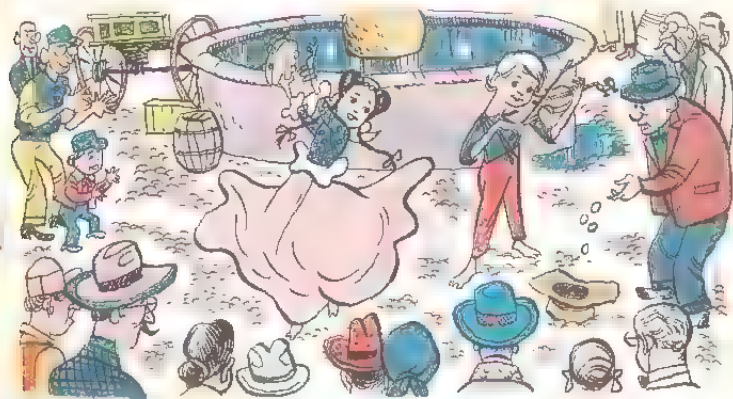
semanas enteras para llegar porque antes del primero no pasará nuestra gente por ahí. Antonio dice que nos conviene tener todo este tiempo, así podremos demorarnos unos días en uno u otro lugar, y él trabajará para ganar el dinero que necesitamos.

Pero yo no estoy nada conforme con esta solución. ¿Por qué tiene que trabajar él solo mientras yo descanso o me paseo como una princesa? Antonio es muy caballero, lo reconozco. Pero vivimos la misma aventura y tenemos que ayudarnos uno al otro. ¡Si no, no vale! Además, me aburriré haraganeando. ¡No soy como Yuko! Algo tengo que hacer y ya se me va a ocurrir.

Tengo que terminar porque Antonio dice que hay que apagar la vela. Estamos pasando la noche en un galpón lleno de heno y es muy peligroso, tener fuego aquí. El heno se enciende con la menor chispita...

¡Se me ocurrió! Desde hoy estoy trabajando, y nada menos que en mi "oficio". ¡Sí, señor! En lo que yo he aprendido, lo único que sé hacer bien: ¡bailar! Hoy, cuando llegamos aquí y un chico en la calle me preguntó qué llevaba en la mano se me ocurrió: era mi pandereta, que Bela me había regalado cuando bailé por primera vez una "czarda".

¡Bueno! Explicué la idea a mi hermano y él quedó encantadísimo de acompañarme. ¡Y claro que le gusta más tocar el violín que remendar tachos! En seguida pusimos manos a la obra. Elegimos un lugar en la plaza del pueblo, Antonio puso su sombrero en el suelo (para que la gente que viniera eche una monedita) y... ¡en fin!, empezamos la función. ¡Había que ver qué de gente se juntó en torno de nosotros! ¡Nunca me había sentido tan feliz al bailar!

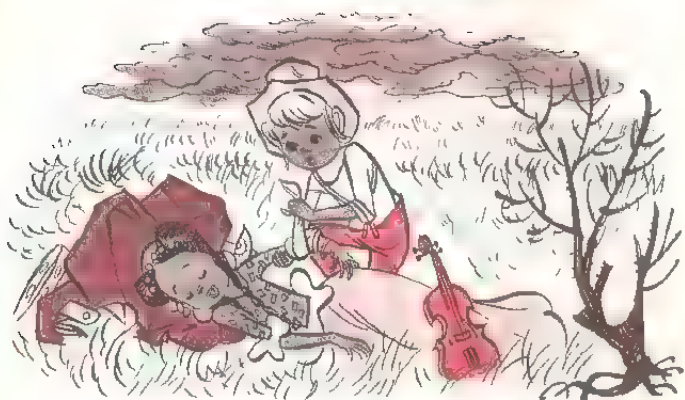


Pero, de repente, el silbido de un pito nos interrumpió. Se presentó un vigilante y nos dijo que no podíamos "actuar en público" sin un permiso de la municipalidad. No lo sabíamos y le pedimos uno. Pero él no lo podía otorgar y había que dirigirse a la oficina de no sé quién y esperar dos o tres días para conseguirlo. ¡Tanto tiempo no podíamos perder! Quedamos bastante tristes y decepcionados. ¡Y el público también! Ya nos queríamos marchar cuando un chico me agarró del brazo y me dijo que en una casa había un casamiento, que fuéramos allí, que los novios estarían muy contentos de tener un "número" como nosotros para animar la fiesta y... ¡Bueno! En una palabra: ¡bailé nueve piezas en aquella casa, y Antonio tocó tres "solos" de yapa! Como

recompensa pudimos comer cuanto quisimos. ¡Y qué cosas más ricas había! ¡Especialmente algo que en mi vida había probado y que llaman "torta"! Además, la novia nos regaló un impermeable que ella usaba cuando era chica. Nos viene muy bien para acampar... ¡Cómo no tenemos carpa!

Y lo más lindo es que nos permitieron quedarnos esta noche aquí, en la casa. Nos dieron a mí un sofá y a Antonio un sillón para dormir. ¡Son de blandos!

¡Ah! Casi me olvido de lo más importante uno de los invitados había venido en camión y volverá mañana temprano a su pueblo, que queda justo sobre nuestra ruta y... ¡nos llevará! Así nos ahorramos unos quince kilómetros de caminata...

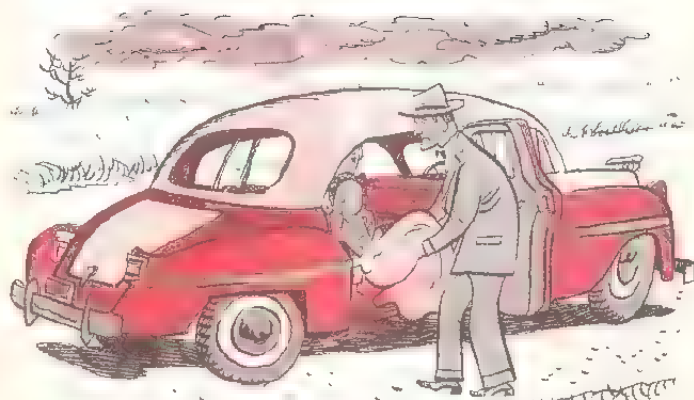


NUNCA hubiera imaginado que la gente hace tantas fiestas. Por lo menos, en los pueblos donde nosotros pasamos hasta ahora, siempre encontramos una casa donde festejan algo: un cumpleaños, un compromiso, un aniversario y ayer hasta "trabajamos" en dos casamientos diferentes. Me gusta tanto esta vida que por mí podríamos seguir meses y años así.

Sin embargo, no nos faltan más que cincuenta y cuatro kilómetros hasta la ciudad. Un albañil (hoy dormimos en una obra) nos aconsejó alcanzar la carretera principal, donde encontraremos algún auto que nos lleve. Para acortar podríamos cruzar la Estepa Brava, que se extiende de aquí a unas tres leguas. Mañana nos vamos. Parece bastante solitaria esta estepa. No se ve ni una casa a lo lejos...

Soy yo, Antonio. Zazá está enferma, muy enferma. ¡Una víbora la picó! Ocurrió ayer, en aquella estepa. Cuando nos sentamos en un matorral para descansar un rato ella pegó un grito y... ¡ya la había picado! En el brazo derecho. En seguida me puse a chupar la herida para sacar el veneno y también le até fuertemente el brazo con mi pañuelo, pero igual se hinchó terriblemente y Zazá llegó a tener una fiebre que aumentaba cada minuto.

No sabía qué hacer. Sólo un médico podía salvarla. Pero... ¿cómo avisar!? Esperar hasta que pasara alguien era una locura. Aquella estepa estaba tan abandonada que en todo el día no vi más que un perro sin dueño. La única salvación posible era



llegar hasta la carretera y detener un coche. Pero Zazá no podía caminar. Cada vez se sentía más débil. Intenté llevarla a rastras, pero ni siquiera podía agarrarse de mi cuello. Estaba desesperado. ¡¡¿Qué hacer!?! ¡¡¡QUE!!!

En eso cayó mi mirada en nuestro impermeable. Rápido envolví a Zazá en él, cargué el bulto sobre mi espalda y así, medio corriendo, medio caminando, y siempre con el miedo de que ella no aguantara más, la llevé más o menos una legua y media hasta la carretera. Los primeros tres coches que pasaron no hicieron caso de mis señas, pero el cuarto se detuvo.

Un señor bajó y, cuando le expliqué todo, en seguida me ofreció su ayuda. Por suerte viajaba solo, de modo que pudimos acostar a Zazá en los asientos de atrás. Durante el viaje ella

empezó a delirar. El señor manejaba lo más rápido que podía y al llegar a la ciudad nos llevó directamente a la casa de un médico vecino suyo. Aunque ya era muy tarde el doctor nos atendió. Se llevó a Zazá a una pieza toda pintada de blanco y me hizo esperar afuera. Al rato volvió a salir y me dijo:

—Puedes estar tranquilo. Le di una inyección a tu hermanita y ella reaccionó en seguida. ¡Está salvada! Y más gracias a ti que a mí, pues sin tus "primeros auxilios" no sé cómo hubiera terminado todo. Lo único que ella necesita son unos días de reposo. Ahora no sé... ¿Dónde viven ustedes?

Entonces le dije que, en realidad, vivimos en un campamento como todos los gitanos, pero que nuestra tribu recién dentro de unos días iba a pasar

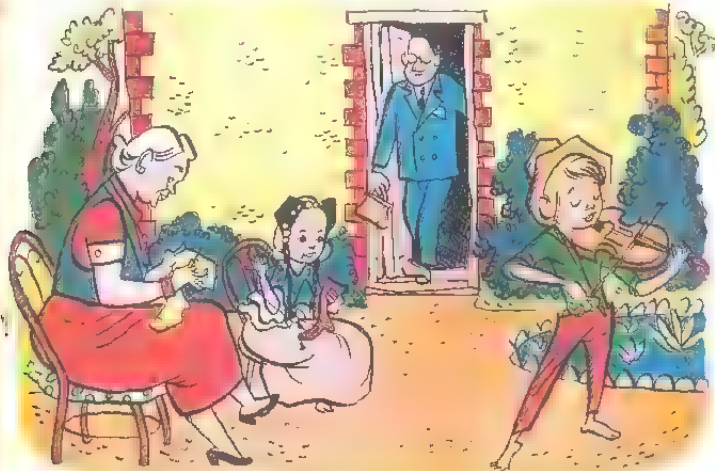
por esta ciudad y que mientras tanto yo buscaría algún baldío para acampar...

El doctor no me dejó terminar. Salió de la pieza y al ratito volvió con su señora y... ¡para qué decirles! ¡Nos permiten quedarnos en su casa hasta que lleguen Mauro y su gente! ¡Estoy tan contento! ¡Tan aliviado! ¡Por Zazá!

Soy otra vez yo, Zazá, quien escribe

Todavía estoy un poco débil y no puedo contar mucho. Sólo quiero que, si mi hermano vuelve a abrir mi diario, lea esto:

¡GRACIAS, ANTONIO! ¡GRACIAS POR TODO LO QUE HICISTE POR MI!



lunes 25

YA estoy levantada. El doctor Lazi dice que un día más y estaré bien del todo. Ya me pasé la tarde en el jardín ayudando a la señora a remendar medias. Antonio tocó algunas piezas en su violín y a la señora le gustó mucho.

¡Oh! Ella es tan buena con nosotros! Nos dio una habitación con unas camas tan lindas, tan elegantes que casi no nos atrevimos a meternos dentro. ¡Y la bañera! ¡Qué sueño! Y el agua que sale toda calentita de la canilla, ¡cómo me impresionó!

El único problema que me costó un poco de dolor de cabeza fue cuando la señora de Lazi me dijo que me quería comprar un vestido nuevo. Yo le dije que la clase de vestidos que



usamos las gitanas no se pueden comprar sino que se hacen de muchos vestidos viejos. Pero la señora me contestó que no había pensado en un vestido como el que uso yo sino en uno como el que tienen todas las chicas. Y entonces... ¡bueno! Era muy difícil agradecerle y explicarle al mismo tiempo que una gitana sin pollera larga, sin blusa y collares ya no es una gitana. Entonces la señora me miró. Me miró muy rara. Luego se fue de compras y cuando volvió me trajo un regalo: ¡tres collares! ¡Claro! Por eso me había examinado tanto. ¡Yo no tenía collares porque Yuko me los había robado!

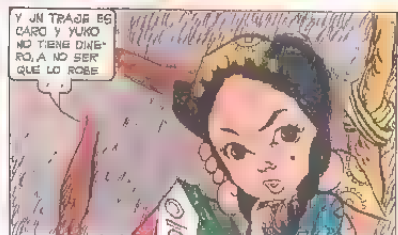
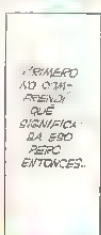
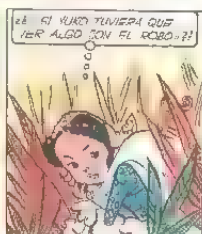
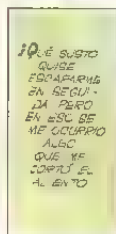
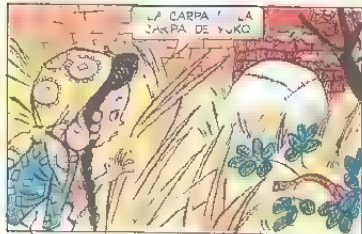
Yuko ¿Qué hará en este momento? ¿Nos estará buscando?

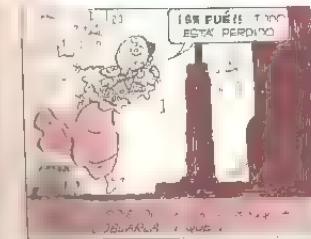
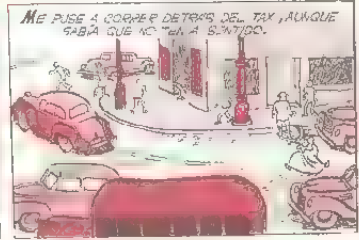
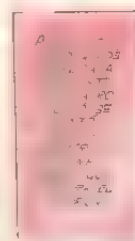
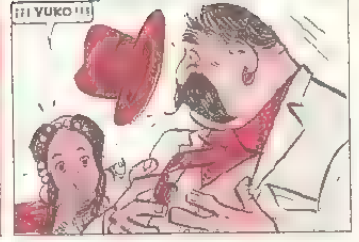
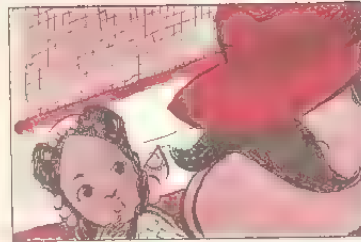
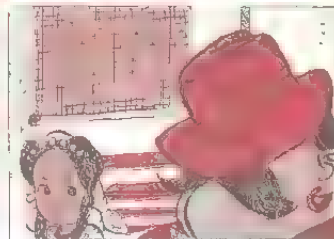
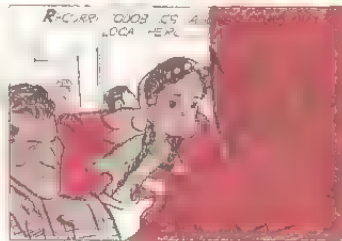
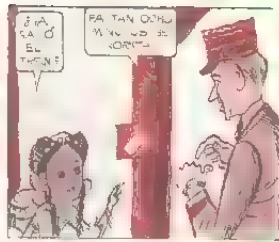
Martes 24

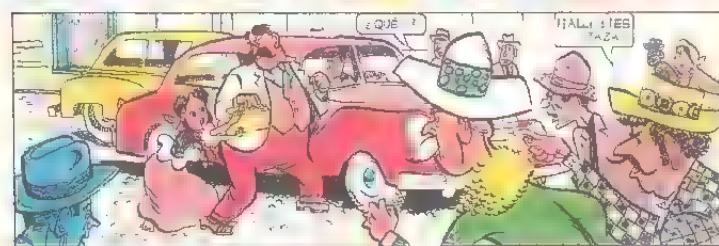
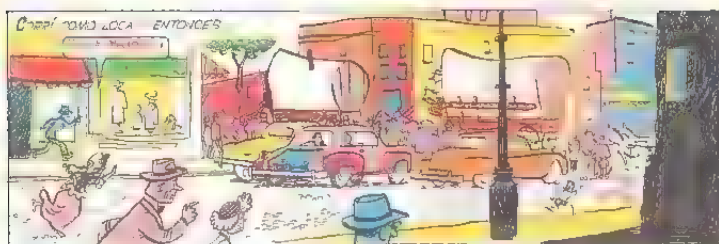
¡Qué lindo! El doctor Lazi tiene que hacer en la ciudad y nos invita a acompañarlo en su coche. Antonio prefiere quedarse porque empezó a construir un nuevo gallinero para el matrimonio y quiere terminarlo pronto porque nos quedarán pocos días en esta casa. Pero yo voy con el doctor. Debe ser lindísimo pasear en auto y, además, puede ser que de paso encuentre ya a nuestra tribu...

A la tarde

¡No puede ser! ¡No puede ser! Recien, cuando el doctor y yo volvíamos...







Primero creí que era una mentira, que lo había dicho para que Mauro lo soltara, pero luego, cuando vino la tribu y le preguntaron por mi hermano, Yuko lo repitió: 'Antonio estaba en casa del doctor Lazi! Fuimos todos ahí, toda la tribu con los agentes y con Yuko, a quien le habían puesto esposas. ¡Qué susto se llevó el matrimonio cuando nos vieron ante su casa! Un agente les explicó rápidamente lo que había pasado y en seguida ordenaron a Yuko que mostrara el lugar donde había dejado a Antonio. Y no bien Yuko hubo señalado la puerta que daba al sótano y bajé corriendo la angosta escalerita y... ¡ahí lo encontré! ¡Maniatado y amordazado! ¡Sin poder moverse! Sin poder dar una señal...!

Quise soltarlo, pero las manos me

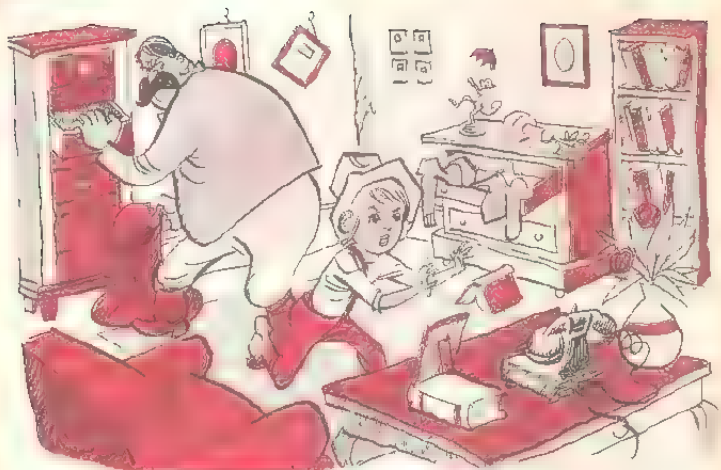
temblaron y el doctor Lazi tuvo que ayudarme.

Cuando Antonio subió al vestíbulo y vió a Yuko quiso abalanzarse sobre él. ¡Tanta rabia le tenía! Pero los agentes lo retuvieron y poco a poco se tranquilizó y se puso a contar todo lo que había sucedido. ¡Es increíble! Pero mejor será que lo cuente él mismo. Yo me confundo...

Escribe Antonio

¡BUENO! Tuve mala suerte esta tarde.

Estaba construyendo aquel gallinero cuando vi que no me iban a alcazar los clavos y me fui a la ferretería para comprar una caja. Al volver a casa vi de lejos a un gitano y creyendo que era alguno de nuestra tribu co-



rrí a su encuentro. ¡¡Era Yuko!! ¡Que susto me pegué! Pero no perdí la sangre fría y eché a correr a más no poder, él siempre detrás de mí. Desgraciadamente en la puerta de la casa me demoré en sacar la llave del bolsillo y... cuando abrí y entré ¡Yuko entró conmigo!

—¡Esta no te la esperabas! —me dijo con su sonrisa malvada—. ¡No es tan fácil engañarme, estúpido! ¿Creíste que no podía averiguar adónde iba aquel tren con que se escaparon? ¿Creíste que no iba a preguntar por ustedes en aquel pueblo adonde llegaron? ¡Charlaste demasiado, requeteonto! El encargado de aquella estación de servicio me contó sin más ni más que ustedes querían llegar a esta ciudad. Y, como veo, viven bastante bien aquí. ¿A ver si no

hay algo para el pobre Yuko en esta casa...

Dicho esto cerró todas las puertas con llave y se puso a abrir los armarios, los cajones, todo... ¡Yo no sabía qué hacer! Lo único que se me ocurrió fué correr hacia el teléfono para avisar a quienquiera que fuese. Pero él me agarró, me metió su pañuelo en la boca y luego me ató con la soga de la ropa. Y así me metió en el sótano. Oí luego unos golpes que no me podía explicar qué eran. Ahora lo sé: Yuko estaba forzando la caja fuerte con mis herramientas, que había encontrado en el jardín...

¡Bueno! Eso es todo lo que puedo contar yo. Y no lo podría contar ahora si tú, Zazá, no hubieras capturado a ese pillo. ¡Estoy muy, muy orgulloso de ti!

... en mi vida...

¿Con qué la lleno? ¿Qué cuento? ¿Cómo llevaron a Yuko a la cárcel? Vale la pena. Antonio y yo ya nos cuidamos de él. Las cosas feas se olvidan muy pronto, por suerte. ¿Cuéntame de la lucha que tuvimos con los... me insistían e insistían para que... que querían tener como hijos, educarnos y hacernos aprender una profesión? Ellos fueron muy muy buenos con nosotros y en mi vida me olvidaré de eso. Pero ¿quedarme en su casa y dejar que la tribu siga su

camino sin mí, sin Zazá? Nunca le podría hacer!

Somos gitanos. Y los gitanos tienen que caminar. Tienen que vagar, tienen que recorrer el mundo y ver todas las cosas lindas que hay en él.

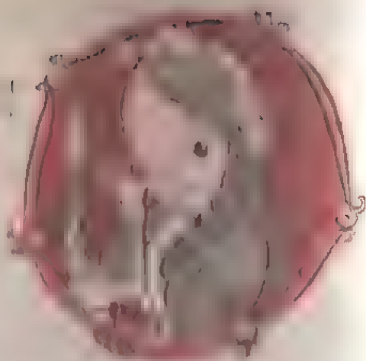
¡No! Las casas, con sus alfombras y sus blandas camas, no están hechas para nosotros. Dormir bajo el cielo, eso es lo que a mí me gusta! Y mirar las estrellas antes de cerrar los ojos y soñar con los pueblos que veré mañana, con los campos, con los bosques y caminos...



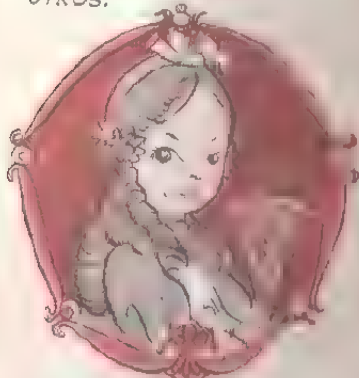


ESMERALDA ES UNA CHICA

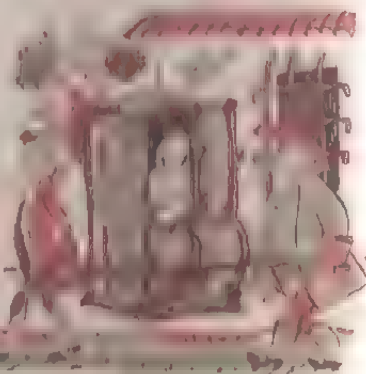
"¡TRAVIESA! ¡TERRIBLE!
M. SMA. PIEL DEL D. M.
DICEN ALGUNOS.



"¡VALIENTE! ¡BUENA!
¡LLENA DE SIMPATÍA Y
¡MUY LINDA!"; DICEN
OTROS.



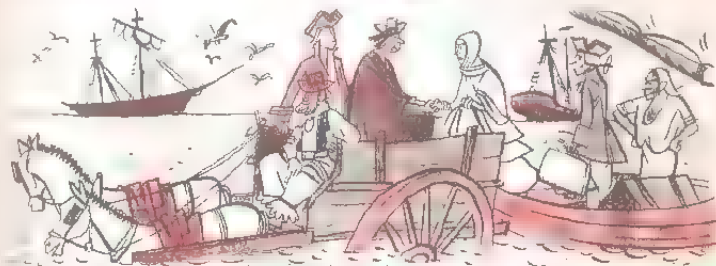
...CUANDO LA GENTE
VIAJABA EN SILLA DE
MANOS...



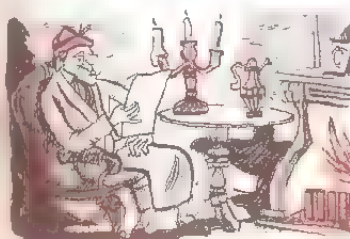
LOS NEGROS Y LAS
NEGRAS VENDIAN MAZAMORRA
Y EMPANADAS EN LAS
LEONINAS.



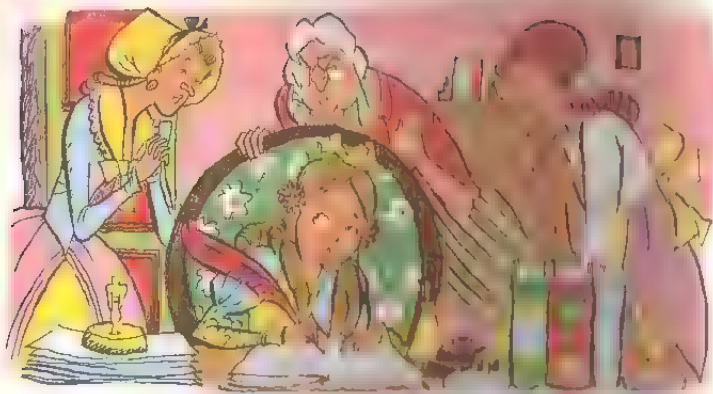
CUANDO LOS VIAJEROS QUE VENÍAN DE EUROPA
LLEGABAN A LA ORILLA EN GARRETAS...



LAS CASAS SE ILUMINABAN CON VELAS DE SEBO.



...ESE ES EL TIEMPO EN
QUE ESMERALDA SE PUSO
A ESCRIBIR SU DIARIO,
COLÁNDOSE EN EL ESCRI-
TORIO DE SU PADRE Y
USANDO LA GRAN PLUMA
DE GANSO, QUE ERA LA
PLUMA QUE SE USABA
ENTONCES...



Viernes 13

Yo escribo mi diario. Escribir me cansa la mano y me ensucia los dedos. Pero ¿qué voy a hacer? Mis tías no me dejan hacer nada. Cada vez que me ven exclaman:

—¡Esmeralda! ¡No hables tanto que te vas a poner ronca!

—¡Esmeralda! ¡No te muevas tanto que te desarreglas el vestido!

—¡Esmeralda! ¡No corras tanto que te vas a agarrar un enfriamiento!

Así me dicen, una por una, mis tres tías. Y luego, todas a coro:

—¡Esmeralda! ¡Santo Dios! ¡Que criatura!

Por eso he decidido escribir mi diario. Porque de algún modo tengo que contar las cosas que me suceden.

A la tarde

¿Sería hoy mi día de mala suerte? Apenas me metí en el escritorio de

mi tía Engracia.

—¿Qué estás haciendo, Engracia?

—Escribiendo mi diario.

—¡Aguante la pluma!

—¡Corta el papel!

—¡Vuelve el tintero!

Y otra vez las tres juntas:

—¡Esmeralda! ¡Santo Dios! ¡Qué

criatura!

Y a la vez, por la puerta que venía

de la cocina, una criada me

llamó para que fuera a la

cocina. ¡Qué mala suerte!

Sábado 14

¡No quedé! ¡La gané! Pero vamos despacio, así puedo contar todo lo que me pasó.

Con las seis de la tarde cuando llegó doña Hermelinda. Venía en su silla de manos con un lacayo negro

delante, guiando a los palanquines. (Como deben sudar los pobres llevando a una pasajera tan pesada.)

Mis tías convidaron a doña Hermelinda con chocolate y buñuelos. Ella dijo que apenas probaría un bocadito porque estaba completamente "inapetente". Mientras estaba atropellando la fuente, las tías le contaron lo que yo había estado haciendo. Para sorpresa de todas, doña Hermelinda quedó encantada.

—Un diario! ¡Qué precioso! ¡Magnífico! Yo empecé uno, pero no tuve tiempo para seguirlo. ¡Es tan útil!

—¿Útil? ¿Para qué sirve un diario?

—preguntó tía Engracia.

—Para qué sirve? Y... para no olvidarse de las cosas.

—¿Y de qué cosas no hay que olvidarse?

—¡Bueno! De las cosas que uno

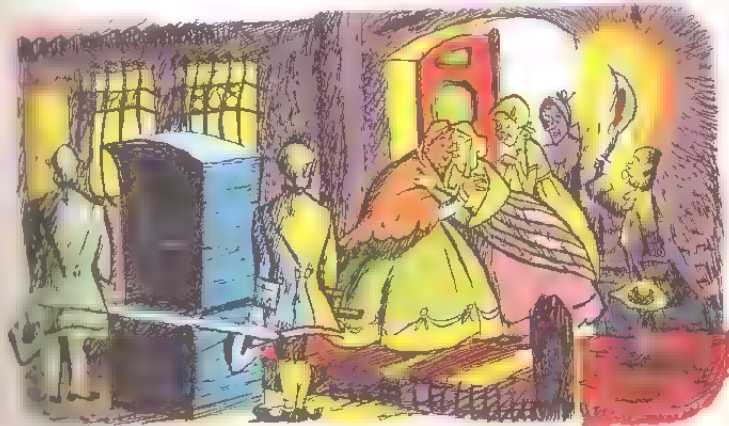
quiere recordar. Además, ¡mejora tanto la letra...!

Aquello sí que les gustó a las tías. Cuando doña Hermelinda terminó la fuente de buñuelos y cuatro tazas de chocolate la acompañaron a la puerta para despedirla. Ya estaba bastante oscuro y el lacayo negro que iba delante llevaba un hachón encendido para iluminar el camino.

(Yo me pregunto por qué no pondrán un farol en cada esquina para iluminar las calles. Dicen que el virrey quiso hacerlo, pero que salía muy caro. Por eso cada uno debe llevarse su luz cuando sale en noche oscura.)

Apenas se fué doña Hermelinda las tías se pusieron a cuchichear. Cuando terminaron con la consulta me dieron la noticia.

—Esmeralda, tú podrás escribir un diario. ¡Pero tendrás mucho cuidado!



—dijeron las tres. Y luego, cada una se agachó.

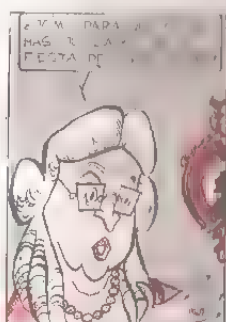
—No volcarás el tintero...

—No romperás la pluma...

—No mancharás tus manos...

Ya sé. Lo que ellas quieren es que mejore mi letra. Pero de ese modo podré seguir escribiendo mi diario. ¡Viva!

¿Para qué escribí "¡viva!"? Apenas he comenzado y ya no sé qué poner.



Encen-
de, ven-
bebidas re-
postres y
puerta de
muy
ta en
muy sola
se di-



¡Pobre tía! ¡Qué susto se debe haber pegado! La verdad es que siempre me han llevado a todas las fiestas. Pero yo tenía que poner algo en mi diario y quedaba tan bien pensar que me habían quedar encerrada y sin comida... En fin, pensándolo más, creo que quedará mejor que vaya a divertirme mirando bailar, escuchando la música, tomando refrescos y comiendo empanadas. Porque eso sí que es cierto.

Me escapo un momento, antes de ir a la sala grande, para escribir una noticia más grande que la sala. ¡Ven a mi prima Elvira! ¡Es tan buena, tan alegre, tan hermosa! Cuando yo crezca seré como ella. (Y tendré también muchos admiradores.)

¡NOCHE estábamos en el salón con las tías cuando se anunció la llegada del virrey. ¡Qué emoción! Todo el mundo se puso en hilera para hacer las reverencias y yo quedé la primera de la fila. Apenas entró un señor alto, de gran uniforme y llevando una vara labrada, hice las tres inclinaciones que me enseñaron, pero lo único que conseguí fue un coscorrón de la tía Engracia y una disimulada sonrisa de los demás. ¡Qué mala pata! El que había entrado era el mayordomo del virrey. Detrás venía el virrey verdadero. Era un señor viejecito y chiquito que apenas si se veía entre los señores de su séquito.

En eso vi a la prima Elvira, que es

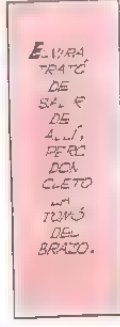
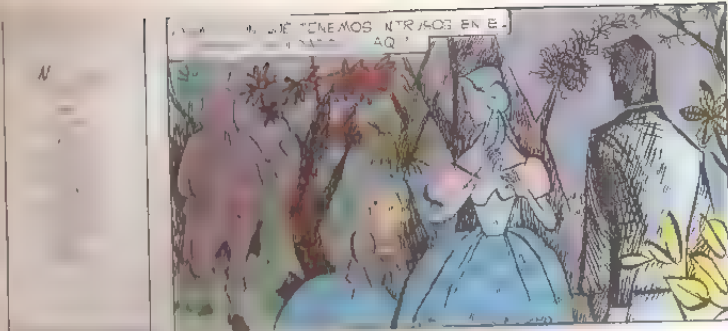
taba maravillosamente bella. Ella me quiere mucho y yo me puse muy orgullosa cuando, desprendiéndose de una nube de cortejantes, me pidió que la acompañara al jardín a tomar un poco de fresco. Cuando estuvimos afuera, junto a la gran magnolia, Elvira me dijo:

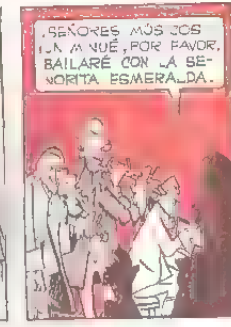
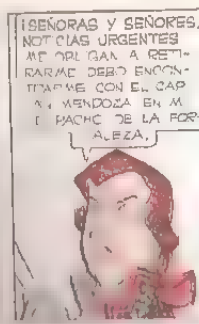
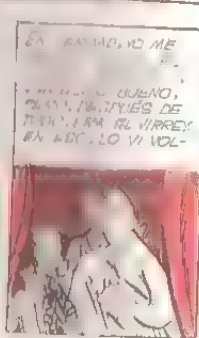
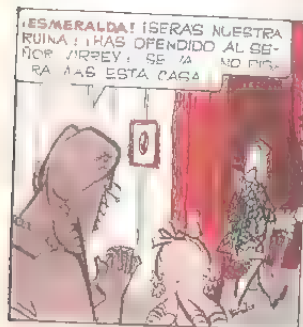
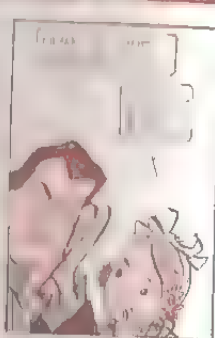
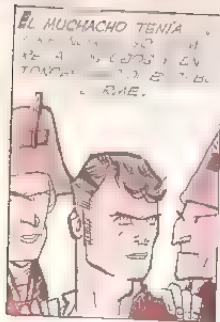
—Quería salir un momento porque don Cleto está siempre a mi alrededor como un moscardón. Estamos mejor aquí, las dos solas, ¿verdad?

Ya lo creo que sí! Don Cleto es un gordo antipático y nadie lo quiere, aunque muchos le tienen miedo. Vaya a saber por qué! En él estaba pensando cuando de pronto, me quedé fría mirando la pared.

—¿Qué pasa, Emmeralla!? —me preguntó la voz abducida.

—Sin hablar, mude del susto, señalé el muro. Sobre él acababa de aparecer una mano, luego la siguió otra, luego...





¡Qué lindo fué todo eso! Cuando se marchó el virrey las tías y los invitados me trataron con mucho respeto. Tenía que ser así porque está claro que soy toda una señorita. Nadie me retó más esa noche, y pude andar de aquí para allá, como mejor me pareciera.

Lunes 16

HAY rumores de que algo peligroso le puede pasar a la ciudad. ¿Qué será?

A la tarde

¡Novedades! Parece que las tías se han atemorizado tanto de los misteriosos rumores que han decidido salir de la ciudad. ¿Por qué...? ¿Adónde iremos? Le preguntaré a Tomasa.

Al atardecer

Ya lo sé todo. La negra Tomasa me lo dijo. La encontré llorando cuando fui a verla a la cocina para preguntarle qué sabía.

—¿Por qué lloras, Tomasa? —le pregunté.

—¡Ay, amital! —me contestó secándose los lagrimas—. ¡La punta del delantal! —Pasa algo terrible! Sus tías han resuelto irse... ¡a San Isidro!

¡A San Isidro! ¿Qué aventura! ¡Galopar todo el día pasando el bosque, los pantanos, el cam no real y las barrancas! ¡Es un viaje verdadero, un viaje larguísimo! ¡Cuánto me van a envidiar mis amigas cuando les cuente!

La verdad es que yo no veía nada de terrible en eso.

—¿Acaso no fueron también otros años a veranear a San Isidro? —le pregunté a Tomasa.

—Es cierto —me contestó—. Pero ahora vamos porque ha corrido el rumor de que hay **barcos piratas** frente a la ciudad y temen que esos bandidos nos asalten y roben todo lo que tenemos.

—¿Y qué voy a hacer? —le pregunté.

—¿Te acuerdas del hombre que en-

tró en esta casa el día en que le hice la fiesta al virrey? ¡Muy bien! Ese hombre era el capitán Mendoza. Él me ha hecho amigo de tu prima Elvira.

¿Por qué me parece que están asustando? —agregó bajando la voz. ¿Qué pasa con el capitán Mendoza? —la interrumpí impacientemente. Él ha contado eso a tu prima. Y tú lo sabes por don Cleto.

Yo ya no entendía nada. ¡Oye, Tomasa! Si los piratas van a atacar la ciudad será mejor que estén en San Isidro y no aquí.

¡Ese es el engaño! ¡Ese es el gran engaño! —suspiró Tomasa—. Los piratas van a atacar la ciudad.

—¿Cómo lo sabes? Roque me lo dijo. Y Roque sabe más que el virrey.

Roque es el hijo de Tomasa. Será que le pregunte a él qué pasa. Él me contará las cosas sin mentar.

Martes 17

El día, a la hora de la siesta, me escapé de la pieza y lo pesqué a Roque. Al principio se hizo el misterioso, pero cuando le dije que yo sabía que se iba con las tías tardes al río a pescar y que ellas habían decidido darme un regalo. Yo no pensaba acusarlo, de ninguna manera, pero a Roque no hay que engañarlo que tratarlo así porque es un niño.

El juró que tiene un amigo **muy importante y muy misterioso** que le cuenta cosas **muy interesantes**.

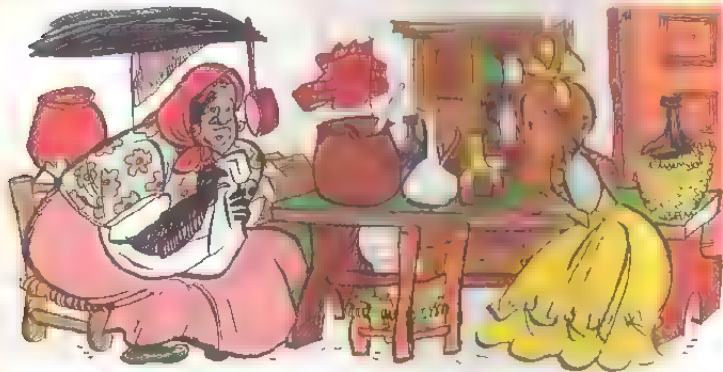
¡Déjate de tantos "muy"! —le dije



a Roque—. ¡Llévame a ver a ese amigo porque a ti no te creo ni una sola palabra! ¡Llévame o...!

Así fué cómo salimos los dos en busca del amigo **"muy importante y muy misterioso"** que contaría cosas **muy interesantes**.

Nos escapamos por la ventana que da al jardín y saltamos la pared del fondo de la casa. Bajando por la barranca llegamos hasta el río y, bordeando la orilla donde las negras lavaban la ropa blanca entre las toscas,





fuimos hasta donde estaban guardadas unas carretas y unas tropillas de caballos.

Roque fué a buscar a su amigo y me lo trajo. Era un muchacho vestido con las prendas de los gauchos que llevan las tropas de carretas o animales. Tenía la cara muy quemada y parecía muy serio. Dijo nada más que "¡buenas tardes!" y se quedó callado mientras Roque charlaba hasta por los codos diciendo cada vez más tonterías.

Cuando conseguí que Roque callara le pedí al muchacho, que se llamaba Juan María:

Dime todo lo que le has dicho a Roque sobre esas cosas misteriosas que están por ocurrir.

—¿Por qué te lo tengo que decir? —me contestó Juan María.

Yo me di cuenta de que él era un chico diferente de Roque, a quien se lo puede asustar con cualquier amenaza. Entonces, poniéndome muy serio yo también, le respondí:

Porque mis tías quieren viajar a San Isidro y tu no querés que corran peligro por ignorar las cosas que

Juan María me miró con ojos aprobados.

—Eres la primera chula a quien oigo decir algo razonable. Por eso te voy a contar lo que sé.

Y, sentándose en un recado que estaba por allí Juan María empezó:

—Veníamos con mi padre costearo la ribera, con una tropa de carretas de don Cleodonio, cuando descubrimos un barco extraño navegando por el medio del río. Y a la noche, mientras nos disponíamos a acampar para descansar, nos sorprendió la aparición de muchos hombres que habían venido desde ese baren. Nos asustaron.

Juan María iba a seguir contando cuando —¡qué desgracia!— aparecieron las tías furiosas de verdad.

—¡Esmeralda! ¿Cómo te atreves a escaparte de casa?

¡Esmeralda! ¿Qué estás haciendo estos andurriales?

¡Esmeralda! ¿Qué susto nos has luego, como siempre, las tres a

—¡Esmeralda! ¡Santo Dios! ¿Qué tura!

Me sacaron de allí a los tirones. Pe Juan María alcanzó todavía a de

—¡No vayas a San Isidro! ¡Ellos rotan a todos los que agarren por allí. Juan María quedó atrás. Ibamos saliendo del rincón de los sauces cuando escuché un bonito tintinear de campanilla. En medio de una tropilla había una yegua con una campanita colgada del cuello que sonaba muy lindo cuando el animal se movía. Miré a Roque, que venía a mi lado, preguntándole qué significaba aquello Roque me respondió

—¡La madrina. Los caballos están amestrados para seguirla siempre por el ruido de la campana. Así los gauchos mantienen reunida a su tropilla y no tienen mas que cuidar de la madrina.

—¿De dónde sabes eso?

Roque iba a inventar una mentira, pero cuando me vió la cara se apuró a responder:

—Juan María me lo dijo. Juan María es un verdadero gaucho.

Me gustó mucho que Roque dijera eso porque Juan María me pareció un buen muchacho. Pero tía Engracia, que oyó a Roque, lo tomó de una oreja y le gritó.

—¡Vuelve a pronunciar esa palabra y te ligarás un buen tirón de orejas.

No dije nada para que no me agarrara a mí también de las orejas. Sin embargo, cuando me fuí a dormir, dije muchas veces con voz muy bajita:

—Juan María es un gaucho, un verdadero gaucho...

viernes 18

No hay nada que hacer. Saldremos para San Isidro sin remedio. Cuando esta mañana vi que preparaban los baules llamé a las tías y les conté todo lo que me había dicho Juan María. Después de oírme me contestaron las tres como una sola:

—Hoy mismo salimos para San Isidro con la prima Elvira. Y si vuelves a abrir la boca para decir tonterías te





pasarás una semana encerrada en la casa de la quinta, como penitencia.

No hay nada que hacer. Me callaré y no hablaré más!

A la noche

¡Qué viaje emocionante! Salimos por la calle de las Tunas (*), y luego, doblando por la calle Larga de la Recoleta, seguimos por Chabango. Atravesamos el bosque, tomamos por Las Cañitas, subimos las Barrancas para evitar los pantanos y, luego de pasar por La Calera, entramos en el Camino Real, que es la última etapa del recorrido.

De pronto tuve la alegría de ver al gaucho Juan María, que pasó junto a nosotros montando un hermoso caba-

(*) La calle de las Tunas es la que hoy se llama Crillao. La calle Larga de la Recoleta la conocemos por Avenida Quintana. Chabango se denomina Las Heras y Las Cañitas lleva ahora el nombre de Avenida Luis María Campos, que es la que conducía a las Barrancas que luego se llamaron de Belgrano.

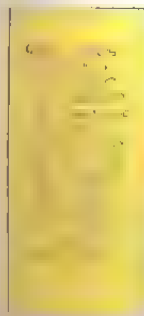
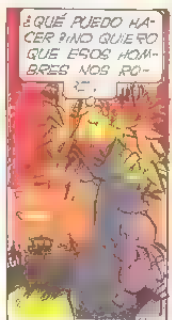
llo. Apareciéndose a nuestro coche Juan María, con todo disimulo, me puso en la mano un papelito (¡Menos mal que las tías no lo reconocieron y no se dieron cuenta de nada!).

Almorzamos cerca de La Calera y luego seguimos viaje porque el tiempo parecía amenazador y las tías querían llegar antes que estallase la tormenta. Estaba visto que no lo conseguiríamos. Una hora después de partir, el mayoral que conducía nuestro coche se inclinó desde su alto asiento para gritarnos por la ventanilla:

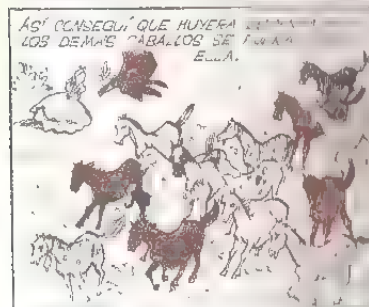
—¡Senoras! Me parece que nos están siguiendo. ¿Qué hacemos?

—¡Corra, Don Fermín! Corra todo lo que pueda! —gritaron las tías muy asustadas.

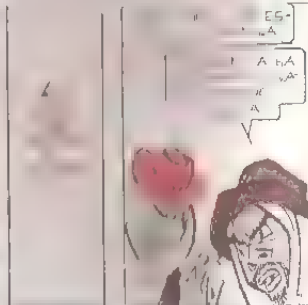
Inútilmente quiso correr Fermín. Antes que bajara dos veces el látigo estábamos rodeados de una docena de hombres a caballo que detuvieron el coche y ordenaron bajar a todo el mundo.



ENTONCES SE ME OCURRIÓ UNA IDEA.
 TOMÉ UNA
 PIEDRA Y...



ASÍ CONSEGUÍ QUE HUYERA
 LOS DEMÁS CABALLOS SE FUERON
 ELLA.



ES-

LA

A NA

VA

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

A

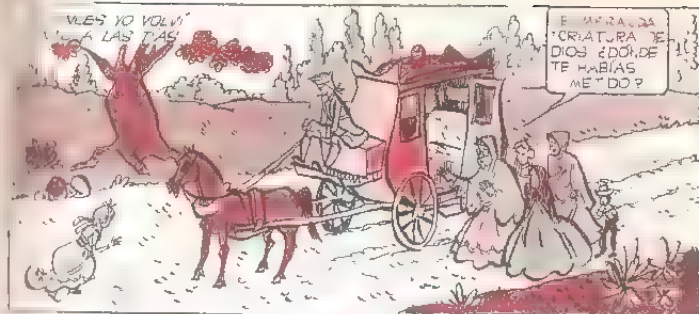
A

A

A

A

A



VUELVO YO VOLVI

A LAS TUS

E MERA DA

CRATURA E

DIOS E DOH DE

TE HABIAS

ME DO?



ESPANTÉ LOS

CABALLOS PA-

RA LOGRAR

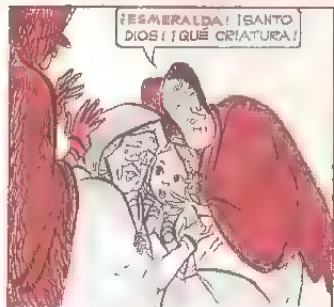
QUE ESOS BAN-

DIDOS SE FUE-

TRAN.

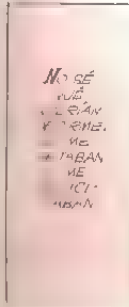
¿TÚ LO

HAS HECHO?



¡ESMERALDA! ¡SANTO

DIOS! ¡QUE CRATURA!



NO SE

NE

LO DAN

Y ME

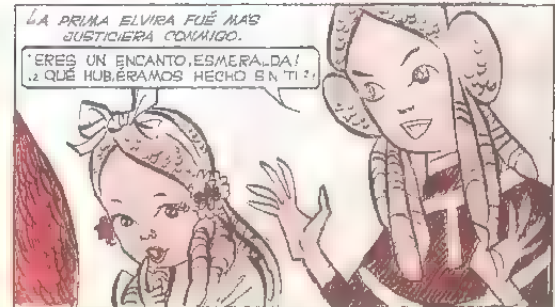
NO

INBAH

ME

ICI

NOH



LA PRIMA ELVIRA FUE MAS

JUSTICIERA CONMIGO.

ERES UN ENCANTO, ESMERALDA!

¿QUE HUBERAMOS HECHO EN TI?



Seguimos viaje a toda velocidad. Ahora íbamos más seguras porque el cochero se comprometió a no dejarse alcanzar por los bandidos, que habían perdido mucho tiempo hasta

que lograron recuperar sus caballos.

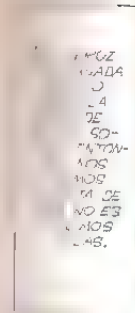
Pasamos mucho miedo en esta aventura, pero ya estoy contenta porque las tías, a pesar de sus gruñidos, están empezando a mirarme como a una persona mayor.

Lastima que el tiempo se puso feo del todo y tuvimos que correr bajo la lluvia. Fue una tempestad de los mil diablos y cayó tanta agua que no se podía ver más allá de las narices.

A la noche llegamos a la quinta de San Isidro. Cuando alcanzamos la tranquera, Roque iba a bajarse para abuela. Pero había alguien esperando ahí que nos dio pánico que pudiera nos ve lo porque había con tanta fuerza que parecía que tiraban baldes de agua. Corrimos por el camino de arena de la quinta y llegamos junto a la entrada principal. Allí se detuvo el coche. Subimos todos y nos metimos a la carrera dentro de la casa. En el vestíbulo nos detuvimos para sacudirnos un poco el agua de encima. Y



¡QUÉ BARBARIDAD!
EN TRES PASOS
NOS HEMOS EMBA-
RADO



¡POZ
CADA
LA
DE
SO-
TAYO-
NOS
M SE
NO ES
LOS
LAS.



¡PAPA, PAPA! NOS
ENTAPARON LOS
OTROS DE SEJAR AS



¡OH! SON LOS
JEA AS SO
TAMAS VERD-
DAS

¡PAPA, PAPA!
¡AYO!
MA. SE SE
HAN DOTO
CUENTA!



¡AHORA... ¡VAYAN TODAS AL PISO
DE ARRIBA QUE AQUÍ TENEMOS
MUCHO TRABAJO!



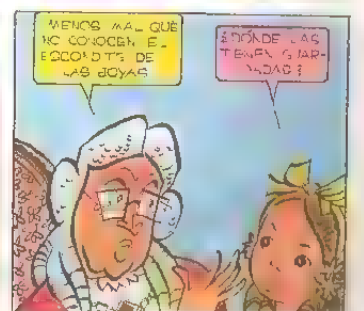
EN SILENCIO SUBIMOS LAS ESCA-
LERAS

A PRIMA-
A PRIMA



¡LAS PRATAS
¡SÉAMOS
NO CASO A
¡MERALDA

¡QUÉ DESGRACIA
NOS ROBARÁN
TODO LO QUE
TENEMOS



¡MENOS MAL QUE
NO CONOCEN E-
ECCO DOTE DE
LAS JOYAS

¿DÓNDE LAS
TENEMOS GUAR-
DADAS?





¿Para qué les voy a contar la indignación de mis tías? Guiados por Roque, los bandidos se apoderaron de las joyas, que eran toda la fortuna de la familia. Muy contentos, los piratas se pusieron a comer y a beber para festejar su éxito. En eso estaban cuando uno se acordó:

— ¡Hay que ir a la costa a avisar a los compañeros que manden dos botes para llevar la carga!

Ninguno de ellos quería separarse de las rodajas de jamón y de las copas de vino. Ya iban a empezar a discutir el asunto cuando el negrito Ro-

que se ofreció a realizar la tarea.

— ¡Ire yo, compañeros! Siempre que me prometan guardarme un poco de vino y unas rodajas de jamón...

Estaban un poco ebrios y aceptaron de muy buena gana. Y Roque marchó a cumplir el encargo, sacándoles la lengua a las tías cuando pasó junto a ellas.

La fiesta de los piratas prosigue sin interrupción. Y Roque no vuelve. Ahora sí que nos estamos poniendo nerviosos de veras. Porque ocurre que...





Elvira se puso a llorar, muy asustada, y las tías... ¿para qué contarles! La única que no lloraba era yo. Porque tenía un plan y esperaba que se cumpliera.

Así estábamos todas cuando de pronto entró en la habitación... don Cleto!

"¿Don Cleto?", pensé. "¿Qué andará haciendo por aquí este hombre tan antipático?"

Las tías lo rodeaban por ver si les daba alguna esperanza para salir de aquella terrible situación. Don Cleto explicó que andaba por San Isidro por "cuestiones de negocios" y que al acercarse a nuestra quinta había caído en manos de los piratas.

—¡Usted también es un prisionero! ¡Entonces estamos perdidas sin remedio! —exclamaron las tías

—No hay que perder las esperanzas —dijo don Cleto—. Yo haría cualquier cosa por salvarlas y por salvar a Elvira, a la que tanto aprecio. Podría

pagar un rescate por ella, pero Elvira me muestra tan poca estima que temo ofenderla.

—¡Oh, no es así! —se apresuraron a decir las tías—. Elvira lo tiene mucha consideración.

—Tal vez sí —suspiró don Cleto poniéndose muy feo—. Por mí no habría inconveniente. Con tal que me acepte como novio yo la salvaría aunque me costara la fortuna y... aun la vida.

—¡Lo aceptaré! ¡Lo aceptaré! —exclamaron las tías descorras de no perder la única esperanza de salvación que era aquel hombre.

Yo no me atrevía a decir una palabra, y me quede calladita acariciando a Elvira, que lloraba en un rincón.

Don Cleto, muy seguro ahora por que contaba con la palabra de las tías, preguntó entonces con aire misterioso:

—¿Tienen ustedes algún plan para fugarse? ¿Han conseguido avisar a alguien de la situación en que están?

Naturalmente, las tías contestaron que no. Don Cleto, deseoso de saberlo todo, se acercó a mí y me preguntó: "Tu tampoco, chiquita? ¿Eres tan tonta que hasta es posible que hayas conseguido engañar a los piratas?"

Y poco le cuento todo lo que había tramado. No sé por qué me callé, limitándome a decir que no con la cabeza.

Muy satisfecho, don Cleto se puso a gritar. Aparecieron los piratas a ver qué le pasaba y a su pedido lo acompañaron a hablar con el jefe. Antes de salir volvió la cabeza hacia nosotros y exclamó:

¡No se aflijan más! ¡Don Cleto es nuestro ángel, guardián! ¡Don Cleto les conseguirá la libertad!

estaba discutiendo con los piratas.

—¡No tienen por qué preocuparse! Ellas no han podido avisar a nadie. Yo se los he preguntado, y a mí me tienen confianza.

—¿Qué hacemos entonces, don Cleto?

—Se las llevan al barco. Yo iré después para hacer el reparto del botín.

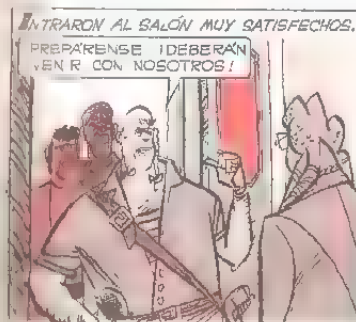
—Y si se resisten... ¿qué hacemos?

—¡No se resistirán! Yo las convenceré para que vayan tranquilamente. Tengo bastante habilidad para eso. Y ahora, ¡vayan a buscarlas! Tomen este papel para que se enteren de que deben ir con ustedes.

—¡Esta bien, don Cleto! ¡Usted es el jefe!

Más tarde

¿Qué haré? Los bandidos suben por la escalera. ¡Vienen a buscarnos! ¡Y las tías se irán con ellos! Si lo hacen... ¡estamos perdidas! ¿Cómo resistir? Tengo que pensar rápido. ¡Ya están aquí!





DON CLETO DEBE
ESTAR EN EL GO-
BIERNO PARA
ESTO

¿Y POR
QUÉ DICE



DICE QUE VAYAMOS CON-
FIADAS. EL ARREGLARÁ
TODO PARA QUE NOS DE-
VUELVAN LA LIBERTAD

NO HAY
DUDA, ES
LA LETRA DE
DON
CLETO

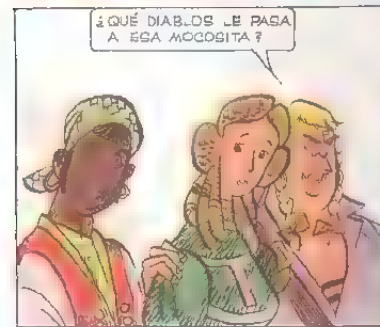


¿DE ACUERDO?
¡VAMOS, ENTONCES!

¡SÍ, VAMOS DON
CLETO SABRÁ
SOLO CUIDAR
ESTO!



SE
LE
PASA



¿QUÉ DIABLOS LE PASA
A ESA MOCOSITA?



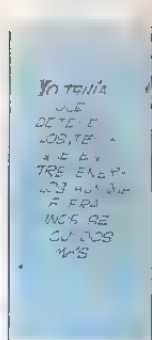
DE BRO-
DA MONOS
NO AQUÍ DE UNA
VEZ.



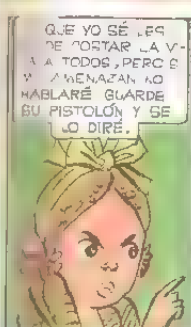
¡TU TE CALLAS! ¡VAMOS A
VER QUE QUIERE LA MO-
CITA!



¡HABLA! Y SI NO DICES ALGO SE-
RO, QUE VALGA LA PENA, NOS
PAGARÁS EL TIEMPO QUE NOS
HACES PERDER!



YO TENÍA
QUE
DETENERME
PORQUE
ESTABA
MUY
CANSADO
DE
CORRER
MUCHO



QUE YO SE LE
PASA DE TOSTAR LA V-
A A TODOS, PERO E
Y AMENAZAN NO
HABLARE GUARDE
SU PISTOLÓN Y SE
LO DIRE.

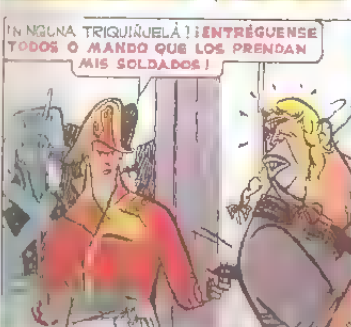


ESTÁ BIEN! GUARDE M PISTO-
LA PERO HABLE AHORA
HABLA!

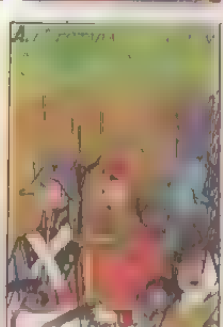
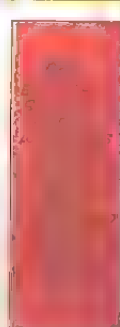
¡MIRÉN LA
PIERTA!
¡MIRÉNLA
BIEN!!



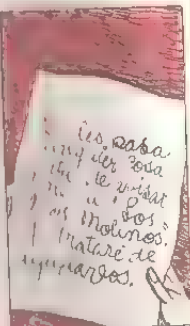
PREFERO LA PARTE A
Y ¿QUÉ CLASE LE
TRIGUÑELA ES
¡TRAMANDO!



¡NINGUNA TRIQUINUELA! ¡ENTRÉGUENSE
TODOS O MANDO QUE LOS PRENDAN
MIS SOLDADOS!



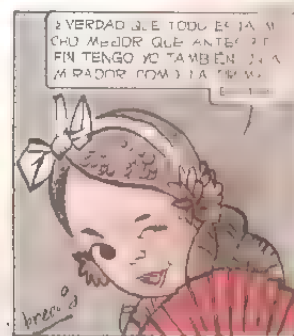
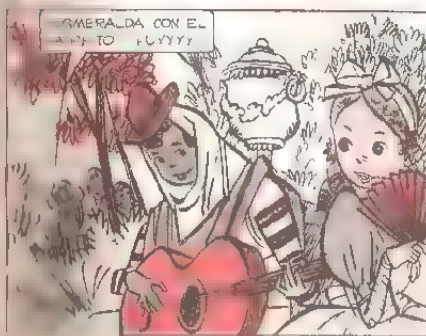
¿Qué es una fiesta de veras!
Los piratas, al verse amenazados por
el valiente capitán Mendoza, se en-
tregaron sin resistirse. El mismo Men-
doza desató las ataduras de Elvira.
Las tías miraban a Roque, el negrito,
sin saber qué decirle, después de ha-
ber pensado que era un miserable
traidor. Pero la más festejada fui yo.



¿Y don Cleto? ¡Lo encontraron es-
tando en la leñera! No se atrevió
a negar que era cómplice de los pi-
ratas. Ellos mismos, al verse perdi-
do lo denunciaron. Los soldados lo
llevaron a Buenos Aires. No iría muy
contento porque lo montaron en un
caballo mirándole la cola para que
supieran que era tan bandido
como los bandidos que eran sus ami-
gos. Elvira no quiso verlo, pero está
muy contenta porque ya no la mo-
strará más con sus requiebros.

Ahora sí que tenemos fiesta. ¡La
verdad. Las tías han querido celebrar
el éxito de esta aventura. Y, para
alegría de todos, los invitados prin-
cipales fueron el capitán Mendoza,
el gauchito Juan María y el negrito
Roque. (Yo recibí también muchos
homenajes.)

Después de todo, es una suerte que
hayan pasado las cosas que pasaron.
Me doy cuenta de que todo ha cam-
biado mucho. Imagínense que las tías
iban por el jardín cuando vieron...





Una maravillosa historia completa

EDITORIAL IBFIL DISTRIBUIDORES S. R. L. A. - Pedras 113 - Buenos Aires
 El libro es una obra de arte. Adaptado de Betty G. Coopers by Elmer. Año 1950. Buenos Aires.
 Traducción y edición de la Editorial IBFIL S. R. L. A. en el mes de agosto de 1950. Buenos Aires.
 Con el número 1 de la Colección General IBFIL S. R. L. A. en el mes de agosto de 1950. Buenos Aires.
 EL LIBRO DE ELICUIO EN ESPAÑA



Ilustrado por A. Breccia

Con las extraordinarias
 aventuras de Tom Sawyer



20000

¡Manos mal que tengo mi diario! Ocurrieron tantas cosas últimamente, tantas, que las olvidaría si no las pudiera anotar. Imagínense, después de un viaje de dos días enteros me encuentro de repente viviendo en otra casa, en otro pueblo, entre nuevos vecinos... ¡Parece un sueño! Y sin embargo estoy bien despierta. Yo, Becky Thatcher, vivo ahora aquí, en San Petersburgo, porque mi papá, el juez Thatcher, ha sido trasladado a este pueblo. ¡Qué contenta estoy! Me gusta este pueblo. Me gusta porque por primera vez veo negritos que *ran* salturreando por todas partes y chicos que corren descalzos por la calle. Y por primera vez oigo por la ventana abierta las pitadas de los barcos de fiesta que navegan por el Mississippi...

No puedo seguir; mamá me llama

para que le ayude a vaciar las últimas
vacías

L Domingo

Esta mañana ocurrió algo muy divertido. Yo estaba en el jardín cortando unas flores. De repente pasó un chico con un gran sombrero de paja y sin zapatos corriendo por la calle. Miró nuestra casa y cuando me vió se quedó clavado en el suelo, como si en vez de una chica hubiera visto un rinoceronte en medio del jardín. En seguida se hizo el desentendido y, muy serio, empezó a balancear un palo sobre su nariz para llamar mi atención. ¡Qué bien lo hacía! Pero me dió tanta risa que tuve que entrar corriendo para que no creyera que me burlaba de él. Subí al primer piso y me puse a espiarlo por la ventana: había saltado al jardín y, todavía con el palo

en equilibrio, trataba de recoger con los dedos del pie una margarita que se me había caído. Ya estaba por agarrarla cuando se oyó una voz:

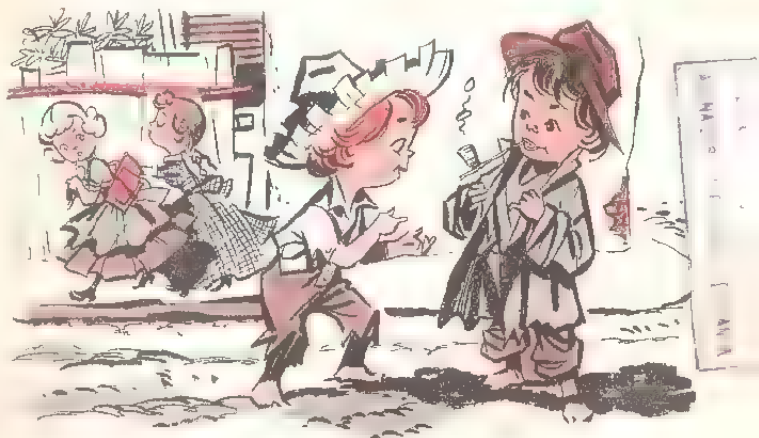
—¿Qué haces ahí? ¡Ya te voy a dar, usarme los canteros!

Era Jim, nuestro jardinero, que venía empujando la manguera para empaparla. ¡Por suerte él cruzó el cerco de un salto y escapó a tiempo!

¡Bueno! El susto se lo merecía por presuntuoso; sin embargo, cuando se fué me quedé un poco triste. No sé por qué me escapé, por qué no me quedé en el jardín y le hablé. ¡Quién sabe si lo veré otra vez! ¡Qué tonta fui! Pero a veces hago cosas que ni yo misma entiendo...

Lunes 4

Hoy fui por primera vez a la escuela.



la de San Petersburgo. Iba caminando con Susi Narper, que está en el mismo grado que yo y vive cerca de casa, cuando apareció... ¡el chico de las pueras! Susi le gritó "¡Hola, Tom!", y él ya estaba por dejar a sus compañeros para venir con nosotras cuando se desvió, como si de pronto hubiera recordado algo muy importante; cruzó la calle y fué a encontrarse con un chico *muy* raro, todo harapiento, vestido con un saco de hombre que le quedaba grande como un sobretodo.

Yo, sin darme cuenta, me detuve y me quedé mirándolos, pero Susi me empujó y me dijo:

—¡Vamos, no mires! Ese es Huckleberry Finn, un amigo de Tom, es un vagabundo.

Después me enteré de que Huck no tiene mamá, que su papá no se

ocupa de él y que se lo pasa vagando por el bosque y navegando por el río. Sin embargo, a mí me pareció simpático, mucho más simpático que Alfredo Templer, que usa zapatos de charol, camisa almidonada y es un engreído. Y pensé que si yo hubiera sido un muchacho, como Tom, también me hubiera ido con Huckleberry Finn.

Martes 5

AYER no pude contar lo más importante porque el señor Dobbins nos había dado tantos deberes que el día pasó volando. (El señor Dobbins es el maestro. Parece muy serio y severo. Todos los chicos dicen que usa peluca.)

Bueno: iba a contar lo que pasó ayer.

Llegamos a la escuela y Tom, 'mi' acróbata, no aparecía. Sonó la campana, entramos a clase y... ¡no aparecía! Sólo media hora más tarde se abrió la puerta del aula y Tom entró jadeando. El señor Dobbins le clavó los ojos.

—¡Tarde como de costumbre! —le dijo fríamente—. ¡Veamos qué excusa traes hoy...!

Tom dudaba, como eligiendo la mejor excusa, cuando de repente se fijo en mi banco, donde había un asiento vacío, el de Amy Lawrence, que estaba ausente. Entonces, muy decidido, exclamó:

—Se me hizo tarde porque... ¡tuve con Huckleberry Finn..!

Estas palabras cayeron como una bomba. Se oyó un murmullo de asombro en toda la clase. ¡Los chicos tie-

nen prohibido hablar con Huck Finn! ¡Y Tom tuvo el coraje de decir que había estado con él!

—Tomás Sawyer... —dijo el maestro en tono muy severo—. ¡Ve a sentarte con las niñas! Y que esto te sirva de lección!

Para todos los chicos esto era una humillación terrible, pero a Tom Sawyer parecía no importarle que los otros se rieran y se burlaran de él por lo bajo. Al contrario, estaba contentísimo. Obedeció inmediatamente y con toda tranquilidad vino a sentarse a mi lado.

¡Cómo me gustó el primer día de clase! Tomás, quiero decir, Tom (él dice que sólo lo llaman Tomás cuando lo reprenden) dibujó para mí en su cuaderno. ¡Y qué bien lo hizo! Además, sacó punta a todos mis lápices y yo le di la mitad de mi merienda.

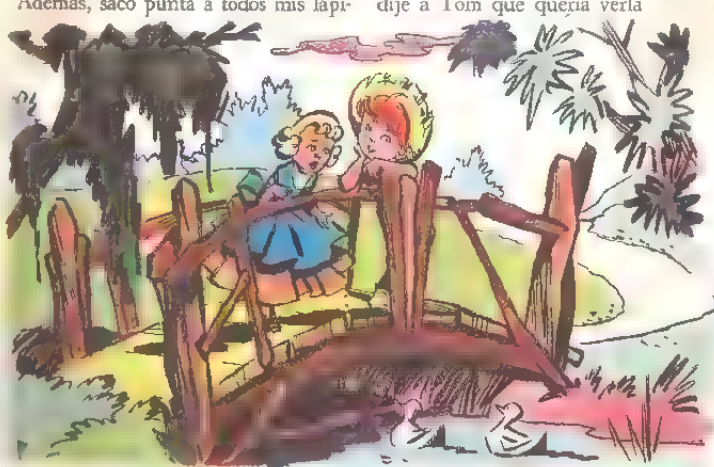
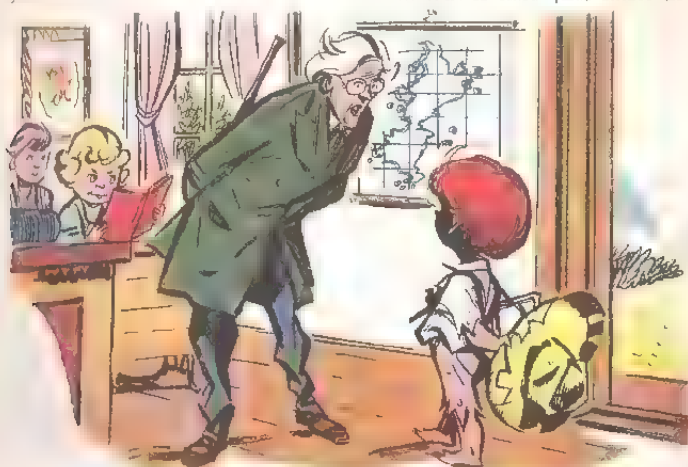
Y antes que terminara la clase me preguntó:

—Becky, ¿quieres ser mi mejor amiga?

Yo estaba tan contenta que casi no podía decirle que sí.

Miércoles 6

Es de noche. De repente todo ha vuelto a cambiar; ya no puedo estar tan contenta como ayer porque hoy me enteré de algo terrible. El chico más bueno y más simpático de San Petersburgo es también el más valiente del mundo. Pero (me da miedo decirlo) corre un peligro inmenso... Esta tarde, al salir de la escuela, fui con Tom a dar un paseo. Yo había oído hablar de la casa encantada y le dije a Tom que quería verla.





Alá fu mos. De lejos, a la luz del atardecer, la casa parecía realmente encantada, con su jardín lleno de malezas, su destaralado portón de hierro, los caños de desagüe desprendidos y las enredaderas que entraban y salían por las ventanas sin postigos. Sin Tom hubiera tenido mucho miedo.

—¡Vamos a acercarnos, Tom! —dije haciéndome la valiente.

Pero Tom no quiso.

—No, Becky! ¡Nunca te acerques a esa casa! ¡Ni por casualidad! —dijo—. Hay... ¡hay fantasmas!

¿Fantasmas? ¿Tom Sawyer creía en los fantasmas? Me reí a carcajadas y le dije que sólo los tontos creen en esas cosas: que si él tenía miedo de cuatro paredes, yo iría sola. Y que no sólo me acercaría, sino que hasta entraría en la casa (aunque creo que nunca me hubiera animado). Tom se

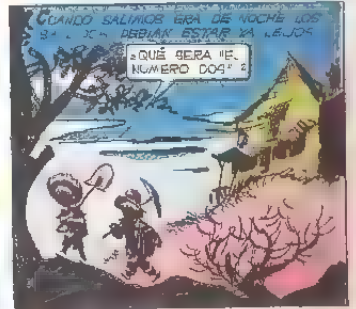
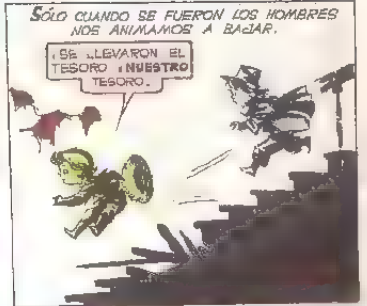
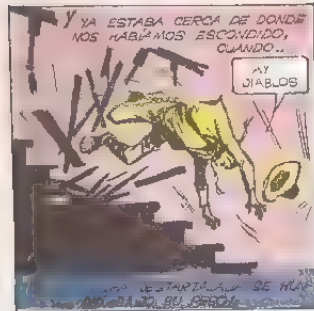
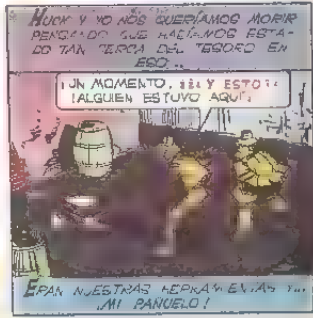
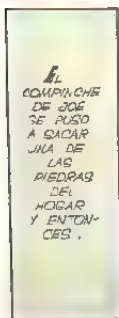
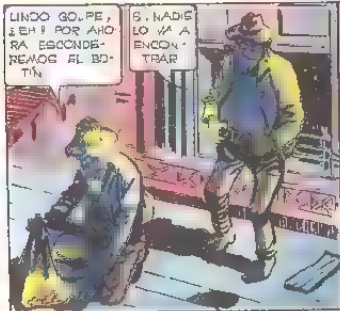
asustó muchísimo y me pidió que le prometiera no hacerlo. Entonces yo le dije que sí, que sí y que sí lo haría, y empecé a correr hacia la casa. ¡Pero Tom no me dejó! Me tomó de un brazo y me obligó a sentarme.

—Yo sé que en esa casa no hay fantasmas —me dijo—. Pero tú no debes ir, Becky. Y te voy a contar por qué. ¡Es un secreto que sólo sabemos Huck Finn y yo! ¡Prométeme que por nada del mundo se lo contarás a nadie!

Prometí guardar el secreto y entonces Tom empezó.

—Un día Huck y yo pensamos ir en busca de un tesoro. Era lo único que nos faltaba para poder comprar un barco y hacernos piratas, que es lo que siempre quisimos. Y se nos ocurrió que el único lugar donde podría encontrarse un tesoro era la casa encantada. Decidimos cavar allí.





¡Sí! Ese es el gran misterio: ¿qué es "el número dos"?

Una casa, un pozo, un árbol hueco? ¿Dónde habrán ocultado tanto dinero? Tom no piensa dar por perdido el tesoro de la casa encantada a pesar de que ahora él corre un gran peligro. Dice que si el indio averigua a quién corresponden las iniciales del pañuelo y cree que él lo espió...

¡lo matará! Porque es el más cruel, cobarde y vengativo de los bandidos.

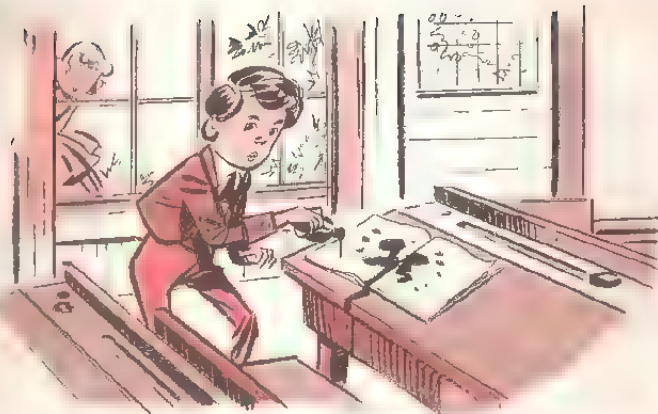
Es tardísimo y me da escalofríos pensar en todo esto. ¡Ah, si yo pudiera saber qué es "el número dos"! ¡Si pudiera ayudar a Tom!

No quiero que parezca que hoy digo una cosa y mañana otra. Todo lo que dije de Tom Sawyer es cierto, pero también es cierto que le da unos dolo-

res de cabeza tremendos a su tía Polly; por ejemplo, se va a nadar al río sin su permiso, algo que jamás hizo su primo Sid, aunque, ¡claro!, Sid ni sabe nadar. En fin, yo tampoco diría nada si Tom no hiciera cosas peores: me enteré por Amy Lawrence, que es una chica linda aunque tiene la nariz demasiado corta. Ella siempre dice la verdad, y hoy me contó que la semana pasada Tom le preguntó si ella quería ser su "mejor" amiga. Dice que Tom no es amigo de ninguna otra chica, pero que de ella sí, que siempre juegan juntos y que ella comparte con él la merienda. Casi le grito:

"¡No es cierto! ¡Yo soy la mejor amiga de Tom! Me contó un secreto que sólo sabemos él, Huck Finn y yo!"

Pero en seguida se me ocurrió: "¿Y si Amy dijera la verdad? Todos dicen que ella no miente nunca. Y entonces



el que miente... ¡es Tom!". ¡Oh! ¡Pensar que me ha dicho que yo soy su mejor amiga y ahora resulta que no es cierto! ¡La querido burlarse de mí! ¡Oh! ¡Nunca, nunca más le hablaré!

A la salida de la escuela me vine a casa corriendo para no encontrarme con Tom. ¡Que le cuente todo lo que quiera a Amy Lawrence! Yo ya sé qué haré. ¡no volveré a pisar más la escuela!

Viernes

Es un día tan lindo que esta mañana, cuando me levanté, casi me olvidé de que estaba triste.

Fui a la escuela. (No tuve más remedio que ir.) Pero no miré ni de reojo el banco de Tom Sawyer!

Pase todo el recreo con Alfredo Temple mirando su colección de estampillas. Sólo mucho después, cuan-

do el maestro llamó a Tom y alguien dijo que estaba ausente me enteré de que había faltado. ¡Qué rabia me dió! Tom no estaba. ¡Y yo gastándome toda para mostrarle que no me importaba nada!

Cuando en el otro recreo Alfredo volvió con su álbum le dije que ya había visto la colección de cabo a rabo y que dejara de molestarme.

Alfredo no me contestó, pero seguramente se dió cuenta de que la causa de mi enojo era Tom. Pues volvió al aula y creyendo que nadie lo veía sacó del banco el cuaderno de Tom... ¡y le derramó medio frasco de tinta encima! Yo no dije una sola palabra porque... en fin, porque no quiero entrometerme en los asuntos de Tom.

Dos horas más tarde

Se me ocurrió algo: ¿y si Tom en-



contró el tesoro? ¿Si él y Huck, con todo ese dinero, compran ahora un barco, se hacen piratas y se van para siempre a navegar por el Mississippi? No será por eso que no fué al colegio? Me muero de curiosidad!

5 minutos después

Se me ocurrió algo más: ¿y si el indio Joe descubrió que Tom lo espiaba? ¿Si ya se vengó y Tom está muerto a estas horas? Entonces, a pesar de todo, yo también me moriría de pena...

Sábado 9

¡A PARECIÓ! Faltó a clase porque le habían sacado un diente y tenía toda la cara hinchada. Seguro que ni pestañeó cuando se lo arrancaron. Siem-

pre dije que Tom es muy valiente. Vino justo cuando... ¡Pero no! Mejor contar las cosas en orden.

Resulta que todos los chicos sabemos que el señor Dobbins tiene un libro secreto que guarda con llave en el cajón del escritorio. Y cuando cree que nosotros estudiamos y no lo miramos lo abre y lo lee y lo relee y se pone muy pensativo. Todos nos morimos de curiosidad por saber de qué trata ese libro.

¡Bueno! Hoy descubrí que la llave del cajón estaba sobre el escritorio y, como no había nadie en la clase, me animé a abrir el cajón, saqué el libro y me puse a hojearlo. En la primera página decía "Anatomía", igual que en el libro de mi tío Sammy, el que estudia para médico. ¡Entonces me di

cuenta! El señor Dobbins estudia medicina en sus ratos perdidos y no quiere que los demás lo sepan!

¡Estaba muy entretenida mirando una lámina brillante con dibujitos de venas rojas y azules cuando sentí que había alguien detrás. ¡Qué susto! Cerré el libro de golpe y estaba tan nerviosa que rompí una página! Me di vuelta, pero... no era el maestro. ¡Era Tom Sawyer!

—¡Lo hiciste a propósito! ¡Me asustaste a propósito! —le grité—. ¡Ahora puedes ir a contarlo todo!

Tom se encogió de hombros y se marchó; yo me puse a llorar pensando en la vergüenza que pasaría cuando el maestro me retara delante de todos.

Cuando empezó la clase de geografía y todos estábamos repasando la lección noté que el maestro abría su cajón. ¡Qué miedo! No bien sacó el



libro se puso pálido y, pegando un salto, exclamó:

—¿Quién rompió este libro?

Yo temblaba como un conejito asustado.

—¡Susi Harper! ¿Tú rompiste el libro? —empezó a interrogar Dobbins—. ¡Graciela Miller! ¿Tú rompiste el libro? ¡Amy Lawrence! ¿Tú rompiste el libro?...

—¡No, señor! —contestaron las chicas una por una.

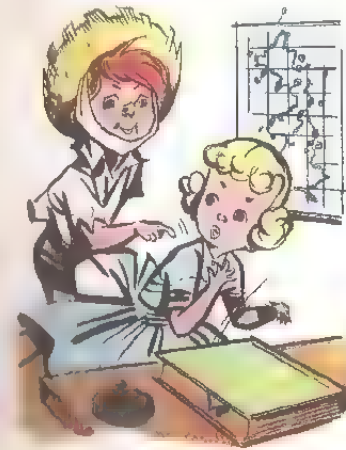
—¡Becky Thatcher...! —agregó. Y entonces me di cuenta de que me ponía colorada y más colorada y...

—¡Becky Thatcher...!! —repitió el maestro.

Me puse de pie temblando, pero en ese momento...

—¡Fui yo, señor! —gritó un chico.

¡Era Tom Sawyer! ¡Tom que se acusaba para salvarme! Yo lo miré y



hubiera querido decirle: "¡Oh, Tom! ¡Gracias, gracias! ¡Perdóname todo lo que pensé de ti!"

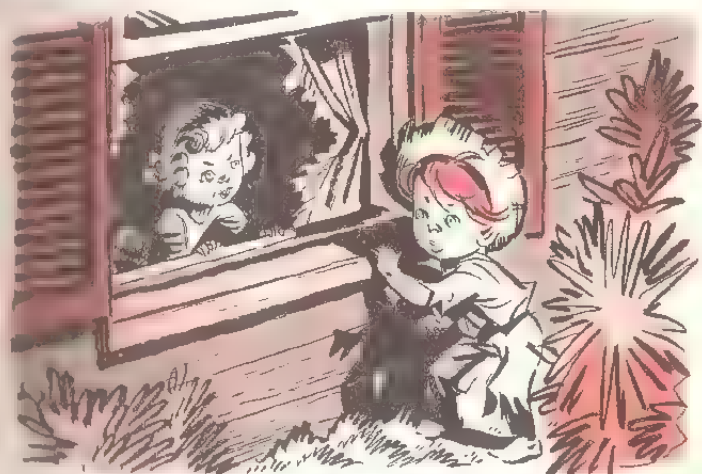
Claro que se armó un gran revuelo en la clase. ¡Parecía mentira que Tom se acusara así y que no tratara de excusarse! Desgraciadamente, muy pronto el maestro descubrió también el cuaderno manchado por Alfredo Temple y le aplicó un castigo doble a Tom: todo el resto del día de pie en un rincón, una mala nota en la libreta y... dos horas más de penitencia después de la clase. Pero esa penitencia no la hizo solo porque yo lo esperé en la puerta hasta que salió. Tuve que contarle la verdad sobre el cuaderno manchado y decirle que quería seguir siendo su amiga.

Domingo 10

A LA HORA de la siesta Tom y yo nos encontramos con Huck Finn en el desembarcadero. Huck estaba muy intranquilo porque no podía creer que una chica fuera capaz de guardar un secreto, y en cuanto me vio me preguntó:

—¿Contaste a alguien lo que te dijo Tom?

¡Cómo me alegré entonces de no habérselo dicho a Amy el otro día, cuando me enojé con Tom! En seguida fuimos al "campamento" de Huck. Es el campamento más raro del mundo: ¡un viejo tonel que hay allí en la ribera! Me dejaron sentar adentro y ellos se acomodaron en el suelo. Así discutimos y discutimos cómo



no poder encontrar el tesoro, es decir, ante todo debíamos averiguar qué significaba eso del "número dos". De pronto se me ocurrió algo:

—¿Hay algún hotel en el pueblo? —pregunté.

—Sí, hay uno. Y también hay una taberna —contestó Huck—. ¿Por qué? —No se dan cuenta? ¡Ya sé dónde está el tesoro! —exclamé—. Los cuartos de los hoteles siempre llevan números. ¡El "número dos" debe ser un cuarto!

Tom me miraba sin comprender y yo me atreví a decir: "¡Bueno! Al fin ¡cabo las chicas no son tan tontas!"

Los dos estaban entusiasmadísimos. ¡Fuimos a inspeccionar el hotel y la taberna esa misma noche el hotel y la taberna.

Yo, en cambio, regresé a casa porque no quería que se asustaran por mi ausencia. (Y además porque mamá me había prometido torta de nuez para el té.)

Las diez de la noche

Ya iba a subir para acostarme cuando oí unos silbidos en el jardín. Me asomé por la ventana. ¡Era Tom!

—¡Grandes noticias! —anunció—. Hay un cuarto número dos en la "Taberna del Gallo Verde", y bastante sospechoso. El dueño no quiso decirme quién lo ocupa, pero descubrí una puertecita que da a la calle de los tondos y entraremos esta misma noche. Debemos conseguir en seguida un farol y unas llaves.

Sin pensarlo dos veces me escabuí



llí por la galería y llegué hasta el galpón, donde se guardan los faroles para casos de emergencia. En el cajón de herramientas hallé también unas llaves viejas y se las entregué a Tom junto con el farol. También le di el elefantito blanco de mi pulsera para que lo llevara en el bolsillo porque trae buena suerte.

Ya hace una hora que Tom se marchó. ¿Dónde estará ahora? ¡Qué noche fría! Estoy pensando que mejor hubiera sido regalarle una bufanda de lana.

Lunes 11

ANOCHE los chicos ya estaban acercándose a la taberna cuando sucedió lo que menos esperaban: ¡salíó la luna! Había tanta luz que seguramente los hubieran descubierto cuando trata-

ran de entrar en la taberna. Han resuelto esperar otra noche.

Martes 12

Tom entró en el cuarto número dos!!! Recién me contó todo.

A las once, aprovechando que no había luna, los muchachos se deslizaron por el callejón y llegaron hasta la puerta. Inmediatamente Tom probó todas las llaves. Ninguna servía, además, chirriaban espantosamente. Entonces, sin darse cuenta, Tom se apoyó en el picaporte, lo hizo girar y... ¡la puerta se abrió! Estaba sin llave...

El cuarto era muy oscuro. Alumbrando con el farol que hasta entonces había tenido oculto, Tom miró hacia todos lados y... ¡¡HORROR!!! Su pie estaba tocando la mano del in-

dio Joe, que roncaba tendido en el suelo y completamente borracho.

Tom se asustó tanto que casi dejó caer el farol sobre el bandido. Saltó del cuarto tropezando con las botellas vacías desparramadas por el suelo y echó a correr como loco.

—¡Fuyamos! —le gritó al pasar a Huck, que estaba esperándolo. Y pronto se pusieron los dos a salvo.

Ahora Tom y Huck están tramando un plan, pues les parece casi seguro que el tesoro está allí.

Como Huck no tiene que ir a la escuela y puede dormir durante el día, él se guarda todas las noches frente a la puerta de los fondos. Entonces, cuando vea salir al indio, irá corriendo a la casa de Tom, silbará tres veces bajo su ventana y los dos

volarán a la taberna para llevarse el tesoro...

Tengo mucho miedo. ¿Qué pasará? A veces hasta me gustaría que el indio Joe nunca saliera del cuarto. Si Tom lo supiera... Pero es que tengo un miedo horrible de que los descubran.

Miércoles 13

Qué sorpresa me dió mamá! Me dijo que me estaba preparando un "picnic" y quiere que invite a todas mis compañeras. Yo no me di cuenta de sus preparativos. ¡Como para darme cuenta si no pienso más que en el tesoro!

Pero ahora sí que por un momento deberé olvidarme de todo eso. Quieren que yo misma escriba las invitaciones para el "picnic". ¡Qué lindo! Tomare-





mos la balsa grande —esa que llaman "ferryboat"— y desembarcaremos muchas millas más abajo, en el bosque, cerca de la montaña donde está la famosa cueva de Mac Dougal.

Tom dice que la cueva está llena de laberintos y es tan grande que nadie sabe dónde termina, pero que él la conoce como la palma de su mano.

Viernes 15

Ayer tuve que ayudar a preparar una canasta llena de tortitas. Además me obligaron a planchar mi vestido rosado, el que me queda tan lindo. Ahora voy a hacer los emparedados (vienen casi todos los chicos del pueblo). ¡Ah, me olvidaba: iremos los chicos solos! Unicamente nos acompañarán los hermanos mayores de Graciela Miller.

Por fin puedo seguir escribiendo mi diario. Hace casi dos semanas que lo interrumpí porque... porque casi me muero! Seguro me hubiera muerto si no hubiese sido por... Pero mejor es contar todo desde el principio.

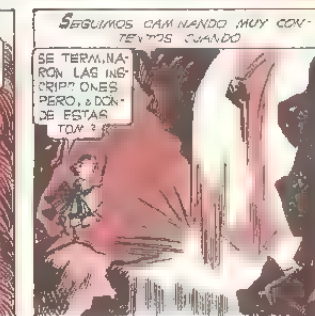
El día del "picnic" fué maravilloso. Jugamos y corrimos como locos por el bosquecito y trepamos por la montaña. Después del almuerzo el hermano de Graciela gritó:

¡A la cueva todo el mundo!

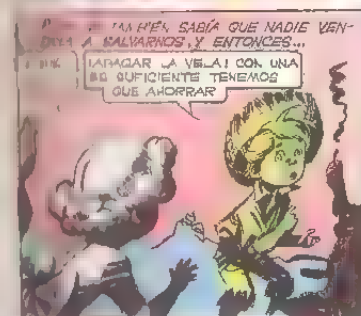
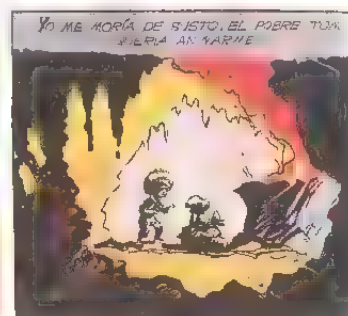
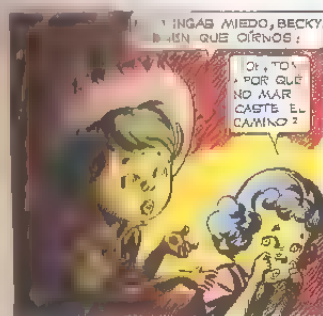
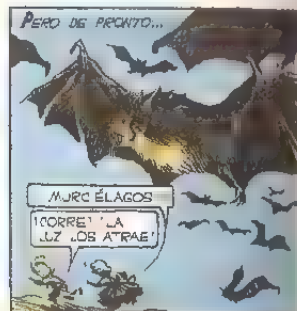
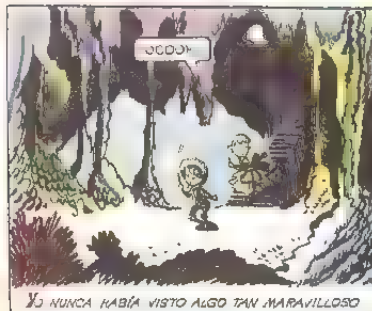
Jugamos una carrera para ver quién llegaba primero a la cima de la montaña, donde se encuentra la cueva de Mac Dougal.

Todo el mundo entró en la cueva. ¡Qué linda era! ¡Y qué rara! Las paredes parecían de piedra pómez, todas mojadas. Hacía muchísimo frío.

Y entonces...



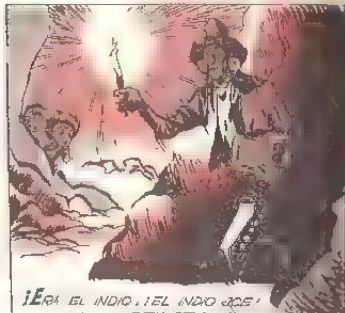
¡MIRARÍA PASADO AL OTRO LADO DE LA CUEVA Y LO SEGUI CON MANTANTE MIEDO.





¡CUCOS DE ALEGRIA ECHAMOS A CORRER.

PERO ENTONCES...



¡ERA EL INDI! ¡EL INDI QUE!



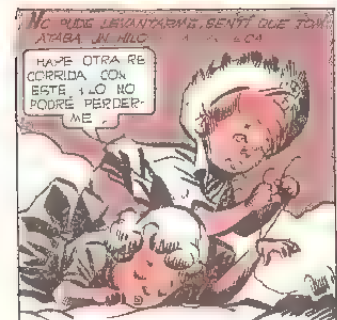
¡ESTABA ESCONDIENDO EL TESORO!



A M. ME TEMBLABAN LAS PERNAS

¡QUE MIEDO, TOM! ¡NO DOY MÁS!

¡ANIMO, BECKY! ¡ANIMO!



NO PUDE LEVANTARME, SENTÍ QUE TOM ATAGABA AL NIÑO.

HAPE OTRA RE CORRIDA CON ESTE Y LO NO PODRÉ PERDER.



ME PARECÍA QUE PASÓ UN SIGLO MÁS QUE...

AL PRINCIPIO PENSÉ QUE TOM MENTÍA PARA ANIMARME, PERO...



¡CASI NO PUEDO PASAR!

¡JERRAC O, BECKY!



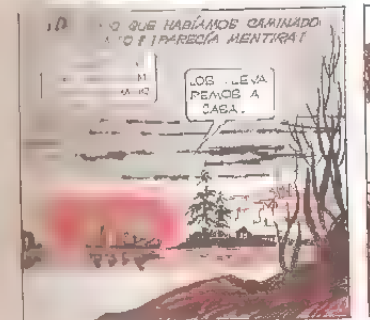
¡BEBEEH! ¡POR FAVOR, ESPERENNOS!

¡CAMINAMOS HACIA LA ORILLA Y SUBIMOS AL BOTE!



¡CONTAMOS TODO A LOS HOMBRES! PERO NADIE NOS CREYÓ.

¡NO PUEDE SER! ¡SI LA ENTRADA DE LA CUEVA ESTÁ A CINCO MILLAS DE AQUÍ!



¡DIO QUE HABÍAMOS OMINADO! ¡NO PARECÍA MENTIRAS!

¡LOS LLEVA REMOS A CASA.



¡CUANDO DESEMBARCAMOS EN SAN PETERSBURGO ERA DE NOCHE!

¡ADIOS! ¡Y UN MILION DE GRACIAS!

Cuando entramos en el pueblo nos sorprendió ver tanto movimiento a esas horas; después me enteré de que nuestra ausencia había causado una verdadera revolución en San Petersburgo. Resulta que las patrullas que nos habían buscado en la montaña no descansaban ni de día ni de noche. ¡Qué cara puso el primero que nos vio! ¡Creyó que éramos dos fantasmas! En seguida todo el pueblo estuvo en la calle: salían de sus casas, sin vestirse siquiera, en camisón, en pijama, y nos abrazaban llorando.

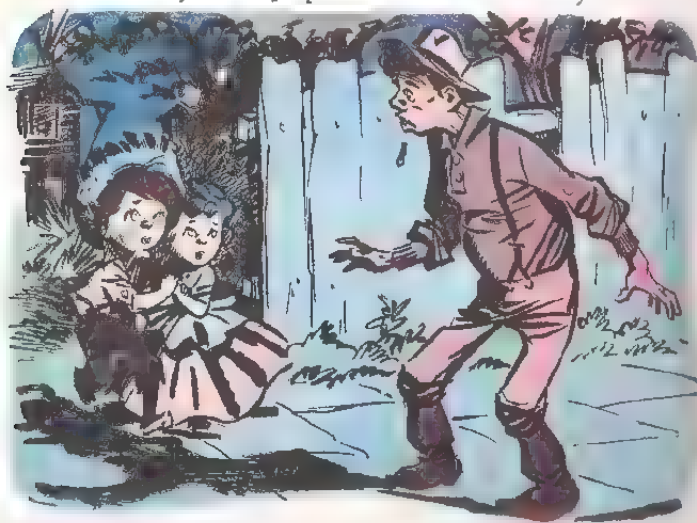
—¡Volvier a los chicos! —gritaba todo el mundo. Y las campanas de la iglesia sonaron a medianoche como en una mañana de fiesta.

No recuerdo muy bien lo que pasó

después. Sé que me separaron de Tom, que me llevaron a casa, que mamá salió a recibirme y que al fin pude estar entre sus brazos.

Esa noche nadie volvió a acostarse. Todos vinieron a visitarnos, todos querían verme y felicitar a papa y mamá. Pero a mí me mandaron en seguida a la cama porque ya no podía tenerme en pie. (Dicen que estuvimos más de tres días encerrados en la cueva.)

Una semana entera me quedé en cama. Por suerte Tom, que es más fuerte que yo, ya se levantó al día siguiente para venir a visitarme. Charlamos y hablamos de todo. Pero hay algo que no me quiso decir: ¿qué había sido de Huckleberry Finn?



Jueves 28

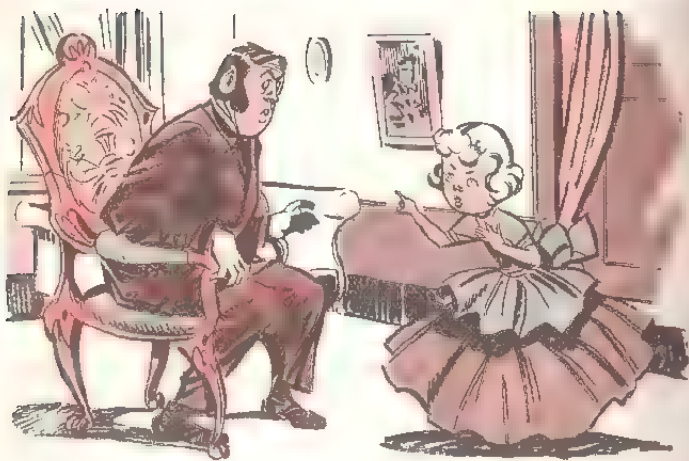
¡Ay me enteré de todo! Tom no me había dicho nada antes porque mamá le contó que yo soñaba en voz alta con los bandidos y le pidió que no me hablara de esas cosas. Pero ya estoy bien y Tom me contó todo. El sábado a la noche Huck estaba vigilando la taberna cuando vio salir al indio y a su compinche llevando una caja preciosa. Huck los siguió hasta la casa de la viuda de Douglas, donde se detuvieron. Entraron en el jardín y... ¡Huck detrás de ellos! La noche era tan oscura que podía estar a un paso de los bandidos sin ser visto. Oyó claramente la conversación. ¡Estaban por ir a la viuda, que es la más rica del pueblo! Entonces Huck se escabulló por entre las sombras del jardín y corrió a dar la alarma a un vecino de

la viuda, un viejecito que todos llaman "el escorés". Este, que como todos tampoco tiene mucha confianza en Huck porque lo cree un vagabundo inútil, lo atendió de mala gana; pero en cuanto supo lo que ocurría llamó en seguida a sus hijos, y, armados de sus escopetas, salieron en persecución de los bandidos.

Desgraciadamente los otros los oyeron llegar, y como son muy listos para esconderse y correr consiguieron escaparse. Ahora Tom y yo estamos seguros de que después de aquello el indio se refugió en la cueva. ¡Claro que no dijimos nada a nadie para no revelar el secreto del tesoro!

Viernes 29

Esta tarde, cuando volví del cole-



go, oí que papá estaba diciéndole a mamá: "El alcalde me contó que en cuanto los chicos aparecieron mando unos obreros a la cueva para que la cerraran con un portón de hierro".

Cas. me desmayo.

—Papá... ¡Hay que abrir esa puerta! —grité—. ¡El indio Joe está encerrado allí dentro!

Papá corrió a darle la noticia al alcalde, que tiene la llave de la puerta. Cinco minutos después todo el que tenía un bote o una balsa navegaba a toda carrera hacia la entrada de la cueva. Todos querían ayudar a capturar al indio, si aún estaba con vida.

¡Encontraron al indio! Pero lo encontraron... muerto, tendido junto a la puerta. ¡Muerto de sed y de hambre! Se me ocurrió que bien hubiera

podido descubrir la otra salida, "nuestra" salida; pero, ¡claro!, no la habría podido utilizar, porque por ese hueco solo pasa el cuerpo de un chico.

Ya no volveré a robar y matar —dijo papá.

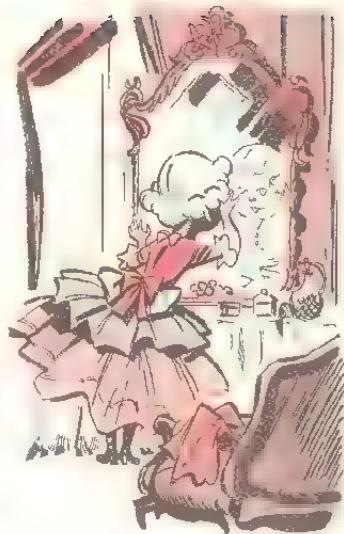
Y yo digo: ¡Ya no puede hacerle nada a Tom Sawyer!

Capítulo 30

Ahora que ya no hay ningún peligro Huck y Tom están decididos a volver a la cueva para rescatar el tesoro. Hasta ahora eso del tesoro casi me había parecido una leyenda. ¡Pero Tom me asegura que esta misma noche podré verlo con mis propios ojos! ¿Habrá solamente dinero o también pulseras y collares de diamantes? Tendría que habérselo preguntado a Tom.

lo que se refiere a los ros... pero hay nada que Tom no nos una cosa que yo se mejor el cozer. Y eso también sirve algo, pues Tom tuvo una idea tal. Como la caja del tesoro debe de ser pesada, irán y sacarán las monedas de oro o lo que sea, y las cargarán en bolsitas; será mucho más fácil llevarlo todo. Così toda la mañana. ¡Al menos treinta bolsitas! ¡Cómo me pinche los dedos! ¡Nunca aprende a usar el dedal...!

Cuando aquel día del picnic nos encontramos en la cueva con el indio, me asusté tanto que no me fijé dónde escondió el tesoro. Pero Tom recuerda todo muy bien: dice que está en el lugar por donde salimos y que lo encontrara fácilmente. Los chicos van a alquilar un bote y embarcarán cerca de ese lugar.



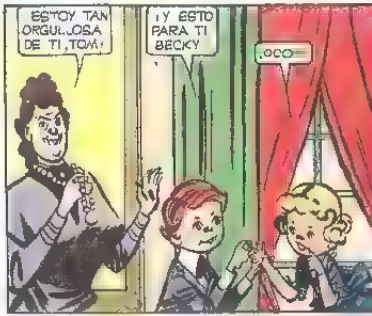
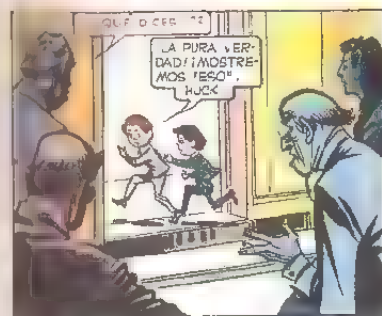
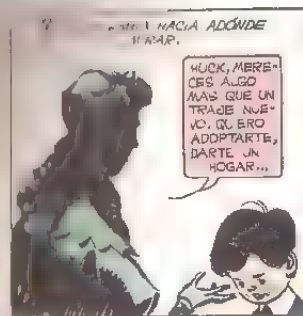
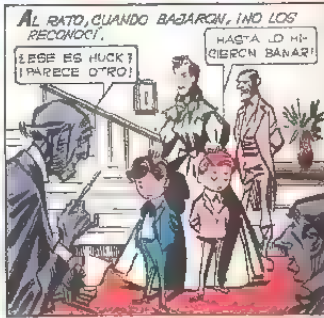
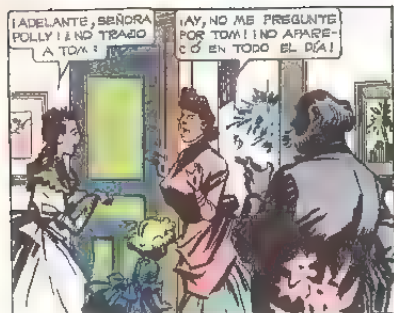
Tengo que vestirme en seguida. Mamá acaba de avisarme que estamos invitados a la fiesta que da la señora de Douglas nada menos que en honor de... ¡Huck Finn! Le está tan agradecida. Al fin y al cabo, él la salvó del indio Joe.

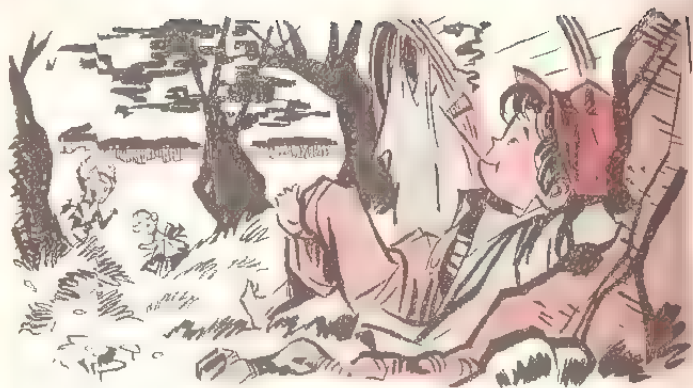
Dice mamá que la viuda tiene reservada una sorpresa para Huck y... para todos. ¿Qué será? ¡Con tal que los chicos vuelvan a tiempo para la fiesta! Si no, la señora se va a llevar una desilusión.

Ayer, cuando estábamos en la fiesta...



LA CASA DEL RECUERDO





Miércoles 4

Yo no había de otra cosa que de los achachos y... del tesoro de Tom y Huck, que ahora son los más ricos del pueblo. El alcalde, el señor Dobbs, mi papá... todo el mundo les da consejos sobre lo que tienen que hacer con el dinero. Todos hablan del futuro y de la carrera de los chicos. Si los hicieran caso tendrían que ser millones de dueños de fábricas, ingenieros, millonarios, todo a la vez! Pero sólo yo sé que lo único que le gustaría a Tom es tener un barco, irse por el río, ser pirata y hacerse pirata. Lástima que entonces... ¡yo no lo vería nunca más!

¡Guineo está silbando en el jardín.

Mucho más tarde

¡Eh, Tom! Y estaba preocupado sin... Vengo a decirte que la señora de

Douglas buscaba desesperada a Huck por todas partes. Esta mañana, cuando fue a despertarlo, encontró su cama vacía y, colgando de la ventana, una cuerda por la que debe haberse deslizado.

Tom y yo nos pusimos a pensar dónde podría estar, hasta que se me ocurrió algo. Se lo dije a Tom y le pareció una buena idea. Corrimos hasta más allá de la última casa del pueblo, hasta la ribera, y buscamos el antiguo campamento de Huck. ¡Allí estaba, tal como yo lo había sospechado, acostado en su tonel, descalzo y feliz!

—Huck! ¿Qué has hecho? —le preguntó Tom—. ¡La viuda te está buscando!

—Ya lo sé Tom. Pero no volveré —contestó—. No sirvo para esa vida. Tener que bañarme todos los días, aprender a usar tenedor y cuchillo, andar con cuellos almidonados que aprie-

No, Tom, no quiero. ¡Me basta con el río, mi papá y mi tonel...! Justo cuando nos descubrió esa cucaracha, nos hicimos bandidos y ¡vamos de lo lindo tenía que aparecer la viuda y arruinarlo todo.

—Escucha, Huck —dijo entonces Tom—. Yo también soy rico ahora, ¡no creas que por eso dejaré de hacerme bandido. Claro que si sigues viviendo así, en tu tonel, no permitiré que formes parte de mi banda. ¡Porque no será una banda así no más, sino como la de Robin Hood, que era todo un caballero!

Me pareció que Huck estaba casi

—¿De veras, Tom? ¿De veras que vuelvo a la casa de la viuda me de-

jarás entrar en la banda?

—¡Palabra de honor! —dijo Tom—. Además, Becky prometió pedirle a la viuda que no sea tan severa contigo. ¡Vamos, Huck!

Huck me dió las gracias y regresó con nosotros. Lo acompañamos hasta su nueva casa y vimos que la buena señora de Douglas lo recibía con los brazos abiertos.

¡Hoy le pedí a Tom que me deje ser bandido a mí también pero me contestó que antes tiene que consultar el libro de Robin Hood para saber si una chica puede serlo o no.

¡Ojalá pueda! ¡Qué lindo sería! ¡Pasan tantas pero tantas cosas cuando una está al lado de Tom Sawyer!



Pidan todos los meses

EL DIARIO DE MI AMIGA

la extraordinaria colección que publica las aventuras de las más famosas heroínas. Cada libro trae una novela completa y más de 120 ilustraciones a todo color. Se han publicado últimamente los "Diarios" de: Julia en alta mar; Sarita, que con sus hermanitos dirige un restaurante sumamente divertido, Marina, la chica detective de Venecia; Andresita, la muchacha lustrabotas; Perlita, la negrita norteamericana; la Sirenita; Nieves, la maestra y Carmencita, la chica que vió al General San Martín.

En el mes de agosto aparecerá:

EL DIARIO DE MI AMIGA

IBENE



Apasionante aventura de una chica francesa que resuelve un gran problema en el cual nadie la puede ayudar.

DIARIOS Y REVISTAS

SE ENVIA A DOMICILIO

EDITORIAL MESA DE PUBLISITADORES: C. I. D. I. A. - PIEDRAS 113 - BUENOS AIRES

EL DIARIO DE MI AMIGA CARMENCITA Copyright by Editorial Atlas, Buenos Aires y sus filiales. Se permite la reproducción de los dibujos de esta revista en forma gratuita a la Comisión Nacional de Defensa de la Propiedad Intelectual. Se permite la reproducción de los dibujos de esta revista en forma gratuita a la Comisión Nacional de Defensa de la Propiedad Intelectual.

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

OESTERHELD

N. 39

El diario de mi
amiga

Carmencita



La chica que vió al Gral. San Martín



Posta de Palmira.

MAÑANA, por fin, por fin, ¡mil veces por fin! veré de nuevo a papá. Un año sin verlo, desde que salió de Buenos Aires en viaje de negocios!

Tío Ramón y tía Clara son muy buenos y me quieren mucho, pero no es lo mismo. ¡Ya estaba extrañando demasiado a papá!

Tío Ramón, que viene conmigo en la silla de postas, se hace el ofendido y dice que yo ya no lo quiero más, que soy una ingrata y otra cosas por el estilo. Pero él sabe que no es así que a él lo quiero todo lo que se puede querer a un tío bueno. ¿Cómo no voy a quererlo si se parece tanto a papá?

La jornada de hoy fué bastante linda: cada vez que pienso en la travesía después de San Luis, los montes, los arñedos y los sembrados me parecen más y más hermosos. Lástima que, co-

mo siempre, tío Ramón casi se pelea con un señor que subió en Los Sauces.

—¿Es cierto que los realistas van a pasar la cordillera para atacar a Mendoza? —le preguntó mi tío, que siempre anda a la pesca de noticias.

—¿Los godos atacar a Mendoza? —el hombre se echó a reír—. ¡Qué esperanza! ¡Seremos nosotros los que pasaremos a Chile a darles la paliza! ¿Qué se cree que está haciendo San Martín en Mendoza?

—No sé... —dijo tío—. Pero no creo que San Martín, con los pocos paisanos mal armados que puede levantar aquí, en una provincia pobre como ésta, se atreva contra los españoles de Chile... ¡No olvide lo que pasó en Rancagua!

El señor miró a mi tío como con ganas de pegarle.

—Oiga —dijo al fin— ¿Está usted

a favor o en contra de la revolución?

—¡A favor, por supuesto! —se apuró a contestar tío Ramón—. Pero no me gusta hacerme ilusiones.

Y no dijo más, furioso contra el otro. Y furioso consigo mismo, porque había tenido que mentir.

Porque tío Ramón, lo mismo que todos sus amigos cuando están solos, dice que lo menos que merecen los que se han levantado contra el rey es ir derecho al infierno. Un día me contó que los "criollos haraganes", para no tener que trabajar como Dios manda, se habían alzado contra el rey, aprovechando que los franceses lo tenían prisionero al pobrecito. Debe ser como él dice, porque tío Ramón es muy bueno y todo el mundo lo quiere. Además, él mismo me ha dicho que papá piensa como él, por algo nacieron los dos en España y juraron al rey.

Pero todo esto es política, y yo no entiendo nada de política. Lo más importante es que mañana estaré otra vez con papá.

Noviembre 6, Mendoza

AHORA sí que puedo decir: ¡por fin! ¡El viaje ha terminado! Ya no tengo que pensar que mañana nos espera otra etapa y después otra y otra... Pero no estoy contenta. Al contrario, me siento más solitaria y triste que nunca. Tuve el alegrón, sí, de volver a verlo a papá, ¡pero duró tan poco!

Apenas bajé del coche me encontré abrazada por papá, me abrazó tan fuerte que me costó trabajo besarlo. Tan contentos estábamos los dos que no hacíamos otra cosa que abrazarnos y reír. Y llorar también. Hasta que tío Ramón se enojó y nos preguntó si íbamos a estar así hasta la noche.

Entonces papá nos llevó a la casa



de tío Pedro, su otro hermano. Papá estaba loco de ganas de charlar conmigo, pero tuvo que atender a tío Ramón, que estaba impaciente por saber como andaban los negocios en Mendoza. Porque él viene para asociarse con papá y tío Pedro; creo que andan en negocios de caballos.

—Aquí, en Mendoza —le explico papá—, las cosas van mal. San Martín, en su afán de organizar el ejército, está aplastando el comercio con los impuestos. Tan mal va todo que mañana mismo salgo para Chile; allí sí que pueden hacerse negocios, después de Rancagua...

—¿Te vas mañana a Chile? —preguntamos a la vez tío Ramón y yo. Pero papá sólo pareció oírme a mí.

—Sí, chiquita —me dijo con ojos muy tristes.

—Pero... —protesté. Y sentí que



otra vez se me llenaban de lágrimas los ojos—. ¡Entonces apenas vamos a estar juntos!

A la tarde

La casa de tío Pedro es grande y antigua; hay un gran patio con una parrá enorme, dos o tres naranjos y un gran jazmín.

Allí nos esperaba tío Pedro, que es varios años mayor que papá y tío Ramón; es un señor que da miedo de tan serio y tieso. A su lado estaba tía Concepción, tan seria y tiesa como tío Pedro; vestía de negro y tenía mantilla negra en la cabeza. Venían los dos de misa, donde habían rezado para que los españoles de Chile se resolvieran de una vez y vinieran a Mendoza "para poner en su lugar a estos criollos desorejados, que cada día están más prepotentes". (Así dijo tío Pedro.)

—¡Sí! —aprobó tío Ramón—. ¡Hasta que eso no ocurra no habrá felici-



dad para estos pueblos! ¿No es así, Vicente? —terminó, dirigiéndose a papá.

—No sé, Ramón —dijo papá meneando la cabeza, como con pena—. Esta guerra es demasiado cruel. ¡Al fin y al cabo es una guerra entre hermanos!

—¿Hermanos nuestros, los criollos? —se escandalizó tía Concepción—. ¡Por Dios, Vicente, qué cosas dices!

Papá me puso la mano en el hombro y sonrió:

—No te olvides, Concepción, que mi Camencita es una criolla...

Tía Concepción abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y la cerró.

Estuve muy triste durante la cena. Casi no comí pensando que papá se

iba. Al terminar, tío Pedro se levantó y propuso un brindis.

—¡Por el rey! —exclamó.

—¡Por el rey! —brindó tío Ramón.

Papá brindó también, pero lo hacía con menos ganas que los otros. Hace un ratito papá vino a mi cuarto para despedirse: sale mañana de madrugada.

Otra vez lo abracé y, aunque me había propuesto ser valiente, no pude. Tuve que llorar.

—Ganaremos los realistas, ¿verdad, papá?

—No importa quién gane. Lo principal es que acabe pronto... Si conocieras a los rebeldes comprenderías que no son malos... Que quizá tienen más razón que los realistas...

Antes de irse me acostó y me hizo



prometerle que no lloraría y que me dormiría en seguida. Le dije que sí, pero no pude cumplir

Noviembre 7

ESTA mañana aproveché que Clorinda, la negra que hace las compras, salía de la casa y me ofrecí a acompañarla.

—¡Cómo no, niña! —repuso contenta. Verá cuánta gente hay en el mercado!

Fuimos hasta la plaza donde están los puestos de los vendedores. Había mucha gente comprando: había criadas de casas ricas, mujeres del pueblo, paisanos que habían venido en una tropa de carretas, detenida a un costado de la plaza; se veían negros esclavos cargados con canastas de frutas, trotando detrás de señoras que ca-

minaban muy tiesas, muchas con aire que las hacía parecer a tía Concepción. Había mucha bulla porque todos hablaban a la vez, y los vendedores gritaban y porfiaban.

Clorinda se detuvo junto a un vendedor, un viejecito barbudo, cubierto con un ponchito, descalzo, sentado con su mate junto a una pila de zapallos.

—¿Y las cebollas que me prometió para hoy, "no" Santos? —le preguntó.

—Ande a reclamárselas a San Martín —dijo el viejecito. Y se rió, arrugándose todo.

—¿A San Martín?

—¡Ajá! Ayer dió una orden requi-

sando cuanta cebolla y ajo había en Mendoza...

—Pero... ¿con qué vamos a cocinar, entonces?

—Con piedras, aunque sea, negrita —contestó el viejecito guiñando un ojo—. ¿Qué prefieres? ¿Que tus patrones coman bien o que los soldados no aguanten la altura en el paso por la cordillera? Porque el ajo y la cebolla son para eso, para combatir el mal de altura...

—Me ganó, "no" Santos —Clorinda sonrió—. Habrá que arreglarse sin ajo y sin cebollas. Déme ese zapallo grande.

La conversación me dejó pensativa: la gente se está privando de todo con tal que el ejército vaya bien provisto

al cruce de la cordillera...

No terminó allí la cosa: poco después, cuando Clorinda charlaba con una linda vendedora de cacharros de barro, vi pasar a un paisano emponchado, muy alto y de rostro serio, duro; traía un caballito serrano de la brida y el caballito tiraba un carro y el carro iba lleno hasta el tope de ristras de ajo...

Vi que se le acercaba un señor bien vestido, de largas patillas y rostro muy blanco. Me arrimé, porque algo en la actitud del señor me pareció sospechoso, y escuché oculta por un carretón.

—¿Adónde llevas esa carga? —preguntó el señor en voz baja.

—Al Plumerillo, señor... A entregarla al ejército.

—Este... ¿Cuánto te pagarán por ella?



—No sé, pero no ha de ser mucho... Dicen que el ejército no tiene dinero; quizá saque unos cien reales. ¿Por qué?

—Porque yo podría pagarte tres veces esa cantidad... —dijo el señor sonriéndole, insinuante—. ¿De acuerdo?

El paisano lo miró impasible.

—Ven —continuó el señor—. Vamos a un lugar donde no nos vean. Te daré cuatrocientos...

El paisano no se movió.

—Vea, don —dijo, casi sin mover los labios—. Tengo dos hijos en el ejército.

—¿Y qué tiene eso?

—¡Tiene que ellos pueden necesitar estos ajos! —contestó el paisano adelantándose un paso.

Intimidado, el señor retrocedió.

—¡Te daré quinientos reales! ¡El ejército te dará apenas cien!

—¡Aunque no me den nada igual los llevo! —dijo, con energía, el paisano.

El señor dió media vuelta y se perdió entre la gente.

El paisano volvió a tomar de la brida al caballo y se alejó.

—Vamos, niña Carmencita —me llamó Clorinda—. Es tarde, y la señora se enojará.

Apenas volvimos a casa me senté a escribir.

Me alegro por haber salido con Clorinda y por escuchar a la gente del mercado: ahora comprendo por qué papá dijo que esta es una guerra entre hermanos. ¿Cómo considerar ene-

migos al viejecito de los zapallos o al paisano que tiene hijos en el ejército y que antes de negociar su mercancía prefiere regalarla?

Papá es más bueno que tío Pedro. Y que tío Ramón. ¡Y que todo el mundo!

Noviembre 10

Hoy seguí adelante con mi propósito de conocer a los "insurrectos". Me pegué a tía Concepción, que iba a la iglesia.

—La catedral es tanto o más importante que la de Buenos Aires —me decía la buena señora mientras caminaba muy derecha a mi lado—. Tiene una campana maravillosa —agregó—. Ya la oirás dentro de poco, cuando toque a oración.

Cuando llegamos a la plaza vimos una cantidad de gente agolpada junto a la iglesia.

En lo alto del campanario habían colocado un andamiaje y un tosco aparejo de madera; varios hombres, haciendo equilibrio entre los maderos, tiraban de gruesas cuerdas. Otros, desde abajo, tiraban también.

Y por la abertura del campanario aparecía ya la mole oscura de una enorme campana...

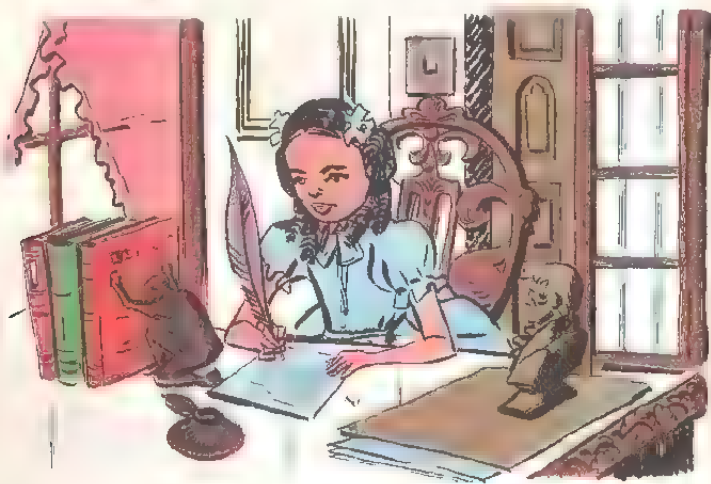
—Pero... ¿qué están haciendo? —preguntó tía Concepción con un hilo de voz.

—Están bajando la campana porque el ejército la necesita —explicó sonriendo un hombretón con delantal de cuero (por el aserrín que tenía hasta en las cejas debía de ser un carpinte-



ro). La van a fundir y harán cañones con el bronce.

—¡Cañones! —exclamó tía temblando de indignación—. ¡Qué sacrilegio!





No lo veo —dijo a nuestro lado una voz resuelta.

Nos volvimos y nos encontramos con uno de los soldados que, fusil al brazo, vigilaban que la gente no se acercase demasiado. Era un muchacho; por la cara no pasaría de los quince años. Esto alentó a tía Concepción, que aprovechó para desahogarse:

—¿Qué vas a ver tú, si ni siquiera sabes verte los agujeros en los zapatos!

Era cierto: los destrozados zapatos del soldado dejaban ver los dedos de los pies.

—¡Aunque sea descalzo puedo pelear a los godos, señora! —retrucó el muchacho, con una chispa de rabia en los ojos—. Pero sin cañones no se puede. ¿No le parece que esa campana será más útil con forma de cañón que con forma de campana?

Tía Concepción no siguió. Una palabra más y se habría delatado como realista.

El soldado ya no la miraba: me miraba a mí ahora, y ya no había rabia en sus ojos. No sé por qué, pero me hizo gracia lo bien que se las cantó a tía. Le sonreí y él me sonrió también.

¡Soldado Velázquez! —tronó un sargento de recio bigote y alto como una puerta—. ¡A su puesto!

El muchacho dió un respingo y trotó a ponerse cerca de la campana.

A todo esto tía Concepción me tiraba de la manga:

—Vámonos, Carmencita —me decía por lo bajo—. Me enferma ver todo este chusmaje haciendo herejías...

No me gustó oírle hablar así; no veo qué tenían de "chusma" aquellos soldados. Al fin de cuentas, ¡si no tienen cañones de algún lado los tienen que sacar!

Además, no me gusto lo que le dijo al soldado sobre los zapatos rotos; él no tiene la culpa si su general no puede comprarle otros. A propósito, ya sé lo que haré: he oído que los soldados están visitando las casas para pedir ropa; cuando vengan a la nuestra les daré un par de zapatos de tío Ramón, que tiene muchos, y les diré que son para el soldado Velázquez.

Noviembre 11

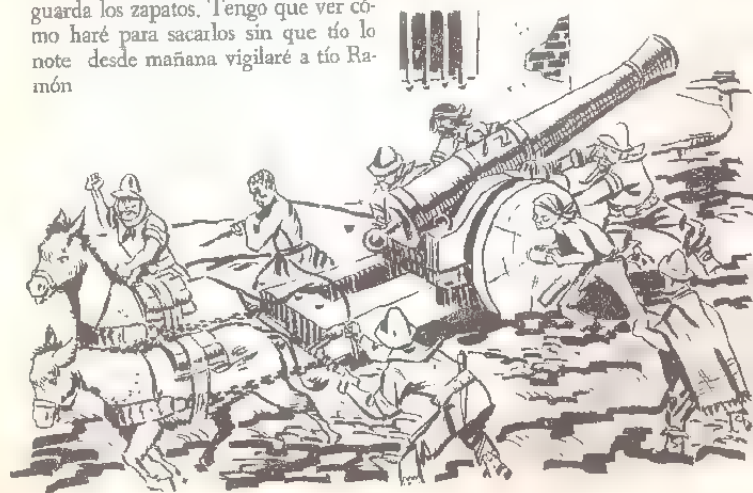
Hoy fué en día bien aprovechado porque descubrí dos cosas importantes: una, cuál es el par de zapatos que tío Ramón usa menos: son unos botines fuertes, que trajo de Buenos Aires para andar por el campo, pero que no se pone nunca, siempre quedan en el fondo de la vieja petaca riojana donde guarda los zapatos. Tengo que ver cómo haré para sacarlos sin que tío lo note desde mañana vigilaré a tío Ramón.

La otra cosa importante que descubrí hoy es por que pelean los insurrectos. Lo contaré con detalles porque vale la pena:

Veníamos tía Concepción y yo de lo de doña Engracia, donde habíamos ido a tomar chocolate; cuando vimos en la calle un cañón atascado en el barro.

Me paré para mirar; tía quiso seguir pero no le hice caso: aquella era una ocasión única para ver de cerca a los soldados rebeldes.

Un montón de hombres desarrapados, paisanos y negros mezclados, trataban de sacarlo. habían atado sus mulas a la cureña, pero ¡nada...! y eso que estaban brillantes de sudor. También los hombres estaban que no daban más.



Un paisano algo más grandote que los otros tironeaba de la mula delante a la vez que le soltaba unos lazos como para tumbarla.

Tía Concepción puso el grito en el cielo.

—¡Santo Dios! ¡Pobres animalitos. ¡Lo que les espera en la cordillera si esto es aquí!

El paisano la oyó. Dejó las mulas y, arrastrando el arreador, se nos acercó.

—¿Le preocupan mucho las mulas, señora? —preguntó con rara cortesía.

—¡Sí! —lo encaró mi tía, envalentada por el tono sumiso de él— ¡Es una herejía lo que hacen con los pobres animalitos!

El paisano retorció el arreador entre

los puños. Le brillaron los ojos de rabia contenida:

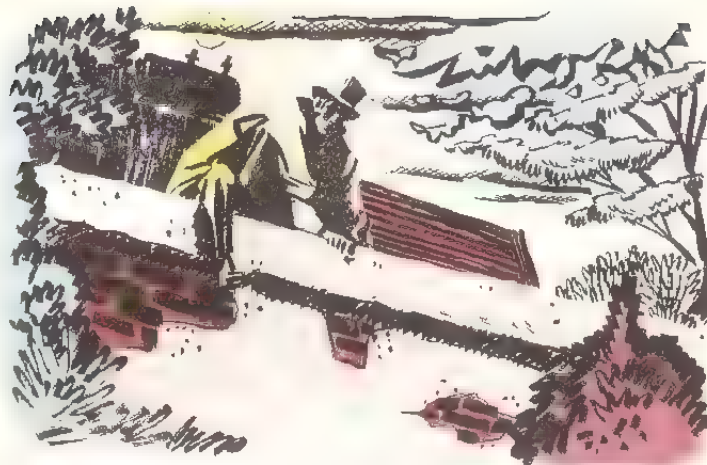
—¿Y de los hombres no se preocupa, señora? ¿Se cree que esos gauchos y esos negros la van a pasar mejor que las mulas? ¡Las mulas no van a pelear, señora!

—¡Si van a pelear ustedes es porque quieren! —retrucó mi tía—. ¡Nadie los obliga! En cambio las mulas...

—¿Que nadie nos obliga a pelear, señora? ¡Se equivoca! ¡Nos obliga a pelear la gente como usted, que cree que el pobrerío ha de ser siempre ganado de trabajo! Peleamos para ser libres, señora... y ser libres quiere decir trabajar en lo nuestro, dar enseñanza a los hijos, vivir como hombres, no como animales...!

Mi tía perdió la cabeza:

—¡En las galeras del rey van a aprender lo que es trabajo!



—¿Cómo dijo?!

Creo que el paisano le da con el arreador si, del otro lado del cañón, no hubiera aparecido un soldado.

—¡Recluta Molina! ¡A su puesto! —le gritó

Su voz me era conocida... ¡Sí, era el soldado Velázquez!

Es decir, ya no era soldado: ahora tenía en la manga grandes jinetas de cabo. Claro que seguía con los mismos zapatos rotos.

—¡Ocúpese de la mula, no de la señora! —gritó con voz que quería ser recia como la del sargento que lo retara a él pocos días antes

—Está bien, mi cabo —dijo el paisano. Y volvió a tironear de la mula. Lo hizo con tanta fuerza que, luego de un momento en que todos parecieron inmóviles, el cañón se desencajó.

Y poco después pasaban delante de nosotras los gauchos y los negros, cansados, sucios de barro, pero contentos.

Tía Concepción se santiguó, pero el cabo Velázquez no la miró. Me estaba mirando a mí.

¡Sí, ahora creo saber por qué pelean los "insurrectos", como les dice tía. Cada vez entiendo más a papá: ésta es una guerra entre hermanos.

A las doce de la noche

Y a lo creo que el de hoy fué un día bien aprovechado! A las dos cosas importantes que descubrí hoy debo agregar una tercera: ¡Tío Ramón anda en algún asunto turbio!

¿En qué asuntos andará para salir así de la casa, de noche y saltando la tapia, como un ladrón?



En fin, no quiero averiguar nada. La gente grande tienes cosas que una no entiende. De lo que estoy segura es de que tío Ramón no anda en nada malo, él es demasiado bueno para eso.

Noviembre 12

EN varias casas de la vecindad anduvieron hoy los soldados, pidiendo cosas para el ejército. Seguro que mañana nos toca a nosotros.

Esto significa que para mañana debo tener en mi poder los zapatos de tío Ramón. Me hubiera gustado pedirselos, pero él no me los daría para un "insurrecto".

Lo malo es que todo el día se ha quedado en su cuarto, creo que escribiendo. Ya veo que tendré que esperar

hasta bien tarde para ver si sale, como anoche. Entonces sí podré colarme en su cuarto y llevarme los zapatos.

¡Si supiera el soldado Velázquez el trabajo que me da!

¡Otra vez a medianoche!

Si ayer descubrí cosas importantes, hoy acabo de descubrir algo mucho más importante, ¡algo importantísimo!

En casa se conspira... ¡Sí, se conspira!

Contaré cómo lo descubrí.

Como dije antes me quedé vigilando el cuarto de tío Ramón para ver si salía. Lo hizo a la misma hora de ayer: de nuevo saltó la tapia y desapareció.

Aproveché y corrí hasta su cuarto. La puerta estaba sin llave, y en seguida estuve revolviendo la petaca riojana. Encontré los zapatos, y ya escapaba con ellos cuando me llegó un rumor de voces

Venían de la sala, y me dejaron helada. Yo creía saber todo lo que pasa en la casa, y nadie me había dicho que vendría tanta gente. Porque las voces eran de muchos hombres discutiendo...

No pude entender lo que decían, pero oí algunas palabras como "agentes secretos"... "atrasar a San Martín"... "sublevar a los indios"...

Hubiera querido acercarme hasta la sala, pero habría tenido que pasar por el cuarto de tía y no me atreví.

Pero esto no lo dejo así. mañana me esconderé temprano en el arcón de la sala y escucharé lo que dicen. Porque mañana se reunirán de nuevo, algo así les oí decir cuando exclamaban a coro: "Viva el Rey!"

Estoy resuelta a averiguar qué están

tramando. No sé por qué, pero la suerte de los "insurrectos" me preocupa cada vez más. Y ya no estoy tan segura de quién quiero que gane

*noviembre 13,
antes de cenar.*

HICIE bien en sacar anoche los zapatos de tío Ramón. Porque hoy, cuando almorzábamos, sonaron unos aldabazos en la puerta.

Clorinda corrió a abrir y en seguida regresó diciendo excitada:

—¡Soldados, amo. ! ¡Andan juntando cosas para el ejército...

—¡Echalos! —estalló tío Pedro.

—¡No! —lo contuvo tío Ramón—. Eso sería confesar abiertamente que somos realistas...

—Tienes razón —resopló el tío Pedro—. Pon algunas ropas viejas en una canasta, Clorinda, y dásela.

Sí, amo a Clorinda se le ensanchó el rostro



—Yo te ayudaré —le dije

Y antes que pudieran atajarme me fui tras la negra.

Ya en mi cuarto envolví los botines de tío Ramón en una panoleta vieja y me reuní con Clorinda. Esta, con celeridad muy sospechosa, ya tenía listo un fardo tremendo.

Fuimos las dos hasta la puerta. Y me encontré con lo que no imaginaba: ¡allí estaban, esperando, el soldado Velázquez y el sargento de los bigotes!

—La patria les agradece —dijo el sargento haciendo sonar los tacos— Toma la canasta, Mario.

Pero el soldado no le obedeció: se había quedado mirándome, con los ojos muy abiertos...

—¡Cabo Velázquez! —estalló el sargento—. ¡Tome esa canasta!

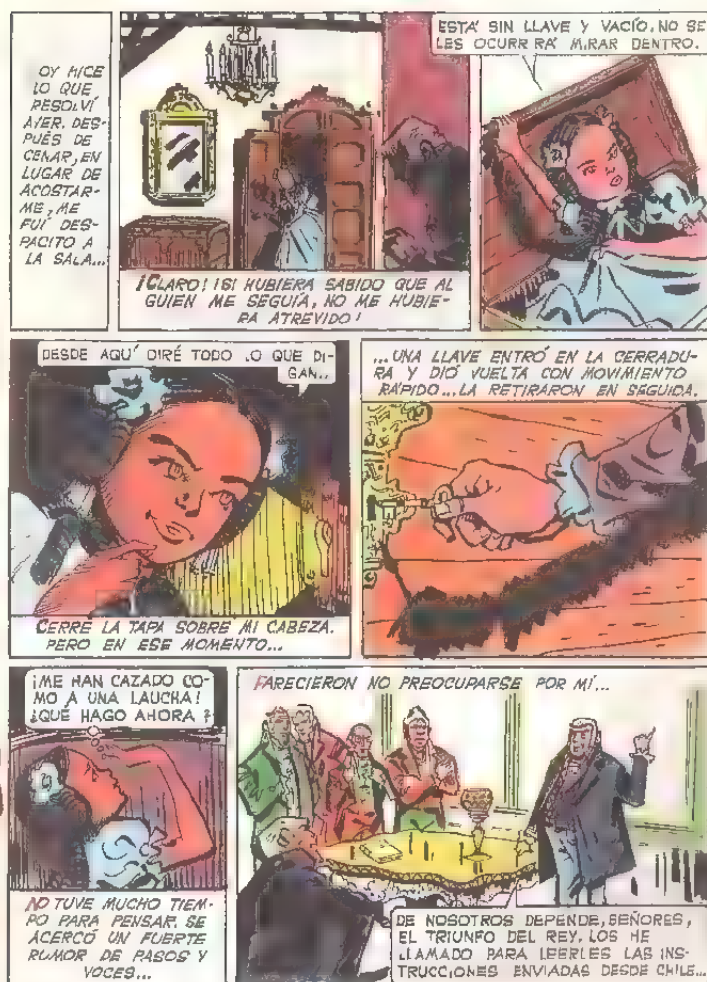
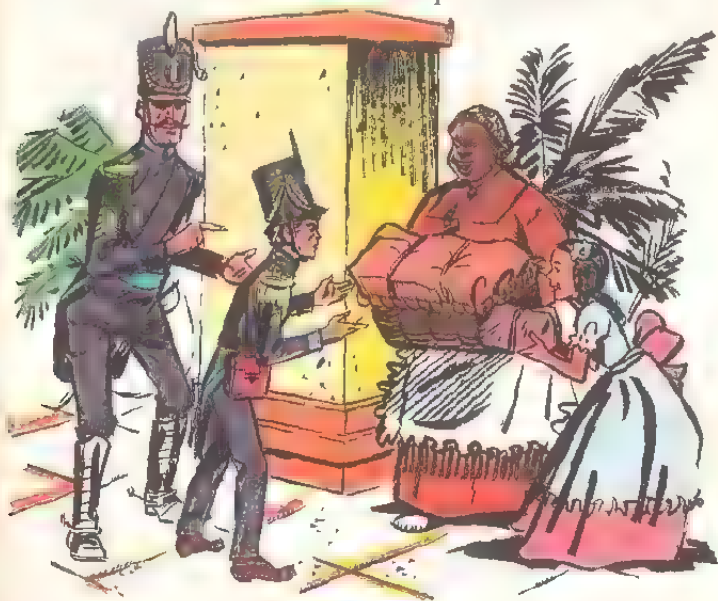
Mario, digo: el soldado, dejó de mirarme y se abalanzó sobre la canasta.

Un momento después se alejaban marcando el paso.

Quedé contenta porque ahora Mario, digo: el cabo Velázquez, no andará con los zapatos rotos.

Con tal que tío Ramón no se dé cuenta...

¡Y con tal que nadie me descubra en lo que haré dentro de un rato!





Aunque luce mal en preocuparme, porque tío Ramón me ayudó a salir y me acarició sonriendo

—Un poco más —me dijo— y los realistas te hacen prisionera...

—¿Cómo los realistas? ¿Y tú qué eres, tío?

—He cambiado de manera de pensar, Carmencita. He hablado con alguien que me enseñó lo que esta guerra es... Una guerra entre hermanos y no una guerra entre españoles y americanos; una lucha entre liberales, que aspiran a la igualdad entre los hombres, y reaccionarios, es decir, los que desearían que los ricos, los poderosos, siguieran oprimiendo al pobre para siempre...

—¿Quién te dijo todo eso?

Me miró muy serio y dijo:

—Sé que podrás guardarme el secreto, para algo eres una criolla. Quien me explicó todo es el general San Martín

—¿Quién?!

—Sí, Carmencita, el general... Me mandó llamar y, en unas cuantas visitas nocturnas, me convenció. Habla con tal convicción, con tanta claridad, con tanto fuego que es imposible no seguirlo. Desde que me habló soy otro hombre, ahora comprendo muchas cosas que antes no entendía. Y, sin que nadie lo sepa, estoy ayudando al ejército...

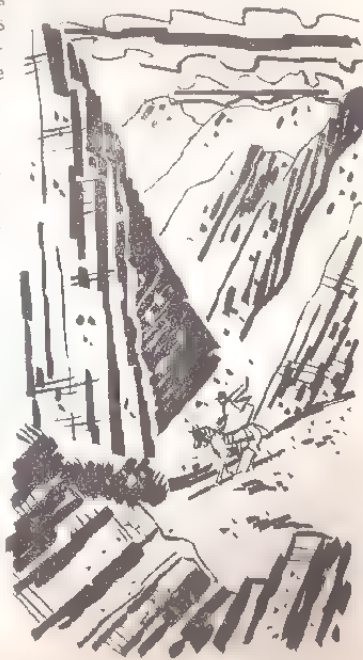
—A papá le hubiera gustado oírlo...

Volvió a mirarme, más serio aún que antes, y agregó:

—Ahora puedo decírtelo, Carmencita: tu papá y San Martín son

muy amigos, tienen las mismas ideas. Se conocieron en Buenos Aires y hace dos años que tu papá trabaja para el general. Los negocios eran pretextos con que nos engañó a todos; lo que hacía era ir y venir de Chile con informaciones... El general apreciaba mucho a tu padre, Carmencita...

Mientras hablaba, sentí como que un gran nudo se me aflojaba en el pecho. Y tuve necesidad de llorar y de que él me abrazara, ya que no estaba allí papá para hacerlo...



¡Qué feliz, qué raramente feliz me he sentido! ¡Poder querer con todas las fuerzas este cielo, esas montañas, este aire que huele a jazmín, todo lo que hasta ahora me decían que no tenía que querer porque había que querer a España y a su rey!

Ahora estoy contenta también, pero a la vez siento un miedo grandísimo. Papá está en Chile, es un agente de San Martín... Si lo descubren los realistas... Bueno. Mejor es no pensar

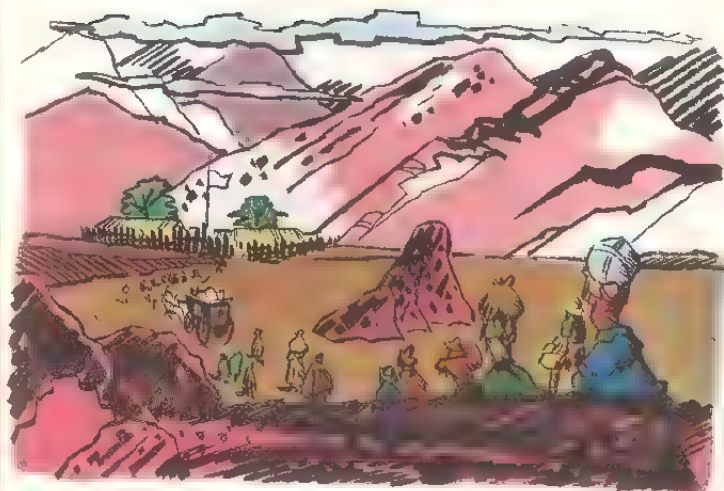
Noviembre 23

He pasado varios días sin escribir porque estuve ocupadísima. Convini- mos con tío Ramón en que yo, aunque a tío Pedro y a tía Concepción no les guste, empezaría, como cosa mía, a

hacer todo lo posible por ayudar al ejército. Junto con las esclavas de tío, que son cinco, empezamos a coser uniformes con tela que los soldados reparten. Es una tela dura y áspera, como que la hacen aquí mismo, en un batán improvisado con un molino, pero es muy fuerte.

¡Hay que ver las ganas con que trabajan las esclavas! Saben que son uniformes para hombres que morirán por la libertad de todos, y trabajan como si en ello les fuera la vida...

Tío Pedro y tía Concepción no dijeron nada. Claro, no podían decir nada, porque si no la gente se daría cuenta de que no desean el triunfo de los "insurrectos", como les llaman a los patriotas. Me dan mucha lástima;



quisiera explicarles que están equivocados, pero tío Ramón me dijo que no es posible, que son demasiado viejos para cambiar.

Al día siguiente de la famosa noche del arcón, tío Ramón les dijo a tío Pedro y a don Félix que había sabido se sospechaba de todos ellos y que era mejor dejarse de conspirar durante un buen tiempo. Mejor así; ¡sería horrible tener que denunciarlos!

Dejo porque estoy cansadísima. ¡Cómo agota coser uniformes!

Diciembre 15

Me caigo de sueño. Fui con Clorinda al Plumerillo, a llevar uniformes. ¡El camino parecía una romería con tanto ir y venir de gente con cosas para el ejército!

El Plumerillo, el lugar donde el ejército ha levantado el campamento, es un llano, al norte de la ciudad, a cosa de una legua.

Diciembre 20

Cada vez trabajamos más. Ahora han pedido que las familias preparen vendas e hilas, y nos pasamos el día deshaciendo cuanto trapo encontramos.

Estoy contenta porque hasta tía Concepción vino a ayudar: dijo que preparar vendas para los heridos es mejor que coser uniformes.

Diciembre 26

La Navidad fué celebrada con más ganas que nunca: en todas las casas se ha rezado por el ejército, porque





la campaña de Chile termine pronto, porque el viento de la cordillera se apade de nuestros soldados...

Es raro, pero cuando pienso en el ejército pienso en Mario. Anoche me acordé mucho de él, y me he dado cuenta de que sería espantoso que le ocurriera algo. Tan joven, con esa cara casi de chico, ¡y me lo han hecho cabo!

Pensé también en los compañeros de Mario. Y, sobre todo, en papá. ¡Si al menos supiera que algún día volveré a verlo...!

Diciembre 29

Hoy sí que desearía que mamita estuviera conmigo. ¡Con cuántas ganas la abrazaría y le contaría todo lo que me pasa! Ella me entendería y me ayu-

daria a comprender lo que ni yo misma comprendo...

Como otras veces, salí en el cochecito para llevar hasta el Plumerillo un gran fardo de vendas e hilas.

Esta vez fui sola porque Clorinda estaba con dolor de muelas.

Entregué en la barraca de la Sanidad las vendas y las hilas y cuando salí encontré a un cabo parado, muy tieso, al lado del cochecito: ¡era Mario!

—Le estaba cuidando el caballo —dijo mirando para otro lado—. Se estaba impacientando...

—Sí. Es muy arisco —admití, aunque el pobre tordillo jamás supo lo que es un corcovo.

—¿Sabés una cosa? —dijo de pronto, casi como enojado—. Faltan pocos días para la partida y yo.

Se atrancó y quedó mirándome. Tragó saliva y siguió:

—¡Y yo quisiera llevar un recuerdo, como llevan todos los soldados! —terminó de prisa, atropellando las palabras.

—¿Un recuerdo? ¿Y eso le preocupa? ¡Hay tantas cosas que se pueden comprar en Mendoza!

No es un recuerdo cualquiera lo que necesito... quisiera llevar... ¡un recuerdo tuyo!

Me puse colorada, pero me gustó muchísimo. Desaté la cinta de terciopelo que llevaba al cuello y se la di.

—Gracias! —murmuró.

He vuelto a la ciudad sintiéndome muy contenta y a la vez con unas ganas locas de llorar; por eso quisiera que manita estuviera viva. Porque la

idea de que un soldado del Ejército de los Andes lleva mi cinta al pecho me llena de un orgullo grandísimo. Pero a la vez pienso que puede pasarle algo, en todos los peligros que le esperan en Chile y, entonces sí, me cuesta mucho aguantar las lágrimas.

Enero 1

Me llamaron de casa de los Olazábal. Tía Concepción les dijo, parece, que yo sé bordar muy bien, y quieren que las ayude.

—Claro que no podemos pagarte por el trabajo —me dijo la señora Laureana.

¿De qué trabajo se trata, señora?

—De ayudarnos a bordar la bandera del ejército...

Si hubiera sido de mi edad le pe-



go. ¡Como si yo necesitara paga para bordar nada menos que la bandera que guiará al ejército!

Me llevó a la sala, donde había otras señoras jóvenes, entre ellas también la señora Remedios, ¡la esposa del general! Y en seguida nos preparamos para trabajar.

—Lástima que la tela sea sarga y no seda —se quejó una de las señoras, una gordita muy arreglada.

—Era la única del color adecuado —dijo la señora Laureana.

—Sí —intervino otra, Dolorcitas—. La encontramos justo en la última tienda que quedaba por revisar. En una calle de nombre romántico, ¡calle del Cariño Botado!

—Basta de charla y a trabajar —di-

jo la señora Laureana y se levantó. ¡El general quiere jurar la bandera día de Reyes, así que tenemos apen cinco días!

—No podremos hacerla —dijo la gordita y nos miró desalentada—. Hay cen falta muchas cosas que sólo se encuentran en Buenos Aires. ¿De dónde sacaremos, por ejemplo, las lentejuelas para el escudo, los hilos de colores, las perlas...?

—De las lentejuelas me encargo —repuso Laureana—. Las sacaremos de mis abanicos. El óvalo y el sol del escudo los adornaremos con los diamantes de la roseta de mamá.

—También las perlas de mi collar servirán para adornarlo —dijo la señora Remedios.

No sé por qué, aquí tuve ganas

de llorar. ¡Remedios, la esposa del general, daba hasta sus perlas para la bandera!

No se discutió más y nos pusimos a trabajar.

Enero 4

Todos estos días estuve muy ocupada con la bandera. Me duelen los ojos de tanto bordar, pero vamos saliendo adelante. Claro que, como lo previó la señora gordita, tropezamos con muchas dificultades. El dichoso óvalo del escudo, por ejemplo.

—Si el óvalo sale mal, la bandera hará reír a la gente —decía Laureana, desalentada—. ¿Quién podría dibujar un óvalo perfecto?

—No se preocupen —intervino Do-

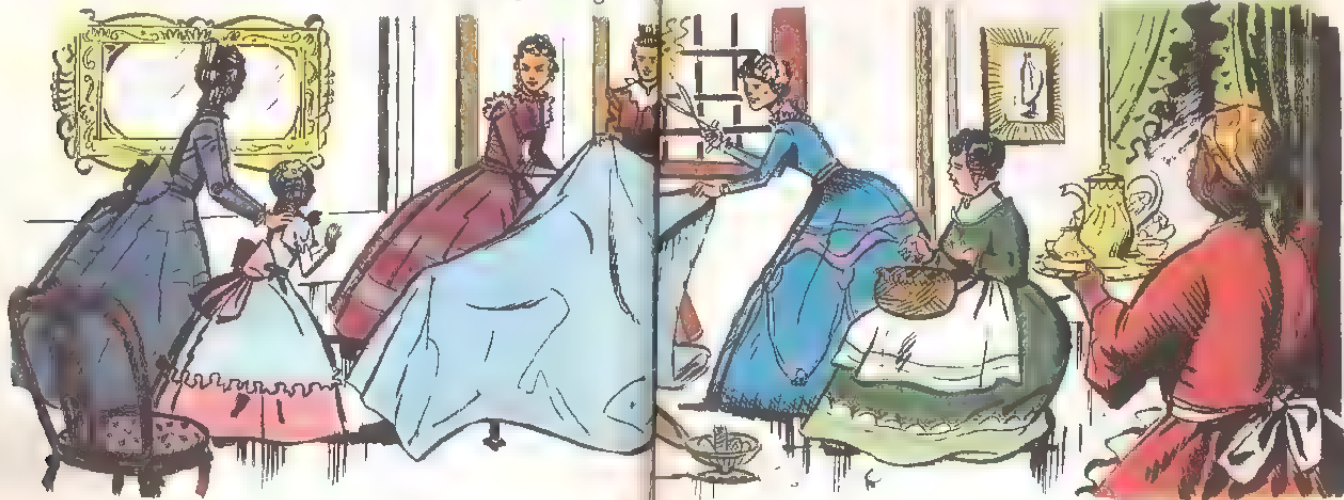
lorcitas, que se da idea para todo—. ¡Pondremos una bandeja sobre la bandera y le pasaremos un lápiz alrededor!

También fueron un problema las manos del escudo.

—¡Tienen que ser de color carne y sólo tenemos hilo rojo! —dijo la gordita con ganas de llorar.

—No te aflijas —se rió Dolorcitas, que es impagable—. Herviremos el hilo rojo en lejía, ¡y ya verás qué lindo color carne nos queda!

Así, una por una, se han ido venciendo las dificultades. Ahora el único problema es el tiempo. Pero qué problema! ¡La bandera tiene que estar lista para pasado mañana temprano y falta tanto todavía.!



ERAN LAS DOS Y MEDIA DE LA MADRUGADA DEL DÍA SES CUANDO DIMOS LAS ÚLTIMAS PUNTADAS LA BANDERA ESTABA TERMINADA...

¡QUÉ HERMOSA HA QUEDADO...! PENSAR QUE QUIZA PRONTO LAS BALAS LA BORDEN A SU MANERA...

NO SEAS PESIMISTA ¡PIENSA MEJOR QUE ÉSTA SERÁ LA BANDERA DE LA LIBERTAD DE AMÉRICA!

SAÍ DE LA CASITA DESPUÉS DE LAS TRES. LA BUENA CLORINDA ME ACOMPAÑÓ. LUEGO YO TANTO SUÉ NO QUE NI SE COMO LLEGAMOS A CASA!

HASTA MAÑANA, CLORINDA.

HASTA MAÑANA, NENA.

ESTABA POR ACOSTARME CUANDO VI UNA SOMBRA EN EL PATIO...

ES DON FELIX... ¿QUÉ HARÁ A ESAS HORAS?

ERA, SÍ, AQUEL ESPAÑOL EXALTADO. ESTABA PASANDO UNOS DÍAS EN CASA...

PRESTEN MUCHA ATENCIÓN...

ME ACERQUÉ A ESCUCHAR...

ESTA VEZ VA EN SERIO: JUNO DE LOS POLVORINES DEL EJÉRCITO VOLARÁ DENTRO DE MEDIA HORA! CON ESTO LOS RETRASAREMOS AVISEN A LOS OTROS...

SALIERON, Y YO QUEDÉ SOLA EN EL PATIO.

HAY QUE AVISAR... ¡SI TIO RAMÓN ESTUVERA EN CASA!

NO TENÍA A NADIE A QUIEN RECURRIR: TIO RAMÓN ESTABA EN SAN RAFAEL. PODÍA CORRER A LA POLICÍA, PERO ¿QUIÉN ME HARÍA CASO? ANTES...

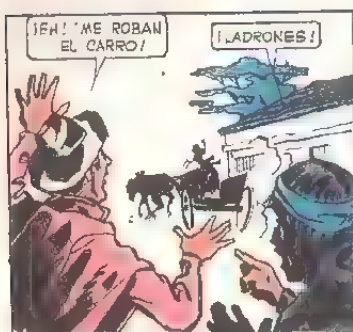
...QUE PUDIERA CONVENCER A ALGUIEN YA PASARÍA LA MEDIA HORA.

¿QUE HACER, QUÉ HACER?

¡UN CARRITO EN LA PUERPERIA! ¡QUE EL DUEÑO ME PERDONE, PERO ME LO LLEVO!

DESPUÉS LE EXPLICARÉ. AHORA NO HAY TIEMPO...

¡ALGUEN GRITO ADENTRO!



¡EH! ¿ME ROBAN EL CARRO!

¡LADRONES!



¡MÁS LIGERO, CABALLITO!
¡HAY QUE AVISAR AL
EJÉRCITO!

ANDUVE TAN LIGERO QUE NADIE
ME SIGUIÓ.



NUNCA OLVIDARÉ, TAMPOCO,
LO QUE ENCONTRÉ CUANDO
LLEGUE AL CAMPAMENTO.

¡DESMAYARON A
LOS CENTINELAS!

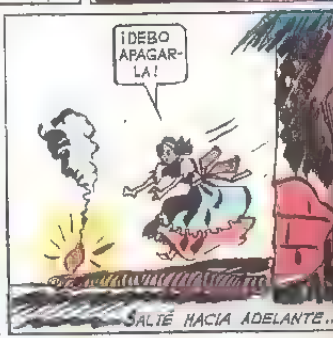


AQUEL HA DE SER EL
POLVORÍN... ¡OTRO SOLDADO
DADO EN EL SUELO!



¿Y AQUELLO? ¡OH! ¡HE
LLEGADO MUY TARDE!

ALGO LUMINOSO CORRÍA POR EL SUELO...



¡DEBO
APAGAR-
LA!

SALTÉ HACIA ADELANTE...



¡A TIEMPO! PERO...
¡Y ESAS SOMBRAS!

APAGUÉ LA MECHA Y CORRÍ A ES-
CONDERME...



LA HABRÁ
APAGADO
EL VIENTO...

¡QUÉ VIENTO NI QUÉ
OCHO CUARTOS...!
¡AQUÍ HAY PISADAS!



¡ESTA CHIQUILLA LA
APAGO! ¡ENCIENDELA
OTRA VEZ, SILAS!



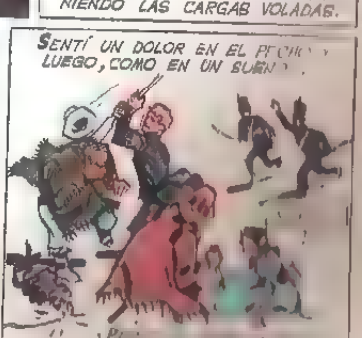
¡SI GRITAS,
A PAGARÁS!

VI ARDER LA YESCA EN MANOS
DEL BANDIDO. UN INSTANTE MÁS
Y EL EJÉRCITO DE LOS ANDES
PERDERÍA VARIOS DÍAS REPO-
NIENDO LAS CARGAS VOLADAS.



...Y UN ATRASO DE DÍAS SERÍA QUI-
ZA EL FRACASO DE LA CAMPAÑA...
NO PENSÉ EN MÍ.

¡CABO DE GUAR-
DIA! ¡SOCORRO!



SENTÍ UN DOLOR EN EL PECHO...
LUEGO, COMO EN UN SUEÑO...

Enero 17
HE estado enferma, muy enferma. Tanto, que el doctor Paroissien, el médico inglés de ejército, dijo que no podían llevarme a casa, que había que atenderme en el campamento.

Todo esto lo supe hace poco, porque he pasado no sé cuántos días sin darme cuenta de nada. Y tan débil estuve que recién ahora puedo escribir.

Seguro que el doctor se enojará si me ve hacerlo, pero tengo que hacerlo!

Porque hoy pasó algo tan extraordinario que me pareció un sueño maravilloso...

El mismo doctor me alzó esta mañana y me puso en una silla de ruedas. Y me llevó por entre las tiendas al gran espacio que hay en el centro.

—Quiero que veas la partida de las tropas, Carmencita —me dijo.

Se oyó un redoble de tambor, imponente, acompasado.

¡Una masa de infantería, una mole azul, erizada de fusiles, surgió del fondo del campamento!

—Es la división del general Las Heras —me explicó el doctor—. Parte hacia Los Patos, el paso que lo llevará a Chile...

Las lágrimas hicieron borrosas las figuras de aquellos soldados que marchaban con resolución tremenda, como si estuvieran a la vista del enemigo. ¡Iban a iniciar la gran empresa de cruzar los Andes, de llevar la libertad al territorio vecino!

Una tras otra pasaron las compañías con movimiento exacto, preciso.

De pronto lo reconocí: allí al costado de su guerrilla venía Mario, el cabo Mario Velázquez. Llevaba mi cinta en el pecho, atada a un botón.

—¡Mario! —le grité.

Durante un instante me miró. Qui-

se saludó con la mano, pero otra vez miraba ya al frente, hacia la montaña enorme que aguardaba allá, blanqueando sus nevados al sol.

Pasó la infantería de Las Heras, pasó un cuerpo de caballería, carros, las mulas, la artillería con complicados aparejos para vencer los difíciles de la cordillera, la columna de la sanidad...

Y se perdieron por fin a lo lejos ya estaban en camino del peñón de la cordillera, camino de Chile...

¿Qué podía hacer yo, sino llorar?

Lo mismo que hago ahora. Llorar por tanto bravo que va a caer. Y temblar por Mario. Y por papá, que está allá tras la montaña, en pleno territorio enemigo, en el puesto quizá el más difícil de todos...

Lloro, sí, pero no sólo de tristeza.

¡Lloro también de orgullo, de orgullo por esta patria que está naciendo

por el esfuerzo de todos!

Febrero 14

¡ACABA de llegar la noticia maravillosa!

¡El ejército de San Martín deshizo a los realistas en Chacabuco!

No se saben detalles, pero parece que la victoria ha sido completa.

¡Todavía me duele el cuerpo por el apretón que me dio tío Ramón cuando trajo la noticia!

Ahora soy yo quien se queja por que San Martín se llevó los cañones! ¡Nos ha dejado sin campanas para saludar la victoria!

Y no sigo porque ha venido Clorinda a avisarme: ¡habrá fuegos de artificio en la plaza y ya se oyen tambores y gritos...!

Me voy. Entre toda la gente que se alegra tanto con la noticia me parecerá estar más cerca de papá... y de Mario.



Lola

LA NIÑA
DEL
CIRCO

creado por
BRECCIA

Historietas y cuentos completos



¡Qué casa que se llama
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!

¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!

Empiezo de nuevo. La casita ya no
se mueve porque paramos al lado
de una linda pradera. Todos bajaron
y se estiraron sobre el césped mientra
yo. Porque es primero de marzo y
juré empezar hoy mi Diario. Por eso
me quede en la casita. Es decir, "ca-
sita" la llamo yo. Los demás siempre
dicen "el coche". Pero me parece in-
justo porque... coches hay muchos.
Pero sirven solamente para ir de un
lado a otro mientras que en el nue-
stro vivimos, dormimos, cocinamos y
hasta escribimos. Por eso la llamo "ca-
sita" y no me importa si alguien se rie.

Porque hay alguien que se rie de
mí. Se llama Pom... ¡Pero no! No
quiero comenzar mi Diario con cosas

¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!

¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!
¡Qué casa que se llama!





Después de la tarde

¡Hemos llegado a la ciudad! Papito ya ha alquilado un solar baldío y los peones están levantando el toldo del circo. ¡Qué alegría! ¡Por fin podré trabajar otra vez sobre la cuerda!

Martes 2. Mediodía

Recién vuelvo del desfile de nuestro circo por las calles de la ciudad. Siempre lo hacemos para anunciar la primera función. Hoy me resultó más divertido que nunca: Mañana, el negro, me dejó montar sobre la cabeza de Do, uno de los tres elefantes. Y no solamente a mí sino también a Celestino, mi moniti. ¡Cuánto gracia hizo! Los chicos saltaban y gritaban de alegría cuando pasábamos.

La señora Lung me llama para almorzar. ¡Qué buena es! Siempre nos prepara la comida y eso que trabaja de trapecista. Además es china.



Después de la cena

Me pasé toda la tarde sobre la cuerda ensayando mis pruebas de equilibrio para que todo salga bien en la función de mañana. Ahora estoy cansada. Daré de comer a Celestino y después... ¡a la cama!

Importante: Celestino se llama así porque tiene los ojos celestes como los nomeolvides. Mario y Timoteo, los payasos, me lo regalaron para mi cumpleaños y no trabaja en el circo.

Miércoles 3

¡Ha ocurrido algo! Algo terrible, y tengo miedo de que sigan ocurriendo cosas. ¡Y todo por unos terrones de azúcar!

La culpa la tiene Pompo Pompone, el domador de los osos. Es un hombre muy malo. ¡Sí! Ahora lo digo! Aunque papito diga que su número es el mejor de todos. Claro que es muy divertido ver cómo Fritz y Franz, los osos, bailan la milonga, juegan en un "sube-y-baja" y hasta corren una carrera con patines. ¡Pero hay que ver cómo los trata Pompone para que hagan todo eso! Los paga con su laugo, les grita y lo peor es que antes de cada función los deja todo el día sin comer. Después, durante la prueba, les da unos terrones de azúcar como cebo. ¡Y claro! Fritz y Franz obedecen todas sus órdenes para calmar un poco el hambre.

Ahora bien: resulta que hoy, justo



antes de la función de las tres, por la jaula de los osos Ling, el hijito de la señora Lung. Es malabarista y eso que sólo tiene seis años. Es un chico muy bueno, y cuando vió llorar de hambre a Fritz y Franz les arrojó todo el azúcar que había en la caja que Pompone deja al lado de la jaula.

¡Buena! Cuando comenzó la función Fritz y Franz, felices y contentos con todo el azúcar que habían comido, ni quisieron entrar en la arena. El cebo de Pompone no los atraía para nada y apenas se movieron sobre los patines. Bien que mal Pompone terminó su número y salió de la pista. ¡Pero estaba tan furioso que da miedo! Agarró a Ling y le preguntó si él le había dado el azúcar a los osos. Ling estaba por confesar y Pompone ya había levantado su enorme maza para pegarle una tremenda paliza cuando yo pasé...

— ¡Suelta a Ling, don Pompone! le grité —. ¡Yo tengo la culpa!

¡Cómo me miró Pompone! ¡Parecía un ogro!

—No le voy a pegar a una chica —dijo, y sus labios temblaron de rabia—, pero ya que me arruinaste mi número me vengaré ¡Verás!

Y se fué echando maldiciones.

¿Qué hará Pompone? Dentro de media hora comienza la función de la noche. ¡Tengo un miedo!



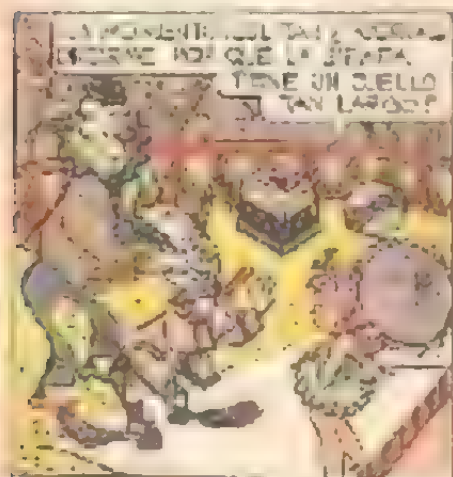
zuerda y me dió un beso. Tuve mucho éxito con mi número. Pero aún tengo miedo de que Pompone me haga una mala jugada. El jamás se olvida de las cosas.

Al día siguiente

Salvo que Pompone no habla con nadie todo sigue como de costumbre: lo más bien y lo más alegre. Después de terminar mi número en la "matinée", cuando ya estaba por salir de la pista, me atajaron Mario y Timoteo, los payasos...

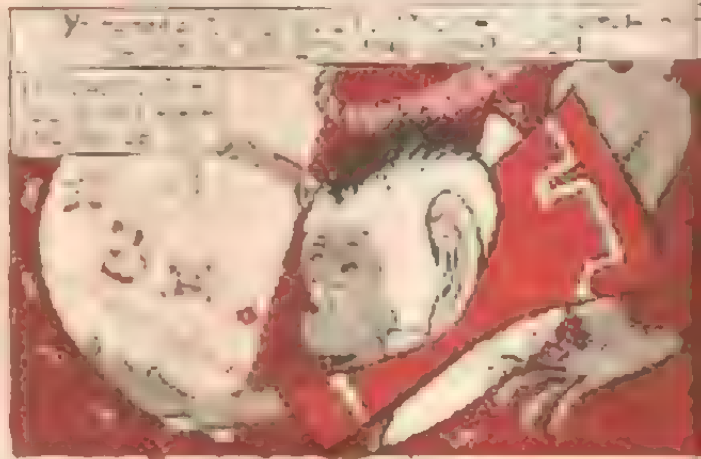
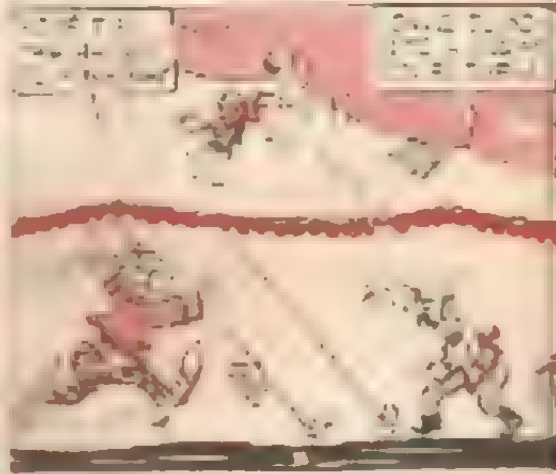
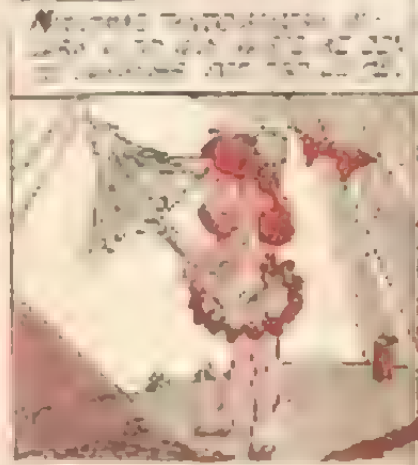
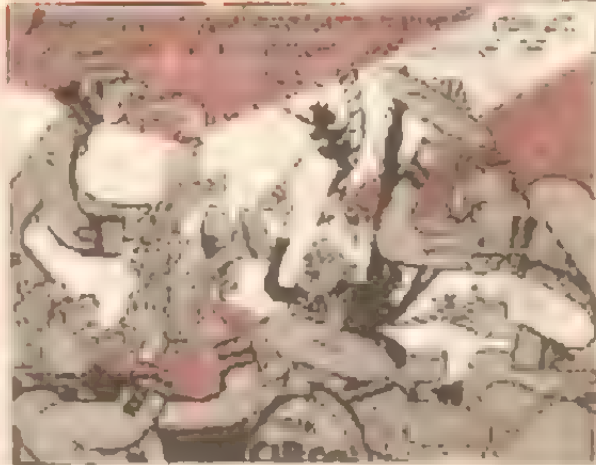


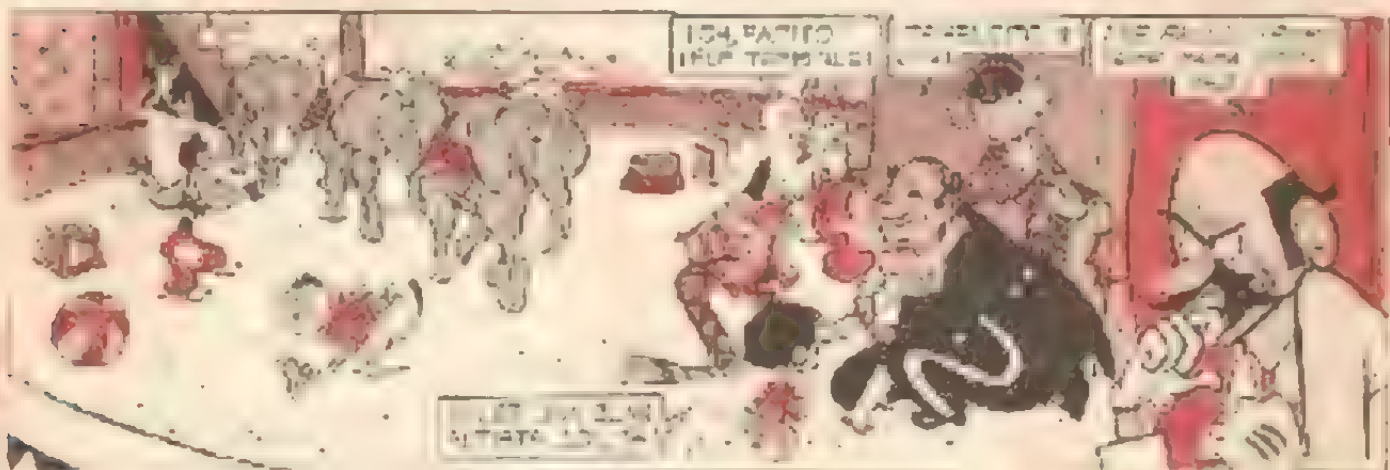
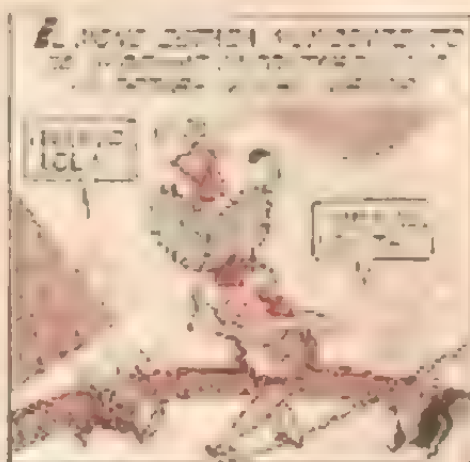
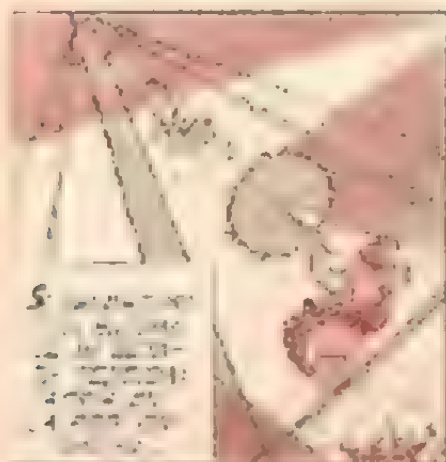
A NOCHE no pasó nada. Yo había contado todo a papito y él me tranquilizó, revisó si estaba bien atada la



Pierres 5. A medianoche
¡Lo hizo! ¡Esta noche, en la un-
 ción! Es decir, quiso hacerlo, qui-
 so vengarse y...

La venganza de POMPONE





Sábado 6

Todos dicen que es una barbaridad lo que Pomponc me ha hecho anoche. Y papito dice que es una infamia que un artista quiera hacer daño a otro. Esta mañana lo citó en el coche que dice "Administración". Yo estaba afuera y no entendí lo que le decía. Sólo él cuando Pomponc gritó: "¡Bueno, Rossini! ¡Si le parece me voy hoy mismo! Pero vamos a ver cómo se arreglará sin mí!"

Domingo 7

Anoche se fué. Estuve espiando por la ventana de mi casita para ver cómo se marchaba el gran Pomponc, cabizbajo y sin el adiós de nadie. Pero, ¿qué vi? Salí sentado en

un tractor y se llevaba la jaula con los osos y detrás otra jaula con Coriolano, uno de los leones.

En seguida corrí a avisar a papito que Pomponc estaba por robar nuestros animales, pero él me dijo:

—No son nuestros, Lolita.

Al principio no entendí. Pero ahora sí que entiendo: Fritz y Franz pertenecen a Pomponc. Cuando papito lo contrató los trajo consigo y ahora, claro está, se los lleva. Yo no lo sabía...





Jueves 8

Desde que Pampone se llevó a Ciriaco, Fidoín quedó como una muerta. Siente tanta nostalgia de su compañero que no tiene ganas de hacer nada. Esta noche no quiso saltar a través del arco de fuego. El público silbó de descontento y papito hizo un papelón. Yo lloré de pena. ¡No sé cómo seguiremos trabajando!

¿Adónde se habrá ido Pampone con sus osos y su león?

Viernes 9

Esta tarde no pudimos empezar a tiempo con la función. El Maestro Fermato no encontraba su batuta por ningún lado. Buscamos y buscamos por todo el circo y al final yo la encontré...



En mi vida había visto un hindú. ¡Pero hoy vi uno! Se presentó en el circo para mostrar sus pruebas. Es laquir y se llama Bengala. Hace cosas impresionantes: se acuesta sirviendo sobre una cama con pautas tan agudas que dan miedo. También se traga unos sables duros y largos sin mastrearlos siquiera. ¡Himno a Bengala! y por último sacó una flauta y...



canasta. Empezó a tocar y de la canasta salió una serpiente que bailó y bailó hasta que Bengala dejó de tocar. Timoteo me dijo que esto se llama "encantar serpientes". A mí también me encantó. A todos. Y papito lo contrató para sustituir el número de los osos.

Nota: La serpiente se llama Tatiana, la bailarina.

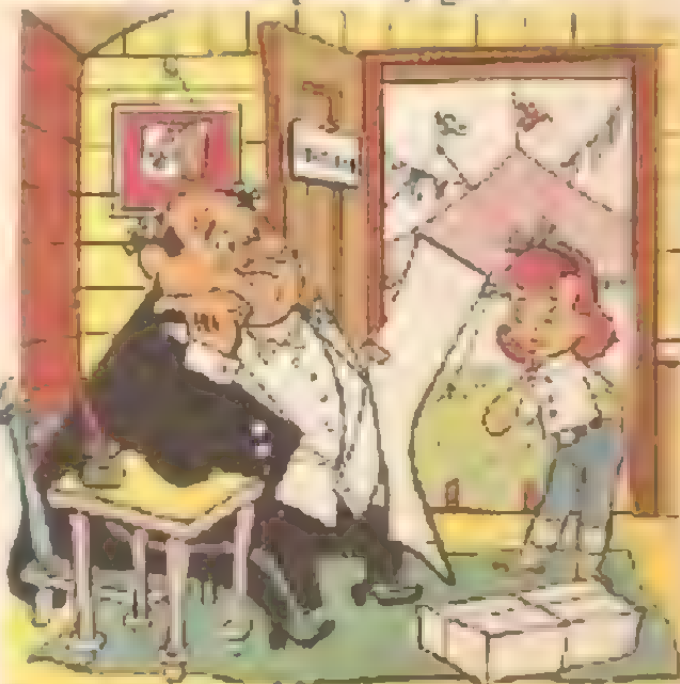
APITO me envió a la imprenta para buscar los nuevos programas. El dueño de la imprenta no estaba pero atendía su hijo. ¡Qué chico más simpático! Tiene diez años — como yo — y se llama Nieves. En seguida me entregó los programas. Casi me desmayo! Ahí decía, con letras bien negras y grandes:



Tomé los programas y salí corriendo sin despedirme siquiera de Nieves. En las calles vi ahora grandes carteles que también anunciaban al "GRANDISIMO Y UNICO CIRCO POMPONE".

Llegué al circo sin aliento y entregué los programas a papito. Y también uno de Pompono. ¡Nunca vi a papito tan serio! No dijo nada, es decir, dijo que me fuera a jugar con Celestino.

Pero, ¿cómo podía jugar?



programa para el
**GRANDISIMO Y
UNICO CIRCO
POMPONE**
ATRACCION MUNDIAL:
FRITZ y FRANK

los osos que patinan...

— ¡Tu papá se equivocó! — le grité a Nieves —. Nosotros nos llamamos "Gran Rossini" y no...

— ¡Es verdad! — dijo Nieves —. Te di los programas de Pompono. ¡Disculpa! Aquí están los de Rossini...

Por la noche

Pompone nos quiere hacer la competencia. Esta noche inauguró el circo y mucha gente fue para ver a Fritz y Franz. A nosotros nos comenzó a saltar público.

¡Hay que hacer algo! No sé qué, pero... ¡hay que hacer algo para el "Gran Rossini"! Porque es el mejor circo del mundo. ¡Sí, señor! ¡El mejor de todo el mundo!

Jueves 11

Esta mañana papito reunió a todos los artistas en la arena y dijo:

—¡El único medio de superar al circo de Pompone es que todos nos esforcemos en inventar nuevos números que dejarán vacío al nuevo circo!

Todos aplaudieron y gritaron: "¡Viva Rossini!".

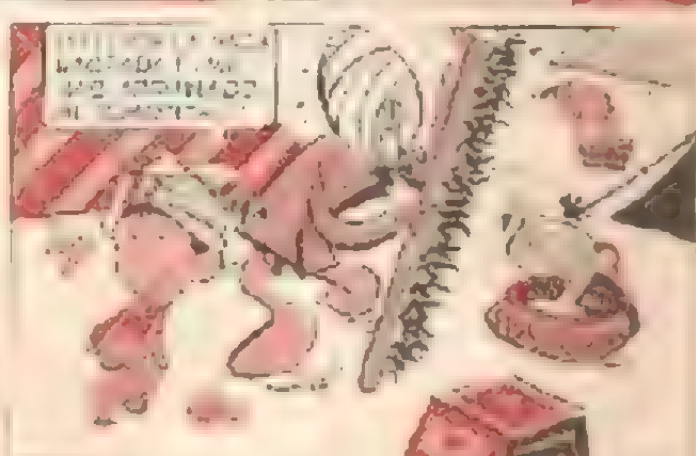
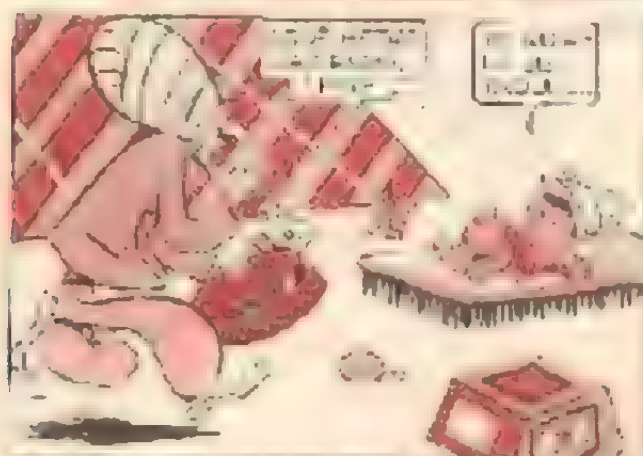
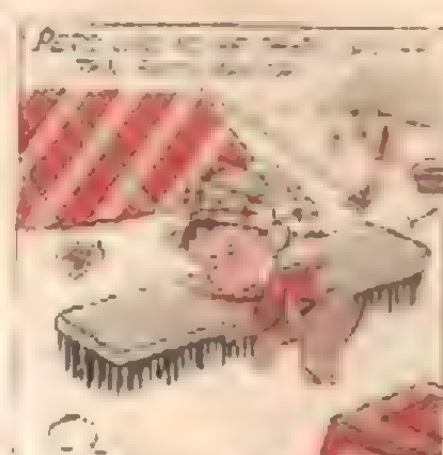
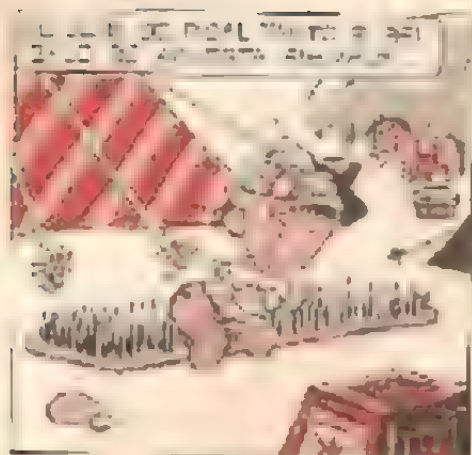
No sé si se referían al circo o a papito, pero las dos cosas me parecen



Por la tarde

Todos están ensayando, discutiendo y probando cosas nuevas. Solo yo no hago nada y me muero de rabia. Todavía no se me ocurrió nada nuevo. Absolutamente nada.

Hasta Ling quiso hacer algo. Y nada menos que de faguir!



Vamos

Hoy vino a visitarme Nieves. ¡Qué alegría! Es una amiga de veras porque dijo que se preocupó por mí cuando el otro día disparé como una hala con los programas. Yo le conte lo de Pomponc y del discurso de papito y que a mí no se me ocurrió ninguna prueba nueva. Entonces ella me dijo:

—¿Por qué no le enseñas algo a tu monito? No será tan tonto...

¡Qué ideal! ¿Cómo no había pensado yo en Celestino, que siempre está a mi lado? Abracé a Nieves. Y ya sé lo que le voy a enseñar a Celestino: si lo hace bien... ¡adiós, Grandísimo Pomponc!

Mañana mismo comenzaré con las

lecciones de Celestino. ¡Estoy tan contenta!



Sábado 13

No lo cuento a nadie. Absolutamente a nadie. Tiene que ser una sorpresa.

Es decir, a Mario se lo dice porque lo necesito como ayudante. Como actor, mejor dicho: él hace el papel de mozo que sirve al caballero Florestán. ¡Buena! Lo escribiré después porque ahí viene Mario y tenemos que conseguir el traje para el caballero Florestán.

Por la Tarde

¡Celestino es un genio! Hicimos el primer ensayo y él aprendió todo en seguida. Hace el papel de Florestán como si fuera un millonario de verdad. Entra apurado en la escena (que representa un restaurante) con un ramo



de flores, se sienta a la mesa y con una campanita llama al mozo (que es



Mario). El mozo se lo trae y él se lo come con cuchillo, tenedor y servilleta. Y mientras come, él le va diciendo al de enseñarle a hacer muchas cosas un



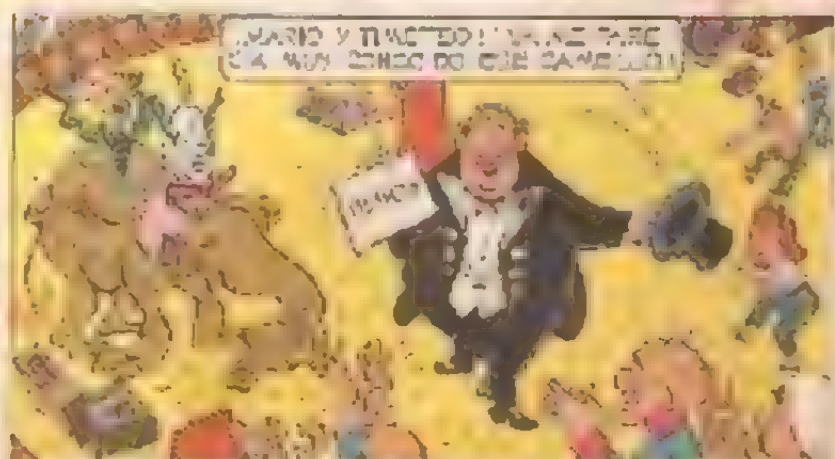
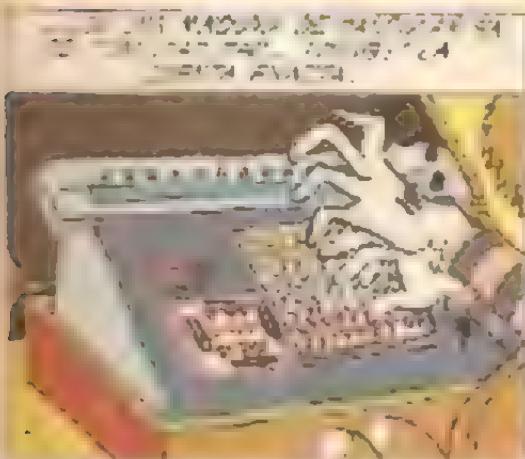
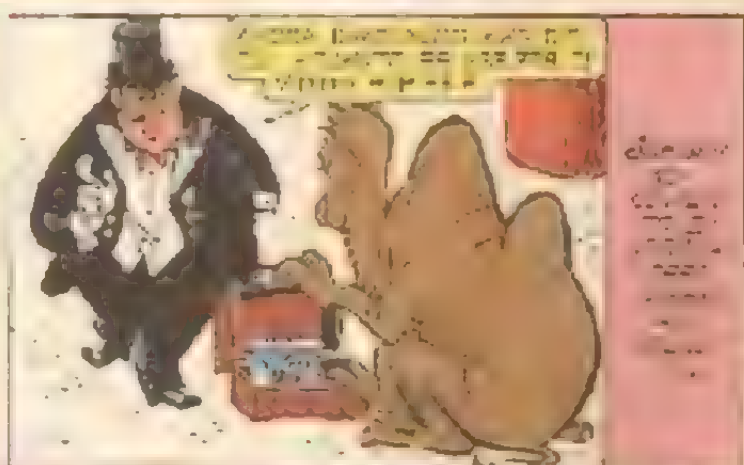
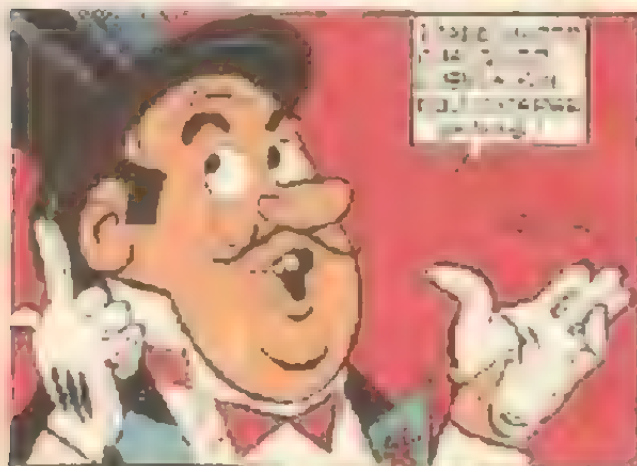
enorme rollo que saca del bolsillo de su pantalón, como si estuviera muy apurado. Y tiene que estar apurado porque... ¡ah! No cuento cómo sigue la prueba. Quizás no la haga y quede en ridículo.



Pero si la hace, si la hace... ¡pues-
ta que es Florestán, ¡pues-
ta que es Florestán!

¡Pero si la hace, si la hace... ¡pues-
ta que es Florestán, ¡pues-
ta que es Florestán!

El camello JORDBIN



Lunes 15

Consigui un traje nuevo para Celestino. ¡Y con corbata colorada! Nieves se lo pidió a su hermanito Jorge y a Celestino le queda perfecto. ¡Qué familia la de Nieves!

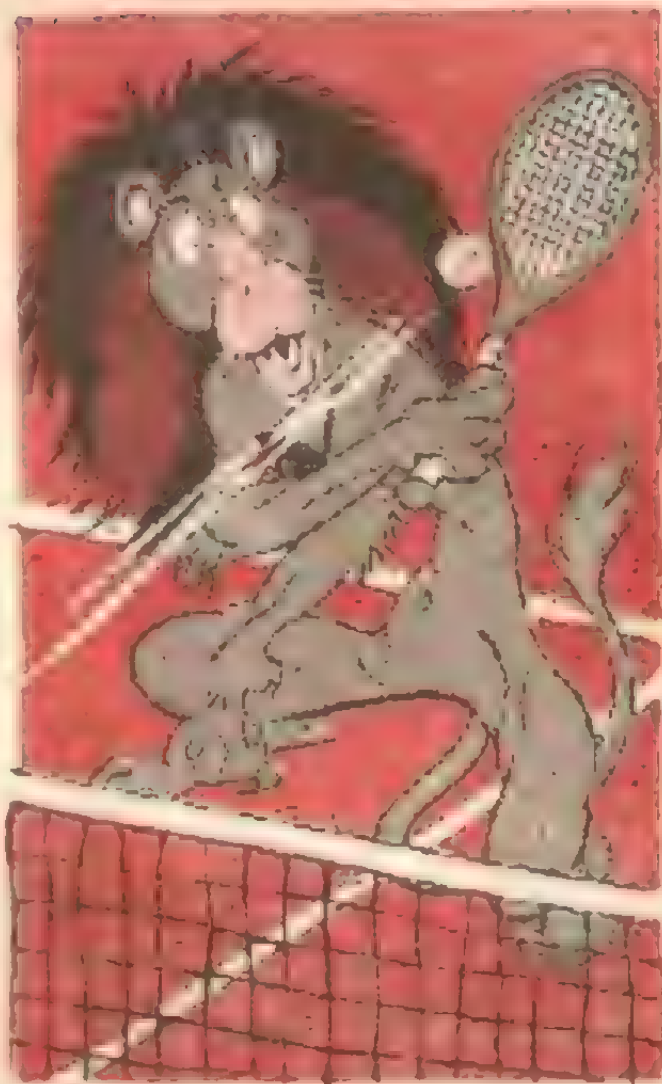
Esta tarde seguiré el ensayo.

Por la tarde

¡Lo hizo!!! ¡Celestino subió a la cuerda y caminó hacia mí!

Por la noche

¡Noticia bomba! Fidelio actúa otra vez. Desde que Coriolano se fué Fidelio no comía ni nada. Pero papito le estuvo hablando todos los días, acariciándolo y animándolo. Y parece que al fin ha comprendido cuánta falta hace su número en el programa.



Es decir, por el arco de fuego no salta sin Coriolano, pero hace otra cosa muy divertida: ¡juega al tenis con papito!

Martes 16

Hoy no pude ensayar nada con Celestino. Hice de ama de casa pues la señora Lung está enferma.

Vino Nieves y me preguntó si mi mamita no se encargaba de la cocina. Pero mi mamita murió hace tres años. Le conté mucho de ella a Nieves. También era equilibrista y me lo enseñó a mí. ¡Era tan linda!..

Nieves me ayudó a preparar la cena. Hicimos un:

BUDÍN CHÍNO



Nota: Con una crema encima que
la acompaña.

La receta es de la señora Lung. Lo
preparamos así:

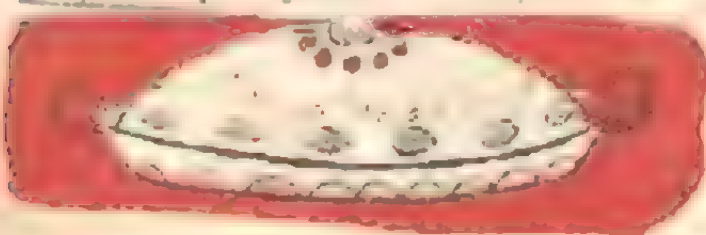
Hervimos a baño María 4 tazas de
leche y le agregamos $\frac{1}{2}$ taza de arroz
lavado.

Lo cocinamos durante una hora en
el baño María, revolviéndolo de vez
en cuando.

Después le echamos $\frac{1}{2}$ taza de pi-
sas de uva y $\frac{1}{2}$ taza de azúcar y un
poquito de sal.

Y lo seguimos hirviendo hasta que
el arroz estuvo a punto.

Lo colocamos en una fuente de vi-
drio y lo servimos con la crema de
orejones que quedaba de ayer.



Bengala dijo que el budín era me-
jor aun que sus sables.

Miércoles 17

¡**MAÑANA** estrenamos la prueba
con Celestino! La llamo:



Cita en el aire del caballero

Florestán, después de haber comido en el restaurant, se encuentra conmigo en la mitad de la soga. Me obsequia un ramo de flores y me invita a bailar el vals que compuso el Maestro Fermato y que se llama "El caballero de la cuerda".

Esta mañana hicimos el ensayo general delante de papito y de los de

más artistas. Fue realmente una sorpresa! Tal vez parezca engreída escribiendo con papito que papito le dio a Mario que nuestro número era "lo más grande que había visto en el mundo entero". Y por seguramente te salvaría al "Gran Rossini"...

Aunque tengo un presentimiento... Esta mañana, mientras ensayaba-



Florestán con la niña Lola

mos, vi que por una hendidura del toldo se asomaba una cara muy conocida. Nieves también la vió y dijo que era la tercera vez que encontraba espionando a... ¡Pomponel!

Jueves 18

Estoy muy nerviosa. Hoy es mi día. Papito me regaló para el debut

un par de zapatillas de seda rosada.

La senora Lung va sana y hoy va a inaugurar el "salto mortal"...

Celestino es el único que no pierde la calma. ¡Ojalá no pierda las flores o el cilindro o que él mismo no se caiga!... ¡No! Mejor que no siga escribiendo porque estoy poniendo tonterías de puro nerviosa.



Por la noche

¡Podría llorar! Y LLORO. ¡SI LLORO, LLORO Y LLORO!

Y no me da vergüenza. ¡El circo estaba vacío! ¿Y por qué? ¡Vayan a la calle! ¡Miren los muros! Lean los carteles que dicen:

GRANDESIMO Y UNICO CIRCO
POMPONE

Hoy, primera representación de la emocionante prueba. Vota en el coro del entusiasmo Fritz con la niña Francisca.

¡Canalla! ¡Bandido! ¡Ladrón! Ahora sé por qué vine a esperar: para inventar mi prueba con sus malditos osos. Nieves fué a su circo y me lo contó. un oso, sobre la cuerda, le entrega torpemente un ramo de flores de papel al otro. ¡Y eso que la niña Francisca no es sino el oso Franz vestido de mujer!

¡Y todos aplauden! Todos creen que esa prueba es un invento de Pomponé. ¡Y es mía, mía, mía!

¡Oh, qué rabia tengo! ¡Qué rabia!

Viernes 19

¡No, ni y no! Todo puede suceder mejor que papito venda a Fidelio. Dice que no hay suficientes entradas para pagar a los artistas. ¡A todas las!

entradas! Pero nadie las compra. Sea como sea, Fidelio no se vende. Lo decido yo y ya se lo que voy a hacer.

Por la tarde

Hable con todos. ¡Que gauchos son!

“¡Por supuesto!” me dijeron. “¡Para Rossini cualquier cosa!”

Y durante el almuerzo Timoteo se levantó y, dirigiendo la palabra a papito, dijo que los artistas del “Gran Rossini” trabajarían sin sueldo hasta que la situación mejorara.

Papito estaba muy conmovido. Me di cuenta porque se atragantó. Luego dijo que aceptaba, pero que lo devolvería todo doble, triple, cuádruple.

¡Comienza la lucha de circo a circo! ¡Rossini contra Pomponé!

Mahiva dijo que se le ocurrió una prueba sensacional con Pe, Sa y Do sus elefantes. La señora Lung se ha propuesto hacer el doble salto mortal que son seis vueltas en el aire.

¿Y yo? Tengo que inventar una prueba que Pomponé no pueda copiar con sus osos por más que espie. Estoy pensando...

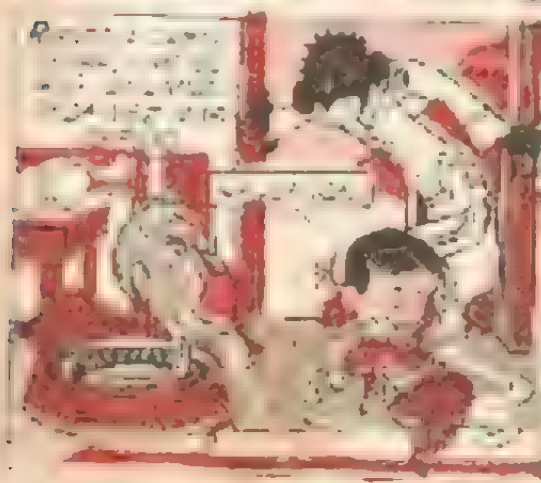
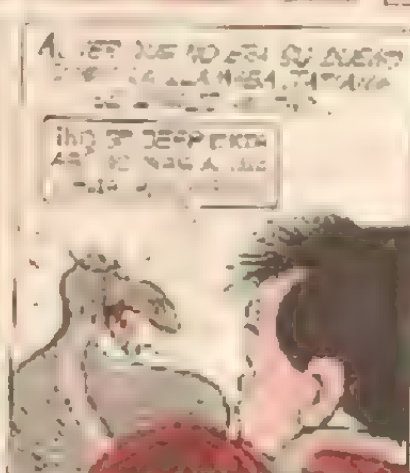
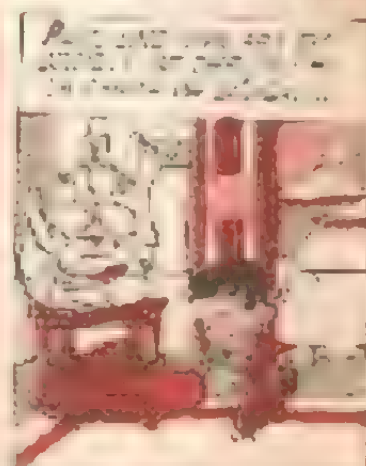
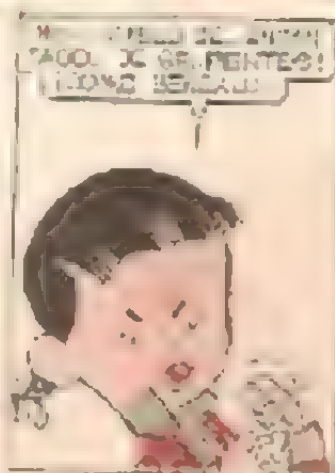
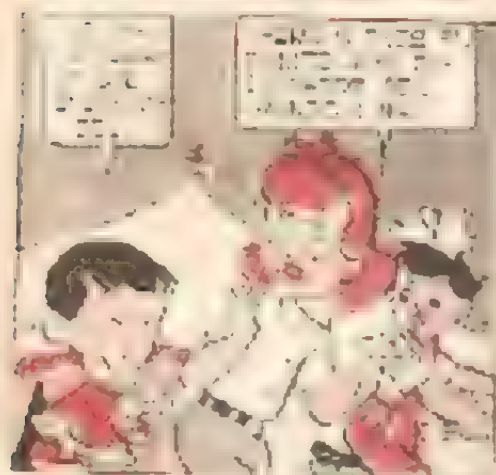
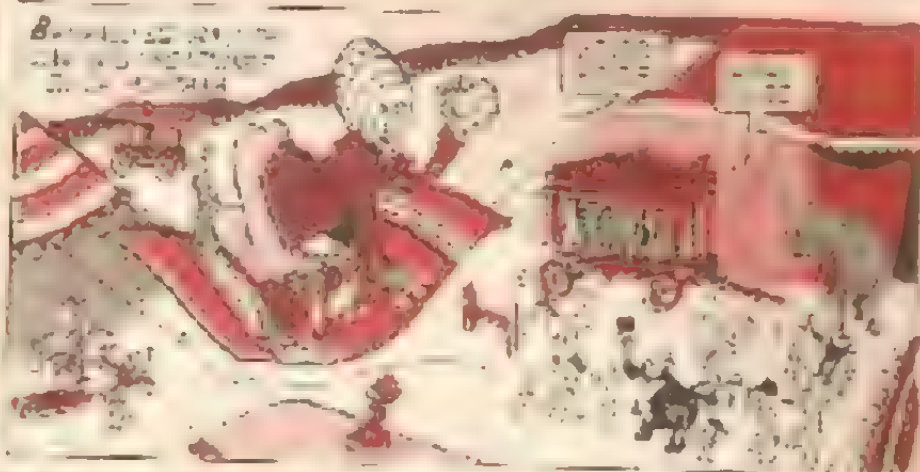
A la noche

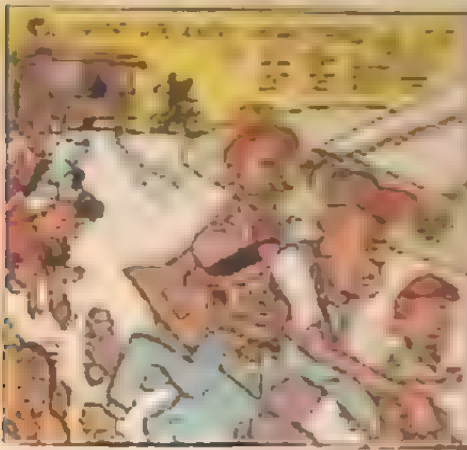
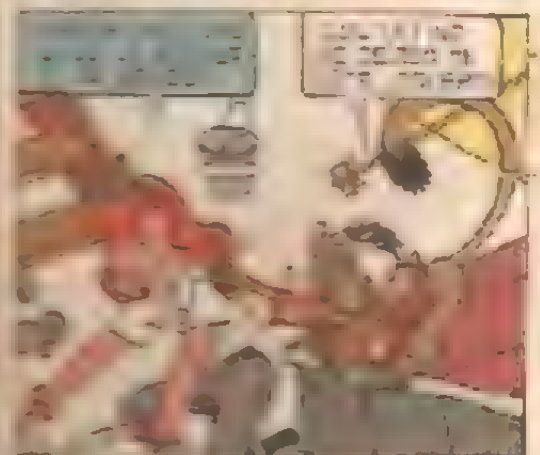
Nieves vino en bicicleta —para llegar antes— y me anunció que su papa no nos cobrará la impresión de los nuevos programas. ¡Qué amigos!

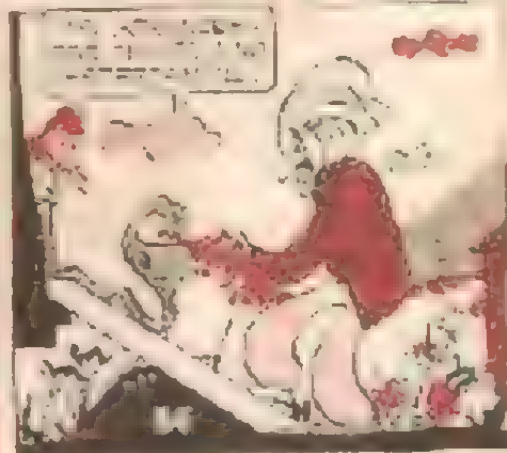
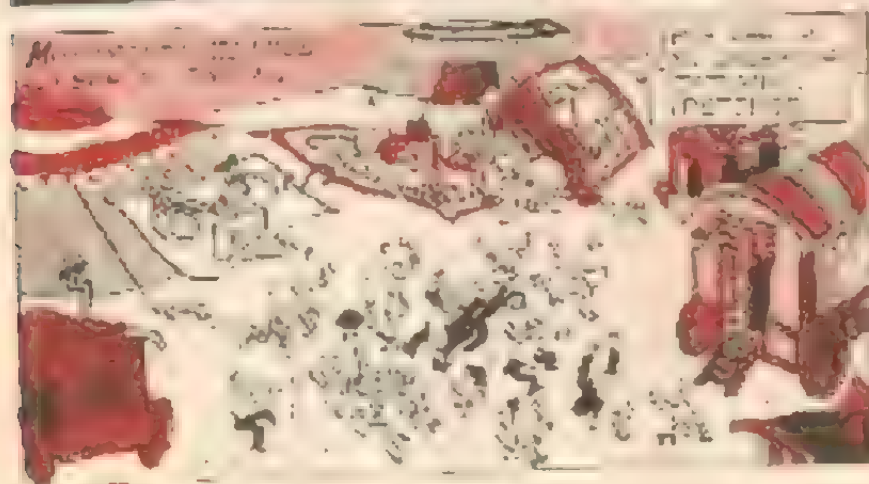
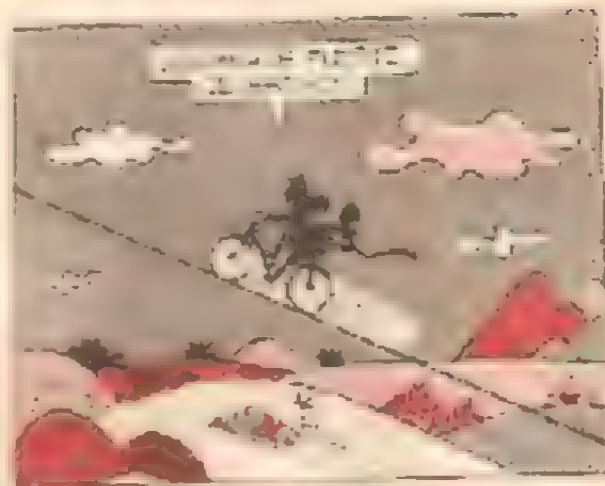
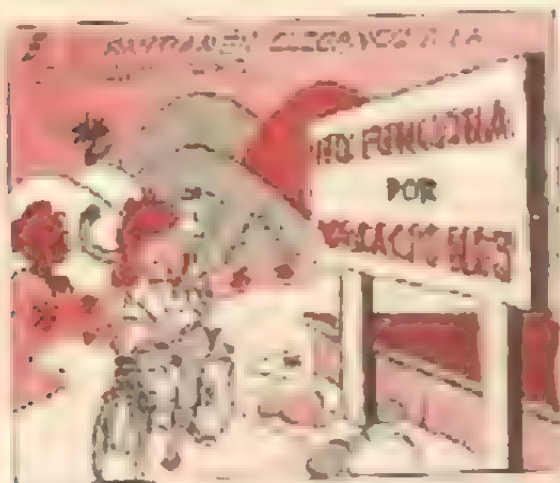
Sábado 20

Me dormí casi a las 4 de la madrugada por pensar en mi prueba. Y tuve una pesadilla...

La flauta MAGICA







La señora Lung siempre dice que los sueños "quieren decir algo". Pero yo no lo creo. ¿Qué podría significar que Celestino y yo íbamos en bicicleta sobre un cab. . . ? ¡Oh! ¡Tengo una idea!

Domingo 21

¡La señora Lung tiene razón! Mi sueño significa mucho: me dio una idea que hará hablar hasta a los di-
rios. Pero esta vez no lo confiaré ni a mi diario para que Pomponc no pueda espiar. Aunque no creo que sus ojos sean capaces de andar en bicicleta sobre una cuer. . . ¡Si seré tonta! ¿Se dan cuenta que dije de que se trata?

Lunes 22. A la noche

¡Fui una tonta! Como Celestino hizo tan bien lo que tenía que hacer le compré como premio diez docenas de bananas y se las comió todas. Pero



al poco rato se puso pálido como una sábana. ¡Y ahora está con un empu-
cho de los mil demonios! ¡Pobre Ce-
lestino!

Ya que no podía hacer otra cosa
jugué toda la tarde al "tateri" con
Nieves. Perdí casi siempre porque
estaba pensando en una adivinanza
que me dio para resolver:

Soy un burrito
muy andariego;
de acero mi cuerpo,
mi cola un hilito.
A cada saltito
que yo pego
pierde mi cola
un pedacito.

Hasta ahora no la saqué.

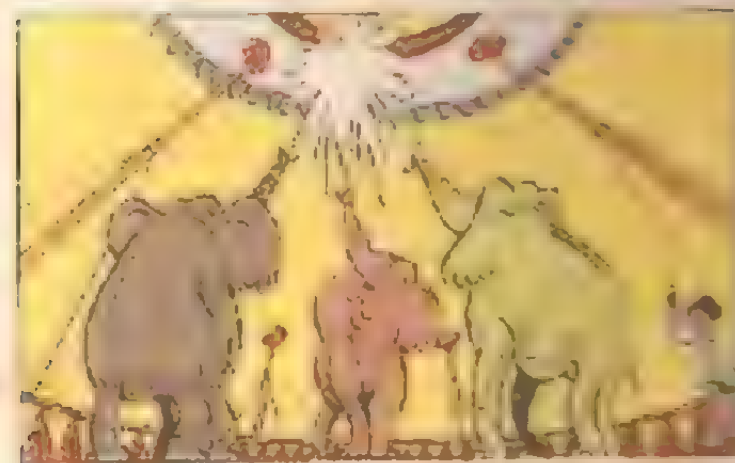
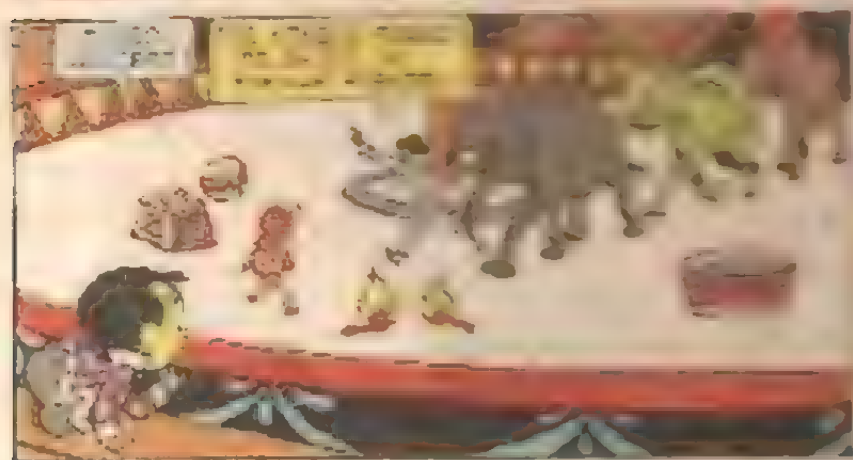
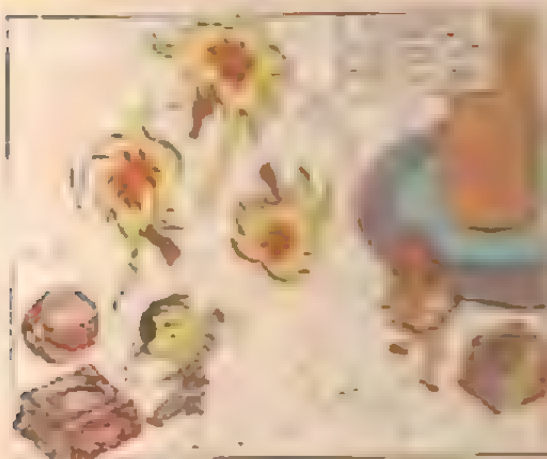
Martes 23

CELESTINO se curó. Vamos a con-
tinuar los ensayos.

A la tarde

Todos llaman al chinito Chiqui-
Ling porque es muy chico y bastante
juguetón. Pero yo no estoy de acuer-
do porque sé que comprendió perfec-
tamente la difícil situación del "Gran
Rossini" e inventó algo para mej-
orar su número. Antes hacía su prueba de
malabarismo con tres sombreros de
diferentes colores. Ahora, a escon-
didas, ha ensayado algo mucho más
lindo. Yo me enteré por casualidad
porque había olvidado mi sombrero
en la arena. ¡Menos mal! Porque si
no. . .

Una prueba PELIGROSA





Del incendio no quedó ni el recuerdo porque Timoteo usó un gran remiendo a la lona. Y mientras lo miraba coser se me ocurrió la solución de la adivinanza: el burrito de acero es una aguja y su cola, el hilo de coser.

Ayer estaba tan cansada que no pude escribir nada. No hice más que ensayar mi prueba. Pero no dije nada. Lo único que puedo decir es que se llama "En bicicleta por los aires". La bicicleta me la prestó Nieves y entro con ella en la arena, muy apurada, porque tengo una cita con el caballero Flore-tan. El me espera sobre la cuerda — que esta vez describe un círculo — para dar un paseo. Pero como tenemos una sola bicicleta, Celestino, digo, el caballero me propone...

Tengo que interrumpir porque vino Nieves con los nuevos carteles.

2. La prueba

¡Papito estaba desesperado! Resulta que había encargado los carteles con un lindo cuadro en el cual apareceríamos Celestino y yo en la prueba. ¡Y no se entendía nada porque se habían olvidado de poner los colores!

Pero tuve una idea buenísima: pegar igual los carteles con un papecito con las siguientes Instrucciones:

Si quieren ver la sensacional prueba del "Gran Rossini"...

1. Pinten de rojo las partes que tienen un punto.
2. Pinten de azul las partes que tienen dos puntos.
3. Pinten de amarillo las partes que tienen tres puntos.
4. Pinten de verde las partes que tienen cuatro puntos.



Los carteles son así:



Viernes 26

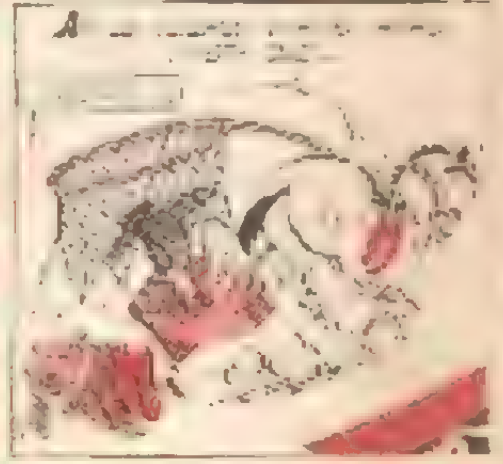
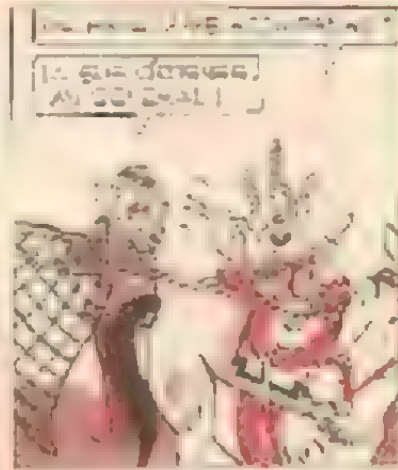
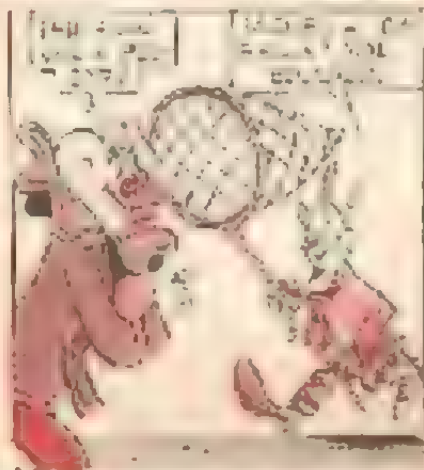
La idea de los carteles mal impresos fué magnífica! En todas las calles se ven a chicos y chicas empeñados con sus pinturitas en poner color a

los carteles para ver que dicen. Y lo más cómico es que también Pomponc —como no le quedaba otro remedio para entretenerse— sacó sus pinturitas y se puso a pintar. ¡Qué risa!

Sábado 27

Más tarde

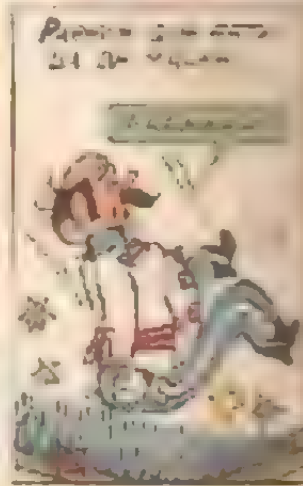
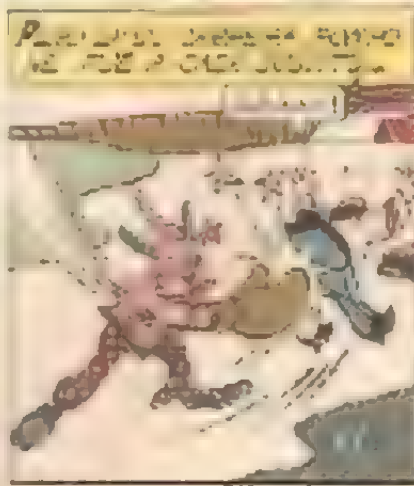
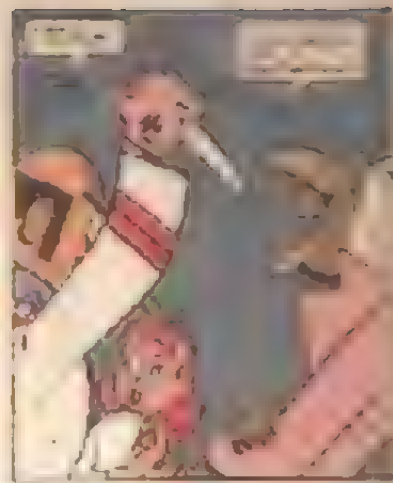
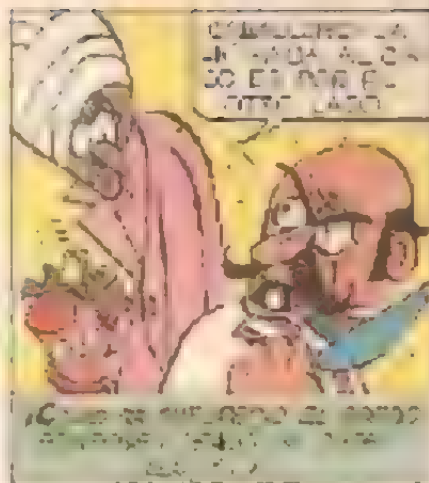
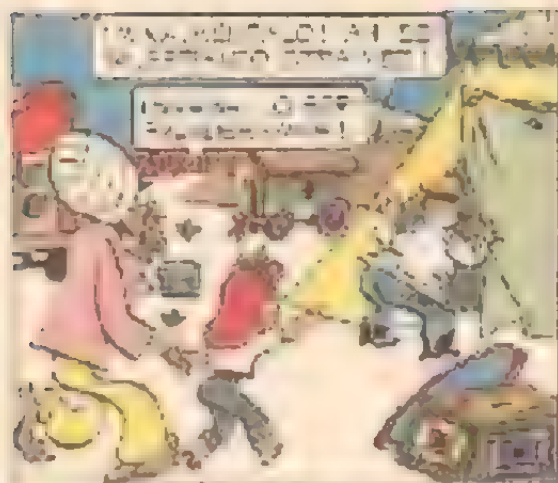
Esta mañana papito escribió un cartelito que dice: "No hay más localidades para el estreno". ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡No hay nada en el mundo que sea a salvo de las bromas de María y Juanito!



Domingo 28

Lunes 29 Esta tarde

Me estoy entrenando para el estreno que será el martes. Esta tarde hubo un accidente durante el ensayo general.



Martes 30

a las 7 de la Tarde

¡HAY una hora para el estreno. ¡El circo ya está colmado!

Esta vez hasta Celestino está nervioso: da vueltas y vueltas en bicicleta. Yo lo dejo hacer, si de esa manera se tranquiliza...

A las 8 minutos

Papito me dió un vaso de agua con azucar. Dice que calma un poco los nervios. Me lo tragué pero no nada...

A las 8 y media

Hace media hora que empezó la

función. Dentro de cinco minutos me toca a mí. Dejé abierta la ventana de mi casita para oír cuando me... ¡Oh! Acaba de pasar alguien que... ¡Sí! ¡Era él! ¡Eh! ¿Que buscará aquí? ¡Ah, me llaman!

A medianoche

¡Todavía no sé si fué sueño o realidad!

Por primera vez en mi vida sentí lo que llaman "marco". Pero con lo que pasó creo que la mejor equilibrista del mundo se hubiera mareado.

Yo entré a la arena en bicicleta. Todos aplaudieron. Celestino ya me aguardaba sobre la cuerda redonda. Tomando fuertemente impulso subi

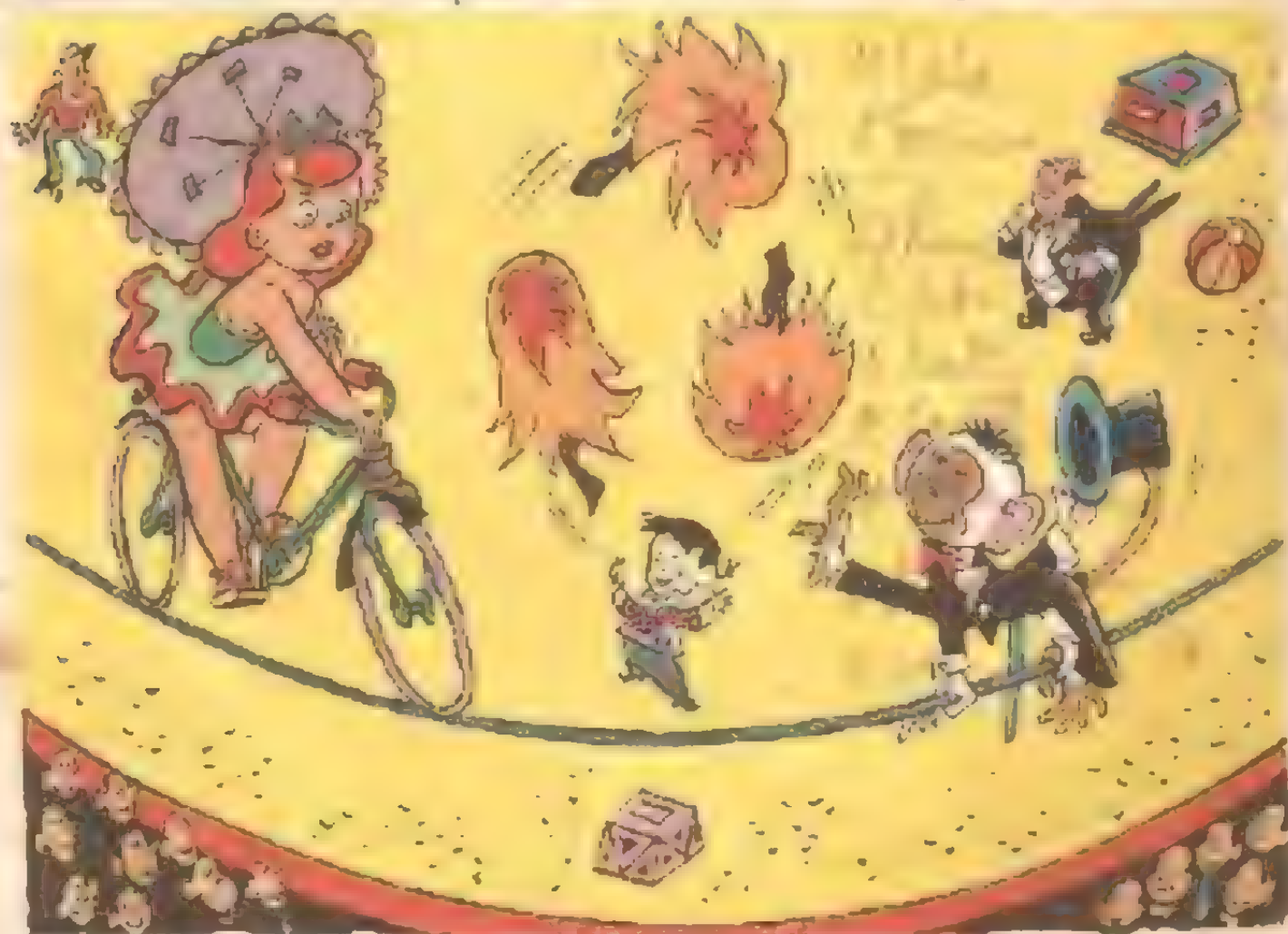
por la cuerda inclinada para llegar hasta él. Llegué arriba, rodeado de tambores y...

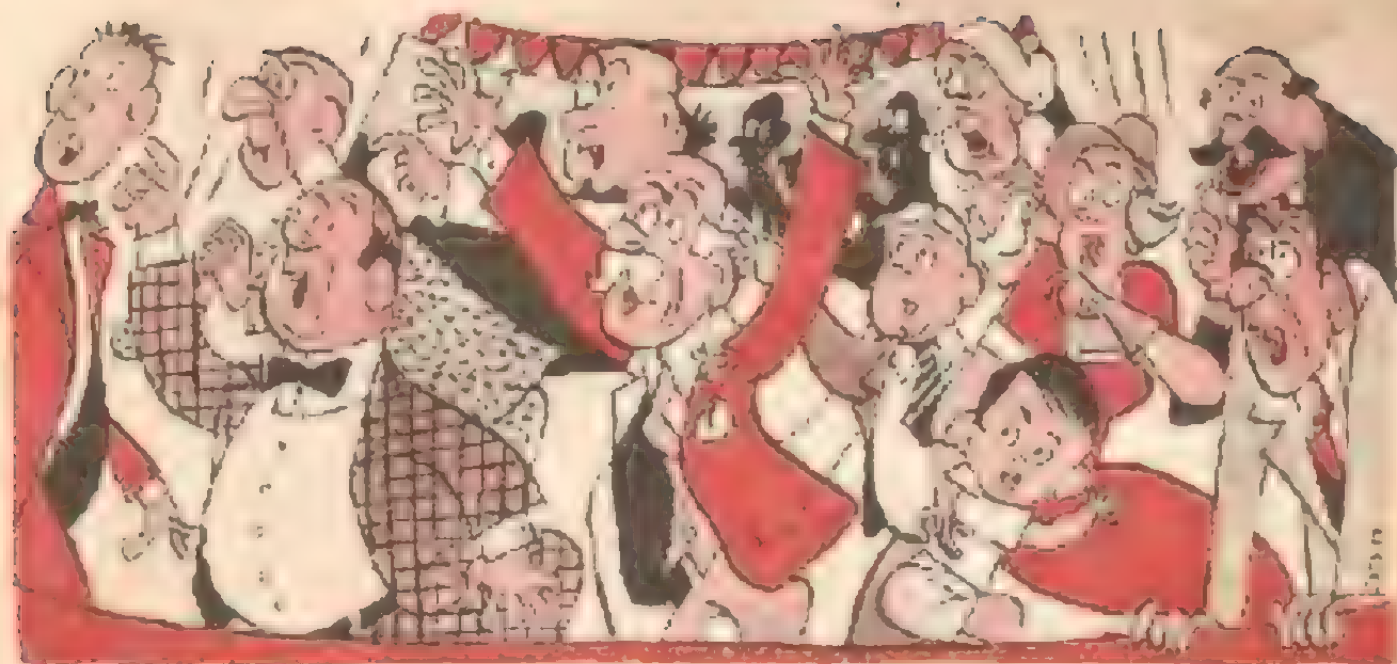
¡Se corta la luz!!! Mi corazón da un vuelco. No veo nada. ¡NADA. Con una mano tanteo en la oscuridad y —¡por una casualidad increíble!— consigo aferrarme del varillaje. No grito.

Los de abajo, en cambio, empiezan a gritar: "¡Socorro! ¡La niña! ¡Socorro!" Puedo distinguir la voz de papito: "¡Lola! ¡Lolita, hija mía!"

No sé cuánto tiempo permanecí así. Tal vez no fué más de medio minuto, pero me pareció una eternidad.

De repente vi que una luz se me acercaba. Venía y se iba otra vez.





Ahora eran dos luces... ¡tres! ¡Eran las antorchas de Ling! ¡Qué idea genial la del chinito! Con su prueba nos salvó de... ¡Ay! Ni pensar de qué...

Las antorchas alumbraban perfectamente. Vi que Celestino estaba todavía sobre la cuerda y me sonreía como queriendo decir: "¿Y, Lolita? ¿No continuamos la prueba?"

Estoy segura de que Celestino quiso decirme eso con su sonrisa y le hice caso. ¡Sí, señor! Continuamos con el número. ¡Mientras Ling no se cansara de iluminar! Y no se cansó: pudimos terminar lo más bien.

El público aplaudió frenéticamente. No sé a quién aclamaron más: si a Ling, a Celestino o a mí.

Y en medio de los gritos y vitas se encendieron otra vez los focos y las lamparitas. Los obreros acababan de arreglar el cable principal que alguien había cortado.

Y ¿SE ALGUIEN IRA POM-PONE El mismo se delató, sin quererlo, por supuesto.

Cuando volvió la luz vi, en un rincón de la arena, todo arrugado y temblando al Camello Jorobin. ¡Pero sólo tenía dos patas! Por eso lo reconocí en seguida y grité: "¡Es Pom-pone!"

¡Dios mío! ¡Qué alboroto se armó! Mario y Timoteo lo agarraron y lo amenazaron con sus cachiporras hasta que, ante todo el público presente, confesó.

Sí, él había cortado el cable. Pero cayó en su misma trampa pues al querer escaparse en la oscuridad se



En el distrito de los pobres
había un niño que se llamaba
Nieves. Era un niño muy
triste y solitario. Nunca
había jugado con otros niños.
Sus padres eran muy pobres
y no tenían dinero para
comprarle juguetes. Él
pasaba sus días jugando
con unos pedruzcos que
le había dado su abuela.
Un día, un señor que se
llamaba Fausto López, que
era periodista, le escribió
una carta. En la carta le
decía que quería publicar
un artículo sobre él y el
"Gran Rossini". Que el
papa de Nieves lo iba a
imprimir en una revista.
Por eso le pidieron que
les contara algo de su vida,
de su familia, del circo.



Miércoles 31

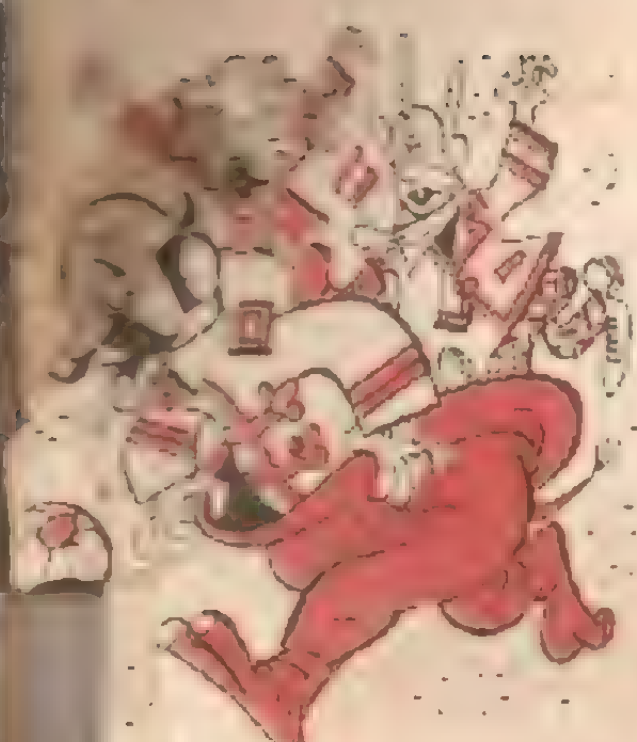
Esta mañana vino Nieves con su papá y un señor que se llama Fausto López. Es periodista y quería hablar conmigo. Me escribió mucho y me dijo que, desde anoche, yo era todo un personaje. Y que él quería publicar un artículo sobre mí y el "Gran Rossini". Que el papa de Nieves lo iba a imprimir en una revista. Por eso me pidieron que les cuente algo de mí, de mi vida, del circo.

Yo pensé un rato. ¿Qué les iba a contar? Entonces se me ocurrió una idea: les di MI DIARIO

Quea lo impriman. Y lo dedico.

*A todas las chicas
y chicos a quienes
les gusta el circo.*

equilibrista



¡Ahora estoy en mi casita. La casita está llena de ramos, cartas y "bouquets" de flores. Al llegar una carta con leyenda: "A Celestino" o "A Lola, la del circo".

Muy emocionada. Y muy muy feliz. ¡Muy feliz! Todo lo que queríamos: ¡el nuestro circo!

ILANA SPYRI

N. 12

El diario de
mi amigo

HEIDI



Adaptación de M. de
Ilustraciones de C. de

Historietas y cuentos completos

Editorial Espasa Calpe, S.A. - Espasa Calpe, S.A. - Espasa Calpe, S.A.
Calle de la Libertad, 10 - 46100 Sagunto (Valencia) - España
Teléfono: 0363 21 11 11 - Telefax: 0363 21 11 11

El diario de
mi amiga

CORDILIA

LA NIÑA HADA

por
C. NALÉ RONLO

Richardson y cuentos completos

Posiblemente hayan
ustedes oído hablar de la
Escuela de las Hadas
y del gran mago
Merlín y de Cordelia,
la niña hada.



Quizá por todo eso
(y por un poquito
más) les interese
leer algo que, hasta
ahora, sólo habían
podido leer Merlín

y alguna que otra
hada de varita
muy especial.





Si yo fuera una persona supersticiosa esperarí a mañana para empezar este diario ya que, según dicen, el viernes trae desgracia. Pero yo no creo en esas amoniciones ni en diablos ni en fantasmas ni en bultos que se menean, como dicen los gauchos, ni en... ¡qué disparate! casi pongo ni en duendes ni en hadas olvidándome que yo misma soy un hada. ¡Y qué hada más hermosa!

Tengo una cabellera rubia que me llega hasta los talones cuando estoy de pie, que me sigue como un río de oro cuando vuelo sobre las altas torres de las ciudades y que, ahora que estoy sentada en las raíces de un gran árbol, se derrama sobre el trebol verde produciendo un efecto muy lindo. Tan lindos es que todo a mi alrededor se ha formado un gran círculo de pájaros que, cada cual en su idioma, están cantando mi belleza. Lo malo es que también hay un cuervo posado en una rama que de tanto en tanto grazna estúpidamente. "¡La nariz! ¡La nariz!" ¡Pajarraco infame! Le voy a tirar una piedra y vuelvo.

¡Voy a seguir! Prosigo. Por si este diario desapareciera, como suele suceder, y cuando mis manos enemigas voy a contar la historia de mi nariz para que nadie me interrumpa hablando de más y se sepa la verdad.

Cuando después de estudiar un año en la "Escuela de las Hadas", dirigida por el maestro archimago Merlín, me recibí (el título de hada está escrito en un petalo de rosa que se mantiene siempre fresco y llevo al cuello en un relicario de cristal de roca), cuando me recibí de hada, dijo el maestro Merlín me llevó ante un espejo mágico y me dijo:

—Querida Cordelia, cierra los ojos y piensa cómo quisieras ser. Al abrirlos te verás en el espejo tal como te sonaste y así serás. Pero ten mucho cuidado de no olvidarte de ningún detalle, pues eso podría traerle consecuencias desagradables.

—Ya comprendo — le respondí — si me olvido de pensar en una de mis



piernas la perderé y tendré que andar con una pata de palo como un pirata, y si me olvido de la cabeza...

—Usarás un zapallo — soltó una de mis compañeras. Y toda la clase rompió a reír.

Merlín también se rió mucho y después me aclaró:

—No, no es tan grave. Lo único que pasará es que la cosa en que no pienses te quedará tal como la tienes ahora, y como eres una linda chica...

Tranquilizada, cerré los ojos y me puse a pensar. Lo primero en que pensé fué en mi pelo. Yo tenía antes dos trencitas rubias, algo desteñidas y que mi mamá me peinaba muy apretadas. Mi hermano las llamaba las colas de ratón y siempre que nos peleábamos me las tironcaba. Aquellas trencitas habían sido mi pesadilla y mi vergüenza. Por eso me puse a imaginar la cabellera rubia más linda del mundo: ésta que ahora tengo. Y el tiempo co-

rría y yo enredada en mi pelo. Merlín, que seguramente estaba leyendo mis pensamientos, me dijo que iba a hacer sonar tres veces la campana de clase y que al tercer toque tendría que abrir los ojos y el encanto terminaría, así que me apurara a pensar en todo.

Pensé en unos grandes ojos entrecerrados azules y verdes, como el mar, y que tuvieran reflejos cambiantes, como si unas veces los alumbrara la luna y otras el sol. Esta clase de pensamientos como cualquier niña puede comprender, lleva mucho tiempo, y la campana hizo "¡Talan!". Me apresuré a imaginar unas manos blanquirrosadas como el interior de ciertos caracoles que había visto en la playa. Pero, ¡ay!, la forma y el color de las uñas me llevaron mucho tiempo y la campana volvió a sonar "¡Talan!". Rápidamente, y ya aturdida, pensé en una boca que fuera simplemente como el coral, con sa-





dientes como perlas, naturalmente; en un cuerpo esbelto, flexible y delicado y bastante más alto que el mío y en las alas. . . ¡dónde me dejaba las alas! Felizmente me acordé de una mariposa del Brasil que había visto en un museo y dije: "¡Como ésas!" en el momento justo en que sonó el tercer "¡Talán!".

Abrí los ojos y casi me caigo desmayada al ver aquella figura tan hermosa que me miraba desde el espejo mágico. Le hice una reverencia y — ¡oh, cielos tormentosos! — al bajar la cabeza reparé en mi nariz: con el apuro me había olvidado de pensar en ella, y la tenía tal cual fué siempre, más bien chica y un poquitito respingada, o que la gente llama una nariz graciosa, pero no era de ningún modo la nariz ideal de mis sueños.

—Lo siento, Cordelia — me dijo

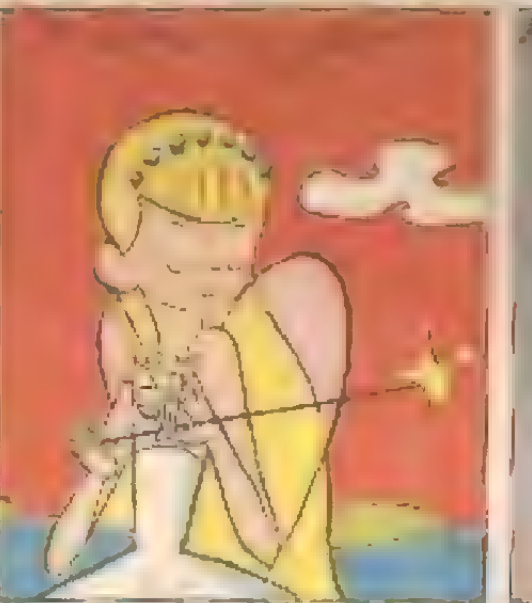
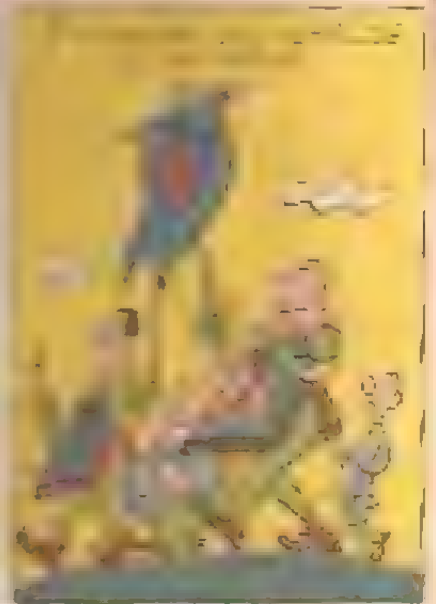
Merlín —, pero por ahora la cosa no tiene remedio. Vete al ancho mundo, desempeñate durante un mes como el hada que ya eres, y si a tu regreso estoy contento de ti te prometo que tendrás la mejor nariz que estornudó nunca bajo el cielo. Llevarás durante ese mes un diario, día por día, donde anotarás todo lo que te pase y lo que pienses, bueno y malo. Ya sabes que nadie es perfecto, ni las hadas, de modo que si cometes alguna tontería no te aflijas mucho: trata de remediarla con ingenio y buena voluntad. Y ahora, adiós, querida Cordelia, hasta el mes que viene.

Me dió un beso en la frente, sentí que mis alas se agitaban solas y gritando "¡Adiós! ¡Adiós!" a mis compañeras eché a volar y muy pronto perdí de vista los caprichosos techos de la "Escuela de las Hadas" y el bosque en que se ocultaba. Y ésta es la razón por qué hoy, tres de julio, estoy escribiendo mi diario. ¡Ojalá me vaya bien, por el honor de las hadas y para ganarme la hermosa nariz que me perdí de tonta!



A veces dormi muy bien, pero por
 se me olvidaron de lo último...

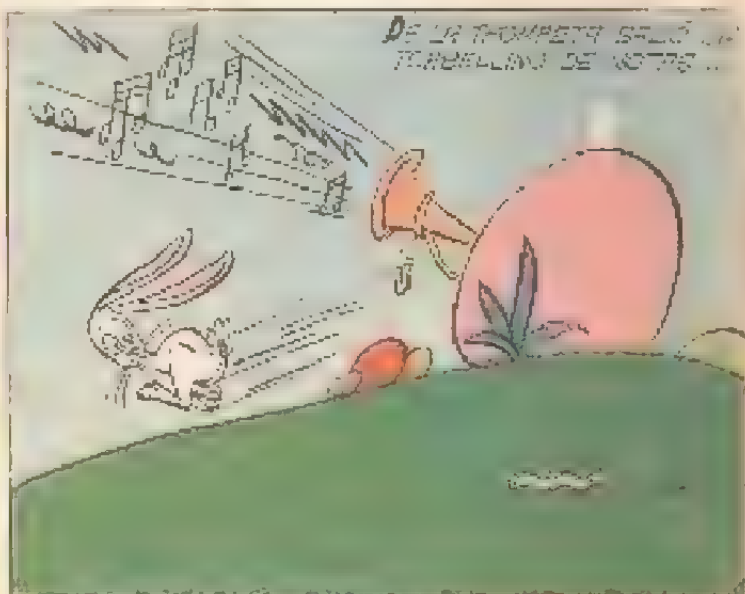
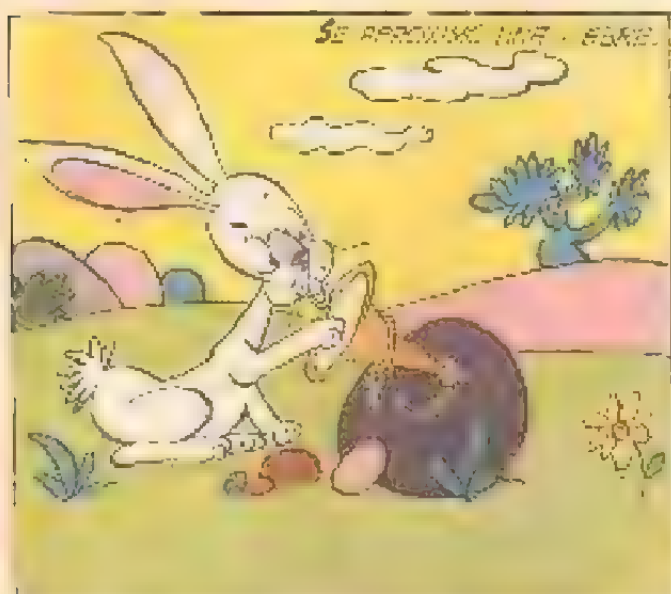
...de alguien...
 ...es lo que...



La música de la trompeta era burlesca y parecía reírse de mí. ¿Habría cometido algún error?... Sí, quizá golpeé con demasiada fuerza. ¿O sería un castigo por no haber puesto en juego mi inteligencia para encontrar albergue sin recurrir al poder de la varita? Ese era indudablemente el método del maestro Merlín: nunca se

enojaba ni nos retaba cuando cometíamos alguna torpeza; nos hacía chistes.

Quise alejarme volando, pero como estaba muy avergonzada no pude abrir las alas. Lo mismo me ocurre cuando me enojo, y, pasito a pasito, me metí en un huerto vecino donde, entre muchos otros árboles, crecía un hermoso granado.



Su mala intención era bien clara. Quería herir el amor propio del granado para que se ofendiera y no quisiera darme albergue. Reconocí que era el mismo cuervo que ayer me estuvo fastidiando con referencias a mi nariz!

El granado permanecía mudo y pensativo. Parecía dudar, y yo me sentía enormemente ridícula en aquella actitud de pordiosera. A punto estuve de romper a llorar cuando, en eso, la trompeta, que había enmudecido...





Al granado le hizo mucha gracia la aventura del infame pajarraco y, al verse, abrió tan violentamente la boca de la más grande de sus granadas que se le cayeron todas sus granas. Yo, que estaba al pie, los recogí en la palma de la mano y me los comí. Estaban riquísimos. Después me hice chiquitita como un picaflores y, con el permiso del señor Granado, me metí en la escara



de la granada vacía. Y me dormí tranquilamente después de pensar un rato en quién diablos sería el picaresco cuervo que me venía molestando tan encarnizadamente. Debió ser algún genio maldéfico, enemigo de las hadas, o algo vava una a saber.

Me desperté muy descansada y fresca, pero con gusto de remedio en la

boca. Comprendí que eso era consecuencia de un sueño que tuve. Sentí que el cuervo me seguía por una pared de canon con una horrible nariz respujada y como que pensaba ser la caricatura de la mía. Revoloteaba en torno a mi cabeza, y era tan fácil que yo girara como un trompo para no verla, pero él volaba a la misma velocidad y la veía lo mismo. Ya, muy fatigada, le sacaba la lengua, y como mi dormitorio provisional era muy chico la pasaba por los paredes, es decir, por el interior de la escara de la granada, que — como todo el mundo sabe — es muy amarga.

Me despedí del amable granado y, volviendo a mi tamaño natural, eché a volar hasta que llegué a la villa de





un río, donde descendí. El lugar era muy bonito y tranquilo. Y decidí repasar un poco mis conocimientos de hada para no cometer errores.

La base de los estudios de un hada es el manejo de la varita mágica. La varita no obra a distancia; siempre hay que tocar los objetos, animales o personas. Pero, antes de dar el golpecito, hay que trazar ciertas figuras en el aire que tienen que estar bien calculadas. Si a una se le va la mano o toca demasiado débilmente pueden ocurrir cosas no previstas y en lugar de buenos prodigios pueden producirse enormes disparates. Como éste:

Un hada — cuyo nombre no digo porque no se debe hablar mal de las compañeras — quiso abrir un caminito en un bosque para que las gacelas que iban a beber al río no tuvieran que dar un rodeo pasando por un lugar donde vivía un león muy hambriento que se las comía sin consideración. El hada en cuestión tomó impulso y golpeó con tanta fuerza con

la varita el primer árbol del caminito que quería hacer que no sólo desapareció ese árbol sino el bosque entero. Se quedaron sin casa tres mil pájaros de diferentes colores. El hada

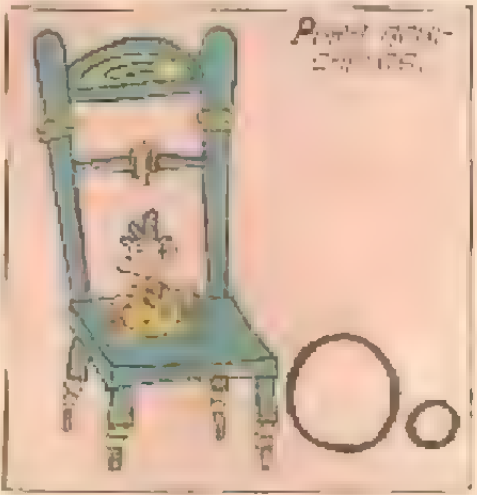
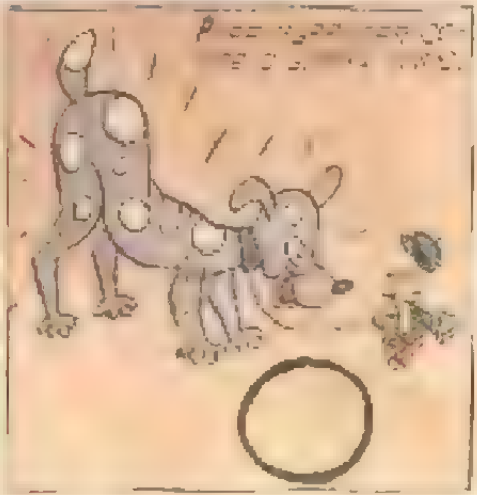
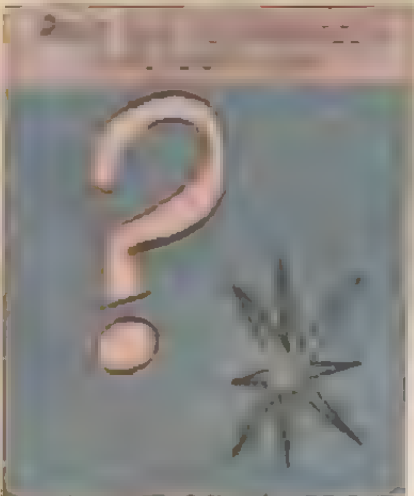
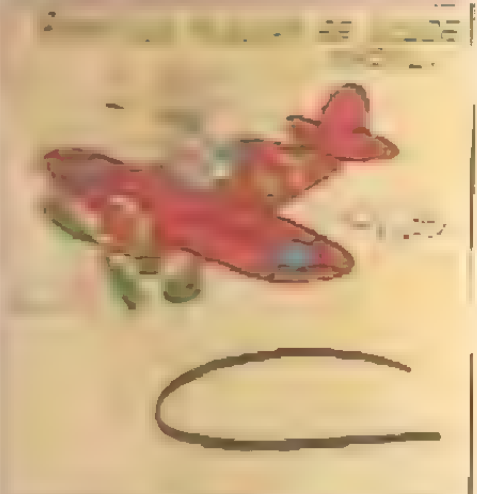
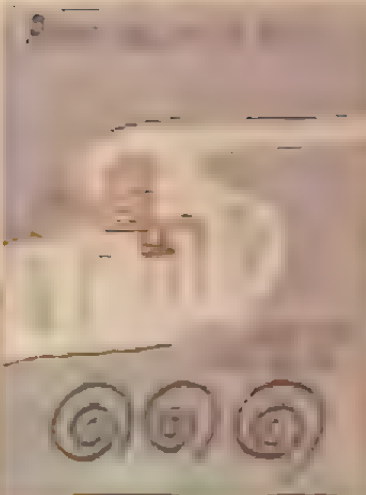


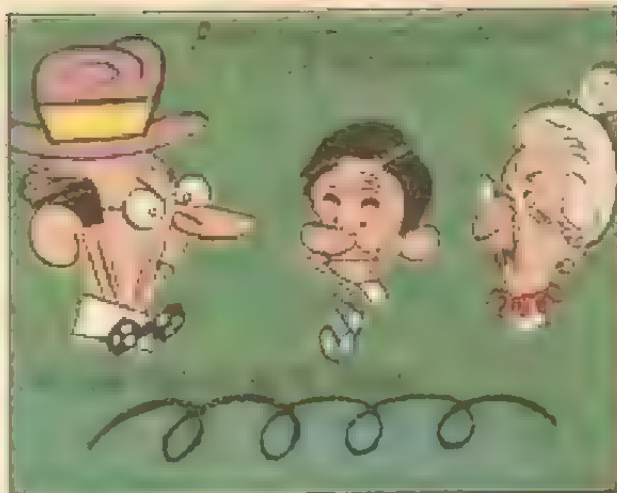
tuvo que reconstruir el bosque, árbol por árbol y nido por nido. ¡Un trabajo bestial! Con decir que se gastaron tres centímetros de varita... Porque las varitas también se gastan, como los lápices, pero sólo cuando se emplean para deshacer un error cometido por el hada.

Por eso nos decía siempre Melia:



CHICAS, NO OLVIDEN
QUE LA VARITA HAY
QUE MANEJARLA BIEN
NO SI FUERA UNA
TUTA DE UN DIRECTOR
DE ORQUESTA.





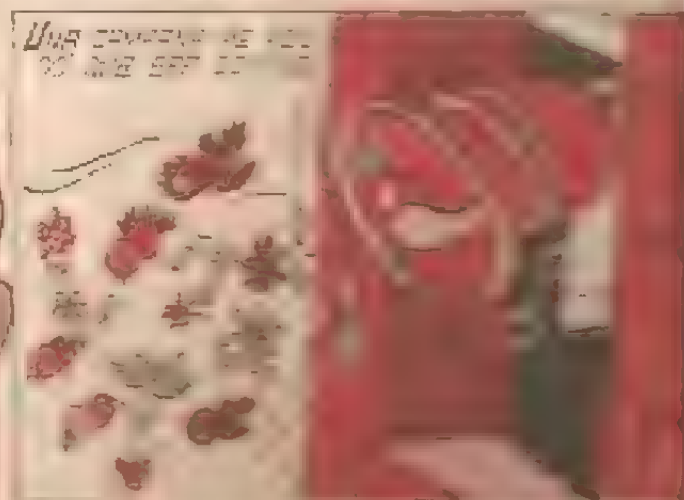
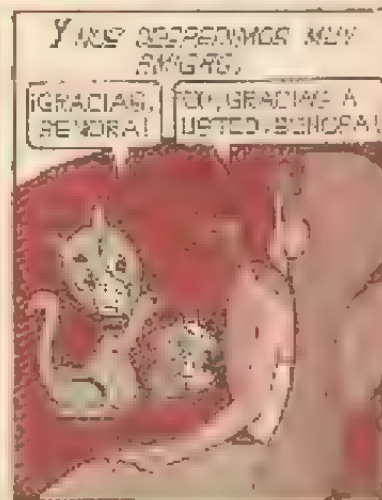
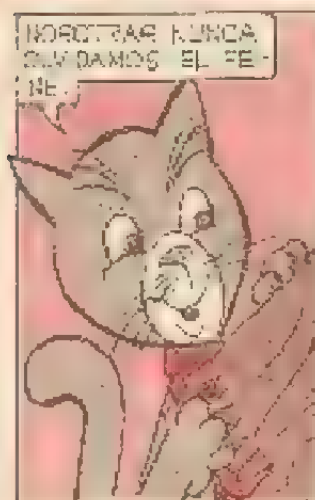
Y
ESTABA
MUY
CURIOSO
POR
VER
QUE
PASABA
DENTRO
DE
EL

Domingo 5

PASÉ la noche en una hamaca que tuvieron la amabilidad de formar para mí las enredaderas silvestres que colgaban de los árboles. Y me desperté muy temprano, pues había dejado

caer mi cabellera hasta el suelo y unos gatitos perdidos se habían refugiado debajo creyendo que mis cabellos eran rayos de sol. Como en lugar de calentarse más bien se enfriaban, ya que estaban cubiertos por el rocío nocturno, chillaban como unos descosidos y me tiraban del pelo. Eran tres.



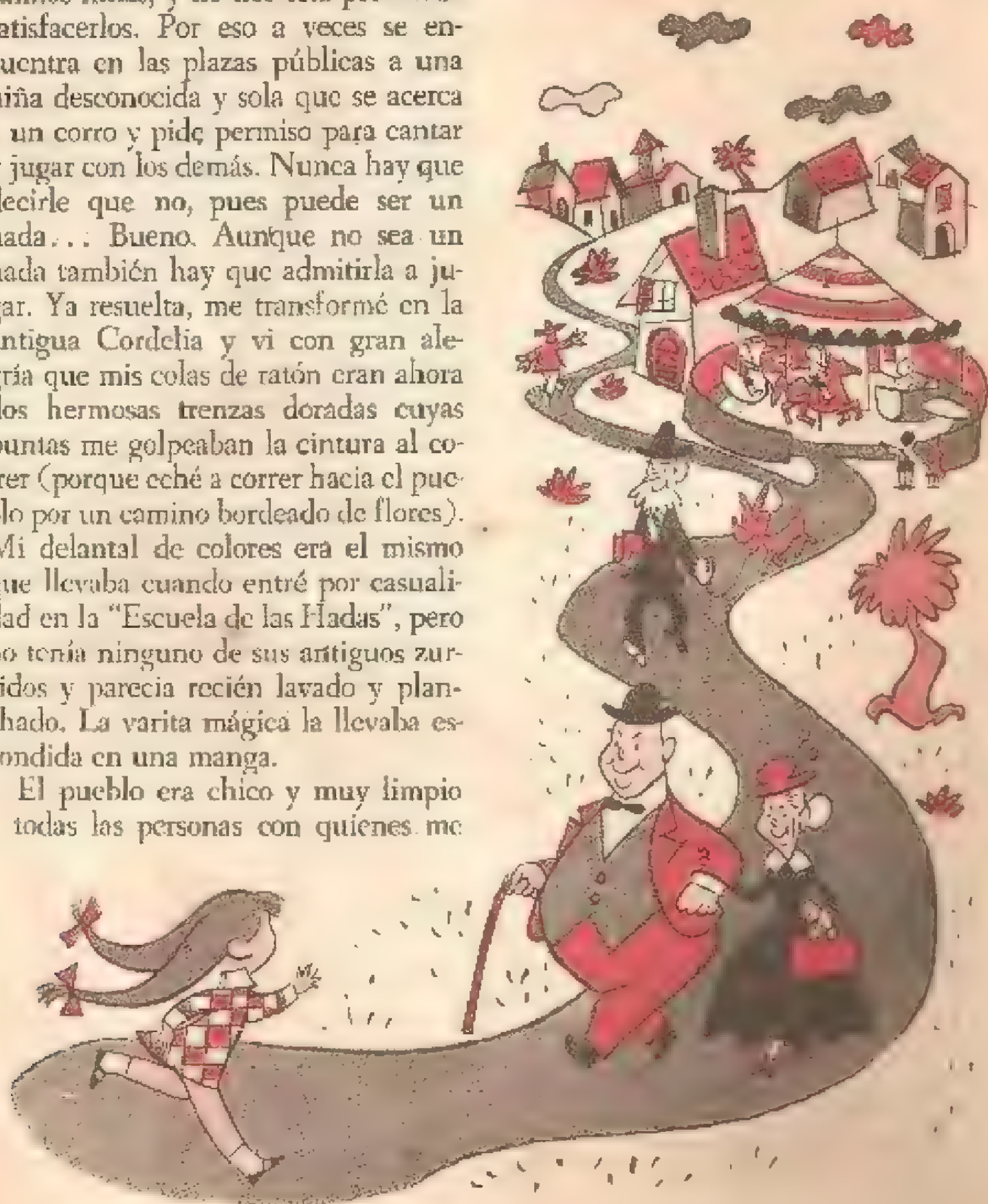


Me entraron unas ganas locas de volver a ser la niña de antes o ir al pueblo a divertirme como los demás chicos. Estos deseos son frecuentes en nosotras, las hadas que antes fuimos niñas, y no nos está prohibido satisfacerlos. Por eso a veces se encuentra en las plazas públicas a una niña desconocida y sola que se acerca a un corro y pide permiso para cantar y jugar con los demás. Nunca hay que decirle que no, pues puede ser un hada... Bueno. Aunque no sea un hada también hay que admitirla a jugar. Ya resuelta, me transformé en la antigua Cordelia y vi con gran alegría que mis colas de ratón eran ahora dos hermosas trenzas doradas cuyas puntas me golpeaban la cintura al correr (porque eché a correr hacia el pueblo por un camino bordeado de flores). Mi delantal de colores era el mismo que llevaba cuando entré por casualidad en la "Escuela de las Hadas", pero no tenía ninguno de sus antiguos zurcidos y parecía recién lavado y planchado. La varita mágica la llevaba escondida en una manga.

El pueblo era chico y muy limpio y todas las personas con quienes me

cruzaba tenían caras alegres y bondadosas.

A poco andar sentí una música y un olor maravillosos: la música de una calesita y el olor de una confitería.

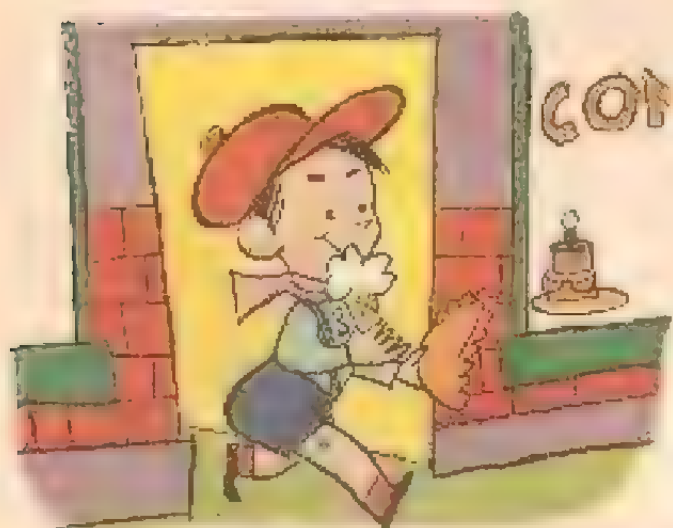


Me uní a un grupo de chicos y chicas que, con la nariz pegada a la vidriera de la confitería, contemplaban las masas y los pasteles. De tanto en



tanto se desprendía uno de la fila, entraba en el negocio y salía poco después comiendo algún manjar exquisito: una masa de crema o chocolate, un pastel dorado o una empanada crujiente que aún conservaba el suave calorcillo del horno.

Cuando me quedé sola, con la nariz



más chata que nunca de tanto mirar, pensé en lo lindo que sería tocar con la varita una gran torta de bodas, coronada por una pareja de novios de

azúcar, ordenarle que me siguiera al bosque y comérmela yo sola. Después haría bailar a los dos muñequitos sobre la hierba... Pero no debía hacerlo por muchas razones. Entre otras porque a lo mejor los que la encargaron podían quedarse sin casamiento. Sí, era posible que la novia, al verse sin torta, no quisiera casarse ya, como es natural.



Despegué tristemente la nariz del vidrio, y ya iba a retirarme cuando al meter por casualidad las manos en los bolsillos de mi viejo delantal encontré unas cuantas monedas que no recordaba tener. Pero las tenía... ¡y qué alegremente sonaban en mis manos! Poco rato sonaron, pues entré como una flecha en la confitería y salí con las manos y la boca llenas de dulzuras diversas. Lo que más compré fueron masas con chocolate.



Satisfecho el hambre, me fui a la calesita que sonaba melodiosamente en una esquina de la plaza. Pero, ¡ay!, no me quedaba ni una moneda con la que pagarme una vuelta.

Me senté en un banco y contemplé tristemente el espectáculo. Los briosos caballos, los elegantes cisnes, los mansos burritos, las carrozas, se deslizaban girando al son de la música. Niños y niñas armaban una gritería infernal tratando de sacar la sortija.

No pude resistir la tentación y, haciéndome invisible (para lo que basta pestañear tres veces diciendo ciertas palabras que no puedo revelar), me lancé sobre un cisne de curvado cuello que pasaba vacío. Pero no

me contenté con eso. Esperé el momento oportuno y, ¡zas!, de un certero manotón arranqué la sortija.

El viejo de blanca barba y ojos azules que movía la pera quedóse atónito al no ver la mano que hiciera aquello. Pero más sorprendido quedóse cuando al pasar de nuevo sobre mi cisne volví a poner la sortija en su lugar.

Tres o cuatro veces repetí la broma, hasta que los chicos comenzaron a gritar:

—¡Trampa, trampa, don Juan!

—¡Que vaya uno a buscar al vigilante! —gritó una niña morena.

—¡Yo soy un hombre honrado! —se defendía el viejo—. ¡No sé lo que pasa!



Yo no quería que buscaran al vigilante y que por mi culpa el pobre viejo tuviera un disgusto. Aturdida, no se me ocurrió cosa mejor que sacar la varita y tocar al viejo caballo que hacía de máquina. El caballo rejuveneció y comenzó a correr con tanta velocidad que era imposible bajarse. Los más chiquitos lloraban. Don Juan intentó detener el caballo, pero le fué



imposible, pues giraba desbocado en su estrecho círculo. Entonces se coloqué con los brazos abiertos al borde de la rueda enloquecida y dije:

—¡Tírense de a uno al pasar, que yo los abarajo!

El salvataje se realizó sin contratiempos hasta que en la calesita, des-



bocada y casi invisible de tan rápida que giraba, no quedé más que yo, yo, que no podía arrojarme en sus brazos porque él no me veía. Ya iba a tirarme audazmente confiando en mi agilidad cuando vi posado en el poste de la sortija el maldito cuervo de siempre, que se reía...



Quise reaccionar, pero no pude. La calesita giraba con tal velocidad ahora que sentí que se me iba la cabeza, que me mareaba, que me dormía...



Don Juan
Cordelia
Maldito cuervo
Juanito
Cordelia
Maldito cuervo

¡Ay...
qué...
dis...
pa...
ra...
tel...

Domingo 12

Como no pude llevar mi diario durante todos estos días que estuve dormida lo he llenado con lo primero que se me ocurrió al despertar, pues estuve durmiendo toda la semana en la calesita, enloquecida por mi culpa. Hoy estoy demasiado aturdida para escribir. Mañana será otro día.

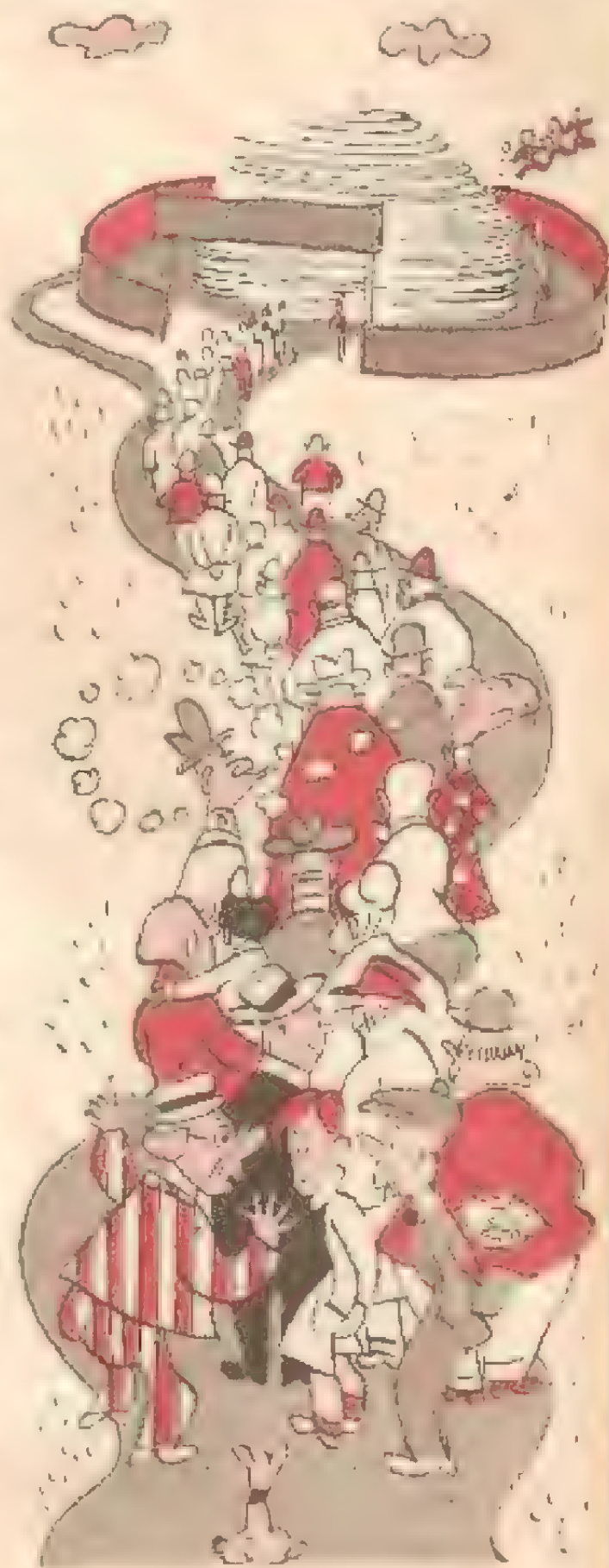
Lunes 13

Ha pasado la noche sin dormir: creo que tengo sueño almacenado para mucho tiempo. No he hecho más que mirar las estrellas y meditar a la orilla del río sobre mi loca aventura. Ya estoy más tranquila y veré de contar el final lo más brevemente que pueda.

El domingo me desperté al pararse la calesita bruscamente. Una gran multitud llenaba la plaza y sus alrededores. Todos querían ver el prodigio de la calesita que giraba a una velocidad de cien kilómetros por hora, según decía en un gran cartel puesto a la puerta. Dos ayudante cobraban la entrada y don Juan, muy orondo y satisfecho, contaba el dinero y lo guardaba en una bolsa grande.

Los curiosos entraban, daban una vuelta alrededor de la calesita y salían por un portillo abierto en la empalizada del otro lado. Cada persona permanecía dentro dos minutos y pagaba veinte centavos. Como el espectáculo era continuado, y duró una semana sin que faltara público ni de día ni de noche, el que quiera y ande bien de

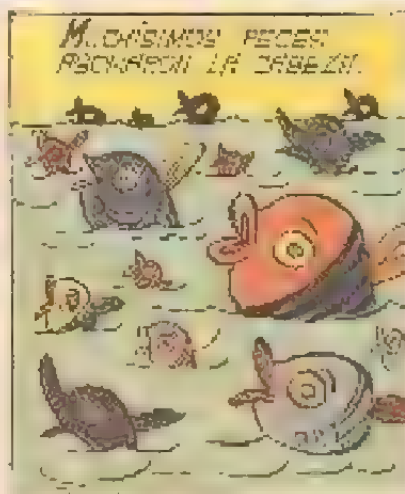
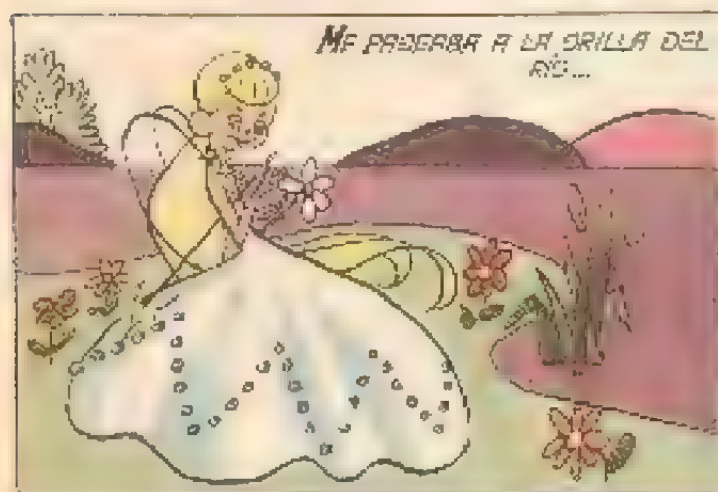
aritmética puede sacar la cuenta de lo que ganó el viejo don Juan: una fortunita, creo. Esto me alegró mucho





Marías 44

porque lo compensaba con creces del disgusto que le di sin proponérmelo. Antes de irme eché una mirada al caballo. Ahora estaba tranquilo, quieto, y no parecía cansado; comía, eso sí, con gran apetito, de un montón de alfalfa jugosa y tierna. Y lo mejor es que conservaba su juventud: se había convertido en un caballo tan arrogante y hermoso como los de madera de la calesita. En fin, todo el mundo salió ganando, menos yo, que perdí durmiendo estúpidamente una semana entera. ¡Y una semana es mucho tiempo cuando no se dispone más que de un mes para hacer méritos y conseguir una buena nariz!

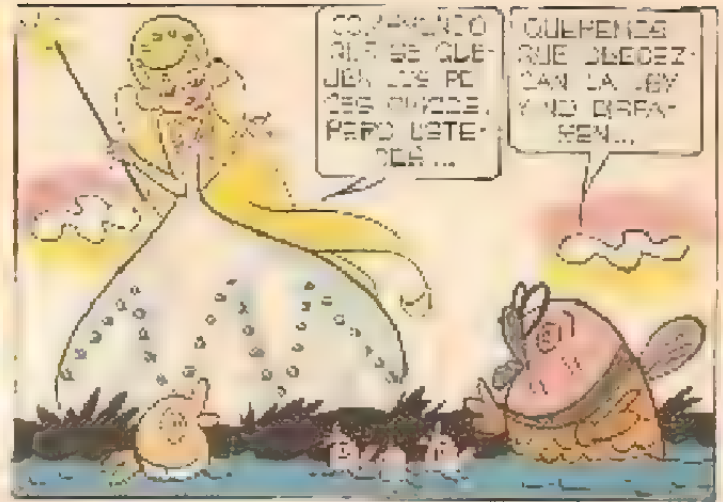


¡INTERESÓSE UNO
Y ESCRIBIERON ELLOS!



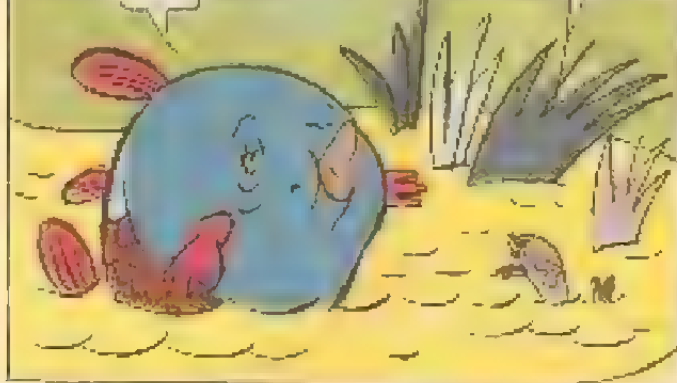
COMANDO
QUE SE QUE-
JEN LOS PE-
CES BUENOS.
PERO USTE-
DES...

¡QUEPENES
QUE OLECEZ-
CAN LA LBY
Y NO DESPA-
SEN...



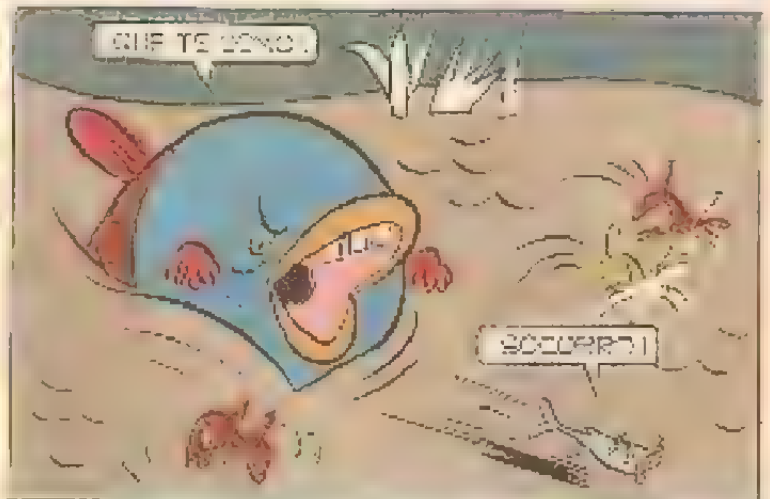
UNO ESTÁ MUY PERRADO
PARA CORRER COMO
UNA VULGAR MOHARE-
TA.

¡MAS VULGAR
SERÁ USTED!
¡CORRO VALIEN-
TA!



¡QUE TE SONO!

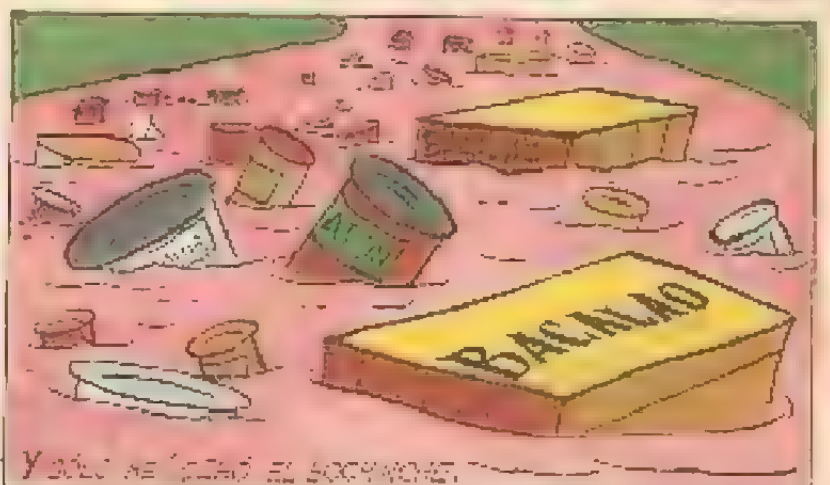
¡SOCORRO!



¡EL ALBOROTO ESTÁ INFERNAL!



¡TUVI QUE PONER EN
FOND DE ORDEN.
TODO EL MUNDO EN
CONSERVA HASTA
MAÑANA!



Y SÓLO ME QUEDÓ EL LOCOPHON.

Di aquella orden para meditar con calma lo que debía hacer. Desde la aventura de la calesita no quiero tomar resoluciones apresuradas. Me senté en la piedra y me puse a buscar solución a aquel difícil pleito.

Miércoles 15

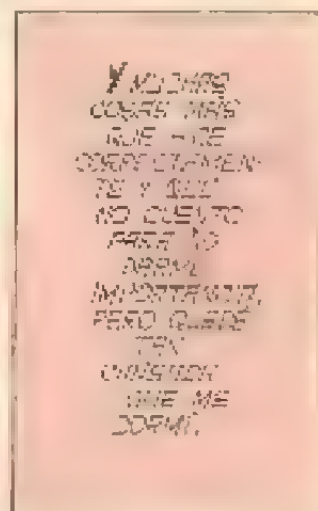
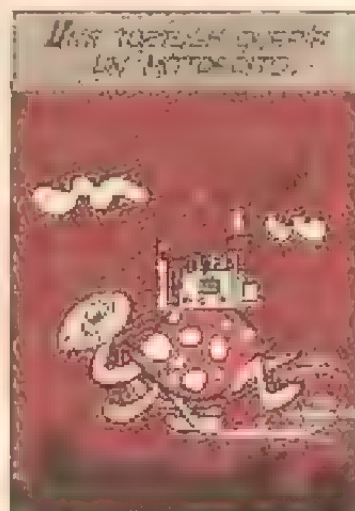
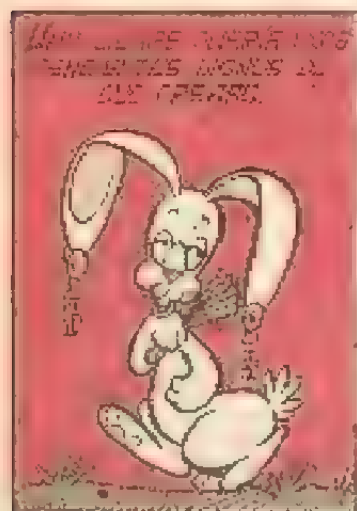
¡Como para meditar en cosas complicadas!

Toda la noche estuvieron entrechocándose las latas en el río. Era como si por debajo del agua anduvieran corriendo carreras cientos de automóviles viejos. ¡Qué lata con las latas! Me iré de un vuelo a un lugar silencioso y tranquilo donde pueda pensar.



Jueves 16

¡Qué noche! Me senté en un claro del bosque sobre un viejo tronco. Pero el ratito estaba rodeada de importunos que venían a pedirme cosas, y tuve que complacerlos a todos.



Viernes 17

CREO que por fin encontré la solución para los peces. Pero como temo equivocarme voy a seguir pensando un poco más.

Sábado 18

Sí, mi primera idea era buena. Me fui al río, di orden de que se abrie-

ran todas las latas y, después que los peces se hubieron bañado bien para quitarse unos el aceite, otros el tomate y demás salsas en que habían estado metidos, les hablé así:

—Las diferencias surgidas desde hace mucho entre ustedes vienen de una diferencia de tamaño. Voy a hacer que todos sean iguales, y así se acabarán los disgustos.

Y, sin darles tiempo para abrir la

boca, me descalcé, me recogí el vestido y metiéndome en el agua comencé a tocarlos uno por uno, rápidamente, antes que comenzaran a pleitear de nuevo. Había muchísimos, de modo que me pasé todo el día moviendo la varita hasta que me dolió la muñeca. Quedaron todos igualitos y muy contentos, al parecer.

Domingo 19



Como hoy es domingo y estoy muy cansada del trabajo de ayer me lo pasé tendida entre las flores, lejos del río, escuchando los cantos de los pájaros. Todos hablan de mi hermosa cabellera.

Lunes 20

Hoy he tenido un gran disgusto.

Volví al río y me encontré con que no había ningún pez. Una ranita me contó que los peces grandes estaban furiosos conmigo porque ahora no tenían a quién comerse y que los que habían sido chicos y ahora ya no lo eran se quejaban de que no hubiera otros peces chicos a quienes comerse. ¡Para eso — decían — no valía la pena que nos hubiera agrandado el hada! Y se fueron todos rumbo al mar abandonando para siempre el río. Es triste, pero en este mundo, lo voy viendo, es muy difícil conformar a todos. ¿Qué dirá Merlín?

Martes 21

Hoy me ha dolido todo el día la cabeza de tanto darle vueltas al problema de los peces. Parece que tuviera dentro la calesita desbocada. Bueno, Mañana será otro día.

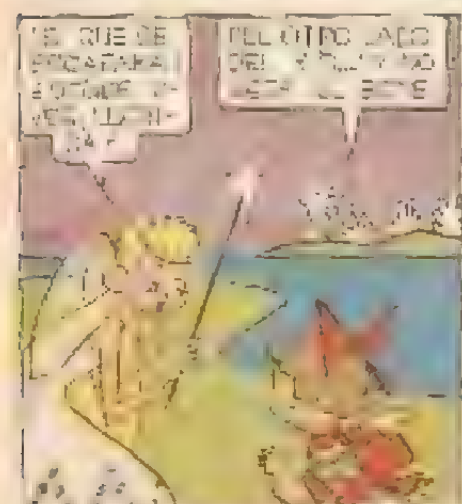
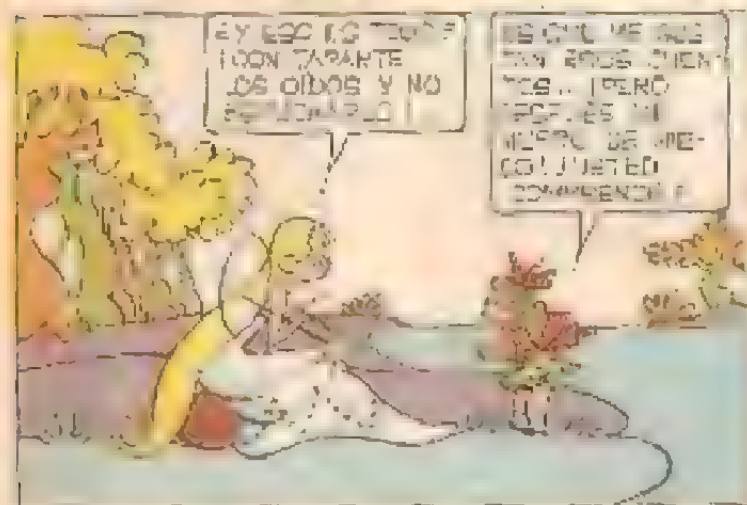
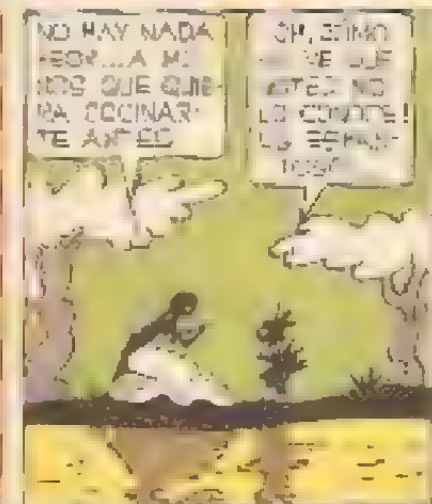
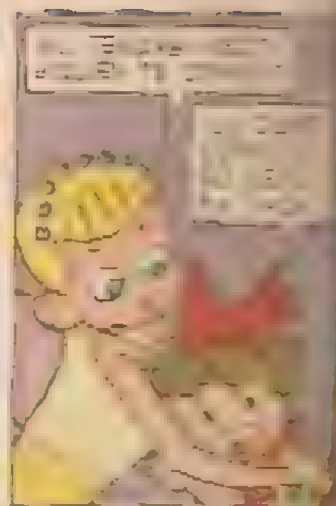
Miércoles 22

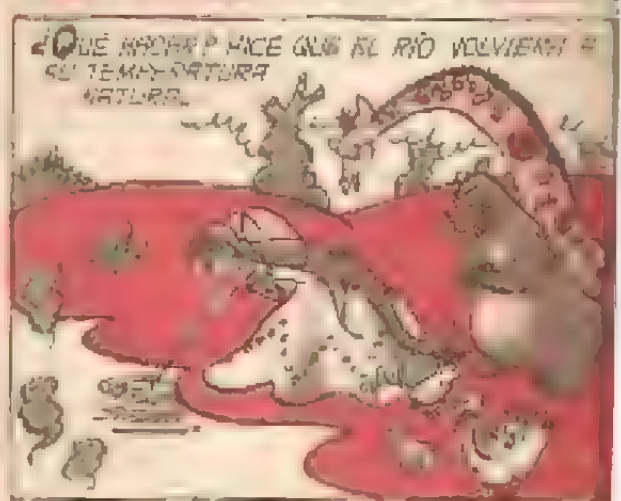
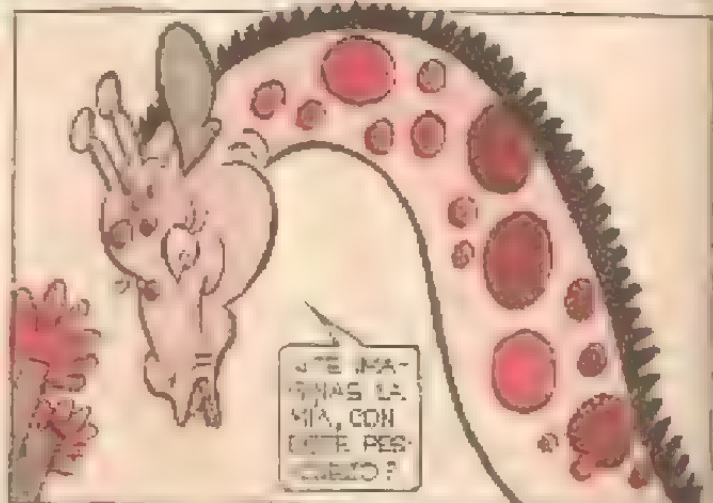
Hoy le pedí a una arañita que me zurciera el velo que se me desgarró en una espina. Teje muy bien, pero muy despacio. Y así llegó la noche.



Jueves 23

Esta mañana estaba sentada junto al río pensando en que el tiempo corre y yo lo pierdo tontamente, sin hacer nada importante, cuando oí una voz infantil...





¡MIENTES! ¡TÚ NO COMES MÁS QUE UNOS FINES!

ESO ERA ANTES. AHORA ESTOY A DIETA DE PAPA Y ZUCINI. NO PERO EL FINES ES EL MISMO

A cartoon illustration of a man in a top hat and suit, holding a cane, standing next to a large, colorful, stylized letter 'D'. The man is looking at the letter with a surprised expression. The letter 'D' is composed of various colored segments (red, yellow, green, blue, purple) and has a small figure of a person inside it. The background is a simple yellow wall with a green base.

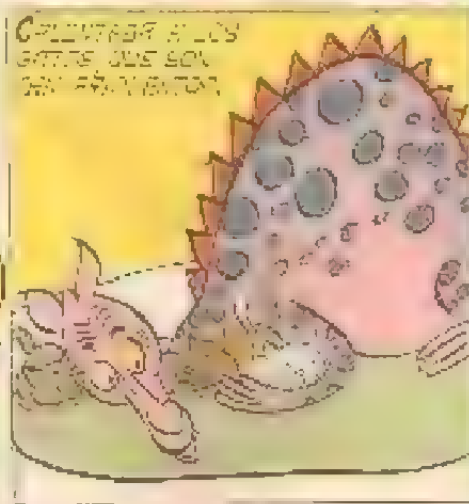
Y EL DRAGÓN, HAYO EN EL FUEGO CON ALEGRIA DE TODOS



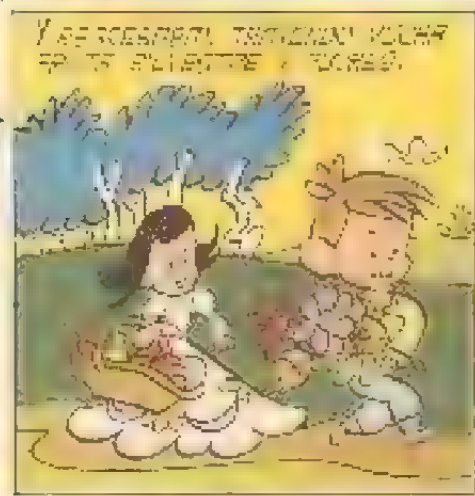
Y SE MARCHA
AL PUEBLO
DONDE SE HA
CENADO



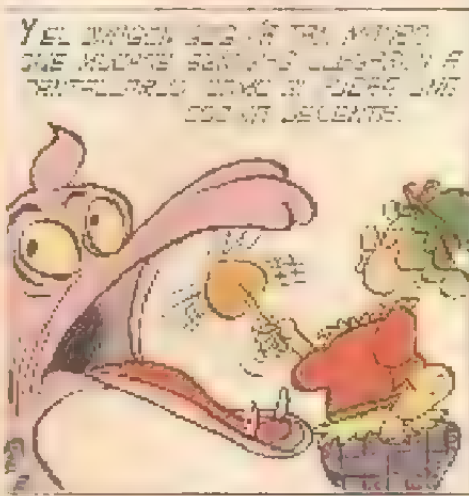
HAYO EN EL FUEGO
CON ALEGRIA DE TODOS



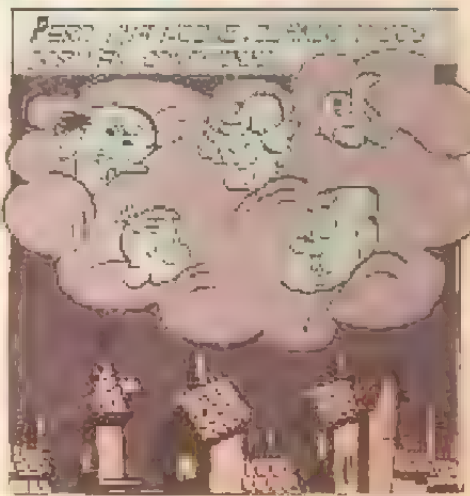
CALENTAR A LOS
GATOS QUE SON
CON FRIGIDITAS



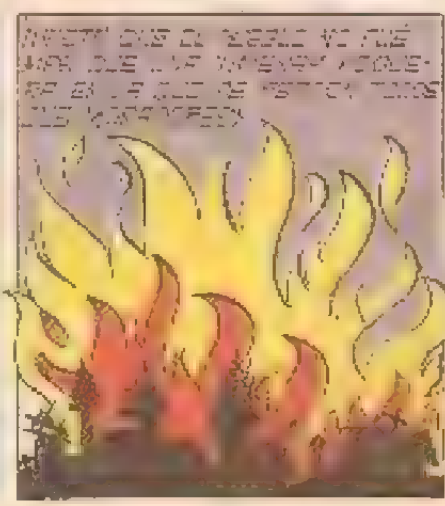
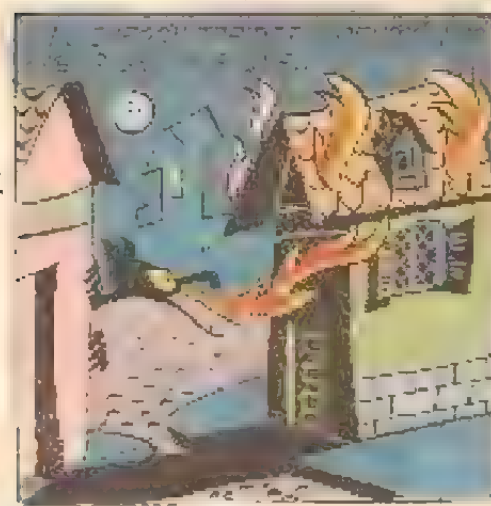
Y SE MARCHA AL PUEBLO
DONDE SE HA CENADO



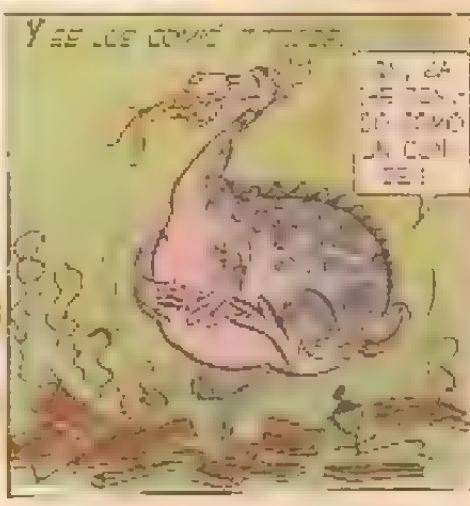
Y EL DRAGÓN, HAYO EN EL FUEGO
CON ALEGRIA DE TODOS



PERO UNA NOCHE, EL DRAGÓN
SE MARCHA AL PUEBLO



Y SE MARCHA AL PUEBLO
DONDE SE HA CENADO



Y SE LOS COME A TODOS

Y SE LOS COME A TODOS
Y SE LOS COME A TODOS
Y SE LOS COME A TODOS

Y el ogro terminó su cuento diciendo:

—Y colorín colorado, que estaba muy rico aquel asado. Y las ruinas del pueblo están aquí cerca y éste es el bosque donde reina el dragón. Y como ya es de noche te encontrara. Cordelia, alumbrándose con sus llamas, y te comerá sin remedio, bien asadita. ¡A ver! ¡A ver!... Me parece que por allá atrás se vislumbra un resplandor.

Me aguanté las ganas de dar vuelta la cabeza, pues, debo confesarlo, el cuento me había impresionado. Para demostrar que no estaba asustada hostecé y le dije:

—Tu cuento me ha dado sueño...

—¿Te atreverías a dormir en este bosque donde anda un dragón sucio y donde, además, estoy yo, que soy muy feo?

—Eso me da confianza; tú me defenderás si viene el dragón — le respondí sonriendo. Y después hice como que me dormía, pero escurriendo con un ojo.

Durante un rato me miró desconcertado y por fin se durmió él también.

Me despertó una voz muy desagradable que decía:

—Yo también quiero contar un cuento: "Había una vez una nariz..."

Era mi enemigo el cuervo, que estaba posado en la rama de un roble. Me agaché disimuladamente, tomé una piedra y... ¡zas! El cuervo hizo "cua!" y echó a volar, pero no tan rápidamente como para que yo no tuviera tiempo de ver cómo se le levantaba el chichón.

A todo eso se había despertado el





ogro, y después de darle los buenos días le dije:

—Ahora me toca a mí contar mi cuento. Te ruego que si te da miedo me avises, pues no me gusta asustar a nadie.

—¡Para que yo me asustara tendrían que volar las piedras! —exclamó el ogro.

—Justamente es lo que pasa en mi cuento. Escucha. Había una vez un ogro muy grande y muy feo; tenía la barba roja, las manos peludas, los ojos muy pequeños, pero brillantes como ascuas escondidos entre un matorral de cejas revueltas, la frente muy estrecha y la boca muy grande.

—Entonces no era feo, porque así soy yo — me respondió.

—Bueno — proseguí —. Este ogro, lindo o feo, estaba una fría mañana de julio sentado en una piedra, frente a una chica, a orillas de un río. La chica se llamaba Cordelia... — hice una pausa estudiada.

—¿No me vas a decir que el ogro

se llamaba Odilón, que ese es mi nombre?

—¡Qué casualidad! Sí, se llamaba Odilón y, ¡otra casualidad!, era un sábado 25 de julio. Debajo de la piedra en que estaba sentado Odilón vivía una vieja serpiente. Pero... ¿por qué levantas las piernas?

—¡Yo no levanto nada! — gritó el ogro volviendo a poner los pies en el suelo.

—No debes asustarte, porque la serpiente era muy mansa. (Aquí el ogro golpeó con los talones en la piedra para demostrarme que no tenía miedo.) Pero quizá te asustes al saber que la serpiente había ido muy enojada a contarle a su protector (que era un genio muy poderoso) que Odilón le había impedido dormir con sus ronquidos y que el genio, invisible y furioso, se acercaba a la piedra.

—¡Mientes! ¡Mientes! — gritó él —. Los cuentos son cosas que pasaron hace mucho tiempo, y me estás contando esa estúpida historia como si estuviera

ocurriendo ahora. No creas que miro para atrás por temor al genio; es que he oído cantar a un pájaro muy bonito.

—Este será con el tiempo un cuento que la gente contará, compadecida del pobre ogro — proseguí —. El ogro comenzó a sentir que la piedra se calentaba poco a poco. . .

El ogro no se levantó, pero puso sus manos entre sus asentaderas y la piedra. . .

— . . . que comenzaba a moverse. . .

El ogro no se levantó tampoco, pero miró por entre sus piernas para ver si la piedra se movía. Estaba pálido y gruesas gotas de sudor le corrían por la frente. ¡Continué como si no notara nada!

—Era que el genio poderoso estaba ya debajo de la piedra e iba a hacerla estallar y volar por los aires en mil pedazos. Del ogro no quedaría ni un pelo para recuerdo. A menos que. . .

—¿A menos que qué? — me preguntó el ogro, ya a punto de levantarse y haciendo un último esfuerzo de valor.

—A menos que echara a correr como una liebre asustada, quedando en ridículo delante de la chica y de todos los animales del bosque, o que se decidiera. . . Pero no. No creo. . .

—¿Que se decidiera a qué? — inquirió casi sin aliento.

—A prometer no contarles más cuentos de miedo a los chicos. Entonces el genio lo perdonaría.

Con gran sorpresa mía, el ogro rompió a llorar.

Me dió mucha lástima verlo tan grande y tan feo llorando como un chico. A punto estaba de decirle que todo era pura invención cuando se secó las lágrimas y me dijo:

—Siempre he sido muy cobarde, y es por eso que ahora quiero morir como un valiente. Pero si el genio me deja vivir no les contaré más cuentos



terribles a los chicos. Yo no lo hacía de malo... Mi historia es muy triste.

—Me parece que ya no se mueve la piedra, y el genio debe haberse ido, pues veo a la vieja serpiente alejarse conversando con alguien invisible. No temás nada ya y cuéntame tu historia.

La historia del ogro era muy larga, pues él la contaba con muchos detalles. Por eso la doy resumida aquí:

"Descendiente de una antigua familia de ogros, había heredado todo de sus antepasados, menos la ferocidad y el gusto por los niños, que es lo que, como todo el mundo sabe, comen los ogros. Era de buen corazón y le gustaban las frutas frescas, los pasteles caseros, el pan con manteca... En fin, cuanto de bueno se ha inventado en el mundo. Cuando los demás ogros se dieron cuenta de eso lo echaron de la comunidad ogrezca, y él se fué por los caminos a buscar trabajo. Pero, como tenía tanta fuerza, se le rompían entre las manos todas las herramientas. Si trabajaba de albañil arrojaba con tal fuerza los ladrillos que, volando sobre los andamios, no dejaban en el pueblo vidrio sano. Una vez se empleó de campanero en una iglesia, pero en cuanto dió el primer tirón a la cuerda de la campana la rajó, y al segundo volteó la torre. Sin poder encontrar ya trabajo — de donde había guerras lo llamaban, pero a él no le gustaba matar gente —, vagaba por los bosques alimentándose de frutas silvestres. Pero ni esa pobre alimentación disminuía sus fuerzas; al con-

trario: si sacudía un árbol para hacer caer una pera lo descuajaba.

"Un día encontró una niña que llevaba un cesto con la merienda y le contó un cuento esperando que después lo convidara. Pero antes que terminara la chica huyó asustada dejando la merienda. Se la comió... ¿Qué otra cosa podía hacer? Siempre que encon-





traba a una niña o a un niño ocurría lo mismo. Y era que los cuentos que sabía eran todos terribles, que son los únicos que les cuentan sus padres a los ogros chicos. Y, como no tenía otro medio de vida, se dedicaba a contar a los niños historias truculentas de fantasmas, dragones y cosas peores. Estaba mal, él lo sabía, pero el hambre es mala consejera."

Y terminó su historia preguntándome qué podía hacer para vivir como Dios manda.

Domingo 20

Lunes 21

Como tengo por costumbre no escribir los domingos, he dejado para hoy el fin de esta aventura.

Lo primero que hice cuando el ogro terminó su relato fué dar un inteligente toque de varita en el suelo y

hacer aparecer una magnífica mesa con toda clase de exquisitos manjares y vinos de todos colores. El ogro comió y bebió como un ogro y yo lo acompañé por cortesía. Además, todo era muy rico.

Después lo toqué en la cabeza con la varita y lo reduje al tamaño natural de un hombre corriente, con lo que su fuerza también se redujo a la normal. Trató de arrancar un árbol y no pudo; entonces se puso a bailar de alegría.

Martes 28

Me he pasado el día enseñándole cuentos que se puedan contar a los niños chicos sin que tengan miedo.

Miércoles 2º

Hoy he hecho algo más interesante. Les he dado finales buenos a todos sus terribles cuentos. Por ejemplo, el del dragón lo arreglé así: "El dragón se encariñó con la gente del pueblo y se aficionó tanto al pan con queso que no llegó a provocar aquel terrible incendio. Murió muy viejo, y en la plaza del pueblo se levanta una linda estatua a su memoria"



Jueves 3º

Hoy fué Odilón al pueblo a buscar trabajo. Ha vuelto muy contento. Se ofreció a un herrero y, como sabe el lenguaje de los animales, los caballos lo obedecen como niños bien educados. El herrero está tan satisfecho que le ha ofrecido la mano de su hija, que es muy bonita. Lo pensará. Si se casan yo seré la madrina.



Hoy nos hemos despedido con un gran banquete mágico. He transformado en joyas algunas flores silvestres para que se las regale a la hija del herrero. Debo confesar que hemos llorado un poco al despedirnos... Pero, en fin, ya estoy en el aire volando rumbo a la "Escuela de la Hadas". Veremos qué dice Merlín.



Me despido de este diario para siempre. Irá al archivo de la "Escuela de las Hadas" con la nota de "¡taran-tán!", que quiere decir muy requetebién. Merlín, que lo leyó en voz alta delante de toda la clase, dijo que estaba muy contento de mí y que podía elegir la nariz que quisiera. Pero, después de pensarlo, decidí seguir con la mía, pues he descubierto que es muy linda y graciosa y que era una tonta al querer cambiármela.

Al preguntarle a Merlín quién po-

día ser aquel malvado que se rió de mí y después se puso el otro bonete, él me dijo que era un cuervo.

—¡Oh, usted era el cuervo! ¡Nunca lo hubiera imaginado! — me dije — ¿Por qué lo hizo?

—Para intrigante y... para divertirme un poco — respondió un tanto avergonzado.

El es así: muy sabio, muy bueno, pero un poquito disparatado, como somos todos en este mundo de la fantasía.

Después comenzó la fiesta. Pero ésa es otra historia.



El diario de
mi amiga

BILDITA

es el próximo libro
que podrán leer en esta
formidable colección.



EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES
DISTRIBUIDORES: C. I. D. L. A.

PIEDRAS 113

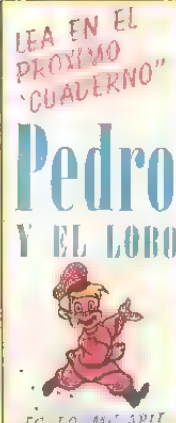


EL DIARIO DE MI AMIGA CORDELIA. COPYRIGHT BY EDITORIAL ABRIL.
HECHO EL DEPÓSITO DE LEY. TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. SE TERMINÓ DE IMPRI-
MIR EN AGOSTO DE 1953 EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA GENERAL
FABRIL FINANCIERA, S. A., IRIARTE 1035 - BUENOS AIRES.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA
ILUSTRACIONES DE J. B. GIGLIA



EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES



\$ 1.- m/arg



CUADERNOS DE GATITO

EDITORIAL ABRIL - BUENOS AIRES

¿Qué camino siguió el Lobo?

El Lobo vió de lejos a Caperucita y echó a correr para a cazarla. Pero ¿qué camino siguió? ¡Máquenlo con un lápiz!



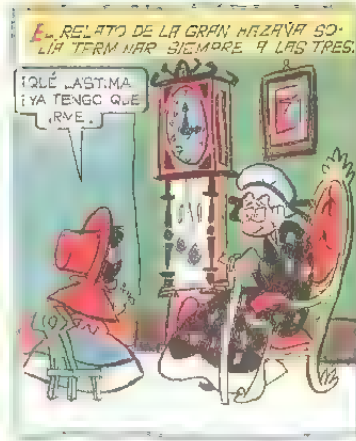
TODOS LOS DÍAS
CAPERUCITA SE
MAQUILLABA
DIANTE COMO
UNA MANANA DE
SOL.



SE PONÍA LA BONITA CAPERUZA ROJA
QUE SIEMPRE USABA PARA SALIR...

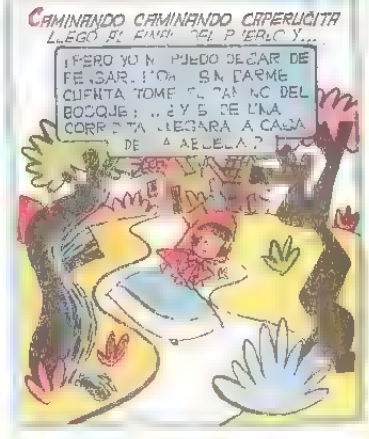






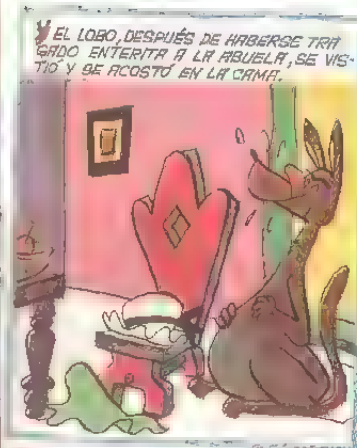
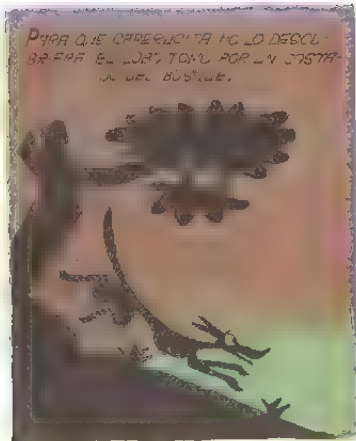






















La Valerosa CAPERUCITA ROJA

Si, Caperucita Roja había hecho una gran hazaña, y por eso todo el pueblo organizó una fiesta y hablaron muchos vecinos y vecinas para decir lo valerosa que era. Tanto hablaron que la niña se quedó profundamente dormida.



Y, mientras ella dormía, la señora Tomasa, que era una de las oradoras, hablaba y hablaba.

— ¡Nunca se vió una niña tan valiente y tan heroica y tan abnegada! - dijo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡Nunca!

¡Sólo Caperucita era capaz de exponer su vida para salvar a la querida abuelita que vivía del otro lado del bosque! - dijo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡¡Sólo Caperucita!!

— Porque un animal terrible y sanguinario estaba al acecho: ¡el lobo! - dijo la señora Tomasa.

Y todo el público gritó:

— ¡¡¡EL LOBO!!!

En ese momento la gritería fue tan fuerte que Caperucita, en sueños, oyó: "El lobo" y, sobresa tada, abrió los ojos, todavía no despierta de todo.

Pero...

Todos temblaban ante el temor de oír, en el momento menos pensado, su espantoso aullido: ¡aúuu! - siguió diciendo la señora Tomasa

Y todo el público gritó:

— ¡¡¡AUUUUU!!!

El aullido fué tan fuerte y tan natural que la pobre Caperucita ya no aguantó más. Se levantó de su asiento asustadísima y echó a correr mientras gritaba a todo pulmón

— ¡¡EL LOBO!! ¡¡VIENE EL LOBO!!

Desde entonces toda la gente, al hablar

de ella, cuenta cómo, siendo tan pequeña, hizo un hazaña tan grande, pero agrega cariñosamente:

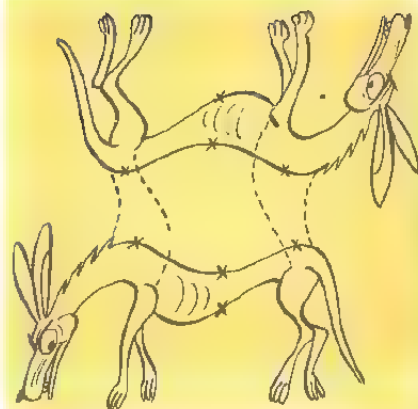
No tuvo miedo al lobito
y al bosque fué sin temblar,
pero apenas oyó un grito...
¡qué modo de disparar!



¿Cansados? ¡Qué esperanza!

Ahora, en asuntos de lobos, Caperucita no se equivoca más, y por eso sabe muy bien que estos dos que parecen tan cansados pueden dejar de estarlo inmediatamente. Para esto basta que ustedes hagan lo siguiente:

Calquen el dibujo sobre papel transparente dibujando con líneas llenas las que aquí aparecen con líneas de puntos y suprimiendo - es decir, no calcando - las líneas que llevan una cruz.





Este es un cuadro de Caperucita para que lo pinten sus amigos

Cortando estos seis rectángulos tendrás de un lado seis piezas para armar un rompecabezas y del otro seis figuritas para formar colección con las que ya tienes y las que vendrán en los próximos números.

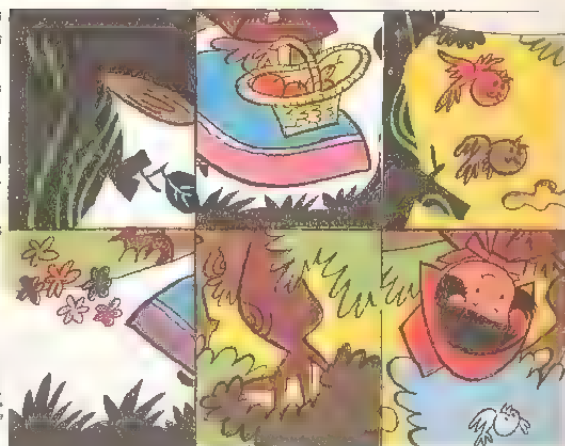


Ilustración "CJADERNOS" copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Los derechos reservados. No se permite su explotación. Se terminó de imprimir el 7 de noviembre de 1953 en las Talleres Gráficas Paapp.

JULIO ALMADA
El gran
detective
JOPITO
ILUSTRADO POR A. BRECCIA

JOPITO ESTA HACIENDO PROPAGANDA PARA SU MUY ESPECIAL AGENCIA DE DETECTIVES...

¡TENGO QUE HACERME UN DETECTIVE MUY FAMOSO!

JOPITO
DETECTIVE

¡JOPITO! ¡HAN DESAPARECIDO LOS PERRITOS QUE PAPA ME REGALÓ ESTA MAÑANA!

¡NO TE AFLIJAS, TERESITA! ¡YO TE SALVARÉ!

JOPITO

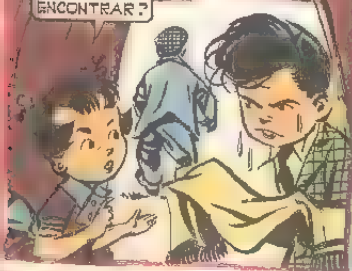
79



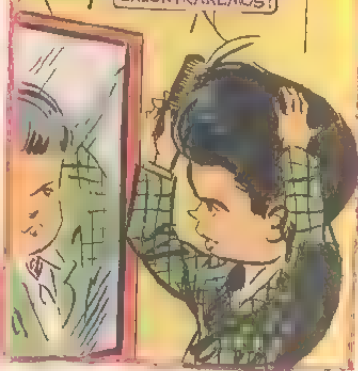


¡YA ME LAS PAGARA!
PERO VAMOS A BUS-
CAR ALGUNA PISTA.

¿CREES QUE
LOS PODRAS
ENCONTRAR?



¡SEGURO QUE LOS
ENCONTRAREMOS!



PRONTO LLEGARON A LA CASA DE
TERESITA.

¿DÓNDE TE-
NIAS GUAR-
DADOS ESOS
PERRITOS?

¡AQUÍ, EN ESTE CAGÓN...
¡MIRA! PARECE QUE
ALLÍ SE MUEVE ALGO!



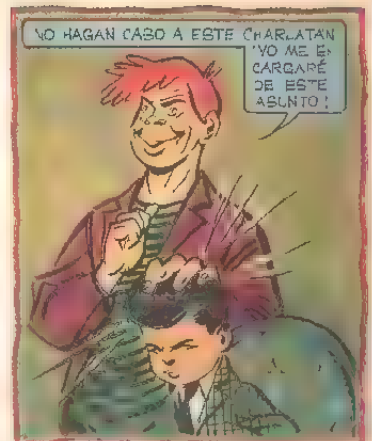
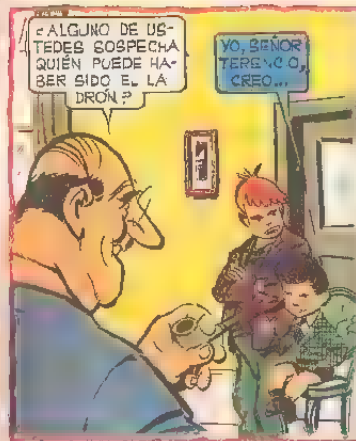
¡A LO MEJOR
VOLVIERON LOS
PERRITOS!

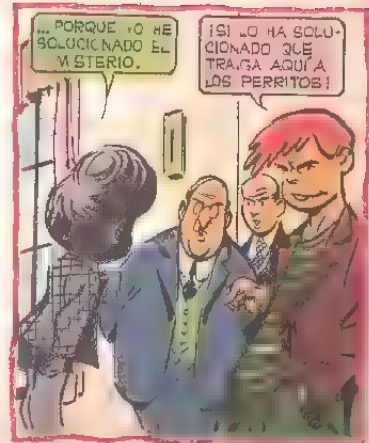
¡NO HAGAS RUÍDO QUE
LOS PESCAREMOS!

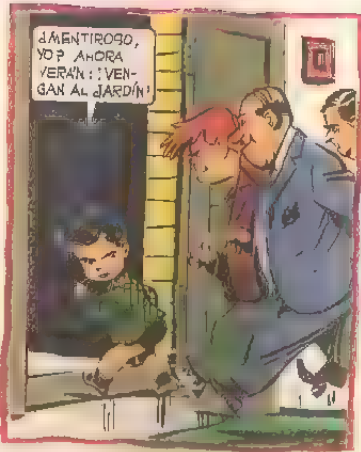
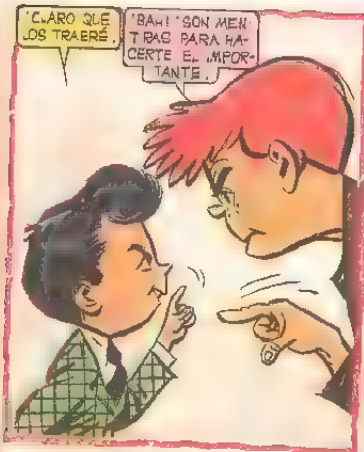






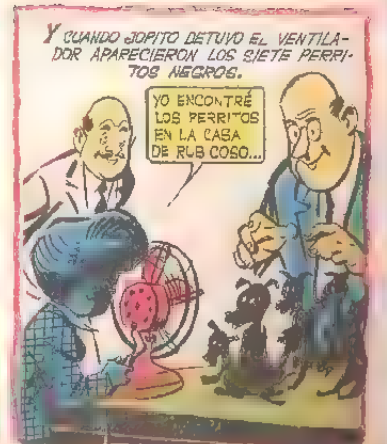
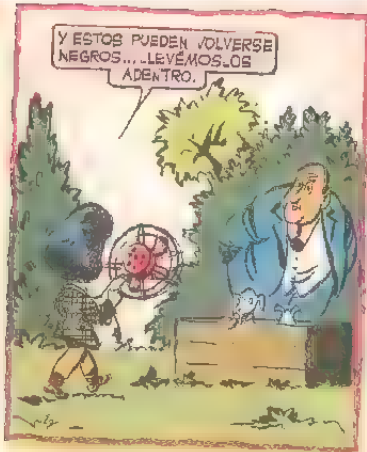












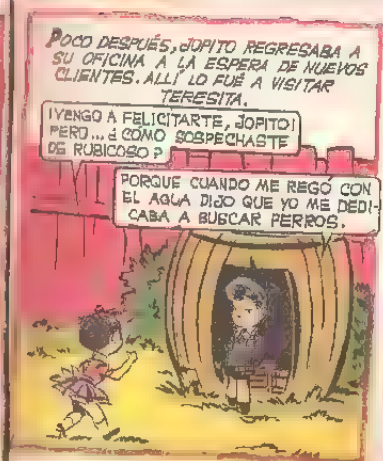


...Y LOS ESPOLVOREÉ CON TALCO PORQUE QUERÍA HACERLO CONFESAR.



¡VIVA EL GRAN JOPITO!

¡EL MEJOR DETECTIVE DEL MUNDO!



POCO DESPUÉS, JOPITO REGRESABA A SU OFICINA A LA ESPERA DE NUEVOS CLIENTES. ALLÍ LO FUE A VISITAR TERESITA.

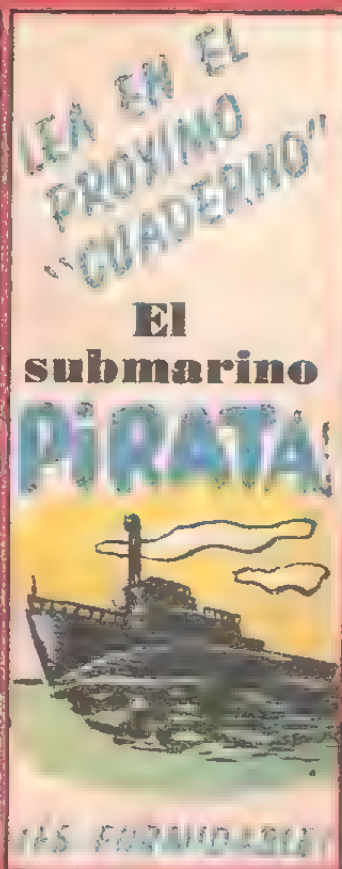
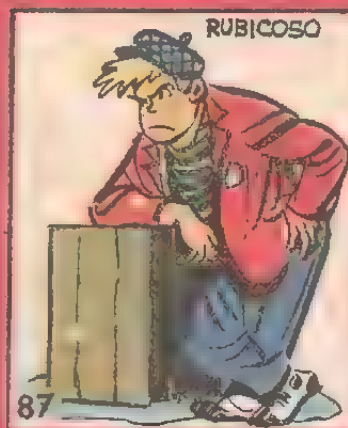
¡VENGO A FELICITARTE, JOPITO! PERO... ¿COMO SOSPECHASTE DE RUBICOSO?

PORQUE CUANDO ME REGO CON EL AGUA DIJO QUE YO ME DEDICABA A BUSCAR PERROS.



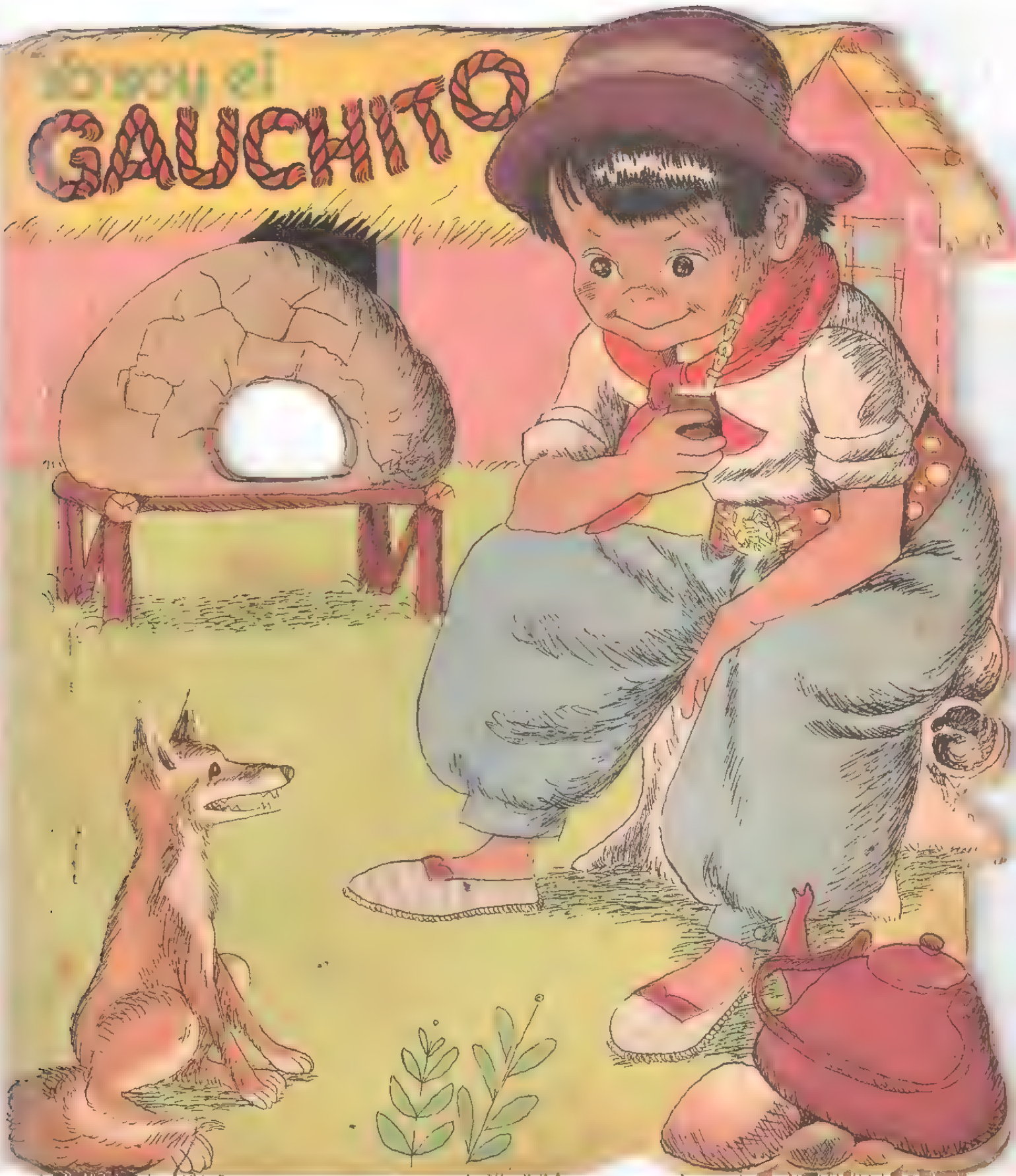
LO QUE AMEN- TO ES NO PODER PAGARTE TUS SERVICIOS.

¡YA GANÉ BASTANTE CON LOS CIENTO PESOS DEL PREMIO. ¿NO TE GUSTARÍA SER M. SOCIA?



\$ 1.- m'arg.


¡Buenos días! GAUCHITO




1947 38-6
NÉCTOR SÁNCHEZ PUEL
**Yo soy el
GAUCHITO**

ILUSTRACIONES DE
ALBERTO BRECCIA

EDITORIAL ARIEL, BUENOS AIRES




El gauchito Martín caminaba un día por el campo. Iba muy contento porque tenía un pañuelo nuevo, alpargatas nuevas y un remiendo nuevo en la bombacha. Y más contento se puso cuando encontró en el tronco de un árbol la cueva de un zorro y, frente a ella, un zorruto sonriente que se calentaba la barriguita al sol.



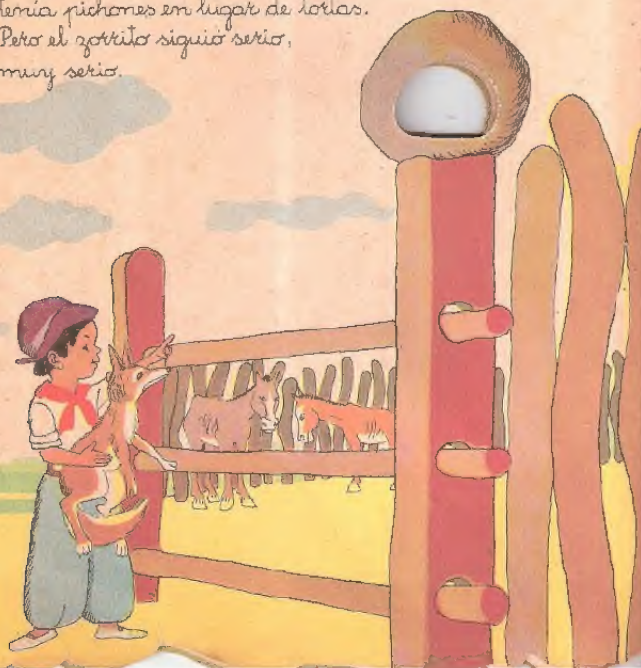
Martín se puso el zorruto bajo el brazo y se lo llevó al rancho, un lindo rancho con techo de paja, un ombú viejo y lleno de papaitos y un salenque donde un caballito pulido se caía de sueño.

-Seremos buenos amigos -dijo el gauchito- y tendrás tu carnita en ese barril a cocción.

Pero el zorruto se puso muy serio.



- ¿No te gusta el barril? - preguntó el gauchito.
 Pero el zorrillo no le contestó.
 Para entretenerlo, Martín lo llevó al corral,
 donde un pajarito - el hornero - había hecho un nido
 que parecía un hornito de barro, un hornito que
 tenía pichones en lugar de tortas.
 Pero el zorrillo siguió serio,
 muy serio.



Entonces Martín montó con él en el caballito peludo
 y se fue por el campo.
 Encontraron una carreta tirada por tres buenzes.
 - ¿Te gustaría un paseo en carreta? - preguntó el
 gauchito. Pero el zorrillo no le contestó.
 Ya no estaba serio; ahora hacía pucheros...



Llegaron al pueblo. Frente a la pulpería
había varios paisanos jugando al sapo,
un juego muy divertido que consiste en
hacerle tragar una ficha a un sapo
abultado. Pero al gorrito no le gustó.



Ahora los pucheros
se habían convertido
en lágrimas.

En el camino de vuelta
encontraron un avestruz.
- ¡Ahora vas a ver cómo
lo cazamos! - exclamó
Martín revoleando
las boleadoras.



Pero las arrojó con
tanta mala suerte que...
¡Bueno! ¡Ya pueden ver
ustedes qué sucedió!

Las lágrimas del gorrito eran
ahora lagrimones.
- ¡Yo quiero mi cuerva! - exclamó
llorando como diez gorritos juntos.

Entonces el gauchito lo llevó de vuelta a la cuerva.

El zorrillo dejó de llorar, se
sonó la nariz y sonrió.
Y, como lo quería mucho a
Martín, a cada tanto lo invitaba.
Entonces charlaban un poco de los
conocidos - el teruteru, el armadillo,
el sapo - y tomaban mate como
buenos amigos.



brava

Fin.